

BARAHONA DE SOTO, LUIS (1548-1595)

*LAS LÁGRIMAS DE ANGÉLICA*

ÍNDICE:

PRELIMINARES

PREÁMBULO

PRIMERA PARTE

CANTO PRIMERO

CANTO SEGUNDO

CANTO TERCERO

CANTO CUARTO

CANTO QUINTO

CANTO SEXTO

CANTO SÉPTIMO

CANTO OCTAVO

CANTO NOVENO

CANTO DÉCIMO

CANTO UNDÉCIMO

CANTO DUODÉCIMO

PRELIMINARES

AL EXCELENTÍSIMO señor Duque de Osuna, Virrey de Nápoles.

Con advertimientos a los fines de los cantos y breves sumarios a los principios, por el Presentado Fray Pedro Verdugo de Sarria.

Y con privilegio de la Católica Majestad Real.

Impreso en Granada en casa de Hugo de Mena, a costa de Joan Diaz, mercader de libros.  
Año de 1586.

## PRIVILEGIO REAL

### EL REY

Por cuanto por parte de vos, el licenciado Luís Barahona de Soto, vecino de la villa de Archidona, nos fue fecha relación que vos habíades compuesto un libro intitulado la Primera parte de las lágrimas de Angélica, en octava rima, en el cual habíades trabajado mucho, y era muy útil y provechoso, y nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia para lo imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servido, a lo menos por treinta años o como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los del nuestro consejo, y como por su mandato se hicieron las diligencias que la pregmática por nos hecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien. Y por la presente, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que se cuenten desde el día de la data desta nuestra cédula, vos, o la persona que vuestro poder hubiere, podais hacer imprimir e vender el dicho libro que desuso se hace mención, y por la presente damos licencia e facultad a cualquier impresor destos nuestros reinos, que vos nombráredes, para que por esta vez lo pueda imprimir, con que después de impreso, antes que se venda, lo traigáis al nuestro Consejo juntamente con el original que en él se vio, que va rubricado y firmado al cabo de Pedro Zapata del Mármol, escribano de Cámara de los que en el nuestro Consejo residen, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, y traigáis fe en pública forma en cómo, por corrector nombrado por nuestro mandado, se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho original, y se imprimió conforme a él, y que quedan asimismo impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueren impresos, y se os tase el precio que por cada volumen habiéredes de haber. Y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna, sin vuestra licencia, no lo pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere haya perdido e pierda todos e cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, la cual dicha pena sea la tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare, y la otra tercia parte para nuestra cámara. Y mandamos a los del nuestro consejo, presidentes e oidores de las nuestras audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra casa, corte y chancillerias, y a todos los corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces e justicias cualesquier, de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señorios, así a los que agora son como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden e cumplan esta nuestra cédula y merced que así os hacemos, y contra el tenor e forma della, ni de lo en ella contenido, no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra cámara. Fecha en Tous, a XXI días del mes de Junio de mil y quinientos e ochenta e cinco años.

Yo el Rey.

Por mandato de su Majestad,

Antonio de Eraso.

*Al excelentísimo señor Don Pedro Girón,  
Duque de Osuna, Conde de Ureña y Virrey de Nápoles.*

Excelentísimo señor:

Estos doce cantos, aunque de piedra tosca y rudamente labrados, me he atrevido a ofrecer en manos de vuestra Excelencia para que, si de todo punto no parecieren sin provecho, sirvan de cimientos al suntuoso edificio que debo levantar a la venerable memoria de sus antecesores y a la honrosa antigüedad de sus blasones y armas. Mucho es lo que prometo; suplico a V.<sup>a</sup> excelencia vea y examine si la cantera, en lo que descubre, parece suficiente para tanto, que yo quisiera que se aventajara no sólo a los mármores de Paro y jaspes de Etiopía, mas a las esmeraldas y diamantes de la India, y si no, a lo menos, permita que permanezcan estos bajos fundamentos como padrones hincados en tierra, para testimonio de mi buen deseo, que no faltará en los siglos venideros quien, estimándolos por el sitio, levante sobre ellos alguna máquina soberbia y famosa, como César sobre las columnas de Hércules.

Excelentísimo señor.

Besa las manos a Vuestra Excelencia,

*Luis Barahona de Soto*

## PREÁMBULO

## SONETOS

1

*Soneto del licenciado Joan de Faría, abogado y relator en la Real Chancillería de Granada.*

El cofre de oro fino y margaritas,  
con mil preciosas piedras esmaltado,  
que al persa rey por guerras fue ganado  
del macedón, con muertes infinitas,

gran Duque, que sus glorias resucitas  
y en ánimo te le has aventajado,  
para las altas obras fue guardado  
que el singular Homero dejó escritas.

Otro más rico es bien que se procure  
para éstas del gran Soto, si se mira  
el don cual es y a qué señor se ofrece,

porque tan docto estilo en honra dure  
de España, de quien Grecia ya se admira,  
y el príncipe que tanto honor merece.

2

*Soneto de don Manuel de Benavides, señor de Javalquinto y Estivel y mayorazgo de Almanzora.*

Bellas redes de amor, madejas de oro,  
sartas de aljófar, púrpura, ámbar, nieve,  
del celebrado rostro, a quien se debe  
la singular belleza de Medoro,

rendíos al santo y venerable coro,  
del rojo Apolo y las hermanas nueve,  
que es bien que el mundo y su riqueza apruebe  
lo que da el cielo por mayor tesoro.

Y así como linaje y fortaleza  
pospuso a la caduca hermosura,  
la antigua reina del Catay señora,

posponga y rinda la mortal belleza  
al vivo ingenio y ciencia eterna y pura,  
y venza al fuerte y bello el sabio agora.

3

*Soneto de Pedro de Cáceres de Espinosa.*

Sacad a luz de la tiniebla oscura  
del Orco, a vuestra Angélica elegante,  
cual su Eurídice tierno tracio amante,  
aunque con más consejo y más cordura.

Bien pudo ser igual su hermosura,  
y mucho el Orco al Orco semejante,  
y que uno en Ebro y otro en Ebro cante,

mas grande es la distancia en la ventura.

Que aquella volvió el rostro inadvertida  
a la prisión antigua, y no ha alcanzado  
volverla el muerto Orfeo al ser perdido;

mas ésta, ya a la luz del sol salida  
merced del canto de otro no igualado,  
jamás verá la muerte ni el olvido.

4

*Soneto de Joan de Sosa, a los lectores.*

Albricias los que tanto deseastes  
ver la que viva tantos desearon,  
pues si en aquello tanto trabajaron  
en esto lo posible trabajastes.

Y aun pienso que en deseo les pasastes,  
que no sé si en deseos os pasaron,  
y al fin no se podrá decir que la gozaron  
cual se podrá decir que la gozastes.

Gracias a nuestro insigne Barahona,  
por quien está ya más enriquecida  
Angélica, que no con su Medoro;

que si ella le dió aquél mortal corona,  
dest'otro la recibe, y gloria, y vida,  
que es más que Imperio, y que belleza, y oro.

5

*Soneto del licenciado Joan de Faría, abogado y relator en la Audiencia de Granada.*

Dichosa edad que aquel siglo dorado  
aventaja el febeo movimiento,  
y en cuanto ha rodeado el firmamento  
en nuestra España el fruto ha mejorado.

Con un Apolo nuevo, enamorado  
de Dafne no, de Angélica contento,  
sus lágrimas cantando y su lamento,

del árbol que ellas riegan laureado.

Parnaso y Citerón con nuevas flores,  
adornan frente y sien del nuevo Apolo  
por mano de sus musas, confesando,

se mueren por Angélica de amores,  
después que está sus lágrimas cantando  
nuestro español ibero, Soto solo.

6

*Soneto de Gregorio López de Benavente.*

La fama que mil ojos trae contino,  
y el tiempo cuyo vuelo no reposa,  
perdieron curso, y vista, y pluma honrosa,  
en una enfermedad que a ambos les vino.

A remediarse fueron al divino  
Apolo, el cual con lengua generosa  
les dijo: Medicina más preciosa  
sin advertir se os queda en el camino.

Decilde a Soto que el licor suave  
que por Medoro Angélica vertía  
él mismo os administre, y seréis sanos.

Hiciéronlo, y él hizo lo que sabe,  
y cada cual cobró más gallardía,  
más ojos, plumas, lenguas, curso y manos.

*Gregorio López de Benavente, a los lectores*

Habiendo el licenciado Luis Barahona de Soto venido en determinación de sacar a luz estos doce cantos de su Angélica, por justas importunaciones de sus amigos, me encargué de sacallos en limpio para que se pudiese conseguir este fin, y ofreciéndoseme algunas dudas y siendo por él satisfecho dellas, me pareció haría servicio grato a los ánimos de los aficionados a las obras de ingenio si advirtiese de las mismas y de otras a los lectores, para que con más facilidad se fuesen rastreando muchos secretos y misterios que su autor debió querer asconder debajo de materia tan apacible y tratable. En cuanto a la invención de la obra, parece que como Virgilio con deseo de hacerse otro Homero en lengua latina quiso proseguir su obra, tomando aquellos mismos nombres ya conocidos de las gentes y

añadiendo otros de nuevo con que se hiciese varia la invención y más delectable, así el autor, pretendiendo hacerse otro Luis Ariosto en España, quiso proseguir de su misma invención, desde donde él deja a Angélica casada con Medoro hasta ponerla con la corona del Catayo, que por su larga peregrinación parece que había perdido. Esta imaginación es la que abrazan estos doce cantos, que es la primera parte, y así en ésta como en las demás se pretende escribir una guerra entre dos reinas, por ventura entendidas moralmente por la sensualidad y la razón, la una desposeída de su tierra propia, y la otra que la ha tiranizado. La competencia es al principio sobre la más bella y rica parte del mundo, que es la China: júntanse a ella todas las gentes dél, unas a ganalla y otras a defendella. Las de la parte que llaman diestra, que es el mediodía, en defensa y favor de Angélica, que debe ser la razón; las de la siniestra, que es aquilón, en favor de Arsace, que es la sensualidad; casi aludiendo a aquella autoridad de la Escritura: «Malum ab aquilone, et bonum a meridie», donde siempre por el aquilón (como parte ajena de la luz del sol) entendieron los escritores sagrados la parte irracional del hombre, y así dijo Lucifer: Pondré mi silla sobre aquilón. Otros muchos misterios irá sacando de aquí el que fuere curioso; a mí bástame apuntarle los que se me ofrecen al presente, y, si decir se puede, osaré afirmar que ninguna escritura profana he visto que abunde de tantos, y así, de cuando en cuando, alumbraré lo que me pareciere más oscuro porque se guste del sentido moral, dejando las fábulas y historias y metáforas poéticas, que son muchas, para quien quisiere ganar mayor honra en declararlas, y dar de todo punto satisfacción al gusto y provecho de los lectores.

*Lupus de Ribera, Doctor Teologus, Archipraesbiter Carchedonensis, a Loysio Barahonae de Soto, filosofo, medico et Vati clarisimo.*

Nemo neget nil esse tuis divinius odis,  
candidas ve elegeis sive epigrammatibus;  
macte animo Barahona novo, et divinitus alte,  
qui nunc: bella geris, dum fera bella canis.  
Perge sodes prestaque tuis ingentibus ausis  
et patriae, et patriis bis Heliu trapezan.

*A Loysio Barahonae de Soto, Filipus de Ribera.*

Iuppiter humano generi dum consulit agro,  
corpora ne morbus, cordaque cura premat;  
ecce duas supera natas demittit ab arce  
caelestem quarum poscat egenus opem;  
altera carminibus mentis demulcet amoenis,  
alterius vires comparat arte salus.

Hae sibi dum terris gratum penetrare requirunt,  
quod possint ambae nunc habitare simul;  
sote tuo geminae concordem vertice sidunt,

et ditat donis utraque diva suis.

Culta salutiferae medicinae est iuncta poesis  
in te, quem semper musica turba colit;  
dux vatum Febus medicaminis autor habetur,  
a quo laude pari doctus utrumque capis.

Articioso sumario de cada uno destes doce cantos, y de todos juntos recogidos en una estancia, por el presentado fray Pedro Verdugo de Sarriá, prior del convento de los predicadores en Archidona.

Consejos ciegos, lícitos afectos,  
astucias cuerdas y osadías dichosas,  
socorros tuertos y castigos rectos,  
y premios varios de obras hazañosas;  
principios vanos, medios más discretos,  
alegres fines, pruebas peligrosas,  
suspensos casos y estrañezas, canto,  
hasta el doceno desde el primer canto.

## PRIMERA PARTE

### CANTO PRIMERO

#### *Consejos ciegos*

*Cuéntase originalmente las causas que movieron a los tártaros para venir primera y segunda vez sobre la China, y el largo cerco del Catayo en ausencia de Angélica, sobre cuya libertad va Libocleo en compañía de Organda a consultar a Demogorgón, príncipe de las hadas, el cual, habiendo respondido a ciertas cuestiones que le han propuesto, predice lo que ha de suceder casi en todo el mundo en aquellos tiempos.*

Las lágrimas salidas de los ojos  
más bellos, que en su mal vio amor dolientes,  
y de los que siguiendo sus antojos  
vagaron por desiertos diferentes,  
entre las armas, triunfos y despojos  
gloriosos, cantaré, de aquellas gentes  
que tras su error, por sendas mil que abrieron,  
del fin de Europa, un tiempo, al de Asia fueron.

De dos contrarias reinas casi inmenso  
poder, que a la India y Cítia tan distantes  
juntó, y de dos guerreros más aun, pienso  
mostrar, de vuestra casta y semejantes;  
que si no son por quien se os paga hoy censo  
del mundo, son por quien pagárseos antes  
debiera, en cuya heroica valentía  
lo mucho que os da el cielo os prometía.

Pues ¡oh, vos, grande y única esperanza  
de espíritus gentiles, y coluna  
de sus memorias vivas!, do no alcanza  
olvido, tiempo, muerte ni fortuna;  
a cuya voluntad, ceño y mudanza,  
responde tierra, y agua, y aire, y luna,  
dad favorable espíritu a mi canto,  
que comenzando en vos se atreve a tanto.

Y recibid, según soléis, benigno  
mi ofrecimiento humilde y sus iguales,  
que no es (ya que presente pobre) indigno  
de manos generosas y reales;  
si aquí os ofrezco (aunque en metal no digno)  
las perlas que en las faldas orientales  
vertió, llorando, la que pudo y quiso  
del siglo ser infierno y paraíso.

Y entre esta y la otra perla, o fino grano  
de aljófar, que la crespá concha cría,  
aquí el rubí y allí el diamante ufano,  
que el uno al otro al sol vencer porfía,  
de aquel minero antiguo y soberano  
de vuestra singular genealogía,  
y del principio suyo, con que ha sido  
el orbe tanto tiempo esclarecido.

De aquel Bernardo, aquella gloria, digo,  
de España y Francia, y de una y otra espanto,  
que de ambas fue ya amigo, ya enemigo,  
con pecho siempre leal y celo santo;  
de tanto peso es ser de aquel Rodrigo  
origen, que lo es vuestro, y darle es tanto  
escaques de armas de ínclitos varones,  
en que él pintase al fin vuestros girones.

Mas tú de un claro espíritu y divino,  
¡oh musa, colma ya mis duras venas!,  
pues sabes los secretos por do vino  
a ser lo que sospecha el vulgo apenas,  
diciendo, en alto estilo o peregrino,  
las cosas de misterios tantos llenas,  
cubiertas de tinieblas y de errores,  
no sin afrenta y culpa de escritores.

Sabrás por qué causas fue movida  
a fatigar los reinos del oriente,  
de saña, y de furor, y ira encendida,  
la emperatriz de la tartárea gente  
allí do está la luz siempre escondida,  
y donde nunca el Sol mostró su frente,  
sobre el cimerio Bósforo, a aquel lado  
por donde el norte eriza el mar helado.

Dejando aparte el hiperbóreo suelo  
hay otro más alegre, do la tierra  
en fuerza y paz tranquila imita al cielo,  
pues nunca teme hambre, sed, ni guerra;  
allí entre montes hechos de alto yelo,  
en una gruta de cristal, se encierra  
la fada Filtorana, cuya suerte  
no está sujeta al tiempo ni a la muerte.

La cual no en otra cosa se entretiene  
que, a veces, en tejer, de seda y oro,  
aquel cendal sutil que Amor le tiene  
cubierto el ciego rostro por decoro,  
y aquel pabilo blando que mantiene  
su fuego en cera virgen, y el sonoro  
estambre, de que encuerda aquel discante  
que rompe los candados de diamante.

También, a veces, remediar procura,  
con yerbas o palabras no entendidas,  
los vicios de fortuna y de ventura,  
prestando a los defuntos otras vidas;  
verdad es que a las veces se apresura,  
y causa en el curar nuevas heridas,  
bien como al que su astucia misma ciega,  
y aparta el bien, y el mal que huye allega.

Llegó a noticia desta, un tiempo, que era

dispuesto por el cielo que Agricano,  
emperador de aquella gente fiera  
que descendió del monte Belgiano,  
vendría a morir, siguiendo la carrera,  
de Amor; el cual gran tiempo amó (y no en vano)  
su hija, de quien nieto había tenido  
y hijo, y della padre fue y marido.

La fada, por cubrir los hechos feos,  
crió en Iberia al hijo, y a la madre  
llevó tras los altísimos Rifeos,  
con la otra gente que es de Amor cofadre;  
vivió martirizado en sus deseos  
el valeroso, más que cuerdo, padre,  
que al fin, por olvidar, con mucha gente  
pasó buscando a Angélica al oriente.

Cuya belleza entonces florecía  
con fama sin igual, habiendo hecho  
temblar, en vano, cuanto seso había  
del mar de Arabia y Ponto a nuestro estrecho;  
cercóla el gran señor de Tartaría  
y conquistó su tierra, aunque no el pecho,  
que no es el ciego Amor cosa tan ciega,  
que abrace a quien por fuerza se le allega.

Después que fue de muchos defendida  
la empresa, y fue de muchos conquistada,  
dejaron muchos en su amor la vida,  
y en su crueldad la sangre derramada;  
la de Agricano entre ellas fue perdida,  
perdida y no buscada, ni vengada  
hasta que, no heredando otra persona,  
la hija vino al cetro y la corona.

Que aunque era primogénito, heredero  
del reino, Mandricardo, había salido  
vagando por el mundo aventurero,  
perdido en otro intento más perdido,  
y por su ausencia, el gran senado entero  
de la tartárea fuerza, había elegido  
por reina a la alta dama y valerosa,  
que hija de Agricano fue y esposa.

Y tuvo en su poder no sólo aquella  
antigua posesión qu'el padre había

tenido, qu'es la gente que la estrella  
del Polo ve, y en casas nunca fía,  
mas todo lo qu'el cita alcanza y huella,  
y la Sarmacia, y Ziggia o Circasía,  
con todo aquel distrito comarcano  
que tuvo el padre y que añadió el hermano.

La cual, después que reina y heredera  
se vio del largo imperio, no olvidando  
la muerte que a su padre (que antes era  
su esposo), por Angélica, dio Orlando,  
dejó su quieta silla, y brava y fiera  
se vino, el femenil valor sobrando,  
a conquistar la ajena, habiendo dado  
fatiga a lo poblado y despoblado.

Por fieras gentes y naciones varias,  
inquietas y enemigas de sosiego,  
condujo sus legiones ordinarias  
por fuerza, por amor, por precio, o ruego;  
y algunas fue dejando tributarias,  
y algunas fue allanando a sangre y fuego,  
quitándoles su ley, honor, y haberes,  
a batrios, sacas, sogdios, indios, seres.

Supeditó las tierras margianas,  
y aunque la China bien se defendía  
contra ella, fueron sus astucias vanas,  
pues del copete la ocasión tenía,  
que al fin rindió las fuerzas comarcanas,  
y asedio al gran Catayo puesto había,  
do es muerto Galafrón, su hija ausente  
holgando en los extremos del poniente.

Tres años tuvo el cerco, y el postrero,  
los chinos a tal término han venido  
que, dándole gran suma de dinero,  
con ella convinieron tal partido:  
que si en aquél no pareciese entero  
la reina, que en los dos habían servido,  
le diesen la ciudad, y juntamente  
lo que hay del Gange y su India al fin de oriente.

Y así los ciudadanos afligidos,  
habiendo largas postas enviado,  
a públicos lugares y ascondidos,

desde el Canopo ardiente al carro helado,  
y desde la ciudad a los floridos  
campos que el fresco céfiro ha ilustrado,  
y no teniendo della nueva cierta,  
estaban ya para entregar la puerta.

De aquestos un hidalgo, un Libocleo,  
de clara sangre y hijo de Astrefilo,  
tomando más a pechos, según creo,  
la misma empresa, aunque por otro estilo,  
anduvo con la fuerza del deseo  
del alto Tanais al profundo Nilo,  
vio la África y la Europa en su demanda,  
y al fin le aprovechó la sabia Organda.

Que habiendo tanto y tanto rodeado,  
de aquella conoció, por nueva cierta,  
el traje de su reina, y el estado,  
y cómo se casó, y que no era muerta,  
mas qu'ella con Medoro había llegado,  
y estaba presa, en la ínsula desierta,  
donde el poder del Orco tan grande era  
que de su libertad se desespera.

Y supo juntamente qu'esta fada,  
con todas las demás quería juntarse  
en un concilio, a que antes fue emplazada,  
do un grave caso había de consultarse;  
rogóle y aun metióse en la jornada,  
quiriendo de sus fuerzas ayudarse,  
que de la libertad allá tratase  
de Angélica, y consigo le llevase.

Organda, aunque no afable ni amorosa,  
forzada de su mucha cortesía,  
por una senda varia y salebrosa,  
le puso al pie del monte qu'él pedía;  
le puso y le dejó, que a fada o diosa  
apenas se concede, y aquel día,  
y en otro aun a ellas mismas es vedado,  
y nunca es de mortales pies pisado.

Entre India y Citia sube el monte oscuro  
con ciegas nubes, y su cuello empina  
sobre el Imabo y Caspio, tan seguro  
que cumbre igual no ha visto allí o vecina,

a do, cercado cual de cava o muro,  
de cavernosos riscos y ruina,  
tan alto un templo insigne se levanta,  
que con su frente casi al cielo espanta.

Allí Demogorgón, que enfrena y rige  
las fadas, cada lustro las juntaba,  
los hechos y aun las leyes les corrige,  
sus aranceles rompe y otros clava;  
a cuál con suspensión de oficio aflige,  
a cuál por premio y por favor alaba,  
a cuál castiga, a cuál le recompensa  
el daño, si le han hecho alguna ofensa.

Pues siendo el año y día en que conviene  
juntarse a cortes o al fatal consejo,  
cual del Ibero, cual del Indio viene,  
cual del Hircano, cual del mar Bermejo,  
sin enfrenar caballo y sin que pene,  
con yugo, del novillo el sobrecejo,  
sin fatigar el mar ni el suelo duro,  
rompiendo la región del aire oscuro.

Y al tiempo que llegaba Organda, fueron  
llegadas otras muchas más honrosas,  
que de oro y varias perlas compusieron  
sus ricas vestiduras y preciosas,  
con que en el consistorio parecieron,  
las unas y las otras deseosas  
de preferirse en la belleza a ciento,  
y en gala, y tiempo, y en lugar y asiento.

Morgana sola, no como solía,  
ni primera, ni más aderezada,  
mas siendo junta ya la compañía  
llegó, y más de una cosa ya tratada,  
suelto el cabello al viento se rompía,  
muy sucia y de sí misma despreciada,  
del traje y parecer que tuvo cuando  
cazada y presa fue del conde Orlando.

Al gran colegio se humilló, y camina  
a sentarse en el más humilde puesto,  
y, cual con hondo pensamiento, inclina  
la vista a tierra, y no levanta el gesto;  
a tiempo que algún caso grave Alcina

quería tratar, ya en pie, y viendo dispuesto  
el cónclave al mayor daño presente,  
así le aplicó el suyo diestramente.

¿Qué no se esperará de aquí adelante  
en daño nuestro?, ¿en qué será estimado  
nuestro poder?, si un caballero andante  
ha sido sin castigo tan osado;  
aquel señor de Brava, aquel de Anglante,  
si ha sido siempre y es demasiado,  
aquí en Morgana quiero que se vea,  
que bien lo muestra el rostro y su librea.

¿Quién hay que ya no sepa claramente  
el mal que ha recibido de sus manos?,  
o viva en los desiertos do no hay gente,  
o allá en los garamantas o britanos;  
la destrucción de su hermosa fuente,  
sus dragos muertos, muertos sus lozanos  
y fuertes toros, su poder rompido,  
y el edificio ilustre consumido.

Y no con esta injuria asaz contento  
seguilla, y alcanzalla, y aun prendella,  
¡qué ofensa!, ¡qué castigo!, ¡qué escarmiento!,  
hacer escarnio, y risa, y burla della,  
tomalle el inviolable juramento,  
y que, por si no pueda hablar ella,  
ni otra en su lugar, ni quita fuerza  
el alegar que hecho fue por fuerza.

Así quedó privada de esperanza  
aun de llorar su misma desventura,  
pues ni tratarse puede de venganza,  
ni desealla, sin quedar perjura;  
a todas toca, a cada cual alcanza,  
pues ella no lo trata ni procura  
por no poder, y es bien que se provea  
(aunque ella niegue) que vengada sea.

Sufriéndose esta injuria, nos manchamos  
de infame cobardía y de vileza,  
y más que a nuestro imperio le quitamos  
el niervo principal de su grandeza,  
y a otro la ocasión y puerta damos  
con que se atreva a darnos más tristeza,

pues quien se venga bien, demás que ofende  
a su ofensor, de muchos se defiende.

Así alargó su habla, disponiendo  
las fadas a vengar el común daño,  
el caso muchas veces repitiendo  
por vario y detestable, y muy extraño,  
después a Falerina introduciendo  
también le hizo, con discreto engaño,  
pedir la injuria, hasta allí olvidada,  
del jardín roto y la perdida espada.

Las cárceles quebradas, la ruina  
y el menosprecio, hizo allí patente,  
que recibió de Astolfo Dragontina,  
y al fin de Orlando y la francesa gente;  
también las fadas blanca y negra inclina  
que la muerte de Orilo juntamente  
añadan, y con este y otro exceso,  
más hojas y cuadernos al proceso.

Después mostró agraviada la Osofana,  
la Lematuria, Antandra, y la Circina,  
la Febosila, y Marcia, y Filtrorana,  
y la Volupia, y Brigia, y Aquilina,  
cual del esposo fiel de Galerana,  
cual del de Flor de Lisa, y de Armelina,  
y todas, con razón más clara y cierta,  
del hijo de Beatriz y del de Berta.

Mas nunca Alcina en esto se metiera,  
ni la ira le mudara el bel semblante,  
si al claro hijo nunca conociera  
de la infelice hija de Aygolante;  
de verle o de gozarle desespera,  
y amor y odio en el cerebro amante  
pusieron mil imágenes, do alcanza,  
aquí restitución, allá venganza.

Perder no pudo, del profundo seno,  
que le hubiese Rugero así huido,  
no sé si más de amor que de ira lleno,  
que mal tras tanto amor se sigue olvido,  
mas presto se convierte en el veneno  
del odio, que uno y otro es producido  
del arco mismo con que el dios ofende,

qu'el alta brasa yela y nieve enciende.

Y así turbar la Francia procuraba  
con tal revolución que, destruida,  
dejase Bradamante a aquél que amaba,  
y que él volviese a la viciosa vida;  
para esto vio también lo que importaba  
la libertad de Angélica perdida,  
y della puso al príncipe demanda,  
si no es que la esforzó y la puso Organda.

Sobre esto a la memoria reducía  
aquel hadado anillo y lanza de oro,  
las armas y el caballo de Argalía,  
indigno de apreciarse por tesoro,  
y el gran valor que Galafrón tenía,  
que, en cuanto pudo, engrandeció su coro,  
y de su bella hija la importancia,  
para la muerte general de Francia.

Los daños hizo al fin universales,  
y general la queja astutamente,  
y que debían hacer castigos tales  
que no sólo uno sea el que escarmiente,  
mas todo el que a las alas desiguales  
del águila soberbia alza la frente,  
y aquel de quien por cierto se tenía  
que si no le estorbasen la alzaría.

Aquí cesó de razonar cansada,  
aunque no fue concluso su proceso,  
que la querella se dejó entablada  
porque se fortalezca en el progreso;  
después dio quejas otra y otra fada,  
herida la una y otra hasta el hueso,  
haciendo más odioso de continuo  
el nombre de uno y otro paladino.

Si no es Morgana, todas juntamente  
a voces piden el común castigo  
en la romana y la francesa gente,  
sin reservar amigo ni enemigo;  
cual por agravio hecho abiertamente,  
y cual por odio, y cual porque consigo  
tiene rancor e invidia, en vituperio  
de la grandeza del romano Imperio.

El público rumor también resuelto  
quedó, en que debe Angélica librarse,  
que si es su cuerpo de prisiones suelto  
podrán con él mil almas añudarse,  
será el agravio general absuelto,  
vendrá la Francia y Imperio a castigarse,  
ni de Águila habrá seña, o Flor de Lis,  
ni memoria de Roma o de París.

Demogorgón, que tiene ya entendida  
la queja, y cuanta parte tiene en ella,  
pues su grandeza halla y ve ofendida  
tras la común ofensa y la querella,  
tres veces su cabeza sacudida,  
eriza cual león las cerdas della,  
y arruga la cuadrada y dura frente,  
hablando así discreta y sabiamente:

Morgana el daño ajeno verá cierto  
si tuerce el rostro en bien de su enemigo,  
pues nunca el enemigo descubierta  
ofente tanto como el falso amigo,  
ni el hombre vivo en muchos vicios muerto  
lo puede estar para su bien consigo,  
ni la promesa y la esperanza ha hecho  
menos que alzar a un vano intento el pecho.

Y al fin hadado amor traerá a Rugero  
y acabará, olvidada Bradamante,  
la espada ganará el bastardo ibero,  
con ella morirá el señor de Anglante,  
seréis vengadas todas por entero,  
mas antes, por el oro del levante,  
veréis dudosa mi verdad y incierta,  
y en vuestro seso la esperanza muerta.

Si no queréis ver rota la coluna  
de vuestro ingenio, en su primer batalla  
no pongáis duda, que a su bien repuna,  
de aquél en su tercera es bien guardalla;  
en guerras desiguales, y en fortuna,  
y en aplazado campo, al fin con malla  
y arnés vestida, y con la espada amiga,  
ni rota podrá verse ni en fatiga.

¡Oh, firme, y fuerte, y de muy larga vida,  
si nunca ante la bella se rindiere,  
o si con ella su interese olvida  
y no la amase ni la aborreciese!  
romperse ha la prisión do está metida  
con mengua cada cual del interese,  
ya de la maga, ya del Orco fiero,  
cuya secreta historia abriros quiero.

Neptuno, Amor, y Marte, un tiempo fueron  
en grande división y diferencia,  
que el principado entrellos pretendieron  
y a Júpiter lo dejan en conciencia;  
él y los que con él allí estuvieron  
a mí me remitieron la sentencia;  
yo dije que el que de los tres hiciese  
mayor hazaña, el principado hubiese.

Y en la contienda el dios del mar, queriendo  
ser el primero, hizo que engendrado  
de un hombre humano fuese el Orco horrendo  
en su ballena (o carne sea o pescado),  
a igual de el grande pecho el cuello abriendo,  
que Láquesis predijo que ahogado  
había de morir, y afirmó Cloto  
que no, si no de arriba abajo roto.

Y así le hizo de una piel tan dura,  
templada ya en las aguas, ya en el fuego,  
que no hay arnés tan fino, ni armadura  
que muestre en su defensa más sosiego;  
de Atropos supo que de amores jura  
que ha de morir, y así le hizo ciego,  
y sin distinto sexo, y más hiciera  
si corazón y seso no le diera.

Con esto vive el Orco incorruptible,  
de lazos muy seguro, qu'el garguero  
de humana fuerza no es comprehensible,  
que con el pecho tiene un hueso entero,  
y más de hierro, que es indivisible  
aquel cerdoso y encantado cuero,  
y de concupiscencia, que o es pece,  
o ni es varón, ni hembra, ni apetece.

Verdad es que consigo una matrona

ha mucho tiempo que conserva y tiene,  
mas es porque entretenga su persona  
en lo que más le agrada o le conviene,  
la vida a sola aquélla le perdona,  
y mata toda cuanta gente viene:  
los hombres luego, y las mujeres guarda  
para el efecto mismo, aunque se tarda.

Ha muchos años ya que el monstruo dura,  
Neptuno vive alegre y confiado,  
que la sentencia tiene por segura  
y casi goza el alto principado,  
Mavorte brama y pierde la cordura,  
y Amor está encogido y fatigado;  
ninguno de los dioses hablar osa,  
y espérase el suceso de la cosa.

Pero dejada toda historia aparte,  
conviene que se apreste luego Alcina  
para el poniente, y a la diestra parte  
derrame sus engaños Falerina,  
a la siniestra busque por qué arte  
los mares alborote Dragontina,  
y vaya do quisiere esotra gente,  
que Filtrorana basta para oriente.

Dijo, y sin tardar más, en un momento,  
no pareció, y dejando aquel gobierno,  
se vio del templo solo el fundamento,  
que todo lo demás tragó el infierno;  
el austro, el aquilón, y el otro viento  
que en el poniente es amoroso y tierno,  
las llevan, cada cual leda y ufana,  
quedándose en el euro Filtrorana.

La cual ha mucho tiempo que tenía  
en su poder, el hijo incestuoso  
del gran emperador de Tartaría,  
hadado como Aquiles el famoso;  
con leche de leona y tigre cría  
el niño, que ya es mozo valeroso,  
quíerelo mucho y aun su muerte siente,  
que sabe que le aguarda en el oriente.

Y así mil veces le amonesta en vano  
que no vaya a la India ni la vea,

y que en el pueblo moro o el cristiano  
podrá ganar la gloria que desea,  
y si vengar la muerte de Agricano,  
su padre, quiere, que muy cierto crea  
que en el ocaso, con diversa suerte,  
está quien le mató y causó la muerte.

Con cuentos de Marsirio, y de Agramante,  
y de Gradaso, y Carlo, al mozo tiene,  
y del gran Rodomonte y Sacripante,  
entretenido el tiempo, y cuando viene  
en ocasión, con obras y semblante  
del fuerte Mandricardo, le entretiene;  
que así en la iberia y en la selva hircana,  
le tuvo muchos años Filtorana.

Parte en la Iberia donde fue nacido,  
de venenosos animales llena,  
ya por el monte Cáucaso crecido,  
que toda la circunda y encadena,  
ya por el Ponto y Colcos le ha traído,  
mas siempre, en el desierto o en la arena,  
contino con un solo compañero,  
y a veces con el rey de Ponto fiero.

Cien lenguas lo enseñó perfectamente,  
que cada cual hablaba y respondía,  
y las tres artes con que fue elocuente,  
tras de contar, medir, y astrología;  
en música salió más excelente  
que en toda la demás filosofía,  
que dicen que aplicaba el pensamiento  
más a imaginación que a entendimiento.

Después danzar, después luchar le enseña,  
jugar la lanza y revolver la espada,  
que aquella edad tan tierna, de pequeña  
es bien que crezca en esto ejercitada;  
con letras solas sale zahareña,  
de sus provechos floja y descuidada,  
sin letras ruda, y desta sutileza  
el cuerpo y alma adquiere igual destreza.

Después en ejercicios de la caza  
gastarle hace muchos ratos vanos,  
do no con solas liebres se embaraza,

leones rinde, y osos mata hircanos,  
a pie las tigres sigue, y despedaza  
las hienas y serpientes con sus manos,  
y a veces a caballo, al cual primero  
le hizo corregir con duro acero,

y a veces no rendido, aunque domado  
sin qu'el feroz vigor perdido hubiese,  
sin silla se lo dio y desenfrenado,  
y le mandó que así le corrigiese,  
haciéndole saltar de cada lado,  
y que de encima dél corriendo asiese  
la lanza, que en el suelo está tendida,  
y alguna pieza sin sazón perdida.

Después que varias vueltas dio desnudo,  
o con vestido y hábito ligero,  
y que sufrir arnés y yelmo pudo,  
vestir le hizo de pesado acero,  
ceñir espada y embrazar escudo,  
mas orden no le dio de caballero,  
ni usar de su nobleza le consiente  
hasta que lo reciba en el poniente.

A do, por ruego de las fadas, piensa  
encaminalle; porque se entendía  
que sólo el mozo a la común ofensa,  
venganza muy bastante prometía;  
que de su honor y daño, recompensa,  
matando al conde Orlando, les daría;  
pues ya Demogorgón dijo primero:  
la espada ganará el bastardo ibero.

Mas aunque cierto por aquí se entiende  
que en manos deste ha de acabar Orlando,  
no sabe si el pronóstico se extiende  
a que ambos mueran juntos peleando;  
resfríala el miedo y el deseo la enciende,  
y entre ellos se anda el tiempo dilatando,  
mil pensamientos mira, muda, y vuelve,  
y destes en ninguno se resuelve.

Aflígese ella misma, y se consuela,  
y esfuérase con esto finalmente,  
que si es la lid en Francia no hay que duela,  
que el mozo ha de morir en el oriente;

también conoce, por igual cautela,  
que Orlando ha de morir en el poniente,  
y así juntallos en París procura,  
do tiene por ganada la aventura.

Mas a la fin, con pecho temeroso,  
temió la vuelta que fortuna puede  
dar en las cosas, y que un fin gozoso  
frustrado en medio de esperanzas quede;  
temió qu'el Conde siempre fue dichoso,  
y que en valor a todo el mundo excede,  
y cuántas veces le tiñó la espada  
la sangre de Agricano desdichada.

Temió también que la ocasión podría  
mudar cualquier prudencia de ligero,  
mudar el hado, y el lugar, y el día,  
y el fin dudoso en otro lastimero,  
en cuanto la batalla se haría  
do el Sol se ve resplandecer primero,  
donde su dicha o la hadada historia  
negaban al mancebo la victoria.

Temió también que si éste fue hadado,  
de la cabeza al pie con fuerza tanta,  
también al Conde guarda el mejor hado  
de los cabellos altos a la planta,  
en cuánto será Orlando mejorado,  
y de la espada, donde el verso canta:  
con ella morirá el señor de Anglante;  
no se entendió y se entenderá adelante.

Ningún adivinar salió tan cierto  
que no pueda exponerse de otra suerte,  
y es éste tan dudoso y encubierto  
que no hay quien lo construya ni concierto,  
que o dice allí con ella ha de ser muerto,  
o durará con él hasta la muerte;  
bien puede ser triunfante y poseella,  
gozalla siempre, y aun morir con ella.

Así que tales cosas revolviendo,  
la fada amorosísima, en su pecho,  
estaba el vario caso difiriendo,  
por ver neutral y tan incierto el hecho,  
aunque en la profecía está leyendo

un verso abajo puesto en su provecho,  
do dice, declarando lo primero:  
seréis vengadas todas por entero.

Morgana a tal sazón no había olvidado  
su ofensa, ni este medio a su castigo,  
mas busca el que le fue profetizado  
si tuerce el rostro en bien de su enemigo:  
ya intenta ver a Orlando coronado,  
y váse a España al rey Alfonso, amigo  
de Carlos y cuñado, en quien secreto  
movió un piadoso celo y no discreto.

Que, pues de sucesores carecía,  
si a Carlo en su derecho instituyese,  
que ya era rey de toda Berbería,  
haría que él de España lo fuese,  
y, así como Agramante, moriría  
Marsirio, por do toda Europa hubiese  
la bendición, que al alma ayuda tanto,  
del gremio de la Iglesia sacrosanto.

Por esta parte piensa levantalle,  
a Orlando, el seso a pretensiones vanas,  
pues cierto Carlos querrá España dalle  
en pago de sus obras soberanas;  
mas, porque en tal sazón no hay cierta, calle,  
por causa de otras guerras comarcanas  
dejólo así, y volvió sin dar la mano  
a ver do para el hijo de Agricano.

El cual, como animoso, bien quisiera  
salir de aquellas selvas, y ir buscando  
con quien mostrar ser hijo de quien era,  
las fieras y selvajes despreciando,  
cuando un pequeño barco en la ribera  
de un río, que del Norte frío abajando  
lo que hay de allí al gran seno de Isos riega,  
halló, y metióse en él, y al mar navega.

Ni sabe a dónde va, ni a do camina,  
en el profundo piélago metido,  
ni más que cielo y agua determina  
que hubieran otro esfuerzo confundido;  
mas él va alegre, porque se imagina  
de aquella oscura confusión salido,

de Marte por ventura gobernado,  
pues fue para su gloria preservado.

Mas en el tiempo que sintió Neptuno  
la carga sin igual, que al mar espanta,  
su cárdeno color vistió de bruno,  
y con furiosas olas se levanta;  
mostróse con bramidos importuno,  
con tempestad tan grande y furia tanta,  
que el cielo con el mar se confundía,  
y el mar entre sus pies los aires vía.

Piloto nuevo, y nuevo marinero,  
y navegante nuevo el mozo siendo,  
un poco resistió al destino fiero;  
mas contrastar las ondas no pudiendo,  
licencia sin temor le dio al madero,  
soltando el remo y entre sí diciendo:  
¿de qué me valen esperanza y miedo?,  
gobiérnete fortuna, qu'yo no puedo.

Tan a su gusto va y tan descuidado,  
si ve subir el barco hasta el cielo  
y si lo ve bajar, como arrojado,  
a los abismos últimos del suelo,  
como el que en tales cosas se ha soñado  
y sueña que lo sueña sin recelo,  
que aunque de verse fatigar se duela,  
con entender que es sueño se consuela.

Parece que le dicen al oído:  
tu vida en mil peligros va segura,  
para mayores cosas has nacido,  
y para más te guarda tu ventura;  
cual dijo, entre las ondas sumergido,  
el otro, en semejante coyuntura,  
al pescador Amiclas: «Calla amigo  
que César y su dicha van contigo.»

Yo sé que alguno, que entender porfía  
las cosas, llamará locura aquesta,  
ajeno de primor y cortesía,  
y lleno de simpleza manifiesta,  
mas yo por discretísima osadía  
la tengo, que en gentil valor se enhiesta,  
pues la esperanza de notables cosas

se debe a las personas generosas.

Y tengo por discreto pensamiento  
el que lo que por fuerza ha de ser hecho,  
aunque en su daño, hace muy contento,  
quedando de su suerte satisfecho;  
así llevado del furor del viento,  
ya por camino tuerto, ya derecho,  
el animoso mozo una mañana,  
se vio salir en un puerto playa llana.

Sentóse a reposar de la fatiga  
que la tormenta al cuerpo había causado,  
no al alma, de descansos enemiga  
si por la gloria es el trabajo amado,  
y aunque la hambre a destemplanza obliga,  
no ocupa de las frutas el templado  
estómago, ni excede al ordinario  
manjar que es a la vida necesario.

Mas mira al mar y al vario movimiento  
con que sus montes de agua levantaba,  
la gran batalla de uno y otro viento  
con que, azotado, el fiero mar bramaba;  
volvió después los ojos al concento  
que, con diversas voces, ordenaba  
la confusión, de tantas voces varia,  
tan dulce cuanto menos ordinaria.

En esto aun nunca Filtorana había  
echado menos su presencia amada,  
que en sí los varios casos revolvía  
de la India, que le estaba encomendada;  
la rica tierra que los seres cría,  
de do la seda al mundo fue enseñada,  
y toda Margiana fue midiendo  
y por la ilustre China discurriendo.

Buscando por qué modo Arsace pueda,  
triunfando del Catayo y de su gente,  
subir a lo más alto de la rueda  
que le ofreció fortuna en el oriente;  
y así a la fada indujo (que atrás queda,  
qu'es tarde sabia y poco diligente)  
un yerro, bien contrario a su deseo,  
con que engañase al ciego Libocleo.

Sabia qu'este cuerdo caballero,  
por el Catayo, a Organda fue enviado  
a que supiese della el verdadero  
suceso de su reina, y el estado,  
y así engañóla, y dijo que del fiero  
poder del Orco nadie se ha librado;  
forzóla a que esto oyese y entendiese,  
y que esto al mensajero le dijese.

Porque después que oyó la profecía,  
por falta de su ingenio no entendiendo  
el verso oscuro, en que se prometía  
lo que ella va buscando y pretendiendo,  
de ver la bella libre desconfía,  
según lo que del Orco está diciendo  
Demogorgón, que en modo razonable  
le demostró invencible y insuperable.

Y así con voz llorosa y fatigada,  
al noble caballero le amonesta,  
que deje por superflua y excusada  
de libentar su reina la recuesta,  
y pues que mucha tierra es conquistada,  
que rinda sin defensa la que resta,  
y que el intento a los cercados mude,  
porque a ellos y a su patria en algo ayude.

Probóle que ninguno está obligado  
a más de lo posible, y que el amigo  
que a algún amigo lo que basta ha dado,  
lo que le resta ha de guardar consigo;  
y pues hacienda y sangre ha derramado,  
como uno y otro ejército es testigo,  
por su señora, y sabe que es perdida,  
no debe derramar también la vida.

Y más si de perdella y derramalla  
a Angélica le viene poco fruto,  
pues no podrá del Orco liberalla,  
cuyo poder y mando es absoluto;  
ni puede con riquezas rescatalla,  
ni dalle algunas parias ni tributo,  
por donde se conozca, agradecida,  
su voluntad y fe jamás rompida.

También, para inducillo a tal intento,  
le trujo aquellos miedos al sentido  
que da la ciencia al tibio entendimiento,  
curioso en procurar lo no venido;  
acuérdale que en signo erró violento  
el Sol y Luna, al tiempo qu'él nacido  
fue al mundo con aspectos que, en su abismo,  
le muestran parricida de sí mismo.

Y más que si la guerra va adelante  
por fuerza, le probó que al fin rendida  
la China sería a Citia, y de pujante  
vendría a desolada y destruida;  
mostróle que la gente de levante,  
de tierno pecho y delicada vida,  
no basta a defenderse del airado  
y duro cita, a guerras enseñado.

Mostróle que después de haber salido  
con la victoria, en vano deseada,  
si a Galafrón y al hijo habían perdido,  
y Angélica está siempre encarcelada,  
debía un nuevo rey ser admitido,  
y si éste acaso no agradece nada  
(costumbre de los príncipes más cierta),  
que en él sería su fe, aun con obras, muerta.

## ADVERTIMIENTO

En este primero canto se entabla todo el artificio de la obra, y aunque hay mucho que poder decir sobre él, solamente diré lo que la mayor parte de los hombres curiosos no habían advertido en los Orlandos (aunque a otros más doctos les habrá sido más fácil), que por las fadas quisieron estos escritores entender los afectos del ánimo sensitivo, y así ninguna fada hay que no signifique uno dellos, a veces antes que llegue a ser vicio o virtud por elección de la voluntad, y a veces después de serlo y estar confirmada en ello. Alcina significa el apetito carnal, la cual, como se vio en el Furioso, tuvo presos a Rugero y a Astolfo y a otros muchos, que convirtió en mirtos, árboles dedicados a Venus. Morgana es el apetito de riquezas, las cuales despreciaron Orlando y los demás paladines, y por esto la maltrató, como se cuenta en el Enamorado, y sacó de su poder a Zilante hermano de Brandimarte, por lo cual ella los perseguía. Por Febosila, se entendió el deseo de fama, y ésta hadó el caballo a Brandimarte, como lo cuenta el Boyardo. Por la Osofana, el coraje y valor juvenil. Por Lematuria, la soberbia. Por Falerina, las astucias y engaños, o la disposición natural que hay para dañar con ellos. Por Filtrorana, el apetito amoroso. Solamente una vez salió el Ariosto desta cuenta, y metió a la fada Logistila, que

significa la razón, que no es afecto, ni de los afectos que he dicho. Por la gruta de cristal debajo del norte (donde vivía Filtrorana) se entiende la imaginación. Por el monte donde hizo el concilio entre la India y Citia, (que es lado diestro y siniestro del cuerpo, o cerebro y hígado) se entiende el corazón, donde (según Platón) tienen estos afectos su asiento. Por Demogorgón, (que significa, según Boccaccio, dios de la tierra) se entiende la fuerza del mismo corazón, el cual adivina muchas veces lo que ha de suceder. Por Libocleo, enviado a buscar a Angélica, se entiende el pensamiento. Por Organda, la estrechura, o necesidad, o el afecto, que se sigue della, y suele turbar el seso para no acertar en lo que le conviene.

## CANTO SEGUNDO

### *Afectos lícitos*

*Organda, engañada por la fada Filtrorana, da desesperada respuesta en su pretensión a Libocleo; cuéntale la prisión de Angélica y el amor excesivo que tuvo a Medoro, despreciando los demás amadores que había tenido, y últimamente su casamiento, y después aconséjale que sirva a la reina Arsace, que iba de victoria, y al fin encuentra y pelea con el rey Clarión de Persia, y oye el incendio del Catayo de boca de su mismo padre.*

Un pecho generoso, agradecido,  
a cuánto noble intento ha satisfecho,  
y cuánto pensamiento habrá crecido  
por esta paga, y cuánto heroico hecho  
y cuánta gran hazaña habrá ascondido  
el brazo valeroso, el docto pecho,  
por no ser su grandeza (aunque loada  
del mundo) agradecida ni premiada.

Un triunfo insigne de la fuerte Roma,  
o una corona de la sabia Atenas,  
¡oh cuántos reinos poderosos doma,  
y cuántas ciencias hace ser más llenas!;  
que si los premios faltan, con que toma  
aliento el seso y vivo humor las venas,  
también les falta espíritu contento,  
con que el esfuerzo crece y pensamiento.

No fuera, no, Pompeyo quien ha sido  
sin triunfos, y mejor su suegro fuera  
con ellos, y Escipión agradecido

mejor mayores cosas emprendiera,  
y Homero más hubiera florecido  
si su Alejandro o Tolomeo le viera,  
y en vano el gran Virgilio le imitara,  
si un César y un Mecenas no hallara.

Y sin su duque, el ferrarés divino  
Luis (digo) Ariosto (cuya gloria  
al vuestro para más le abrió camino)  
no diera fin glorioso a su alta historia;  
haced, pues, vos, señor, mi aliento dino  
de que él os muestre digno de memoria,  
pues veis que sube, cuando más, la fuente  
al peso de do abaja su corriente.

Y aun la virtud a veces va menguando:  
si el pago ve que en otros es contrario  
de lo que se le debe, irá dejando  
de serle el noble aliento tributario;  
si por su justo celo están penando  
Temístocles, Terpandro, y Belisario,  
¿cómo no perderá el gentil deseo  
el mal aconsejado Libocleo?

Al cual la fada siempre refería  
el gran poder del Orco y fortaleza,  
las señas y las fuerzas que tenía,  
que sobran la mortal naturaleza;  
también le afirma que ella no podía,  
ni halla en l'arte maga sutileza,  
con que vencerle ni librar la bella,  
y que las otras fadas menos que ella.

El chino la oye a veces suspirando,  
y a veces muchas lágrimas vertiendo,  
aquello y esto a veces preguntando,  
y en lo otro y en aquesto repitiendo;  
la fada, porque ya le va cansando,  
o por irle el camino entretiniendo,  
así le hizo un dulce parlamento,  
tomando de principio el largo cuento:

Angélica, que esquiva y desdeñosa,  
en pecho y rostro, se mostró contino  
a las flechas de Amor, y victoriosa  
salió del agua que hadó Merlino,

ya Libocleo sabrás que por esposa  
se dio de un mozo oscuro sarracino,  
al cual de vida casi halló suelto  
y en polvo, y en sudor, y sangre envuelto.

También sabrás de cuántos fue servida,  
mejor diré de cuántos adorada,  
y cuánto a todos desagradecida,  
no diga descortés y mal mirada,  
también sabrás cuan blanda y comedida,  
el triste rostro y sangre derramada  
del bello joven, la volvió al momento,  
que Amor tiranizó su pensamiento.

Y cómo ya olvidada la asquerosa  
de su primor y gusto mal sufrido,  
no fue de untar sus manos desdeñosa  
en los ungüentos y el humor podrido,  
y no se despreció de ser esposa  
de un hombre oscuro, bárbaro y vencido,  
dejando en el levante y el poniente,  
en menosprecio, tanta ilustre gente.

Perdone el valentísimo Agricano,  
perdone el venerable Sacripante,  
perdone Orlando, y el de Montalbano,  
y Ferraguto, y tanto fiel amante,  
que un brazo fuerte, y una larga mano  
y una alta sangre, con un bel semblante  
no deben competir, ni aun ciencia rara,  
si tiene Amor el tribunal y vara.

¿Qué hizo el gran señor de Tartaría  
por esta dama?, y ¿qué verán escrito  
que hizo aquel de Anglante?, y ¿qué haría  
un Menadarbo, gran Soldán de Egipto?;  
pues el de España y el de Circasía  
pasaron como término prescrito,  
cual rico, cual cortés, cual sabio y fuerte,  
y todos negociaron de una suerte.

Medoro pobre, flaco, extraño, oscuro,  
herido y afrentado, bajo y solo,  
rompió del corazón el fuerte muro  
que incorruptible fue de uno a otro polo,  
¿qué fuerza?, ¿qué amenaza?, ¿qué conjuro?.

¿qué beneficio? (si hay alguno, ¿a dolo?),  
movió aquel pecho humano ya de cera,  
que fue de pedernal si no de fiera.

¡Oh! cuántas amenazas arrogante  
le hizo entre sus fuegos Agricano,  
y qué servicios fieles Sacripante,  
y cuántos más el senador romano,  
qué ruegos Ferraguto, el ciego amante,  
y por sus miedos Argalia su hermano,  
qué encantos Malgesí, y aunque postrero  
qué beneficios el gentil Rugero.

Y nunca todos estos merecieron  
no digo las riquezas y despojos  
que a Medoro tan alto le hicieron,  
mas dulce risa o apacibles ojos;  
en pago de su amor, parte murieron,  
y parte morirán con sus enojos,  
y Orlando, el principal enamorado,  
por ella de juicio fue privado.

Y habiendo el duro arnés y fuerte escudo,  
la espada y el caballo despedido,  
teniendo el casto cuerpo al sol desnudo,  
errando en varias partes sin sentido,  
acaso haber entre sus manos pudo  
los dos amantes fieles, que habían sido  
la causa de su daño y, libremente,  
pasaban a las Indias del Oriente.

No les valió la singular belleza  
que a más de un alma hizo tanta guerra,  
ni el pastoral vestido y la simpleza,  
que tanto disimula y tanto encierra,  
ni de su palafrén la ligereza,  
qu'el uno y otro puesto quedó en tierra:  
Medoro por su dicha preservado,  
y Angélica por dicha, y arte, y hado.

Tres cosas que bastara cada una  
a dar salida a un peligroso trance,  
mas la que hizo más fue la fortuna,  
sin quien no hay arte o hado que honra alcance,  
porque ésta, que a los dos desde la cuna  
guardó, para enseñar de lance en lance

lo mucho que en el bien y el mal se muestra,  
del Conde los libró y su furia diestra.

El cual de una puñada, sin sentillo,  
rompió la frente y derribó el caballo  
del mozo, que fue en vano allí a herillo  
y absente pudo tanto lastimallo,  
y al palafrén de la que con su anillo,  
más que antes con su luz, bastó a cegallo,  
forzó a pasar por el estrecho a nado,  
dejando a pie uno y otro enamorado.

Mas ya después que del furioso Orlando  
quedó en lo raso Angélica ascondida,  
merced del sacro anillo, que hurtando  
las sombras hacia sí le dio la vida,  
un poco la cabeza levantando  
a su Medoro vio, que por perdida  
llorando la buscaba como absente,  
con rostro triste y corazón doliente.  
Enhiesta el cuello en alto el mozo y mira  
acá y allá, volviendo sin sosiego  
los codiciosos ojos, de do tira  
Amor sus flechas de veneno y fuego,  
y no viendo a su bien gime y suspira;  
culpa de aquél por quien se halla ciego,  
de aquél descomedido anillo (digo)  
que no conoce amigo ni enemigo.

Y cual el amador novillo suele  
cercar el monte, río, valle y sierra,  
y en toda parte escarba, mira y huele,  
buscando por perdida su becerra,  
y en testimonio fiel qu'el mal le duele  
con sus bramidos turba cielo y tierra,  
así Medoro, triste y fatigado,  
replica y llama el dulce nombre amado.

Angélica mil veces va diciendo,  
suenan la voz, retumba y vuelve el viento,  
Angélica mil veces repitiendo,  
y sobre mil y mil, un cuento y ciento;  
el río, el aire, el cielo, que corriendo  
pasan, se paran, y oyen su lamento,  
y a repetir le vuelven, sin consuelo,  
Angélica, aire, y río, y tierra, y cielo.

Si algún estruendo, aunque pequeño, siente,  
si un bulto se le finge, aunque no sea,  
si l'agua hace un son confusamente,  
si al aire cualquier hoja se menea,  
(¡oh triste del que espera, o del ausente  
o del que amando muere y devanea!),  
Angélica parece, y se le antoja  
el bulto, estruendo, l'agua, el aire, y hoja.

El árbol de figura cierta ajeno,  
(ajeno por la gran distancia, digo,  
que no le coge con la vista en lleno),  
también entiende que es el cuerpo amigo;  
después a Orlando vio en el palafreno,  
sospecha si la lleva allá consigo,  
o si se la tragó el abismo o suelo,  
o si la subió Júpiter al cielo.

A todo halla ejemplo con que aprueba  
aquel recelo, con que está muriendo,  
pues ve, pensando, a Neso que se lleva  
a Deyanira, de Hércules huyendo,  
y al águila tras esto, que releva  
a Ganimedes y le va subiendo  
a la alta mesa de los dioses dina,  
y ve tragar la tierra a Proserpina.

Mas ¿qué imaginará quien amor siente  
que no lo halle fácil y probado?  
y ¿qué sospecha le llegó al ausente  
que no sea cierta siendo enamorado?;  
así, haciendo muy copiosa fuente  
de sus hermosos ojos, el cuitado,  
con los diversos pensamientos para,  
cual si en alguna cosa no pensara.

Como el lebrél que habiéndose perdido  
de su señor, a quien conoce y ama,  
tras éste y tras aquél perdió el sentido  
y de conocimiento se derrama,  
y al fin, con varias gentes confundido,  
ni ve quien le amenaza o quien le llama  
(que toda fuerza intensa o luz difusa  
se cansa y hace flaca y más confusa),

y, estando puesto en tan dudoso espanto,  
sin saber qué se haga ni a do vaya,  
faltó el humor, faltó la voz al llanto,  
y faltando alma y vista se desmaya;  
Angélica no pudo sufrir tanto,  
que la pellica pastoral y saya  
al cuerpo amado dio al caer por lecho,  
y la cabeza recogió en su pecho.

Quitándose el anillo de la boca,  
que bien y mal a un tiempo había causado,  
con sus hermosos labios bebe y toca  
el aire de la suya delicado:  
allí se vieran en distancia poca  
cual dellos muerto, cual resucitado;  
dos vidas un aliento mantenía,  
y con doblada lengua se regía.

Y sobre las mejillas, que a la grana  
vencieron y a la púrpura de Tiro,  
de perlas vena muy copiosa mana,  
que en ambas almas hizo un nuevo tiro;  
rompió el silencio con piadosa gana  
la fuerza más suave de un suspiro,  
y Angélica sacando el rostro afuera,  
la tierna voz soltó de tal manera:

No quiera Dios, mi bien, ni se consienta  
que nada mi piadoso amor encubra,  
ni el pecho vuestro mal o enojo sienta,  
o niebla triste vuestro rostro cubra;  
el cuerpo (que escondido os atormenta),  
razón es que se muestre y se descubra,  
yo estoy aquí, haced en mí castigo,  
pues fui cruel con vos y más conmigo.

Y de estas falsas manos, d'este pecho  
que contra vos pensaron y hicieron,  
y contra su contento y su provecho,  
que en su pecado castigados fueron,  
tomad venganza, y quede satisfecho  
el rostro y pecho vuestro, que ofendieron,  
y estarlo he yo: que en tanto yo respiro  
cuanto sin miedo y sobresalto os miro.

¡Ay vida de mi vida!, y ¿es posible

(Medoro, que entre pena y gozo llora,  
le respondió) que hay muerte más terrible  
que estar de vos absente el que os adora?,  
o ¿que hay más dulce gloria y apacible  
que la que gozo en vuestra vista agora?;  
dichoso miedo y dulce sobresalto,  
que un tal consuelo mereció y tan alto.

¿Cuál joya tan preciosa fue perdida?  
¿cuál rica prenda tan amada y cara  
que así merezca, al poseedor venida,  
alegres ojos y contenta cara?  
cual vos, ¡oh vida alegre de mi vida,  
y lumbre de mis ojos dulce y clara!,  
vos mi esperanza no, más mi victoria,  
de mi honra, de mi alteza y de mi gloria.

Angélica responde: ¡ay alma mía!,  
perezca yo y no goce el bien que espero,  
si hay gloria o si hay contento ni alegría  
en mí, sino el que en vos lo fue primero;  
y si viviere desterrada un día  
de aquestos brazos, en que vivo y muero,  
su luz me niegue el sol, su gloria el cielo,  
y aun se desdeñe de sufrirme el suelo.

Así los dos diciendo y replicando,  
que luego fue Medoro respondiendo,  
sobre una espalda y otra van trabando  
los delicados brazos y tejiendo;  
un ¡ay! tras otro ¡ay! de cuando en cuando,  
con regaladas voces repitiendo,  
ternezas se oyen de uno y otro amante  
para ablandar un pecho de diamante.

Después que escapa cada cual cansado,  
Angélica le cuenta, parte a parte,  
aquel misterio, hasta allí cerrado,  
que vence a todo entendimiento y arte;  
contóle del anillo, que es hadado,  
y dónde lo hubo, y cómo, y en [qué] parte,  
y cómo lo perdió sin entendedor,  
y cómo lo cobró sin pretendello.

Contóle cómo Gyges, pastor lido,  
halló un gigante en una cueva un día,

por mágicos esfuerzos sostenido,  
que más que de mil años parecía,  
en cuyo dedo aqueste vio metido;  
tomóle y con el mismo deshacía  
cualquier encantamiento, si le toca,  
y por cubrirle un día le echó en la boca.

Pensó cubrirle y hízose cubierto,  
hurtándose a los ojos de la gente  
por una y otra vez, hasta que cierto  
fue deste gran misterio y excelente;  
con esta ayuda fue Candaulo muerto,  
con ésta hubo él su esposa y finalmente  
fue rey de Lidia exento, aunque el pecado  
después en sus bisnietos fue vengado.

Contóle cómo, al fin de muchos años,  
de Logistila, aquella sabia fada,  
lo hubo, y con él hizo mil engaños  
al tiempo que a la Francia fue enviada;  
contóle al fin cómo de muchos daños  
por él fue libre, y cómo fue robada,  
estando muy segura y sin recelo,  
en su castillo Albraca por Brunelo.

Contóle los peligros que pasado  
había sin él, y cómo estando puesta  
ante los fieros dientes del pescado  
Fortuna revolvió, a su bien dispuesta,  
su libertad le vuelve y el hadado  
anillo; y entre aquella habla y ésta  
pasó de la provincia Tarragona  
al mar (do se embarcó) de Barcelona.

Después, sulcando el mar de Iberia, fueron  
dejando a un lado el bárbaro terreno,  
después que el Baleárico midieron,  
y el Gálico, el Ligústrico, y Tirreno,  
por do a la Italia y Mauritania vieron  
llegando de Adria al ancho y rico seno,  
y al Jonio, y al Marmárico, y Cretense  
y al Egipcio mirando al Colocense.

Ya de la bella Cipro a la otra parte  
habían pasado, con segundo viento,  
cuando fortuna quiso tomar parte

cansada de su bien, de su contento;  
turbóse el mar, perdió el patrono l'arte,  
tres días se rigió la nave a tienta  
por altas ondas y camino incierto,  
y al cuarto, por su mal, tomaron puerto.

Ribera umbrosa, alegre y fresco valle,  
gentil collado, y verde, y claro río,  
pudieran a cualquiera convidalle,  
y más forzando el mar y el recio estío;  
delante de cipreses una calle  
estaba hecha, y el lugar tan frío,  
tan oloroso, y apacible, y bello,  
que a cada cual esfuerza a no temello.

Después que todos saltan en lo llano,  
qu'el sitio los convida y asegura,  
se van los dos amantes mano a mano,  
mirando de los montes la frescura,  
cualquiera satisfecho y muy ufano  
con ver que goza tanta hermosura,  
y la otra gente humilde en su presencia,  
que la beldad convida a reverencia.

Cuál de mil yerbas (que en el campo había),  
y de árboles mil frutas, coge y toma,  
cuál de ganado mucho que ahí se cría,  
mata y desuella para que otro coma,  
que en su fertilidad ya parecía  
a las del monte Tauro aquella loma;  
el uno come, el otro está durmiendo  
cuando sonó en el valle un grande estruendo.

Angélica antes que otro vio de qué era,  
que siempre el miedo da más vista a el que ama,  
y tras más ojos dentro que de fuera  
le pintan lenguas y ojos a la fama;  
vio al Orco, no sé si hombre diga o fiera,  
que sin tenellos mira, alcanza, y llama,  
más que si Estrabo, lince, o si Argos fuese,  
o alguno que más ojos qu'él tuviese.

Es largo y alto, bien fornido y grueso,  
y cual cerdoso jabalí vestido  
de pelo duro, y áspero, y espeso,  
mas con vedijas ciegas retorcido,

dos grandes hongos de macizo hueso  
por ojos tiene, faltos de sentido,  
en la espantable frente, y en la boca  
colmillos que rompieran una roca.

Y aunque en el monte fértil apacienta,  
al son de una zampona que traía  
colgada al cuello, innumerable cuenta  
de cabras y de ovejas que tenía,  
de carne humana vive y se sustenta,  
que más sabroso gusto le hacía;  
sintió la gente y vino como un rayo,  
a do le vio la reina del Catayo.

Dio un grito pavoroso, y al estruendo  
en pie se puso cada cual turbado,  
y al Orco vieron, que venía corriendo  
por la nariz dest[r]ísima guiado;  
cuál coge aquí o allí, cuál va huyendo,  
según le halla cerca o descuidado,  
y sin parar de su veloz carrera,  
tragó al primero cual si al aire fuera,

y púsole al segundo en compañía,  
y a el otro, que ya tiene entre los brazos,  
porque tragalle entero no podía,  
le hizo en un colmillo dos pedazos,  
al cuarto y quinto desmembrar quería,  
mas viendo que en hacellos más retazos  
parece que se estorba y embaraza,  
dejó el comer y sigue tras la caza.

Y como suele el cazador ufano  
con mucha caza, en lazo o red cogida,  
colgar del cinto, y hombro, y brazo, y mano,  
alguna a pares, cuál de cuál asida,  
así el perseguidor del ser hermano,  
que a ningún hombre perdonó la vida,  
llevando a cada cual del pie ligado  
se puebla cinto y hombro, y brazo y lado.

Después que Mandricardo y el valiente  
Gradaso le robaron su morada,  
no quiere ser pastor de humana gente,  
que muerta la conserva y mal salada;  
a solas hembras el vivir consiente,

compaña a su mujer antigua dada,  
que diferente olor suelen hacelle,  
y con grande asco a vómitos movelle.

Y así dejarlas quiso en la marina  
un tiempo, mas estando no bien sano  
el vómito halló por medicina,  
por do entendió que no era hecho en vano,  
tenellas juntas vivas determina,  
y púrgase con tres cada verano;  
por píldoras de gusto tan goloso  
no sé si alguno le será invidioso.

Y más ahora que en sus manos tiene  
la que admiró al poniente, y al levante,  
y al septentrión, y cuanto vio y contiene  
el mundo de Arsareto al libio Atlante;  
yendo cazando gente, al fin le viene  
entre las uñas uno y otro amante,  
que así cogió al pesado y al ligero  
como al que tarde le huyó y primero.

No puso (aunque turbada) allí en olvido,  
Angélica, su anillo fiel y extraño,  
que tanto tantas veces le ha valido,  
y tanto y tanto la guardó de daño,  
mas otro es menester que al diestro oído  
y a las narices teja un nuevo engaño,  
que aquél que de un sentido está privado  
no puede por aquél ser engañado.

Y así el anillo por demás procura  
hacer lo que de suyo es imposible,  
tapar la vista digo a la criatura  
a quien sin ella todo fue visible;  
ni a Angélica le vale hermosura,  
que para en esto solo fue invisible,  
ni a su Medoro el parecer divino  
que un tiempo ató la furia de Zerbino.

El monstruo aqueste come, al otro prende,  
y va por brazos, piernas, y hombros lleno  
de aquella gente vil, que se defiende  
cual del hambriento buey la paja o heno;  
y al fin los dos amantes comprehende,  
a quien natura un rostro, amor un seno,

fortuna un caso, el cielo una ventura,  
y el Orco una prisión dio y ligadura.

Púsolos ambos en aquella parte  
de la mano, fortísima, siniestra  
adonde del pulgar aquél se parte,  
discreto dedo que algo enseña o muestra;  
o fue qu'el breve tiempo no dio parte  
a la nariz, que en esto no fue diestra  
para juzgar, como otras veces suele,  
o qu'el hermoso como hembra huele.

O fue qu'el hado con Medoro quiso  
usar de tanta gracia y gentileza,  
por renovar la muerte de Narciso  
cual renovó el desdén y la belleza,  
que en azucena o flor de paraíso  
le mudara su llanto y su tristeza;  
estando pues la toca y no la vé,  
absente de la gloria que posée.

Con casi treinta juntos va corriendo  
el Orco a su morada, tan ligero  
cual parte el ciervo del lebrél huyendo,  
o la saeta del corvado acero,  
o como Bóreas a su amor, saliendo  
de manos de su duro carcelero;  
mas poco he dicho en ciervo, flecha, o viento,  
mejor dijera como el pensamiento.

Alzó la piedra, y en la gruta oscura,  
do su ganado al ir del sol encierra,  
esconde la doblada hermosura  
que hizo al mundo y cielo tanta guerra;  
entraba la profunda sepultura  
cuarenta todos dentro de la sierra,  
y el duro mármor con que la cerraba  
tres veces diez sobre un quintal pesaba.

Abajo desta cueva, en otra parte  
que de la misma roca se hacía,  
y hasta el mar se extiende, y mucha parte  
bien dentro de sus ondas se escondía,  
o por naturaleza, o fue por arte,  
otra menor o casi igual había,  
do vive el Orco, y donde están metidas

con su mujer las otras conocidas.

Pues los amantes que por hembras ahora,  
entre los casi muertos hombres, lleva,  
primero que los pase donde mora,  
los mete a conocer en la otra cueva;  
allí los deja, donde lo que llora  
el uno y otro, en competencia y prueba,  
yo misma he visto humedecer la tierra,  
y como el cielo pluvias dar la sierra.

¿No basta, ¡oh, cielo! (Angélica decía)  
la vida que padezco desdichada,  
la muerte sin venganza de Argalía,  
y por mayor miseria no llorada,  
el cerco del señor de Tartaría,  
perdida por el mundo y desterrada,  
y verme atada ante el pescado fiero,  
y hecha presa a tanto caballero?

¿No basta verme como vil pastora,  
con bastos zamarrones mal vestida,  
de tantos reinos siendo sucesora,  
ni ser de tantos males perseguida?,  
sino que quieras encubrirme ahora  
tu avara lumbre, a todos concedida,  
para que en tanto que me aflijo y lloro,  
no goce de la vista de Medoro.

Ya debes cielo airado contentarte,  
y olvídense el destino injusto y duro  
que así me busca y sigue en toda parte,  
sin hallar tiempo ni lugar seguro;  
pues a Medoro no pequeña parte  
del llanto cabe, que a una piedra o muro  
con lágrimas y quejas deshiciera,  
si oído y sentimiento se les diera.

Al fin los dos concluyen su lamento,  
con que no fuera siendo a solas tanto,  
aunque mayor les dieran el tormento,  
ni fuera digno de tan largo llanto;  
cualquier suspiro de uno cuesta ciento  
al otro, que uno paga con diez tanto,  
con ciento el otro, el otro con mil paga,  
y no hay infinidad que satisfaga.

Después que el Sol por cima del collado  
más alto del oriente dio su lumbre,  
habiéndose la noche ya pasado,  
que a los amantes tuvo en pesadumbre,  
sacó a pacer al campo su ganado  
aquel feroz pastor, según costumbre,  
tañendo la zampoña, con que llama  
la noche al albergar y el día a la grama.

Desta manera, con piadoso llanto,  
los dos amantes en prisión metidos  
la corta vida pasarán, en tanto  
que bien no son del monstro conocidos,  
porque después, con desigual quebranto,  
en breve el uno de otro divididos,  
cuál le será dulcísimo alimento,  
cuál saludable al fin medicamento.

Porque ni a fuerza humana se concede,  
ni a la infernal soberbia mentirosa,  
ni a l'arte de las mágicas que puede  
hacer astutamente toda cosa,  
ni aun a los mismos dioses, que ya excede  
la fuerza d'este monstro poderosa  
a su grandeza oculta, dar la vida  
a gente que la tiene tan perdida.

Si fuera su trabajo reparable  
aventurar tu vida poco fuera,  
por acabar grandeza tan notable  
que desde el Sur al Norte se supiera,  
mas es miseria y yerro lamentable  
querer perder la gloria, que se espera  
ganar tu dulce patria defendiendo,  
o con tu padre y hijos feneciendo.

Y a tal sazón el campo se mostraba,  
del triste Libocleo conocido,  
que aun no dos millas del Catayo estaba,  
aunque por tres collados ascondido;  
la fada de sus ojos se ocultaba,  
y no era della apenas despedido,  
y vio venir un caballero armado,  
de roja sangre tinto colorado.

Su espada cuelga en el arzón primero,  
la lanza entre él y el otro va tendida,  
sobre su espada un gran pavés de acero,  
el yelmo y la loriga trae rompida,  
a pie y atado lleva un prisionero,  
y so el siniestro brazo recogida  
una hermosa dama desgrefñada,  
con rota vestidura o chamuscada.

Este era Clarión el rey famoso,  
la dama Lindarace se decía,  
el preso es Astrefilo y es su esposo,  
que en otra a Libocleo engendrado había,  
casó segunda vez, aunque dudoso,  
con ésta que veinte años no tenía,  
habiendo él cuatro veces ya pasado  
de aquella edad, y aun en la quinta entrado.

Desde antes de la guerra de Agricano  
sirvió, con muy cortés comedimiento,  
el fuerte Clarión la dama en vano,  
y de antes del injusto casamiento;  
pues como el chino conoció en su mano  
al padre y la madrastra, en el momento  
alzó su lanza, y muy descomedido  
en el siniestro muslo le ha herido,

diciendo a voces, con airados ojos  
y con ardiente lengua: Infame moro,  
en vano te has cargado de despojos  
que vencen en valor cualquier tesoro,  
las barbas cual la nieve, y los manojos  
de aquel cabello que ha vencido al oro,  
aunque lo ves tan sucio y ultrajado,  
no hay sangre porque pueda ser comprado.

El rey del golpe nuevo y los pasados,  
que muchos recibió el presente día,  
sintiéndose los miembros relajados,  
soltó la dama y preso que traía,  
sacó la lanza, y con muy compasados  
piquetes muchas veces le hería,  
en una escaramuza concertada  
que nunca vino a justa ni a la espada.

Aunque le falta sangre, la destreza

y tanto el buen caballo le ayudaba,  
con su ligera y fácil fortaleza,  
que le era igual, y a veces le sobraba;  
las lanzas encajó con sutileza,  
su primer tercio en el postrero traba  
de la del chino, que se afirma en vano,  
cimbró y barahustó la de la mano,

o fuese que hurtando al golpe fiero  
el cuerpo, Libocleo, había dejado  
caer la espalda en el arzón trasero,  
quedando el brazo en vago sustentado,  
o que faltó la fuerza en el postrero  
tercio, con el primero comparado,  
del asta menos larga y más doblada,  
que al fin quedó sin ella y con la espada.

Así con este desigual partido  
gran tiempo la batalla mantuvieron,  
andando el uno y otro muy herido,  
que nunca se apartaron ni rindieron;  
el suelo de su sangre está teñido,  
caballos y armas su color perdieron,  
hasta que acaso un tajo o revés llano  
la lanza cortó al rey junto a la mano.

Sacó su espada del arzón forzado,  
mudóse la fortuna en esta prueba,  
porque él estaba casi desarmado  
desde el amete a la loriga y greba,  
el yelmo a partes roto y abollado,  
y al fin no hay plancha o malla en lo que lleva  
que no esté tal, y el ánimo suplía  
lo que en la fuerza y armas no tenía.

Después de resistir astutamente  
al brazo fuerte o al destino crudo,  
faltó la sangre y el vigor caliente,  
y sustentarse en el arzón no pudo,  
sobre las ancas se cayó, y la frente  
quiso cubrir haciendo al brazo escudo,  
teniendo la cabeza desarmada,  
contra el furor de la enemiga espada.

La cual a tal sazón, aunque bajaba,  
en solo el aire vano se detuvo,

qu'el brazo juvenil que la enviaba  
sobre sus mismas fuerzas la mantuvo,  
contento con la gloria que esperaba,  
porque al vencido el vencedor le tuvo  
la lástima, pues bien se la debía,  
que a sus dos presos él tenido había.

Que siendo conocido de Astrefilo,  
el hijo, que procura libertallo,  
al tiempo que tomó el vital pabilo  
del rey, la fiera parca, por cortallo:  
Detén la espada hijo, o vuelve el filo,  
(le dijo el viejo padre por turballo),  
no quites hoy la vida al caballero  
de más piedad que he visto, o ver espero.

Camina y sube presto aquel collado,  
que allí, do el negro humo va saliendo,  
verás el alto alcázar consagrado,  
del gran Catayo, en vivo fuego ardiendo,  
verás el santo templo profanado,  
de sangre mil arroyos, que haciendo  
común parcialidad, podrán un río  
formar que al Gange venza en fuerza y brío.

Porqu'esta triste noche, (al tiempo cuando,  
a los mortales, el primer sosiego  
del alma los cuidados va soltando,  
con el olvido más profundo y ciego)  
entre mis sueños se ofreció llorando,  
teñido en sangre y abrasado en fuego,  
el padre Galafrón, de aquella suerte  
que se dejó en las manos de la muerte.

¡Ay, triste viejo, ay, cuán mudado estaba  
de aquél que, con despojos victorioso,  
le vi yo en aquel día que triunfaba  
del campo de Agricano poderoso!;  
a mí me pareció que le llamaba:  
¡Oh venerable padre, oh rey piadoso!,  
¿dónde has estado, en qué te has detenido,  
y quién de tus vasallos te ha escondido?,

¿qué indigna causa puede haber turbado  
tu vista alegre y [t]u mirar sereno,  
qué hierro o fuego contra el gesto ha osado,

de majestad y reverencia lleno?  
De mis preguntas vanas olvidado,  
y con gemidos hondos de su seno,  
me dijo: Huye hijo fiel de Astrina,  
no aguardes lo que el hado determina.

Huye, y de aquestas llamas hurta luego  
el cuerpo, por los cielos destinado  
para reparo del segundo fuego,  
que ya mi antiguo imperio es acabado;  
con esta alteración perdí el sosiego  
y el sueño, y pareció que aun recordado  
el triste y amarillo rostro vía,  
y la temblante y ronca voz oía.

Dejé al momento el perezoso lecho,  
y a los gemidos tristes y al estruendo,  
y al llanto general por todos hecho,  
a las ventanas me asomé corriendo;  
vi tanto ilustre muro, tanto techo,  
tanto oro, tanta plata y seda ardiendo,  
y al fin lo que del mundo es máspreciado,  
al miserable fuego encomendado.

En medio de las llamas se oían  
las voces lamentables, dolorosas,  
de aquellos que en el fuego padecían,  
o entre las fieras armas victoriosas,  
con niños y doncellas, que gemían,  
las manos se mostraban codiciosas  
de los soldados tártaros, robando,  
y destruyendo el pueblo, y abrasando.

Ya el fuego, y sangre, y la rapiña fiera,  
que de una en otra casa iba prendiendo,  
con el airado viento, en la primera  
estancia de la mía fue creciendo,  
al tiempo que saqué mi compañera,  
en brazos, de la llama, y fui huyendo  
a dar en los de aquellos que robaban,  
y a nadie de su rabia perdonaban.

Dos veces en el suelo fui caído,  
dos veces en el fuego fui arrojado,  
dos veces por su furia fui impelido,  
y dos por su desorden ayudado,

al fin entre las llamas consumido  
se hubiera nuestro cuerpo, y sepultado,  
si por las manos deste rey no fuera,  
que no es razón que entre las tuyas muera.

Contra las mismas gentes que traía,  
habiendo a Lindarace conocido,  
él sólo en nuestra guarda se ponía,  
do amigos y enemigos le han herido;  
¡oh grande amor, oh extraña cortesía!,  
prendió a la dama y no dejó al marido,  
señal de la limpieza de su intento,  
pues no soltó el ligado casamiento.

De veinte y siete pruebas desiguales,  
después que nos prendió, salió con gloria,  
con mil heroicos hechos inmortales,  
y dignos de vivir en larga historia.  
Pues no es razón que habiendo sido tales  
sus obras, que les falte la victoria  
debida al gran valor de su deseo,  
le respondió a su padre Libocleo.

Y así diciendo la manopla suelta  
del brazo diestro, y descubrió desnuda  
la mano, ya en más fe que acero envuelta,  
que a todo es bien que un gran valor acuda;  
con tal señal la de Clarión resuelta  
de la amistad, que tuvo puesta en duda,  
tomó y ligó con lazo tan estrecho,  
que de ambos hizo un alma y casi un pecho.

Curólos Lindarace sabiamente,  
con yerbas cuya fuerza conocía,  
que a todas las señoras del oriente  
se enseña, por primor, la cirugía;  
y ¿qué mal nos viniera si en poniente  
también se usara?, pues mejor podía  
valer al cuerpo, en ciencia tan galana,  
quien sin tenella nuestras almas sana.

Y si dificultad se le ofreciera,  
que pocas veces la hay en su destreza,  
el médico letrado le acudiera,  
ministro cuerdo de naturaleza,  
la vana competencia no impidiera,

ni el punto de la honrilla su certeza  
de la salud, que en vano se pretende  
si tiempo, o modo, o calidad se ofende.

Después que fue la sangre reprimida,  
y que de los espíritus la vena,  
que por el aire vano iba perdida,  
volvió a su fuente, y la mantuvo llena;  
después que sin peligro vio su vida  
el chino, y que sin él no vio la ajena  
del nuevo y fiel amigo, y qu'el remedio  
es dar a varios casos vario medio,

habiéndole tres veces abrazado,  
y recibido dél la misma seña,  
en muestra del conforme amor trabado,  
los mete por lo espeso de una breña;  
llevólos a un palacio, que labrado  
en las entrañas tuvo de una peña,  
do ocultos los dejó, y volvióse luego  
a ver su patria, y remediar su fuego.

Y poco tiempo anduvo, cuando viene  
a verse el grande incendio y la ruina,  
de aquella gran ciudad qu'el centro tiene  
de todas las provincias de la China,  
do vio que un arquitrabe no sostiene  
la casa, de riquezas tantas, dina,  
y vio en ceniza y polvo ya deshecho  
el ínclito, real, soberbio techo.

## ADVERTIMIENTO

En este segundo canto se debe advertir cuánto importa que los vasallos estén satisfechos del agradecimiento de sus príncipes para servilles bien, y cuán fácilmente recibe el primer consejo que se le da el que se halla puesto en estrechez y necesidad; por lo cual todos los hombres prudentes están obligados a consultar lo que les puede suceder antes que les suceda, pues entonces cualquier parecer no carece de vicio por falta de la elección del que lo recibe. En Angélica, que menospreciando tantos príncipes y caballeros excelentes elige a Medoro, se advierta lo que puede la belleza corporal para mover los afectos del alma racional. Por el anillo han entendido muchos la prudencia, con la cual se ocultan de muchos peligros. Por el Orco se podrían entender muchas cosas a que se puede aplicar; yo solamente advertiré que si por él se entiende lo que su nombre significa, y por Angélica lo que hemos declarado, y por Arsace nuestra miseria, y por Agricano el sumo

poder, y por Zenagrio lo que supone, se puede levantar una alegoría artificiosísima, que por ventura pase al entendimiento de su autor. Adviértase que este nombre victoria, en el fin de la estancia treinta y cinco, se toma por la consecución de las esperanzas, y púsose porque en nuestra lengua no hay vocablo que lo signifique propiamente ni otro que más cercano le sea.

### CANTO TERCERO

#### *Astucias cuerdas*

*Por intercesión de Libocleo, Arsace reprime su ira y cesa la destrucción del Catayo. La ciudad la recibe por reina pensando ser muerta Angélica, la cual por la admirable contienda de Neptuno, y Cupido, y Marte, hace enamorar al Orco de sí y le induce a varios sentimientos amorosos. Después le menosprecia, y él viéndose menospreciado se lamenta y la amenaza.*

Ilustres edificios han honrado  
al mundo con soberbia y grave historia:  
la torre que Nembrot ha levantado,  
los muros que a Semíramis dan gloria,  
los arcos y pirámides que han dado  
a la bárbara Menfi igual memoria,  
y los colosos, que tan grandes fueron  
que a Rodas fama eterna y nombre dieron;

el ínclito sepulcro de Mausolo,  
y el templo venerable de Diana,  
y el que en el monte Palatino a Apolo  
edificó la juventud romana,  
y aquél que en redondez de polo a polo  
confunde toda máquina profana,  
que consagró a la majestad divina  
el hijo de David en Palestina.

Todo se acaba y todo viene al suelo,  
que apenas dello la memoria queda,  
que a la grandeza humana estorba el cielo  
y a sus principios fin dichoso veda,

su fuego vuelve en temeroso yelo  
porque ensoberbecérsele no pueda,  
y al fin le trata de tal modo y suerte  
que reconozca al tiempo y a la muerte.

Las musas solas, por quien se abre y cierra  
la puerta de Helicón en largos años,  
al tiempo y a la muerte hacen guerra  
con claros y ilustrísimos engaños;  
aquestas de entre el polvo de la tierra  
levantan, en venganza de sus daños,  
con premios inmortales de victoria  
las obras que son dignas de memoria.

Las fábricas más altas y edificios,  
como es mortal su fuerza y su grandeza,  
o bien descubren con el tiempo vicios,  
o con el fuego muestran su flaqueza:  
Cartago, Troya, y Tebas dan indicios  
de cuán instable y vana es su firmeza,  
y Roma, y el Catayo cuando entera  
mayor que todas estas juntas era.

De insignes edificios es poblada  
y de copiosos campos guarnecida,  
de siete fuertes muros rodeada  
y de riqueza inmensa ennoblecida,  
la casa del gran Cán, que está sentada  
en medio, como ombligo, y defendida  
de toda parte: en cada esquina mira  
de cuatro, un fuerte tal que al mundo admira;

redondo cada cual y grande, tanto  
que cuatro millas en su cerco tiene  
y diez mil hombres dentro, cuyo espanto  
perpetua guarda sin cesar mantiene;  
ya suena déste, ya del otro canto,  
la música que a Marte más conviene,  
y déste a aquél, sobre una ancha muralla,  
pasar se puede en orden de batalla.

En número la gente es casi inmensa  
que a la ciudad acude con tributo,  
y desto en casi tanta se dispensa  
de un escuadrón y d'otro en guerra instruto,  
desto también se hace la despensa

del gran señor, que es siéndolo absoluto  
de casi el medio mundo, pues no sabe  
a do su tierra y su poder se acabe.

Y al fin la reina de los Citas pudo,  
después de los tres años ya prescritos,  
matarle el rey, dejarla sin escudo,  
haciéndole otros daños infinitos,  
volver de gloria su alto nombre mudo,  
y lamentable, con los varios gritos  
de aquellos que, temblando, se escapaban  
del fuego y en el crudo acero daban.

El humo espeso y negro sube al cielo;  
las llamas diferentes de colores,  
por varias formas van alzando el vuelo  
según que con los vientos son mayores;  
aquí y allí se vieran por el suelo  
las obras más sublimes, los primores  
de mano artificiosa, y los metales  
más ricos y maderas orientales.

Bien como cuando, con el austro airado,  
va el fuego por las mieses derribándolas,  
o de las altas cumbres, arrojado  
va el río a sus vertientes, allanándolas,  
con que destruye cuanto el buey ha arado,  
o las incultas selvas, despojándolas  
de toda cosa viva y de sus flores,  
y desde lejos miran los pastores:

así por la ciudad se va prendiendo,  
con hambre insaciable, el fuego ardiente,  
las olas de su llama combatiendo  
la fábrica más firme y eminente,  
aqu'esta aquí y la otra allí cayendo  
con llantos dolorosos de la gente;  
y cruel, de un alto monte, Arsace mira  
el mal que ni la mueve ni la admira,

antes parece que se está vengando,  
y que en sus verdes ojos va embebiendo  
la sangre que se viene derramando,  
y allá en su corazón el fuego horrendo,  
quizá la de su padre contemplando  
cuya áspera venganza está haciendo,

que a cada gota aún no le parecía  
que un mundo la compraba o redimía.

Al tiempo que ya el hijo de Astrefilo,  
habiendo estado en poco asaz mirando  
la gran calamidad, de hilo en hilo  
sus lágrimas ardientes derramando,  
ant'ella se prostró, y con grave estilo,  
humildemente y con piedad hablando,  
le dijo: ¡Oh reina, muchos han vencido  
mas pocos su victoria han conocido!

No vence quien forzando l'alma prende,  
ni es justo y buen vasallo el enemigo,  
ni goza lo vencido quien lo enciende,  
mas el que a su contrario hace amigo,  
que en las demás victorias que pretende,  
si al que venció ha dejado por testigo  
de su misericordia, podrá luego  
vencer lo que no pudo con el fuego.

Si ya por vencedora te has contado,  
como lo debes ser por tu ventura,  
lo que con mil trabajos has ganado  
encomendallo al fuego no es cordura,  
y si por no perdello lo has quemado,  
por ver que el gozo poco tiempo dura,  
hay como de quien temes ser vencida  
pudieras con sólo esto ser temida.

Con esto tus riquezas defendieras,  
que en tanto que en tu bien las disiparas,  
o las mayores de otros adquirieras,  
o las de tus amigos no gastaras,  
y si vencida demandar quisieras  
misericordia, entonces la alcanzaras  
con la justicia del común partido,  
do el vencedor se vence del vencido.

Alzó las soberanas cejas de oro  
y los serenos ojos a mirallo,  
la reina, y viendo el varonil decoro,  
que no pudieron lágrimas borrarlo,  
allá en su pecho dijo: El gran tesoro  
que en ti contemplo no podré comprarlo  
con menos que aceptar, como de amigo,

lo que me ofreces tú como enemigo.

Era Arsace, demás de ser hermosa  
en cuerpo fuerte y rostro soberano,  
en ser precipitada y rigurosa  
sacada cual retrato de Agricano,  
después de aconsejada muy piadosa,  
como él lo fue pues se volvió cristiano,  
y de tan delicados sentimientos  
que casi conoció los pensamientos.

Y así le dijo, habiéndose informado  
del nombre que antes era conocido:  
Pues no ha de remediarse lo pasado,  
prudencia es remediar lo no venido;  
la culpa tienes tú que has engañado  
al pueblo, pues por ti no se ha rendido,  
haz la satisfacción, yo lo consiento,  
y dales tú el remedio a tu contento;

yo pongo en tus consejos, libremente,  
la deuda propia tuya y paga ajena,  
la muerte o la salud de esa tu gente,  
y de su obrar el galardón y pena.  
Estaba Cinadalia allí presente,  
un'alta dama y de elegancia llena,  
a quien mandó la reina que ayudase  
a el chino, en cuantas cosas ordenase.

Salieron a cumplir su mandamiento  
Polidamante el fiel, y Calasirio,  
Antipo, y Termadonte, y Filimento,  
y el fuerte rey de Ponto Damasirio,  
Feliso, y Fieramonte, y otros ciento;  
cesó el incendio luego y el martirio,  
el robo, y el estupro, y adulterio;  
tal tuvo aqu'esta reina el ministerio.

De los varones claros, Libocleo  
consulta aquella misma noche hizo,  
do la ocasión juntó con su deseo,  
y a aqueste con aquella satisfizo,  
y al fin se concluyó, sin más rodeo,  
que admitan el gobierno advenedizo,  
y así fue recebida por amiga  
la gente que era entonces su enemiga.

Lo cual en las reliquias del sagrado  
alcázar, do el Gran Can vivir solía,  
con muy solemne juramento obrado,  
en manos de la reina, fue otro día,  
después de haberlas cada cual besado,  
según para tal acto convenía,  
y haberle dado muestras y señales  
de serle siempre fieles y leales.

Donde ella después desto largamente  
juntó a sus deudas más obligaciones,  
al uno dando oficio preeminente,  
al otro más y al otro posesiones;  
a cuál le añade o firma su patente,  
a cuál sus privilegios y exenciones,  
a cuál de aquello a que antes fue obligado  
le descargó o le hizo libertado.

Después fue los gobiernos repartiendo  
en sármatas y tártaros, mezclando  
los chinos, mas contino prefiriendo  
los vencedores al vencido bando;  
después fue mejorando o deponiendo  
a cada cual, según que fue aprobando,  
porque con el castigo o interese,  
menguase el vicio y la virtud creciese.

Sólo Astrefilo no quedó obligado,  
ni con la estrecha ley del juramento,  
ni por hallar del fuego preservado  
cual otros lo hallaron su aposento,  
ni con los beneficios fue cargado,  
que a tantos hacen variar de intento,  
aunque de aquella gruta fue traído,  
do tuvo Lindarace al rey herido.

Porque en llegando a la ciudad famosa  
(ya por la pena del incendio extraño,  
ya por su edad, o ya por otra cosa  
que ocultamente le hiciese daño,  
o ya por su prudencia cautelosa  
dispuesta por su intento a todo engaño)  
el uso de razón perdió, y vivía  
con orden muy contrario al que solía.

Desnudo al sol y al viento el cuerpo honesto,  
la barba y el cabello tan crecido,  
y tan desvergonzado y sucio el gesto  
que aun de pueriles piedras fue herido;  
no poco deshonor le vino de esto  
a aquella que le tuvo por marido,  
con muestras de uno y otro testimonio,  
contrarias al deber del matrimonio.

Que alguno sospechaba, y se decía,  
de alguna yerba en su manjar deshecha,  
por darle a Clarión, cual pretendía,  
aquella que en amores aprovecha;  
y en parte el ser quien es la defendía,  
mas ¿quién se libraré de una sospecha,  
criada entre malicias aparentes  
y aún no nacida fuera de los dientes?

Algún más claro entendimiento y vivo,  
que más con el del viejo se encontraba,  
por verle así intratable, áspero, esquivo,  
no sé qué rastros de solercia usaba,  
mas nadie conoció su ingenio altivo,  
que ni a mujer ni a hijo lo fiaba,  
el cual con grande ejército ido era  
a conquistar la China y la India entera.

Había en las manos de Arsace jurado  
y en el amor de Flera: a la una el seso,  
a la otra el corazón había entregado,  
y de ambas fue perpetuamente preso;  
por fuerzas mucha gente había allanado,  
y mucha por razones trujo en peso,  
al yugo fiel de aquella a quien servía  
o por amor, o fuerza, o cortesía.

Porque les dijo que era gran locura  
regirse más tras la esperanza vana,  
y que mudarse a veces es cordura  
haciendo lo que es fuerza de su gana,  
y que a Arsace le sobra la ventura,  
y que seguir tras ella es cosa sana,  
que Angélica está presa y de manera  
que para siempre libertad no espera.

A algunos recontó su casamiento,

y su navegación para el Oriente,  
y de su perdición el triste cuento,  
y la prisión de tanta y tanta gente,  
a otros ya su muerte, que en tormento  
tan grande muerta fuera ciertamente;  
y el chino en sus consejos acertara  
si el hado para más no la guardara.

Porque a este tiempo, en la prisión oscura,  
la singular esposa de Medoro  
culpaba aún su divina hermosura,  
su rostro claro y sus madejas de oro,  
que nunca la dejaron ir segura  
de tártaro, español, francés o moro,  
y ya que dellos se escapó por suerte,  
en tal lugar le dejan dar la muerte.

Lo mismo qu'ellos valen los condena,  
porque, pues tantas almas ya ligaron,  
a aquesta que le aflige, una cadena  
mayor que a todas juntas no le echaron;  
su antigua suerte mala llama buena,  
que aquellos por amores la enojaron  
(pecado que disculpa trae consigo),  
mas éste por mostrársele enemigo.

No espera ya hallar piedad, ni espera  
que tenga della lástima ninguna  
aquella insuperable y ciega fiera,  
y más si un día se hallase ayuna,  
y así con oración muy lastimera,  
al cielo, y con gemidos, importuna,  
que ha sido siempre tan cruel con ella,  
y ahora más casada que doncella.

Entonces de una muerte se temía,  
y nunca a parte fue que no hallase  
socorro conveniente y compañía,  
(¡cuál quien como ella anduvo la encontrase!),  
ahora, que dos cuerpos mantenía,  
es fuerza que doblada muerte pase,  
doblados los martirios y el tormento,  
y no doblados mas por uno ciento.

Sus amorosas lástimas sembraba  
con un suspiro, y otro, y otro luego,

que al fin de cada endecha los juntaba,  
ardiendo en dulces llamas de su fuego;  
bien cerca de la puerta acaso estaba  
aquel pastor, no sordo, aunque era ciego,  
sobre la yerba echado, el mismo día  
que Angélica estas lástimas hacía.

Y al dulce son de aquella voz suave,  
de sus lamentos blandos y gemidos,  
del vivo acento agudo y tierno grave  
de angélica armonía producidos,  
quedó fuera de sí, de sí no sabe,  
y siente regalarse los oídos  
y la imaginación con ellos, luego,  
que es más ardiente y viva en hombre ciego.

Y como el que mandrágora o beleño  
comió hambriento, en cantidad crecida,  
sintió llevarse de un profundo sueño,  
el más sabroso que durmió en su vida;  
amor entonces descendió risueño  
de brazos de su madre, que afligida  
buscaba varios casos, de uno en uno,  
con que venciese a Marte y a Neptuno.

Y el bello rostro y el semblante toma,  
la habla, y gracia, y la desenvoltura,  
y aquel primor que al senador de Roma  
con su desdén trujo a tal locura;  
con éste mismo la fiera alma doma  
que hizo al mundo ultraje y a natura,  
en un demonio alzó un piadoso templo,  
y dio de lo imposible claro ejemplo.

En la imaginación se le presenta  
con rostro fiel de Angélica, y ensueña  
el Orco que sus cabras apacienta  
por la fertilidad de aquella breña,  
y que sobre el cayado se sustenta  
por descansar, y vio que de su peña...  
(vio, digo, aunque de vista nada sabe,  
mas con la imagen que en su seso cabe;

o, por más propio, imaginó que vía,  
cual suele imaginar el seso humano,  
que nunca vio la ilustre hierarquía

del sacrosanto alcázar soberano,  
si un ángel pinta acá, en la fantasía,  
sin pie, cabeza, cara, pecho, y mano,  
que al fin será un espíritu muy puro  
de toda imperfección libre y seguro;

y si esta prueba no es inteligible,  
¿cuántos se han visto enamorar de ausencia?  
y ¿cuántos de la voz que no es visible,  
o de un discreto ingenio, o de una ciencia?  
A Amor cualquier hazaña le es posible,  
todo lo vence y rinde a su obediencia,  
por esto de tres gracias se compone  
el arco que por yugo al mundo pone).

Al fin vio el Orco a Angélica, que sale  
de la prisión tristísima y oscura,  
(y, pues la vio, rendirse a Amor le cale,  
que nada se defiende a hermosura)  
que a él se viene, y en la mano dale  
una manzana verde y no madura,  
diciéndole: Ninguno lo merece,  
recibe el don que Angélica te ofrece.

¿Cómo podrá el cuitado no hacello?,  
que al fin es hijo de hombre, y el primero  
rindió a la eterna sujeción el cuello  
que hizo Dios tan libre y tan entero;  
el don es amoroso y lisonjero,  
y quien lo da una dama y en cabello,  
que Amor (que trama aquesta sutileza)  
desnuda muestra siempre su belleza.

Al extender la mano, siente luego,  
que la hermosa dama le metía  
la suya al pecho, con veneno y fuego,  
y el corazón y l'alma le encendía;  
quedó de amores preso el monstro ciego,  
dos veces ciego, que antes visto había,  
pues que perdió la lumbre, ¿quién lo niega,  
si es cierto que el Amor hiriendo ciega?

A detenella quiso echar la mano,  
mas desapareció ligeramente  
el sueño, y la figura, y el tirano  
amor, cual ido el sol la luz presente,

abrazo en su lugar el aire en vano;  
testigos hace del dolor que siente,  
con voces dolorosas y gemidos,  
los valles más remotos y escondidos.

Misterios del Amor, yo no lo entiendo,  
su llanto dicen que se oyó en Arabia,  
y en Persia, y en Numidia, y el estruendo  
en la Fenicia y Palestina sabia;  
y cual herido de la yerba siendo  
el ciervo huye, o el mastín de rabia,  
tal va el cuitado, y vuelcos da en el suelo,  
y con sus gritos quiere abrir el cielo.

Llegó a la cueva y con furor extraño  
la piedra arroja por tan largo trecho  
que dicen que diez bueyes en un año  
no hubieran tanto con sus carros hecho.  
Angélica se teme de su daño  
y el corazón temblándole en el pecho,  
sintió quitar la piedra, y ha salido  
(que Amor entre su miedo es atrevido).

Y con turbada voz y temerosa  
le dijo, viendo al Orco tan airado:  
Si contra ti hemos hecho alguna cosa,  
y sin sabello te hemos enojado,  
o si comida quieres más sabrosa,  
tráganos a ambos juntos de un bocado;  
no vamos uno de otro dividido,  
que será gusto amargo y desabrido.

Reconoció la voz amada, y luego  
el fiero monstruo, blando y amoroso,  
templó su furia, cual con agua el fuego,  
o con su vaca el toro muy celoso;  
bien acertó a la mano aunque era ciego:  
tomóla y, con semblante vergonzoso,  
mil veces se la besa, y la asegura,  
y así la saca de la gruta oscura.

Por las floridas selvas y la vega,  
por los enhiestos montes y lo llano,  
por varias fuentes y aguas con que riega  
aquel su fértil paraíso humano,  
la lleva, y se le ofrece, y no le niega

cuanto los ojos ven tocar la mano,  
ni lo que con la vista y mano toca,  
gozar el vientre ni gustar la boca.

Tampoco le negó que a su Medoro  
de su contento y suerte diese parte,  
que nunca del becerro teme el toro,  
y nunca el Orco se temió de Marte;  
así gozaba el bien dichoso moro  
del cuerpo angelical en toda parte,  
y, por su causa, della poseía  
lo que ningún humano aun ver podía.

Porque como la dama fue sintiendo,  
por señas, parte del amor bien claro,  
que en el horrible pecho iba poniendo  
humano sentimiento, igual reparo,  
por arte fue tal forma introduciendo  
cual suele darle el fuego al hierro avaro,  
y, tras amor, metió en el bruto seso  
razón, en tanto es más que un libre un preso.

Y fuele poco a poco así ablandando,  
cual hace el que un carnero manso cría,  
o cual el que un novillo va domando,  
o un oso, con astucia y osadía,  
y, si decir se puede, fue humanando  
aquella parte que de pez tenía,  
y a la materia, que de peces era,  
vistió de forma de hombre verdadera.

De Pisa a Zaragoza Alfeo descende  
buscando a su Aretusa, y tan cubierto  
que el gran Tirreno, cuyas ondas hiende,  
aún no conoce su camino incierto,  
pues ni la sal del mar su gusto ofende,  
ni el agua turba l'agua o niega el puerto,  
¿qué no hará, y a quién no da alma y bríos,  
si enseña, el mago Amor, nadar los ríos?

Y público es también que a un sordo y mudo  
un sabio, con extraña maravilla,  
mostró a escribir, aunque era inculto y rudo,  
en este tiempo nuestro y en Castilla;  
pues siendo así que tanto l'arte pudo,  
y siendo así que todo a Amor se humilla,

¿quién negará que amor con arte puede  
hacer que un cuerpo bruto humano quede?

Bien sé que a todo entendimiento sobra,  
y deja atrás cualquier comedimiento,  
mas cuanto más difícil es la obra  
es digna de más alto pensamiento,  
y el miedo, que en contároslo se cobra,  
no vence al comedido atrevimiento  
de haber osado trasladar al vivo  
al gran Turpín, cuya alta historia escribo.

El cual afirma cosas increíbles  
de Amor, y apunta un caso más dudable:  
que siendo tal la dama, y tan horribles  
las partes del galán, le hizo amable;  
hazañas son iguales a imposibles,  
mas contra un tal autor ninguno hable,  
fición debió de ser, que bien sabía  
Angélica fingir cuanto quería.

No fue de Astolfo, ni de Orlando, tanto,  
ni de Reinaldo, ni de Ferraguto,  
pagado el doloroso y largo llanto,  
con que jamás se vieron rostro enjuto,  
cuanto el del Orco fiero; ved en cuánto  
Angélica al Amor paga tributo,  
que muestra alegre rostro a quien desama,  
por dar la vida a aquél que adora y ama.

La vedijosa barba y negra frente  
con sus hermosas manos le regala,  
que fueron en levante y en poniente  
de tanta guerra causa y tanta gala;  
ahora humilde, mansa, y obediente,  
la esquiva y desdeñosa se señala,  
porque en su amor el monstro más se enrede,  
y Amor en ambos muestre lo que puede.

Al fin se fue haciendo más perfecto,  
tomando estilo, y orden, y manera,  
en lengua y apostura, andar y aspecto,  
por do la traiga y fuerce a que le quiera,  
y está a su mandamiento tan sujeto  
cual si un lebel de caza manso fuera;  
no sólo de pescado es hombre humano,

mas de hombre rudo un sabio cortesano.

Si Angélica en la sombra está durmiendo,  
al sol el Orco se la está velando;  
si Angélica en la fuente está comiendo,  
el Orco le está frutas alcanzando;  
el Orco tras las fieras va corriendo  
si Angélica en la selva está cazando;  
de suerte que en negocio alegre o triste,  
a su servicio siempre el Orco asiste.

Así la que en poniente fue pastora,  
por la aventura y suerte ya sabida,  
y aquí después fue sierva de señora  
por dar a su Medoro larga vida,  
se ve ya hecha ilustre cazadora,  
de aquel qu'el mundo teme tan temida  
que ni anda, ni se mueve, ni menea,  
sin que por ella gobernado sea.

¡Oh fuerza del Amor! y ¿quién pensara  
que un tragador de carne humana, fiero  
criado para fiera, se amansara,  
y se volviera blando y lisonjero?;  
y aun si esta vida siempre le durara  
no es tanto, mas veréis cómo el cordero  
desdeña al lobo, y cómo le acocea,  
porque la fuerza del Amor se crea.

Las cosas desde lejos muy temidas,  
que al parecer serán dificultosas,  
son fáciles después de conocidas,  
o no muy diferentes de otras cosas,  
y muchas veces, cuando muy sabidas,  
las que antes fueron graves son donosas,  
y las que ya tuvieron mucho precio,  
son dignas de desdén y menosprecio.

Así le fue perdiendo poco a poco  
el miedo, y la vergüenza, y el respeto,  
la dama, y estimóle más en poco  
cuando le vio rendido y tan sujeto;  
aprienda en este punto, si no es loco,  
el hombre que se tiene por discreto,  
y si es vencido y quiere no ser muerto,  
no muestre su flaqueza al descubierto.

Oscuro muestre el rostro el avisado,  
y si lo quiere ser también el necio,  
que lo que es muy tratable es despreciado,  
y lo que no se alcanza tiene precio;  
el bien secreto, el mal disimulado,  
más honra alcanzará y menor desprecio,  
que descubierto el bien menor parece,  
y puesto el mal en lengua crece.

A todo disimula cuerdamente  
el Orco, aunque estas cosas conocía,  
y cuanto más su daño y pena siente  
amado y muy alegre se fingía  
y aunque burlaba dél abiertamente  
lo que en su bien se finge le creía,  
y en lo que creer no puede se culpaba,  
creyendo que en lo cierto se engañaba.

Forzarse tanto tiempo la costumbre  
Angélica no pudo ni Amor quiso,  
que halla descubierta mucha lumbre  
para hacer su infierno paraíso,  
ya tiene por enfado y pesadumbre  
hacer regalo al Orco, y de improviso  
se muestra esquiva, fiera y desdeñosa,  
y no se deja regalar en cosa.

Muy bien sufriera el Orco aquello y esto  
si, como en otro tiempo acostumbraba,  
le recibiera con templado gesto  
y no huyera dél con furia brava;  
al fin con intención y presupuesto  
de descubrirle su pasión andaba,  
cuando pasar la siente por un lado  
de un risco, do él se puso recostado.

Medoro va con ella juntamente,  
que nunca de la vista la perdía,  
y juntos ambos cerca de una fuente  
la sombra toman, que era al mediodía;  
de acá por señas el pastor doliente,  
con el mejor lenguaje que él sabía,  
de suerte que entenderse bien pudiera,  
le comenzó a cantar desta manera:

¡Oh más derecha que ciprés y enhiesta,  
Angélica gentil, más olorosa  
que suele ser por mayo la floresta  
de lirio rica, de mosquete y rosa,  
más agradable que en la ardiente siesta  
el huerto, y más qu'el plátano preciosa,  
y alegre más que el sol al gusto mío  
en el invierno, o sombra en el estío;

Más bella, generosa y excelente  
qu'el pero, la camuesa o la manzana,  
más lisa que la concha en su corriente,  
o do las friega el mar tarde y mañana,  
más dulce que la uva no reciente  
o qu'el panar, que miel destila y mana,  
suave, y a la mano blanda, en suma,  
más que del cisne la menuda pluma.

Mas ¡ay!, tú misma, sorda, impetuosa,  
más que es el mar a mi continuo llanto,  
y más que él y sus ondas engañosa,  
más dura que la antigua encina o canto,  
y más soberbia, altiva y desdeñosa  
qu'el pavo si es loado, y fiera tanto  
o más que osa cuando está preñada,  
o que la sierpe que se ve pisada.

Más libre qu'el novillo no domado,  
más firme y sin mudanza a mi gemido  
qu'el risco, de las olas contrastado  
y de su furia pero no vencido,  
más blanda y deleznable qu'el delgado  
ramo del salce o de la vimbre asido,  
(¡oh quién como lo entiendo lo dijera!)  
más deleznable, digo, y lisonjera.

Que así te tuerces a cualquier parte,  
así me das favor y así lo niegas  
como la blanda vara, y con esta arte  
me das la vista a veces y me ciegas,  
y sabes como el viento deslizarte  
por estas llanas y apacibles vegas;  
mas si me conocieses llorarías,  
lo que has huido de las manos mías.

Tú misma tu desgracia y aspereza

y tu crueldad tendrías a desdén,  
diciendo mal aún d'esa gentileza  
y d'ese intento libre y zahareño,  
y como a cosa digna de tristeza,  
que te ha apartado de tener tal dueño,  
sabrías despreciar, de abajo arriba,  
tu desdeñosa condición y esquivia.

Que d'estos montes en la excelsa cumbre  
ya sabes que de viva piedra tengo  
mil cuevas, do del sol la fuerza y lumbre  
no siento ni su ausencia, si a ellas vengo,  
y de árboles la inmensa muchedumbre,  
que hinche y puebla aún este monte luengo,  
no sufre, con sus brazos extendidos,  
las frutas que los tienen oprimidos.

Ni la ciruela endrina o la melosa,  
que dicen que en color vence a la cera,  
ni la más tiesa, larga y generosa,  
que al sol enjuta largo tiempo espera,  
ni la castaña o nuez, ni la preciosa  
guinda, y cereza, y la bellota, y pera,  
pueden faltarte, ni la almendra y higo,  
si con divido amor vives co[n]migo.

Pues la zamboa dulce, y menos tierno  
membrillo agudo, y la peraza acerba,  
el vil madroño, y dátíl casi eterno,  
y la almécina, y níspera, y la serva,  
y la azofeifa blanda, y como cuerno  
torcida la algarroba, y la proterva  
y armada piña, y la naranja, y lima,  
y cidra que yo tengo en más estima;

pues el durazno, albérchigo, y mestizo  
melocotón, y prisco, y frutos ciento  
(qu'el fértil año en varios tiempos hizo)  
no faltarán, y lo que es más contento,  
escúchame, que a fe que profetizo  
Angélica que vas mudando intento,  
y que te pesa desagradecida  
de haber sido enemiga de mi vida.

¿No has visto la abundancia del ganado  
que un valle y otro cubre, y la ribera,

la sierra, monte, y selva y el collado?,  
pues todo es mío, y más si más cupiera;  
ni sé lo que es ni puede ser contado,  
que haberse de contar pobreza fuera,  
mas todo es tuyo, y a pobreza viene,  
bien grande, aquel que libertad no tiene.

En otro pasto, en otro abrevadero,  
de edad más tierna y cuerpo más galano,  
grande abundancia tengo de cordero,  
y de cabrito saltador lozano,  
y de becerro blando y lisonjero,  
que como yo te besa ropa y mano,  
oficio a muchas reses ordinario  
después que yo te he sido tributario.

Pues ya si de otra carne diferente  
tu gusto nuevo olor procura y ama,  
el macho de la cabra en su corriente  
te ofrezco, y en su ronca el de la gama,  
el jabalí y el corzo juntamente  
en su celo, y los ciervos en su brama,  
aunque no hay diferencia al brazo mío  
ni a cansa, o cuca, o muda, ni al estío.

En todo tiempo, en toda coyuntura,  
gran cantidad te ofreceré contino  
de cuanto más asconde la espesura,  
aunque jamás le muestre al sol camino,  
que si esta carne te parece dura,  
el cabrito, y enodio, y el corcino  
te cazaré, imitando a la gamita,  
al tiempo que a su madre solicita.

Pues la fecunda liebre y paridera,  
de tantos animales perseguida,  
no menos deleitable que ligera  
y en el sabor a todos preferida,  
pues el mejor conejo, o que debiera  
tener la honra igual, pues le es debida,  
jamás en mis montañas te han faltado  
aunque infinitos dellos has cazado.

Pues tórtolas, palomas, codornices,  
zorzales y calandrias, cogujadas,  
faisanes, francolines y perdices,

ya sabes si te son sacrificadas,  
pues muchas veces, por grandeza, dices  
que no son conocidas ni pensadas  
las aves que te ofrezco, y que sospechas  
que son por mí para servirte hechas.

Mis dones no desprecies de tal suerte,  
pues tales no los puede dar alguno,  
ni otro como yo tu buena suerte  
te pudo dar, que tal no fue ninguno;  
no es Júpiter tan alto ni tan fuerte,  
que allá por dios tenéis, y fue Neptuno  
mi padre, y no me excede en los haberes;  
por suegro te lo doy si tú lo quieres.

Y si cerdoso como ves me hallo,  
aun esto es causa de que más presuma,  
que ya Neptuno pretendió alaballo,  
y por ventaja en mí lo puso en suma,  
¿qué fuera sin sus crines el caballo?,  
¿qué fuera el ave sin su espesa pluma?,  
¿qué fuera el oso y el león qué fuera  
sin su cerdosa y larga cabellera?

Debiera el hombre vuestro estar corrido,  
pues le es madrastra cruel naturaleza,  
que al bruto escama, y pluma, y piel vestido,  
y al árbol y hierba, hojas y corteza,  
y a él, cual triste alnado aborrecido,  
desnudo le parió y dejó en pobreza;  
¿pues ha de ser en mí vil menosprecio  
lo que en los otros es de estima y precio?

Ven ya, mi esquiva Angélica, y no quieras  
mostrarte fiera y áspera conmigo,  
que si con todo el mundo así lo fueras  
menor razón tuviera en lo que digo;  
mas ¿cómo he de sufrir que me prefieras  
un no sé quién que tienes por amigo?,  
y siendo tal que a nadie he conocido  
ventaja sino a ti que me has rendido.

La culpa tengo yo del mal que siento,  
que si al principio yo despedazara  
aquese mozo, y esparciera al viento  
sus carnes, o mi vientre dél hartara,

mi alegre vida en un mortal tormento,  
cual ya mudarla he visto, no mudara,  
mas al principio un yerro muy pequeño  
muy grande es en el fin para su dueño.

Y por mi padre y su poder te juro,  
oye, ¡oh cruel Angélica!, y no entiendas  
que quien me ofende puede estar seguro,  
ya que seguramente tú me ofendas,  
que aunque en el claro o en el reino oscuro,  
o en tu regazo mismo le defiendas,  
ha de templar con sangre suya luego  
la furia, que ha movido, de mi fuego.

Yo despedazaré, por más castigo,  
sus miembros preciosísimos, que amaste,  
por riscos y por selvas sin abrigo,  
do tú los puedas ver pues lo causaste;  
no he de comellos ni han de estar co[n]migo,  
que no permite mi dolor que engaste  
su carne entr'esta mía, pues en vida  
tan odiosa me fue y aborrecida.

Atenta estuvo al canto lastimero  
Angélica, y ¿quién duda que sintiese  
del Orco pena?, aunque de duro acero  
el desdeñoso corazón tuviese,  
y aunque con habla y razonar grosero  
ya la culpase, ya la engrandeciese;  
al fin bien claramente descubría  
el fuego del amor en que se ardía.

Y más que con el gran dolor que siente,  
al tiempo qu'estas lástimas cantaba,  
con mil gemidos amorosamente  
y con piadoso pecho suspiraba;  
cantando a veces abajó la frente,  
y a veces las palabras se tragaba,  
y al son de su zampoña siempre al cabo  
gimiendo daba fin al verso octavo.

Pena sintió, pues tanto quiso oílla,  
que no era tan exenta y tan señora,  
y tanto más lastima y amancilla  
en cuanto es sabio o fuerte aquel que llora:  
un niño no nos causa maravilla,

que lágrimas derrama cada hora,  
la mujer algo, que a las veces suena,  
el hombre tarde, y siempre causa pena;

y más si el hombre no es vulgar ni llano  
y en su llorar gran daño representa,  
que al fin es digno de semblante humano  
el condolerse de la humana afrenta.  
Torció enfadada el rostro soberano  
Angélica, de oílo descontenta,  
y más cuando en el fin le amenazaba  
con la venganza que hacer pensaba.

Licencia le demanda a su Medoro,  
y tres y cuatro veces junta y toca  
los labios de coral, las cejas de oro,  
y aljófara de una y otra bella boca,  
diciendo: Con los celos brama el toro,  
templar conviene ya su furia loca,  
pues enemigo no hay de tan vil precio  
que deba despreciar el que no es necio.

#### ADVERTIMIENTO

Por Libocleo, que, obligado de que Arsace por su ruego revoque la determinación que tiene de quemar el Catayo, hace en recompensa que se le rinda y la recibe por señora, se podrá entender la hidalguía del pensamiento humano, que pretende pagar en breve el beneficio que recibe. Por Astrefilo, su padre, que por no obligarse a servir a Arsace, visto que todo le ha rendido, se finge loco, el entendimiento discreto, que no pudiendo más se deja sepultar en los vicios, y duerme en ellos hasta que ve ocasión para sacar de captiverio su alma. Por el Orco, que se enamora de Angélica, la fuerza del Amor, que aun se mete en las cosas imposibles y se sirve de sus enemigos. Ha habido algunos que les ha parecido exceso hacer que el Orco hablase y se hiciese tan discreto con el trato de Angélica, y no consideran que el Boyardo, que lo fingió, también le dio razón y lengua, pues dijo que tenía mujer con quien vivía, y que contaba su ganado, y reñía con las mujeres que acometían a írsele, y les daba crueles castigos, como se verá en aquel autor y después en el Ariosto, que refiere el mismo cuento a imitación del Polifemo de Teócrito y Homero, y después de Virgilio y Ovidio, que hacen lo mismo.

#### CANTO CUARTO

*Osadías dichosas*

*Angélica reconcilia a Medoro con el Orco, y Arsace, que viene por libralle a la isla, les cuenta un fingido suceso de su vida, y sintiéndola Angélica enamorada de Medoro se alborota; ella huye, y yendo el Orco en su seguimiento muere a manos de Zenagrio, el cual también libra a Medoro de las de Balisarte, que pretendía vengar con muerte de Angélica la de Menadarbo, soldán de Egipto.*

Sansón el fuerte, y Hércules, y el fiero  
Aquiles, por quien Grecia fama toma,  
y el que el gran templo a Dios alzó primero,  
y aquel que hizo feudataria a Roma,  
sujetos son de Amor; ¡oh gran guerrero!,  
¡oh azote con que Dios soberbios doma!,  
que allí te muestras con mayor destreza  
do hay gracia, do hay saber y hay fortaleza.

Ni al gran Platón le defendió su ciencia  
del fuerte golpe de tu mano airada,  
ni a Sócrates el justo su paciencia,  
ni al de Estagiria su razón fundada,  
ni al que mató a Golías su conciencia,  
de Dios tan temerosa y tan amada,  
que porque nadie con razón se ría  
derribas al que más de sí confía.

Aquél dirán que supo más vencerte  
que más huyó la furia de tu mano,  
no por qu'él fuese valeroso y fuerte  
mas porque tú hiciste el golpe en vano;  
el macedón que no temió su muerte,  
y el que ganó el renombre de Africano,  
discretamente dicen que vencieron,  
porque de verse en la ocasión temieron.

Mas nadie duda y cada cual confiesa  
que a tu valor, que dél las cosas priva,  
no hay arma que resista, y si es muy tiesa  
al fin si no la falsa la derriba,  
y así cualquiera d'éstos a gran priesa  
vio poco, o ver no quiso, a su captiva,  
que si cualquiera en su virtud fiara  
de sí con tanta gloria no triunfara.

Y lo que más me espanta y maravilla  
es ver que Dios, por más venganza, quiera

hacer al sabio de una mujercilla  
simpla, ignorante, creerse, aunque no quiera,  
al fuerte que dobliegue su rodilla  
a quien de un golpe deshacer pudiera,  
que hile el uno, el otro que la adore,  
porque uno y otro su miseria llore.

Y más el más sagaz, y el más valiente,  
y el más perfecto, y más proporcionado,  
que el que más sabe en su pasión más siente,  
y el que más puede es della más forzado;  
ni fue el encanto al Orco suficiente,  
ni desmintió con prevención su hado,  
que estaba, aunque tan firme y tan quieto,  
al más gentil de Angélica sujeto.

No quiso Dios que el elefante fiero  
por su grandeza exento y libre fuese,  
rendido es al ratón como al carnero,  
porque de lo qu'es menos qu'él temiese,  
y el áspero león, grave y severo,  
al gallo, y también quiso que rindiese  
el toro su cerviz terrible y fiera  
no sólo a otro animal, a una higuera.

No quiso que la nao libre y señora  
sin miedo sobre el mar sus velas abra,  
mas que temiese al chico pez remora,  
y aun el diamante al hijo de la cabra;  
y así cualquiera que se alegra llora,  
todo se humilla, y gasta, y rompe, y labra,  
no con las fuerzas grandes y inmortales,  
mas aun con otras no a la suya iguales.

¿A do llegara la soberbia nuestra  
y el menosprecio de la flaca gente,  
¡oh hembras!, que nacistes para muestra  
del gran saber del padre omnipotente,  
si no rindiera la belleza vuestra  
al fuerte, al sabio, al rico, y al prudente?;  
lo cual en sus altivos pechos cría  
mesura, gentileza y cortesía,

llaneza y humildad, y sufrimiento,  
y liga, y amistad conforme, unida  
con otras mil virtudes que no cuento,

que son bien necesarias a la vida;  
de aquí nació el gentil comedimiento  
del Orco, que en su ofensa conocida  
apenas amenaza y siempre ofrece,  
siempre regala y siempre favorece.

Jamás verá los fines de su hecho  
quien no castiga y amenaza en vano,  
él queda con la lengua satisfecho,  
y nunca piensa sello con la mano;  
aunque conoce Angélica el despecho  
del Orco, ve el poder de Amor tirano,  
pues contra quien no vale arnés ni malla,  
desnuda se presenta a la batalla.

Y con palabras blandas halagüeñas,  
así la ardiente cólera mitiga  
y así la rompe cual vinagre peñas,  
o como al mismo l'agua su enemiga;  
¡oh amor!, ¿dónde aprendiste lo que enseñas?,  
¿qué le mostraste a la mujer, que diga,  
con que tan presto venza, y con que pruebe  
blanca al ojo la pez, negra la nieve?

Contemple en este paso todo amante,  
si está muy satisfecho de su dama,  
y si se ha visto en caso semejante,  
que no harán que entienda, el que bien ama,  
si no lo entiende, al fin pasa adelante,  
que no es tan fácil de soltar la trama  
que teje Amor, do la razón se enreda,  
y si ama, ¿quién la soltará aunque pueda?

Ciego ha de ser el fiel enamorado,  
no se dice en su ley que sea discreto,  
de cuatro eses dicen que está armado:  
sabio, solo, solícito, y secreto;  
sabio en servir y nunca descuidado,  
solo en amar y a otra alma no sujeto,  
solícito en buscar sus desengaños,  
secreto en sus favores y en sus daños.

Discreto y sabio no son una cosa,  
nadie se engañe, que el que mucho sabe,  
o ya por larga vida o muy curiosa,  
es bien qu'el mundo como a sabio alabe,

mas el que con solercia ingeniosa  
sus obras mide y las ajenas cabe,  
y en sus provechos rige su conceto,  
ese, aunque indocto, se dirá discreto.

Y así el que por su mala suerte quiere  
vivir de aquestas leyes oprimido,  
olvide el ser discreto si lo fuere,  
y encubra si lo tiene su sentido,  
ni crea lo que viere o lo que oyere,  
ni lo que fuere o lo que hubiere sido,  
mas solamente entienda, y oya, y vea,  
lo que su dama dice, aunque no sea,

y aun ojalá con esto vivir pueda.  
Cualquiera, si es amante, es fiel testigo  
y juzgará, si para tanto queda,  
lo que el Orco sufrió y pasó consigo;  
con tales lazos el Amor le enreda  
que adora el triste, y ama a su enemigo,  
perdón demanda a la que lo ha injuriado,  
y hace penitencia en su pecado.

Angélica no humilde ya, mas fiera,  
volviéndose a su alteza y su pujanza,  
en breve se mostró cual antes era,  
probando ser muy justa su mudanza;  
fulmínase el proceso de manera  
qu'ella de cuenta al agraviado alcanza,  
y llaman a Medoro como amigo,  
que sea a las treguas o a la paz testigo.

El cual también, sentido de la afrenta  
que el Orco en su lealtad falta sintiese,  
de beneficios larga suma cuenta,  
bien como si a la suya los pusiese;  
el pobre, en quien el mucho amor revienta,  
ni para ni repara en interese,  
todo lo acepta y mucho más que diga,  
y su persona a deuda y paga obliga.

Así se fue el trabajo relevando  
y el tiempo no agradable consumiendo,  
y en tanto qu'el mejor se iba esperando,  
de aquél los pensamientos suspendiendo,  
hasta que al fin de un día, al tiempo cuando

las noches largas deja el sol, cumpliendo  
con otras gentes, trujo el Orco presa  
del mar o su ribera una princesa.

Gentil de cuerpo, blanca, y agradable,  
en el semblante, y brío, y compostura,  
por ojos hermosísimos notable,  
más que lo ha sido o fue mortal criatura,  
y al fin por muchas cosas admirable,  
y más por su destino y su ventura,  
que muchas veces los sujetos ama  
que dan, con más de lástima, más fama.

Después que la vio Angélica, en el pecho  
sintió no sé qué horror, no sé qué espanto,  
que tarde en nobles ánimos se ha hecho,  
y en tales como el suyo nunca tanto,  
un odio y un pesar de su provecho,  
un complacerse de su pena y llanto,  
un desear que entonces hombre fuera,  
para que el Orco viva la comiera.

Pero disimulando con destreza,  
la alegra, la regala y la consuela,  
templándole con mañas la tristeza,  
como quien aprendió en tan buen escuela  
cual la experiencia, que a naturaleza  
levanta y a mil puntos la desvela,  
tan llenos de primor y por tal parte,  
que para lo imposible hallan arte.

También Medoro, qu'es cortés y entiende  
los varios casos de fortuna esquiva,  
que al que subió en un punto le descende,  
y vuelve a levantar al que derriba,  
a veces la entretiene y la suspende,  
y la conserva con sus ruegos viva,  
y habiendo preguntádole quién era,  
la dama respondió desta manera:

Señores, ved si a las humanas cosas  
dolor se debe humano, y si hay alguna  
que venza de misterio las dudosas,  
que ha sido mi desdicha y mi fortuna;  
el cielo o sus estrellas poderosas  
(que para tanto mal no basta una),

va con su lumbre, ya con su influencia,  
han hecho en mí cruelísima experiencia.

Nací de gracia rica y de belleza,  
de Amor y sus devotos fui servida,  
viví en estado, y en valor, y alteza,  
y fui al que me engendró consuelo y vida,  
pero mi patria y mi naturaleza  
no la diré, aunqu'el tiempo me convida,  
mas digo bien (porque la historia es llana)  
que hija fui de rey, mujer y hermana.

Aquel que fue mi esposo fue enemigo  
del padre mío, y sobre el reino vino;  
más gente que él y fuerzas trae consigo,  
que en todo le extremó su buen destino;  
tentó mi padre de hacelle amigo  
y más contrario le halló contino,  
ganóle todo el reino y, como es uso,  
sobre la misma corte cerco puso.

Duró algún tiempo, y la desdicha mía,  
o Amor mil veces que mi mal buscaba,  
sobre los altos muros me ponía,  
y aun a loar sus obras me forzaba,  
y si en peligro a mi enemigo vía  
mi daño y su provecho deseaba,  
y tanto estuve ciega en su cadena  
que mi bien y su mal me daban pena.

En tanto que, con ímpetu furioso,  
rompía a mi gente la cabeza y pecho,  
andando un día sangriento y polvoroso,  
mi campo roto y su escuadrón deshecho,  
llegó a mis muros casi victorioso,  
y aun a mis puertas a común despecho,  
y vile andar sin yelmo, descubierto  
el rostro, de tan gran victoria cierto.

Era, aunque blanco, de color mezclado  
con encendido rojo, que salía  
a manchas hermosísimas rosado,  
con resplandor que al mismo sol vencía,  
su diestro brazo, en alto levantado,  
a quien un blanco tafetán ceñía,  
con los trapuntes y azanefas de oro,

que por más gala vino al traje moro.

Luego encendida de amoroso fuego  
me hizo ciega Amor, cual hacer suele  
un alma deseosa, que sosiego  
pretende de quien della no se duele;  
la ofensa que me hizo adoré luego,  
que a amar el propio daño amor compele,  
améle tanto, y más si ser podía,  
qu'él a mi padre y gente aborrecía.

Era gentil, y bello, y joven era,  
rey era, y era sabio, y era fuerte,  
y al alma mía la fama lisonjera  
jamás de su memoria la divierte,  
de su valor la historia verdadera  
me pinta siempre de una y otra suerte;  
amélo, y por mi daño entiendo agora  
que yerra quien por fama se enamora.

No pude más sufrir el fuego grave  
que, de su imagen, se encendió en mi pecho  
mediante Amor, que en todo entiende y sabe,  
y abríle el corazón a mi despecho,  
pues con Amor lo que en razón no cabe,  
y a veces lo imposible, ha sido hecho,  
que si él la llama de su fuego atiza,  
las torres de metal vuelve en ceniza.

Al fin busqué manera, y orden claro,  
y estilo bien oculto, do pudiese  
darle noticia a mi enemigo caro;  
como a su amiga odiosa conociese,  
dudó en el caso como nuevo y raro,  
mas porque al fin del todo lo creyese,  
a él determinada un día me vine  
por senda a que ninguno habrá que atine.

En el palacio está una tumba o cava  
por arte hecha, y en la mano mía  
la llave de su oculta puerta estaba,  
por do me fui al lugar que pretendía;  
yo sola fui, y con lágrimas bañaba  
mi rostro entre el temor y el alegría,  
yo misma me bajé al lugar tan ciego,  
a do me hice lumbre con mi fuego.

Amor que mi compañía fue en tal prueba,  
que de mi injusta lástima la tuvo,  
delante a mi cruel señor me lleva,  
mi lengua allí soltó y mis pies detuvo;  
lo mal que hice o dije Amor lo deba,  
que al decir y hacer presente estuvo,  
sus alas dieron viento así a mi llama,  
que se mostró mi ardor sin quedar drama.

Como llegué y él vio ser la querida  
hija de su adversario, y no muy vieja,  
más fingió amarme que a su propia vida,  
y que a sus lumbres so una y otra ceja;  
yo dije lo que Amor, con voz no oída,  
me dicta, me amonesta y me aconseja,  
no las palabras, los afectos mismos,  
con llanto que habría roto los abismos.

No parecí yo niña, mas de cano  
saber, diestra en amor y en su cadena,  
hallé toda palabra que a un villano  
espíritu entenece de su pena,  
tal que él de dentro cruel, de fuera humano,  
que tuvo l'alma bien de amor ajena,  
a guisa de hombre que engañar pretende,  
la falsa lengua a tal razón extiende:

Yo os juro vida, por la nueva llama  
con que me habéis de amores encendido,  
qu'el odio ni el desdén no me llama  
a vuestra ofensa, como habéis creído,  
mas un deseo de sempiterna fama  
y de honra una alta sed me ha compelido,  
la cual es la que fiero así me muestra,  
contra esa alteza de la silla vuestra.

Y si mostráis señora algún rodeo,  
de muchos que en el pecho yo revuelvo,  
para que al fin se cumpla este deseo,  
el reino que me dierdes luego absuelvo,  
y al padre vuestro por mi suegro veo,  
y por mi esposa a vos y ya me vuelvo  
llevandoos a mi reino antiguo y caro,  
que deste vuestro siempre será amparo.

Como yo oí decir seréis mi esposa,  
Amor con tal placer me hizo guerra  
que me ablandé, y rendíle toda cosa,  
a mí, y al padre, y madre, hermano y tierra;  
él me juró que la honra victoriosa  
pretende sólo, y con su anillo cierra  
el ñudo marital, tomando luego  
la patria do nació que puso a fuego.

Mi casa destruyó, y mató a mi hermano  
delante el padre, y ante el mozo triste  
la madre tierna, y aun al viejo cano  
sobre este pecho que al morir resiste;  
no me mató por ser más cruel tirano,  
que en no morir allí mi mal consiste,  
con él me fui, que el daño no lo veda,  
pues no hay crueldad que amor limpiar no pueda.

Yo fui con el marido aunque forzado,  
dejando arder la triste patria mía,  
y de preñez mi cuerpo muy pesado;  
el nono mes llegó al postrero día,  
mas él que en mi morir está obstinado,  
entonces entre espinas me ponía,  
do el paso peligroso y cruel partera  
hiciesen que la madre y parto muera.

Yo misma me quité la ropa enhiesta,  
que Amor desesperado me asegura,  
y al despojarme dije: Ingrata es esta  
merced, ¿cuál se le debe a fe tan pura?,  
¿es para reina, tan vil muerte, honesta?,  
¿do fue jamás qu'el padre sepultura  
al solo hijo tan cruelmente diese,  
aun antes que pecase y que naciese?

A tal razón doblaron sus sangrientos  
abrojos las espinas siendo tales,  
benignos vi los más furiosos vientos,  
oyendo la inocencia de mis males,  
dos siervos luego suyos y violentos,  
por más cumplille sus deseos fatales,  
me echaron de do el viento me detuvo,  
mas la crueldad conmigo aun no la tuvo.

Huyeron las espinas, di en la yerba,

que fue debajo larga, blanda y verde,  
parí un infante, cuya faz conserva  
del padre el rostro y nada casi pierde,  
tomóle un mozo y con la vista acerba  
dijo: Mi rey, porque tu mal se acuerde,  
que acabe quiere, y muera juntamente  
tu vida y su odio, y más tan vil simiente.

Tiñió diciéndome esto el blanco acero  
en la inocente sangre, y al teñirse  
sentí en mi triste pecho el golpe fiero,  
y dividir mi cuerpo al dividirse;  
voló aquel nuevo espíritu ligero,  
a quien tan presto hizo despedirse  
de la inculpada carne y simple vida,  
y de la luz apenas conocida.

Vestíme, y luego en un dorado vaso  
me ofrecen cuerda, y daga, y cruel veneno,  
presente horrendo y no escuchado caso,  
mas justo a quien amor metió en su seno;  
¿quién nunca un mal intento vio tan raso  
después de mí, que justamente peno,  
pues de mi causa, en que es Amor testigo,  
juez y parte hice a mi enemigo?

Ves, dijo, el lazo, el tósico y el hierro,  
elige el fin que a recibir te atreves,  
que por tres sendas, falsa dama, al yerro  
podrás tomar castigo como debes;  
la cruel oferta, a que temblara un cerro  
y en cualquier alma descubriera nieves,  
jamás me heló, ni me turbó, ni pudo,  
que desesperación me hizo escudo.

Con pecho osado, y frente no movida,  
y rostro fijo a mis estrellas fuertes,  
tomé el cordel, puñal y la bebida,  
y, fuera d'esperanza, con tres muertes  
quitarme quise la enojosa vida,  
pero buscando el cielo nuevas suertes  
para mi pena, quiso allí estorbarme  
el suspender, herir y atosigarme.

Yo, falta d'esperanza, el lazo al cuello  
me puse, y estorbé al amado aliento,

mas luego se rompió, y debió rompello  
mi gran desdicha o mi ímpetu violento;  
tomé el brebaje, luego, por bebello,  
mas mi suceso desto no contento  
su fuerza me negó, que había tomado  
un gran reparo siempre acostumbrado.

Costumbre es vieja de mi patria y gente,  
después qu'el rey de Ponto lo compuso,  
usar de aquel antídoto excelente  
a quien su nombre Mitridates puso,  
y así, como a los marsos, no hay serpiente  
que nos lastime, tanto puede el uso,  
y aún dura esta costumbre en Circasía,  
y en una y otra Cítia y Tartaría.

Al último remedio puse mano,  
que estaba aún en la falda el cruel cuchillo,  
pues ya bebí y até mi cuello en vano,  
que no fue para mí dolor sencillo,  
alcélo en alto con semblante ufano,  
mas tanto mal no quiso Amor sufrillo,  
que me detuvo el golpe y me decía  
lisonjas tales para pena mía:

Paso, deténte, olvida el cruel intento,  
¡oh simple!, ¡oh vana!, ¡oh loca!, y ¿aún te atreves  
a herir, con dañado pensamiento,  
al ídolo gentil que adorar debes?;  
¿no has visto cuán alegre y cuán contento  
tus daños mira y enojuelos breves?,  
pues calla, y sufre, y ten paciencia agora,  
que risa espera el corazón que llora.

Al natural yo misma retratado  
había, de varia seda, en un lenzuelo,  
con broslas y recames relevado  
el rostro de mi gloria y mi consuelo,  
que fue de mí no menos adorado  
que la más santa dignidad del cielo,  
y para mi favor después de hecho  
lo traje siempre encima de mi pecho.

Al levantar del brazo y del cuchillo,  
como este pensamiento llegó a punto,  
querer herirme, y no querer herillo,

y un miedo, y un deseo llegó junto;  
cayóse mano y hierro, que sufrillo  
no pudo el corazón, que aunque difunto  
más respetó a su imagen muerta, esquiva,  
qu'el falso aquesta mía, sin alma y viva.

El látigo pues roto, el filo vano,  
la confesión vencida y yo no muerta,  
mandó en el mar echarme aquel tirano,  
que ya esta muerte tuvo por más cierta;  
no sé cuál dios allí me dio la mano,  
que un grande pez su escama en ala abierta  
debajo de mí puso, y me sustenta  
hasta sacarme al puerto sin tormenta.

Mas él haciendo del misterio juego,  
con áspero, obstinado y fiero celo,  
mandó encender en su presencia un fuego,  
do me arrojó con solo un sutil velo,  
y por demás se cansa, porque luego,  
con pluvia larga y muy copiosa, el cielo  
me socorrió, y tan grande que apagara  
cualquiera aunque mayor si en él se echara.

Mandó que la cabeza me cortase  
un hombre, tan cruel como él y fiero;  
tendí mi cuello porque se acabase  
la vida, con que tantas veces muero,  
mas ni mi suerte quiso que acertase,  
que por el lomo se volvió el acero,  
y un grito levantó la gente ciega,  
diciendo: Es por demás si el cielo niega.

No se amansó por esto el no ofendido  
(si no es ofensa un grande amor, tamaño  
que me antepuso el nombre de marido,  
pues faltan obras, a mi muerte y daño),  
en una oscura cárcel me ha metido,  
la tercia parte del hermoso año  
que da la luna, do me mantenía  
de sola l'agua que al llorar vertía.

Co[n]migo puso, para más tormento,  
un áspero león silvestre y bravo,  
hambrienta yo la triste y él hambriento,  
cuya crueldad más que la suya alabo,

que al fin en él hallé comedimiento,  
lamió mis manos y prostróse a un cabo,  
y aunque con hambre fiero y sed bramaba,  
sólo me pide lo que yo lloraba.

No hay alma que no tema en mi cruel suerte,  
de ver el inhumano y crudo pecho,  
que así se hizo con mis daños fuerte  
como si en ellos viera su provecho,  
y ver que de una muerte y otra muerte  
jamás se vio contento o satisfecho,  
antes al son de mi piadoso llanto,  
el corazón de carne hizo un canto.

Los ruegos, las plegarias más piadosas  
de gente por quien ya debió ablandarse,  
así le fueron graves y enojosas  
que contra mí de nuevo vino a airarse,  
y muchas flechas duras, ponzoñosas,  
mandó juntar, por más de mí vengarse,  
después de un árbol al troncón ligarme,  
y allí inhumanamente asaetearme.

¿Quién lo creerá?, que al punto que salía,  
del arco, el palo, por herirme atento,  
el vuelo le hurtaba y desmentía,  
por la piedad del cielo, el noble viento,  
y cuando más derecho a mí venía,  
por dar al corazón mayor tormento,  
entonces más el tierno viento humano,  
hacía el golpe por salvarme vano.

Al fin escoge una soberbia torre  
profunda y alta, porque desta suerte  
de pena y de cuidado más se ahorre,  
y mi sepulcro halle con mi muerte;  
el Nilo o Ganges más veloz no corre,  
o el Indo de su madre se divierte,  
ni con más copia, que mis ojos, cuando  
me vi en la cumbre al suelo amenazando.

Ya de mis flacos miembros no tenía  
dolor, que no hay dolor que a tanto cuadre,  
mas mi culpado espíritu temía  
de ver al ofendido de mi padre,  
que con muy justo llanto dicho habría

(en confusión de mi afligida madre):  
¿Qué ley tendrás con ésta, ¡oh justo abismo!,  
qu'el ser me quita y le di el ser yo mismo?

Echada fui de la más alta almena,  
que con el cielo competió en alteza,  
el sol corrió a mirar mi grave pena,  
y tuvo en ver mi suerte gran tristeza;  
yo dije (y al caer, de vida ajena):  
¡oh vos a quien dará naturaleza  
vivir después de mí!, acordaos que he errado  
más que otra, tanto cuanto más he amado.

Ejemplo firme de castigo os sea,  
pues soy de amor un perdurable ejemplo,  
y si es discreta la hermosa o fea,  
a sola mi memoria haga templo,  
porque cual yo me veo no se vea,  
ni se contemple tal cual me contemplo,  
ni venga a arrepentirse y conocerse  
cuando no pueda, como yo, valerse.

Diciendo así esto, por el aire puro  
dejé calarme luego al hondo suelo,  
con ánimo aunque triste bien seguro,  
cual quien del todo despidió el consuelo;  
no sé si mis palabras son conjuro  
o si les da vigor piadoso el cielo,  
que en este punto sucedió un reparo  
mayor que a esotras muertes y más claro.

Mis paños, de oro recamados, hacen  
un vivo, a mi caer mortal, sustento;  
no hay alas que a ave en hombros más se enlacen  
que ellos a mí engolfados con el viento;  
milagros fueron que al Amor aplacen,  
y este último fue el fin de mi tormento,  
que mi señor, tras de esta maravilla,  
lloraba entre el espanto y la mancilla.

Y con suspiro y llanto fue corriendo  
a me abrazar, de lástima que tuvo;  
mi espíritu que al punto iba saliendo,  
apenas en los labios me detuvo,  
mas esta su piedad, a lo que entiendo,  
que la primera fue y postrera que hubo,

causó en mí, triste, por diversas suertes,  
el mal que no pudieron once muertes.

Pues ellas todas no pudieran darme  
perpetua pena, que en habiendo dado  
al sueño, do quisieron sepultarme,  
mi triste seso y corazón cansado,  
posible no les fuera atormentarme,  
mas contemplar su pecho lastimado  
por mi tormento, y ver cómo lo siente,  
me habrá de atormentar perpetuamente.

Aquel que al duro corazón tenía  
un monte hecho de nevado yelo,  
a do el calor humano no podía  
hallar entrada, ni el calor del cielo,  
piadoso ya de mí en gran fuego ardía,  
que Amor con menos levantó del suelo  
mil ánimos gentiles, y lloraba  
cuando mi pena y su crueldad pensaba.

Las más pomposas bodas y excelentes  
mandó ordenar, con honra gloriosa  
que nunca vieron las humanas gentes,  
tomándome de nuevo por esposa;  
la noche vino, y cuando vi presentes  
los brazos, y la cara vi amorosa  
que un tiempo mi dolor y muerte quiso,  
dije: ¡Oh señor, yo estoy en paraíso!,

yo gozo ya de aquella gloria agora  
que a su martirio guarda Amor al justo,  
pues no hay más gloria, para quien te adora,  
que estar entre esos brazos y a tu gusto;  
él, por respuesta a desto, gime y llora,  
que no es de sangre tan cruel ni injusto,  
que con tan graves penas me afrentara,  
si el hado mío cruel no le forzara.

Y así mis miembros ciñe estrechamente  
con sus desnudos brazos, y sus ojos  
clavó en los míos con turbada frente,  
por dicha contemplando mis enojos,  
miróme triste mas piadosamente,  
cual quien vencido rinde los despojos,  
y aun no sé qué de mal me dio y agüero,

aquel fatal mirado postrimero.

Así le miro yo y así me mira  
embelesado, y fuese suspendiendo,  
ni gime, ni se mueve, ni respira,  
ni da señal de vivo, ni la entiendo;  
¿quién vio algún cuerpo que de viejo expira,  
y poco a poco va el color perdiendo?,  
¿quién vio la luz que poco a poco acaba?,  
pues tal le considero y tal estaba.

Imaginéle yo, y no fui engañada,  
que, de pensar las penas que me ha dado,  
su alma estaba de temor turbada,  
y el cuerpo bello de dolor pasmado,  
la flor del rostro con su luz robada,  
y el lustre de los ojos vedriado,  
el seso ajeno de saber valerse,  
y cuerpo y alma sin poder moverse.

Y así fue la verdad, qu'el pensamiento  
allá le fue pintando punto a punto,  
bien largo y no cifrado, mi tormento,  
y todos mis dolores luego en junto:  
lo que sintió a lo que sentí y que siento  
venció, más que lo vivo a lo difunto,  
más recibió que recibí y recibo,  
pues él murió y yo no, que él muerto, aún vivo.

Mi fe tan firme allí se le presenta,  
que al padre, y madre, y al hermano pudo  
dejar morir, y al reino en tal afrenta,  
(¡oh hecho, aunque de amor, extraño y crudo!);  
Amor le hizo que doblado sienta  
lo que sentí, pues que él no tuvo escudo  
que le valiese, como yo antes tuve  
la fuerza del amor do me mantuve.

Quemarse vio los arcos y alto templo  
sagrados a los dioses, y el palacio  
real paterno, y recibió a mi ejemplo  
dolor cual lo sentí, aunque más despacio;  
cual yo entre las espinas le contemplo  
en tal tormento, y vuelve el rostro lacio  
hacia sí mismo, y siente aquellas puntas  
que yo sentí en mi cuerpo en su alma juntas.

Más duras, más crueles, más furiosas,  
que no supieron perdonar, de fieras,  
a su alma fiel gentil, ni ser piadosas  
cual fueron a mi cuerpo, y lisonjeras;  
tembló, y gimió el cuitado, entre otras cosas,  
cuando en su pecho ya sintió de veras  
el cruel alfanje, que pasado había  
al hijo a quien en rostro parecía.

Sintió su primogénito finado,  
y tanto más que yo cuanto más debe  
aquel, que fue la causa del pecado,  
que aquel que a defendello no se atreve;  
sintió el quedar de sucesión privado,  
que es lo que a los mortales más co[n]mueve,  
y desear al fin, por sumo precio,  
lo que antes tuvo en tanto menosprecio.

También me vio inocente y enlazada,  
páreceme que siente el lazo al cuello,  
vio la poción mortal que me fue dada,  
y erízasele el pelo y el cabello,  
contempla luego la tajante espada  
en estas manos sin matar, y en vello  
ya siente el temple en sus entrañas frías,  
de que su imagen defendió las mías.

Vio el mar do me arrojó, y el triste siente  
irse a lo fondo y sumergirse luego,  
parece que se abrasa, aunque está absente,  
cuando imagina que me echó en el fuego,  
la cruel navaja al cuello ve presente,  
mirando cómo, con afectos ciego,  
me puso en manos del sayón injusto,  
que degollarme quiso por su gusto.

Pensaba más, qu'el león hambriento mira  
mi triste cuerpo con feroz semblante,  
creyendo que con él viniese en ira  
de miedo tiembla y gime en un instante,  
después la oscura cárcel ve, y suspira,  
y siente hambre, y sed más abundante,  
y en tanto extremo vino por la mía,  
que macilento y pálido moría.

En sí contempla las saetas duras  
que llueven contra mí en escuadra fuerte,  
y siente el daño qu'estas carnes puras  
y flacas sienten con temor de muerte,  
las cejas hizo en ese punto oscuras,  
que ya se mira en semejante suerte,  
y la soberbia torre imaginando,  
al fin cayó en mis brazos suspirando.

Cayó en mis brazos, y en el triste pecho  
recogió sus espíritus vitales,  
al cual hicieron aquel tiempo estrecho  
la fuerza y la venganza de mis males,  
sentílo en breve un muerto yelo hecho  
y sus extremos lívidos mortales,  
y fuele este regazo, ¡ay suerte dura!,  
bien y mal, vida y muerte, y sepultura.

No fue tan triste ver mi gente amada,  
mi padre y madre, hermano y hijo caro,  
pasar a incendio, a lazo, a fuego, a espada,  
ni ver su desamor tan cierto y claro,  
llamarse puede, todo, poco, o nada  
cualquier martirio, aunque admirable y raro,  
y solo es mucho aquella despedida,  
que así me tiene viva sin mi vida.

Su fin, extraño ejemplo de amadores,  
en mí y no en él debiera ser probado,  
pues claro es que han nacido mis dolores  
no de su furia mas de mi pecado,  
por quien yo soy los merecí mayores,  
y él fue del cielo a castigar forzado,  
que tal crueldad no tiene conveniencia  
con pecho que murió en su penitencia.

Cruel fue el cielo, que si ya pensaba  
tan justamente castigar mi yerro,  
y nunca muda su sentencia brava,  
pudiera dar el ministerio a un perro,  
y si éste para tanto no bastaba,  
pusiera en él un corazón de hierro,  
de víbora una lengua, y ojo fiero  
de catablefa, y párpados de acero.

Y no infamara un'alma generosa,

con un castigo tal que pareciese  
cruel de suyo, siendo tan piadosa  
que por no ver la ejecución muriese.  
Así fue discurriendo muy penosa  
la dama, y como Angélica estuviese  
cansada d'escuchar, y allí arrimada  
se fuese adormeciendo descuidada,

la plática volvió hacia Medoro,  
que a solas ya la oía, y dijo: Amigo,  
cuán mal se gasta el juvenil tesoro  
en estas fieras selvas sin abrigo,  
no ya mi suerte, que la tuya lloro,  
si quieres como estás solo ir co[n]migo  
habrás, demás de ir fuera destas redes,  
más honra y dignidad que pensar puedes.

De qué te sirve andar guardando en vano  
tu esposa, si ante ti otro goza della,  
ni vella ni hablalle es en tu mano,  
ni puedes con razón reprehendella;  
viviendo en el poder deste tirano,  
tú esperas que algún día, por tenella  
más a su voluntad, te coma o mate,  
pues de tu libertad nadie hay que trate.

Yo soy del fin del mundo a ti venida,  
a darte libertad si la quisieres,  
y he puesto a riesgo, como ves, mi vida,  
que lo harán por tí pocas mujeres,  
si fuere mi intención agradecida  
no faltará otro honor, mujer, y haberes,  
y un barco en la ribera tengo puesto,  
do nos pondremos en seguro presto.

Estas palabras últimas oía  
Angélica, pensando que soñaba,  
que a duerme y vela estaba, aunque dormía,  
y con la alteración recordó brava,  
y como ya Medoro respondía,  
por cierto confirmó lo que pensaba,  
y a voces dijo: ¡Oh falsa! ¿súfrese eso,  
que lo induzgáis sin mí a tan grave exceso?

Acudió el Orco, y supo del ruido  
lo que podía entender, que aunque enojada,

por no agraviar, Angélica, al marido,  
no quiso descubrir del hecho nada,  
pidiendo por la dama: había huido,  
salió a buscarla con presencia airada,  
por darle muerte fiera o pena esquiva,  
y Angélica salió a mirar dónde iba.

Y violos ir corriendo en la marina,  
gritando, sin parar en cosa alguna,  
hasta llegar do el alto mar se empina,  
y casi muestra contrastar la luna,  
y en una fuente vio, de allí vecina,  
como arrojado de la gran fortuna,  
sin armas un mancebo recostado,  
y un barco en la ribera trastornado.

Este era el que la fada Filtrorana  
crió, y detuvo mucho tiempo en vano  
en la alta Iberia y en la selva hircana,  
el nieto, digo, y hijo de Agricano,  
que tierra allí tomó aquella mañana,  
y Marte le debiera dar la mano,  
qu'el áspero Neptuno bien quisiera  
hundille en sus abismos si pudiera.

Sintióle el Orco, y él al Orco viendo  
del suelo con presteza se levanta,  
bien como aquel que al repentino estruendo  
la cara vuelve osado aunque se'panta,  
y el uno contra el otro arremetiendo,  
se vio más presto el mozo en su garganta  
que se deliberase por qué suerte  
había de combatir la bestia fuerte.

En un momento casi fue invisible,  
ni Marte ni la fada le responde,  
que sin parallo en la garganta horrible  
en el profundo estómago le asconde;  
el joven no tuviera por posible  
hallarse vivo en el lugar adonde,  
después de muerto y bien despedazado,  
creyera que era pasto muy sobrado.

El cual (como la fada Filtrorana  
le había bañado en la infernal laguna,  
quitándole a su madre y a su hermana,

que por hermana y madre tuvo a una,  
do fue hadado y no con fuerza vana,  
que no ha de ser herido en parte alguna  
sino en la planta, por el pie postrero,  
con el metal de amor que es lisonjero),

tampoco pudo aquí del diente agudo  
del animal feroz ser lastimado,  
que entero, y sin lesión, y sano, y crudo,  
se estuvo en el estómago guardado;  
volviendo en sí, que ya moverse pudo,  
y estuvo del suceso alborotado,  
con ambos brazos, con que abrir solía  
las tigres, abrió el seno do se vía.

Y recibió del aire refrigerio,  
que abrió una puerta para el alto pecho  
por donde entró la lumbre, y vio el misterio  
con que el pulmón se mueve y está hecho;  
entre sus pies miraba el mesenterio,  
que va del vientre al hígado derecho,  
do un alto monte vio de sangre lleno,  
y de amarilla cólera un gran seno.

Tras él un río caudal, que descendía,  
de rojo humor del corazón nacido,  
por junto al espinazo, y que subía  
del hígado otro grueso y más crecido,  
y un aposento de melancolía,  
más negro que la pez y escurecido,  
del cual un muy pequeño arroyo viene,  
a do la triste hambre asiento tiene.

Estúvose gran rato contemplando  
el caño, que del negro humor manchaba  
lo blanco del estómago, mirando  
las formas que cayendo en él pintaba,  
y del mirar y contemplar gustando,  
a veces con sus manos le ayudaba,  
y vio qu'el humo que de allí dispara  
muy negro el corazón y seso para.

La requemada cólera, subiendo  
por los arroyos de la sangre, mira,  
que como espuma espesa va hirviendo,  
y enciende al corazón y al seso tira,

al revolverse desta va creciendo  
la rabia y el furor, desdeño y ira,  
y al humo de la otra, con tibieza,  
el miedo, y el asombro, y la tristeza.

También contempla cómo al revolverse  
de muchas cosas, todo el fundamento  
comienza sin sosiego a estremecerse,  
y a escurecer su lumbre en un momento;  
espíritus pudieran allí verse  
que soplan como acá el piadoso viento,  
y espíritus, que alumbran, más delgados,  
como del sol los rayos ilustrados.

Allí pudiera verse el artificio  
con que se engendra el miedo, y la tristeza,  
la envidia, furia, y celo, y odio, y vicio,  
nacidos sin razón y sin firmeza,  
después, subiendo al ínclito edificio  
do más primor mostró naturaleza,  
la fábrica también, y el hondo abismo,  
do incita la razón aun a esto mismo.

Los sesos en doblada red cogidos,  
de quien usó por instrumento l'alma,  
la fuerza do recoge los sentidos,  
y aquella luego do los guarda en calma,  
la que los junta estando divididos,  
y la que lleva la victoria y palma,  
la que alza las figuras y las mueve,  
y la que al hombre incita a lo que debe.

Al tiempo vio, que el negro humor subía,  
turbarse el alto techo y revolverse,  
cual suelen con espíritu y manía  
las sibilinas frentes encenderse;  
ya el Orco en furia y rabia se encendía,  
que por su mal comienza a conocerse,  
pues quien a nuestra suerte hace agravio  
da al seco resplandor ingenio sabio.

En el temor y en el asombro extraño,  
en verse de sí mismo desamado,  
y en el amor o en el pesado engaño,  
con que era más que nunca fatigado,  
vino a entender su irreparable daño,

y qu'era como todos fabricado  
con guerra de elementos, de tal suerte  
qu'está sujeto al tiempo y a la muerte.

Y así arrojando un grueso pino entero,  
do por cayado el cuerpo sustentaba,  
y el gancho en él, cual áncora de acero  
con que en el mar las naos a sí llegaba,  
dio un grito doloroso y lastimero,  
con que otro y otros mil acompañaba,  
mordiéndose, arrancando cuanto encuentra,  
tragando lo que en vivos cuerpos no entra.

El mozo con aquello se ahogara  
a haberse en el estómago aguardado,  
qu'el ancho tragadero no atajara,  
aunque en havello hubiera porfiado,  
mas cuando al pecho levantó la cara,  
abrió la tela y fue por el costado,  
subiendo al fuerte alcázar más seguro,  
do cerca al corazón de hueso un muro.

Allí sin su peligro estar pudiera,  
que aunque los montes arrojara dentro  
ninguno le tocara ni ofendiera,  
ni de revés, ni vuelta, ni de encuentro,  
pues cuanto come el animal de fuera  
al vientre busca, como fondo, y centro,  
que no entra al pecho sino el aire frío,  
y para sustentallo aquel gran río.

El río no le ofende, que derecho  
por su ancha vena al corazón camina,  
mas el pulmón es quien le tiene estrecho,  
y con su golpear le desatina,  
con él se mueve juntamente el pecho,  
y para su remedio determina  
tapar el caño por do entraba el viento,  
que tanto estruendo causa y movimiento.

También de su violencia es ofendido,  
y así en las asperezas de la caña,  
que es cuello del pulmón, un pie ha metido,  
y asió sus alas con destreza y maña;  
sintió ahogarse el Orco, y dio un bufido  
con mucha tose envuelto, y con tal saña,

que si al pulmón asido no estuviera,  
por la nariz o boca le expeliera.

Y todo a un tiempo fatigarse siente  
de hambre, sed, y tose, y rabia fiera  
de amor, que medicina no consiente,  
ni allí gozarse pudo aunque la hubiera;  
creció su furia, aunque su dama absente,  
con la melancolía lisonjera,  
que siempre en la memoria representa  
aquello que le viene más a cuenta.

Con mil gemidos vuelve a sí las manos,  
rabiando con la furia, y rompe luego  
al vientre, y bazo, y hígado cercanos,  
pensando así alcanzar algún sosiego,  
y no llegó al lugar do los livianos  
templando están del corazón el fuego,  
en cuyo grande espacio se rodea  
el que su vida aflige y señorea.

El cual así le aprieta y despedaza  
los miembros que la guardan en el pecho,  
y el grande hueco así desembaraza,  
con uñas y con boca abriendo a hecho,  
que hizo para sí muy ancha plaza,  
y el grande casco descubrió por techo,  
quedando el Orco de alto abajo abierto,  
sobre ahogado y más de amores muerto.

En tanto aquella dama que huía  
de su furor, al mar había llegado,  
que no escapara aunque muy bien corría,  
si el Orco no se hubiera así estorbado,  
y en un batel en que otra la atendía  
se entró, después que un rato anduvo a nado,  
y al fin con más ligero movimiento,  
se alzaron en el mismo por el viento.

La fada Antandra aquesta última era,  
de Filtrorana la aposentadora,  
y aquella gran princesa es la primera  
de sármatas y tártaros señora,  
que siendo reina de la China entera,  
y ociosa, aposentó donde ella mora,  
un día, aquesta fada, y platicando,

de un cuento en otro cuento resbalando,

vinieron a tratar de hermosura,  
y díjole la fada: Un hombre hay preso,  
en una cárcel tenebrosa oscura,  
y con injurias afrentado y leso,  
a quien sin duda en esto dio ventura  
más que a los otros todos, si en un peso  
se mide por nivel, y si balanza  
humana tanto cabe y tanto alcanza.

Y preguntando el modo de librallo,  
le respondió: Tampoco eso es posible,  
que en el lugar do está a pie ni a caballo  
no puede entrar criatura aunque invisible;  
el Orco vive allí, y quiso guardallo  
Neptuno con un hado tan terrible,  
que en cerco muchos pasos de su asiento,  
no tiene fuerzas nuestro encantam[i]ento.

Y entrar sin él es con peligro cierto  
de muerte, o de prisión eterna y grave,  
que no ha entrado hombre que no quede muerto,  
ni hembra que al salir descubra llave.  
Al fin hicieron ambas el concierto  
que ya se entiende en lo tratado y sabe,  
que la una con su encanto allí aguardase,  
y la otra con peligro suyo entrase.

Entró y salió huyendo, y más ligada  
que si quedara allá puesta en cadena,  
mas otro medio le ofreció la fada,  
quizá para doblalle más la pena:  
En la ínsula de Aquiles despoblada,  
le dijo, el grande espejo está de Elena,  
que aquello pinta, al que le tiene y mira,  
que más desea y por quien más suspira.

Pues tienes caballeros valerosos,  
incítalos que prueben la aventura,  
y háganse en la empresa más famosos  
que en la del vellocino, que aún hoy dura.  
Consejos fueron estos más dañosos,  
mas siendo en ellos Arsace segura  
los aceptó, que esta isla menos le era  
terrible, aunque era igual con la primera.

Do hubiera no con menos que la vida  
pagado su osadía, si a tal medio  
no fuera de aquel mozo socorrida  
que ella engendró y parió por su remedio;  
duró la brega entr'ellos, tan reñida  
que pudo ella escaparse en el comedio,  
que si aguardara ver al Orco muerto,  
mal se embarcara y mal dejara el puerto.

Porque tembló al caer la pesadumbre  
terrible, inmensa, y más descompasada,  
la isla toda, desde su alta cumbre  
a la raíz del mar, do está fundada;  
el sol de espanto recogió su lumbre,  
la tierra de tinieblas fue cercada,  
y el mar bramando se mostró tan fiero,  
que al mundo amenazó su día postrero.

Pues levantó sus ondas tan furioso  
cual nunca las alzó, según yo creo,  
por ver que el principado glorioso  
le quita solamente este trofeo,  
y cuantas naves por el espacioso  
Carpacio seno, y Jonio mar, y Egeo  
andaban, con su furia derramadas,  
a aquella parte fueron arrojadas.

O qu'el cerúleo mar las arrojase,  
o que sus dos contrarios y enemigos,  
porque este hecho más se divulgase,  
allí las condujesen por testigos;  
entr'ellos quiso Dios que allí aportase  
Lucina, y Norandino, y sus amigos,  
que ha cuatro días que en un fuerte casco,  
de Famagosta van para Damasco.

El puerto cubre, y toda la marina,  
la gente que salió por toda parte,  
cual de la que al poniente va y camina,  
cual que de allí para el oriente parte;  
al fin con sus doncellas fue Lucina  
y al Orco miran muerto, y desde aparte  
buscando andaban quién le dio la muerte,  
y cómo, y por qué vía, y de qué suerte.

Buscaron luego la una y otra cueva,  
que un tiempo bien la supo Norandino,  
creyendo allí hallar quien saber deba  
principios del gran caso y peregrino,  
la vieja sacan poco menos que Eva,  
y tras ella el angélico y divino  
par, que sin par fue al mundo en hermosura,  
con muchas damas no de gracia oscura.

Mas cual la Aurora entre las flores suele  
aparecer, de oculta luz cubierta,  
haciendo que la oscura noche vuele,  
hasta arrojarse por la ebúrnea puerta,  
las aves cantan, todo el campo huele,  
y cualquier alma a contemplar despierta,  
llevándose los ojos y la frente  
tras sí con las bellezas del oriente,

tal pareció la reina del Catayo  
entre las damas, aunque se cubriese  
con pastoral y vedijoso sayo,  
cual todos saben ya que lo trujese,  
y con el sobresalto y el desmayo  
de su belleza parte, aunque fuese  
su carne blanca, y tierna, y colorada,  
con la silvestre habitación manchada.

Y al levantar de sus serenos ojos  
llevó tras sí las almas, y pendientes  
de penas, y tormentos, y de enojos,  
dejó privados todos los presentes;  
cual alto pino honrado con despojos  
la miran unas gentes y otras gentes,  
y más cuando supieron que había sido  
el Orco fiero de su amor rendido.

Y como no alcanzasen otra nueva  
de la victoria nunca imaginada,  
sospecha que al Amor todo se deba,  
y a Marte, que fue tanto en ella, nada;  
ver muerto al Orco, y más rabiando, es prueba,  
y viva ante él la dama celebrada,  
y esotras, que con cantos y con danzas,  
darian a Amor sus glorias y alabanzas.

De todas supo el rey el vario cuento

de los amores, no la muerte brava,  
que todas se ascondieron al momento  
que el Orco dando voces se mataba,  
y así de general consentimiento,  
cualquiera la belleza celebraba  
de aquélla, que con sola tal victoria  
ganó al Amor por siglos mucha gloria.

También miraban al garzón hermoso,  
y dábanle alabanzas sin medida,  
no sé si más por bello que dichoso,  
porque aún su dicha no era conocida;  
el rey de conocellos deseoso,  
que le parece gente bien nacida,  
con su Lucina a Angélica se llega,  
y que no encubra su nación le ruega.

Luego, ella dijo: Angélica me llamo,  
señora de las Indias del oriente,  
y a tu linaje, y cepa, y tierras amo,  
y sé que me amas y eres de mi gente,  
mi madre Eugenia tuvo a Lidaramo  
por padre, y éste y Idalio una simiente  
por singular origen han tenido,  
Idalio, digo, que tu abuelo ha sido.

Idalio y Lidaramo descendieron  
de Baladino, el rey de la Suría,  
de Idalio en el imperio sucedieron,  
y el otro en Taprobana vive hoy día,  
Eugenia es hija suya, y produjeron,  
Eugenia y Galafrón, a mí y Argalía,  
mi hermano y padre es muerto, y voy yo ahora  
a ser de tantos reinos sucesora.

Y aquel que has visto que en la cueva y monte  
me sigue, y en el mar sin más recelo,  
que en las riberas bajas de Aqueronte  
me piensa acompañar, o allá en el cielo,  
bastardo fue del valeroso Almonte,  
y hermano le llamaba Dardinelo,  
es pobre, mas ¿cuál es mayor riqueza,  
la que fortuna da o naturaleza?

Alzóse el rey y tiernamente abraza  
los dos amantes con amiga cara,

por de su casta los conoce y raza,  
y ¿quién de serlo no se contentara?;  
para decir verdad no sé si es traza  
de Angélica, o si así se lo contara  
Medoro, para ser en más tenido,  
diciendo que de Almonte ha decendido.

Que fuera así verdad o que no lo fuera  
¿quién les podrá llevar por ello pena?,  
seguro miente el viejo donde quiera,  
y el mozo si es discreto en tierra ajena,  
mas su fortuna, mal trazada y fiera,  
muy poco tiempo les mostró serena  
la falsa cara, y poco se alegraron,  
con el honroso deudo que hallaron.

Porque entre aquella variedad de gente  
un caballero muy feroz había,  
del gran soldán de Egipto descendiente,  
que Balisarte el fiero se decía,  
el cual, por ser más que otro suficiente,  
solemne juramento hecho había  
de no casarse hasta haber vengado  
la muerte del soldán por él amado.

Con él una hermosa dama viene,  
que por mar y por tierra le acompaña,  
desde do el sol los hombres negros tiene  
hasta la Citia, y hasta el fin de España,  
de Menadarbo hija, a quien conviene  
cumplir la fe de la promesa extraña,  
porque reinar con ella pretendía,  
si la venganza a su placer hacía.

Pues luego como el nombre oyó de aquella  
que fue a diversas gentes tan odioso,  
de los cabellos se aprestó a tenella  
con alta espada y con mirar furioso,  
en breve les relata su querella,  
y arrastrando la lleva al sanguinoso  
campo, do muerto el fiero monstruo estaba,  
de quien ninguno casi ya trataba.

Alguno a defendella no se atreve,  
pues Norandino, que es quien más debía,  
o por tener el corazón de nieve,

o por ser cerca Egipto de Suría,  
y ver que d'esto eterna lid se mueve,  
mostraba o ya desdén o cobardía,  
o ya con mil promesas y razones  
procuraba templar los corazones.

Pero jamás con Balisarte pudo  
que del intento un punto se moviese,  
no porque él fuese tan feroz y rudo  
qu'el precio de la dama no entendiese,  
por más que con la otra haga escudo  
y por más ciego que en su amor viniese,  
mas por cumplir el juramento hecho,  
que le estorbó su gloria y su provecho.

Después que libre la sacó del resto  
del vulgo ciego, que a mirar llegaba,  
y que le puso el largo cuello enhiesto  
que de sus manos ya ofendido andaba,  
volvió a mirar el bello rostro honesto  
qu'el mundo así rendía y asombraba,  
y descuidó la mano del cabello,  
que de turbado no acertó a tenello.

Sintió la alteración la hembra, y puso  
su anillo do sabía, y prestamente,  
dejando a Balisarte muy confuso,  
se dio a huir por fuera de la gente;  
pocos supieran del extraño uso,  
mas éste, a quien amor hacía prudente,  
o fuese que algún tiempo oyó este cuento,  
muy presto sospechó el encantamento.

Imaginó el remedio, que fingiendo  
buscar la dama que perdido había,  
a su Medoro se llegó corriendo,  
que aparte y descuidado se reía,  
de los cabellos le llevó gimiendo  
donde antes a su Angélica tenía,  
y alzó la espada en alto y brazo fuerte,  
con determinación de darle muerte.

Mas al bajar del brazo, al mismo punto,  
la dama se mostró delante puesta,  
temiendo ver aquel garzón difunto  
que a su esperanza fue columna enhiesta,

y dijo: Ten, no rompas el trasunto  
que al reino del Amor gran precio cuesta,  
ten, que ésta es cifra do a sí misma excede  
natura, en cuanto sabe y cuanto puede.

Si ya tú tienes ánimo tan fiero  
qu'es digno de Nerón, el cruel romano,  
para privar al mundo del lucero,  
y de su idea al resplandor humano,  
mi cuello corta, vesle aquí primero,  
que en esto no será tan cruel tu mano,  
y deja entera y sin hacer mudanza  
la perfección mayor qu'el suelo alcanza.

Vuelv'esa furia a mí, vuelv'esos ojos  
a mí, y a mí esa mano cruel, y acero  
a mí, que causa di a vuestros enojos,  
y dar satisfacción a todos quiero;  
suelta y no ultrajes, suelta los manojos  
del crespo oro y gentil, suelta el cordero  
más digno, aunque le ves en baja suerte,  
de ser casa del sol que de la muerte.

Si no me das el engañoso anillo,  
responde Balisarte, ¡oh hechicera!,  
por su garganta pasará el cuchillo,  
que no hay quien le defienda que no muera;  
él puede ir libre, tú podrás oírlo,  
que al fin has de morir desta manera,  
si a el tiempo de la muerte l'alma puede  
saber lo que a sus cosas les sucede.

No hagas tal, le replicó el mancebo  
que l'alta espada junto al cuello vía,  
que yo esa convenencia no la apruebo  
ni puede suceder en honra mía,  
yo pagaré la muerte si la debo,  
y él pagará su torpe villanía,  
huye con el anillo, pues que puedes,  
sin que obligada a suerte incierta quedas.

Puesta en la India puedes fácilmente  
vengar la injuria ahora recibida,  
trayendo muchas naos y mucha gente  
contra el soldán, y contra el homicida,  
porque serás, en viéndote en oriente,

de todos respetada y conocida,  
mas yo aunque viva sin provecho vivo,  
odioso a todo el mundo y fugitivo.

Cual fiel balanza que con sólo el viento  
que suele revolver en toda parte,  
y nunca hace un firme movimiento,  
ni aun en hacer aquéllos guarda un arte,  
tal la medrosa Angélica, sin tiento,  
ya prometió el anillo a Balisarte,  
ya le volvió a negar, ya se le ofrece,  
ya se le muestra, ya desaparece.

Con esto tanto tiempo le entretuvo  
que todos los presentes se reían,  
y aquello que por lástima se tuvo,  
contentos ya y solaces parecían,  
aunque la fiesta en breve se detuvo  
porque los dos egipcios se corrían,  
que aquel humor agudo y requemado  
no sufre ser con burlas irritado.

Y así la hija del soldán apriesa  
que mate al bel Medoro le mandaba,  
pues no cumplió su esposa la promesa,  
y que con esto el juramento alzaba;  
pues Balisarte, viendo que no cesa  
el gran trabajo a que obligado estaba,  
volvió al lugar do al mozo había dejado,  
con gran desmayo y turbación sentado.

Angélica corriendo le seguía,  
dando altas voces y gritando en vano,  
al viento sus cabellos esparcía  
y ni aun al rostro perdonó su mano,  
bien como l'ave que hijuelos cría  
y mira desde otro árbol al villano,  
que apartando la rama de la hoja,  
su nido crudamente le despoja,

y sin poder valelles de otra suerte,  
con gritos y lamentos dolorosos,  
celebra las exequias de su muerte,  
y llora los sucesos mal dichosos;  
si como es ave fuera bestia fuerte,  
con bocados crueles y rabiosos,

hiciera la venganza y el castigo  
de su contrario digna y su enemigo,

así la pobre reina se afligía,  
y loca de una parte en otra andaba,  
bien como la troyana cuando vía  
al griego que a su hija degollaba;  
buscando algún socorro discurría,  
y viendo cuán en vano lo buscaba,  
decía: ¿Do está Orlando?, y ¿do Rugero?,  
y ¿do Reinaldo y tanto caballero?,

¿do está el rey Clarión? y ¿do está Uberto?,  
¿do está Grifón? y ¿dónde está Aquilante?,  
y ¿dónde Brandimarte?, yo sé cierto  
que si estuviera alguno aquí delante,  
ni yo de otro hombre recibiera tuerto,  
ni lo pudiera recibir mi amante,  
y ¿do está el Orco ahora?, ¿dónde?, ¿dónde?,  
que yo sé que me escucha y no responde;

que como su extrañeza fue excesiva,  
y como a todos les sobró en grandeza,  
así su llama fue de amor más viva,  
y tuvo más afectos y terneza;  
¿cuál Dios de su favor me aleja y priva?,  
y ¿cuál Dios me negó su fortaleza?,  
que si él viviera fuera yo vengada  
de aquesta infame gente y malmirada.

Torciendo va sus manos, y allí vino  
do estaba el Orco roto y desmembrado,  
y círcale con furia y desatino,  
gimiendo y suspirando a cada lado;  
¿quién tal creyó?, vio abrirse un gran camino  
a el pecho, y todo el cuello levantado,  
y vio que la quijada baja mueve,  
cual hombre que a hablar intente y pruebe.

Tembló la gente varia que allí había,  
y levantóse un grito, en alabanza  
de ver lo mucho qu'el Amor podía,  
pues con los muertos no aflojó su lanza;  
ya el Orco a muchos ojos se movía,  
ya cada cual fundaba su esperanza  
en embarcarse presto, cuando vieron

que las quijadas más y más se abrieron.

Y que metiendo Angélica la mano,  
de allí sacaba del un brazo asido  
un mozo muy gallardo y muy lozano,  
aunque de sangre y de sudor teñido;  
limpióle con su manga el rostro ufano,  
que la ocasión le hizo conocido,  
pues fue el que crió la fada Filtrorana,  
y el Orco se tragó aquella mañana.

No menos qu'el lagán a vuelo y nado,  
cortando el aire y agua muy ligero,  
tragarse deja vivo del pescado  
que le sirvió de madre al Orco fiero,  
y aun no es al vientre oscuro trasladado  
de la ancha boca y áspero garguero,  
cuando, rompiendo las entrañas, prueba  
rasgar el corazón del cual se ceba.

El corvo pico y uña retorcida  
revuelve entre las pieles, y ensangrienta,  
que organizadas son para la vida,  
y espíritus en que ella se sustenta,  
y cuando al fin la bestia, ya vencida,  
se tiende en las arenas soñolienta,  
para dormir eterna y tristemente  
de todo cuanto en vida tuvo absente,

y cuando el marinero cudicioso,  
gozando del despojo y de la gloria,  
desmiembra el pez terrible y espantoso,  
por suya declarando la victoria,  
el pájaro aparece victorioso,  
pintando con su vuelo en la memoria  
su hecho y su valor, y al fin alcanza  
por paga agradecida su alabanza,

tal sale el valeroso joven fuerte,  
a todos los presentes admirable,  
glorioso con despojos de la muerte  
que fue y ha sido al mundo tan notable,  
no temo de la sangre que dél vierte  
Angélica, que le es dulce y amable,  
pues lo que se desea y que se espera,  
por fuerza ha de ser bello aunque no quiera.

Mas trujo con su boca de la fuente,  
que cerca de ambos y del Orco estaba,  
bocadas de agua, con que el cuello y frente  
y las robustas manos le lavaba;  
después le dijo: En pecho tan valiente,  
y en fortaleza tan extraña y brava,  
faltar no debe lástima de aquellos  
a quien no hizo el cielo iguales dellos.

Una ocasión dichosa se te ofrece  
para ganar cognombre sin segundo,  
que muerte injusta y sin razón padece  
la más gentil belleza deste mundo,  
cuya alta fama y gloria resplandece  
de aquí a la esfera inmóvil y al profundo,  
y a cuya gran virtud no hay quien se iguale  
de donde el sol se pone adonde sale.

Sacrificarle quiere un hombre fiero,  
por una dama que lo pide y manda,  
al inocente cuello está el acero  
y casi ya la mano se desmanda,  
si tú no piensas socorrer primero  
que acabe de contarte mi demanda,  
él muere, y muero yo, y el cielo pierde  
cuanto hay allá de luz y acá de verde.

No aguarda más el joven valeroso,  
el gran bastardo, digo, de Agricano,  
que así se parte cual tras el furioso  
y bravo toro encarnizado alano,  
ni para, ni le hace temeroso,  
el verle armado y con la espada en mano,  
que así cerró con él cual lo hiciera  
un gran lebrel con una mansa fiera.

Hirióle Balisarte de una punta,  
entrando sobre el pecho descubierto,  
tan cierta y bien calada que barrunta  
que desta sola le dejase muerto,  
pero la espada los extremos junta  
y el lomo en varias partes quedó tuerto,  
y al fin los dos juntaron pecho a pecho,  
luchando sin ventaja ni provecho.

Hasta que ya el egipcio descuidado  
le vio, y soltarse pudo el brazo diestro,  
asiendo de su estoque, y lo ha sacado,  
y al tártaro le pica en el siniestro;  
quitósele y volviósele al costado  
el hijo de Agricán, mejor maestro,  
que siempre do hay más fuerza y fortaleza  
se aprueban más las reglas de destreza.

Después que al pecho descubrió camino,  
y vio que ya la fuerza le faltaba,  
por ruegos de la egipcia, que allí vino,  
le consintió vivir como quedaba,  
y más porque a hablarle Norandino  
con mucha gente a tal sazón llegaba,  
que ya por conjeturas se vio cierto  
el cómo fue y por quién el Orco muerto.

Salúdale con muchos caballeros,  
y dale gracias por tan gran hazaña,  
diciendo que en los siglos venideros  
sería celebrada y muy extraña,  
pues en los tiempos suyos ni primeros  
ninguna se escribió ni fue tamaña,  
y hízole lavar de pies a frente  
con vino griego que traía caliente.

Después de ropas le vistió olorosas,  
y llévale do estaba su Lucina  
con damas muy apuestas y hermosas,  
para un cansado justa medicina;  
estaba entr'ellas, cual entre las rosas,  
enhiesta y muy gentil, la clavellina,  
la dama que algún monstró tuvo preso,  
y el toque do perdió todo hombre el seso.

La cual humildemente se le ofrece  
con su hermoso y su cortés Medoro,  
y el beneficio doble le agradece,  
indigno de pagarse con tesoro;  
después por su valor, que lo merece,  
Lucina le habló, y el largo coro  
de damas bellas, cual las goza y cría  
la fértil Cipro y la gentil Suría.

Allí el coral de su nativa rama,

en parte blanco, en parte colorado,  
se viera en las orejas de una dama,  
y en otras por sus cuellos ensartado,  
y aquellas perlas que su mar derrama  
de aljófar, en las conchas más cuajado,  
turquesa, y esmeralda, y camafeo,  
que apenas las conoce allí el deseo.

Después en la arboleda y la frescura  
al rey sacaron sus vajillas de oro,  
y púsose la mesa limpia y pura,  
y hízose de todos un gran coro;  
asombra entr'ellos la alta hermosura  
de Angélica la bella y de Medoro,  
que el rey a su siniestra honrado había,  
mezclando la justicia y cortesía.

Porque había puesto por la diestra parte,  
entre él y su Lucina, honrosamente,  
al nuevo Alcides, al segundo Marte,  
insigne maravilla de la gente.  
No sé con qué palabras deba darte  
la honra a tus proezas conveniente,  
le dijo el rey, pues nunca un hombre solo  
se ha visto tal después del Pitio Apolo.

Y así, en tal día, consagrarte pienso  
las fiestas a que Orcales llame el mundo,  
en que como en las Pitias pague censo  
a tu valor, que fue de aquel segundo.  
Después con gozo y con placer inmenso  
cenaron, porque ya del rubicundo  
sol, poca parte sobre el mar mostraba,  
el rostro que en sus ondas se bañaba.

## ADVERTIMIENTO

Por la muerte del Orco a manos de Zenagrio se debe considerar la industria humana, a la cual están sujetas todas las cosas del suelo, y que Dios quiso que nada alcanzasen los hombres sin trabajo, y que para vencer los peligros corporales que entrasen en ellos y los rindiesen por fuerza, y aun para las dificultades de las ciencias que se metiesen por ellas y no hurtándoles el cuerpo y estándose en ocio, como algunos holgazanes que piensan que todo se les ha de venir a la mano sin que les cueste sudor y trabajo. Por Angélica, que en medio de su prosperidad halla quien la ponga en tanto estrecho, se puede entender la poca firmeza del bien humano. Por la fada Antandra, aposentadora de Filtrorana que tenemos

entendido por el apetito amoroso, se podrá entender la ociosidad, y por el peligro en que Arsace se puso, el que ésta suele causar a los hombres, y más a los príncipes, y especialmente a las mujeres. Por Zenagrio, que sale de las entrañas del Orco a favorecer a Angélica estando tan fuera d'esperanza, se puede entender cómo a veces de los males proceden los bienes y buena fortuna. Algunos dudarán cómo pudo Zenagrio estar tanto tiempo dentro del Orco sin qu'el calor le ahogase; a esto se responde que siempre anduvo ocupado en el tiempo que se detuvo, y que con el aire que dentro del Orco respiraba se pudo sustentar. Podráse advertir la maravillosa anatomía del cuerpo humano interior, y la mayor parte de las potencias y obras que en él se ejercitan.

## CANTO QUINTO

### *Socorros tuertos*

*Balisarte, estando a punto de la muerte, induce a Zenagrio a vengar la muerte de su padre en Angélica; poniéndolo en ejecución favorécela Sacripante, la cual, conociéndole, se parte para Damasco con el rey Norandino y Zenagrio en su demanda, quedando en la isla Sacripante casi muerto.*

Baco, Minerva, Apolo, y Arquemoro,  
y el hijo de la blanca Leucotea,  
y el que sirvió al Amor trocado en toro,  
su fiesta Olimpia goce, y su Nemea,  
su Hismia, y Orgía verde, y Pitia de oro,  
su docta y liberal Panatenea,  
con premios soberanos de victoria,  
que eternamente alarguen su memoria.

Celébrelos el mundo, a quien honraron,  
porque otro a ser su igual se aliente y pruebe,  
que si en común provecho trabajaron,  
común honor y premio se les debe;  
los triunfos merecidos que alcanzaron,  
es bien que la copiosa Flora y Hebe  
con agradecimientos atestigue,  
y a los contrarios Némesis castigue.

Por largos años suele eternizarse  
la vida o muerte, la intención o el hecho,  
por quien la patria vino a libertarse  
de odiosa servidumbre o grave pecho;  
y así no consintió en la Grecia darse

a nadie, porque siervo no sea hecho,  
el nombre de Aristógeton y Armodio,  
que tanto a los tiranos tuvo en odio.

Lo mismo Curcio y Mucio merecieron,  
Ancuro, y Decio, y Codro, y Meneceo,  
que a sacrificio vivos se ofrecieron,  
por dar a su ciudad igual trofeo;  
y más al que los hados concedieron  
que diese muerte al fiero monstruo y feo,  
y que por patria al mundo se aplicase,  
y que de tal tributo lo librase.

Y así debidamente ha sido honrado  
del sabio Norandino, en cuanto pudo,  
haciéndole sentar al diestro lado;  
y aunque al principio fue todo hombre mudo,  
habiéndose los cálices vaciado,  
que al torpe ingenio hacen más agudo  
y diestra más la lengua, los presentes  
sonaron con lenguajes diferentes.

Murió el silencio y un mormurio nuevo,  
de aquí y de allí engendrado, fue prendiendo  
de boca en boca, dando el vino cebo  
a la razón del caso qu'están viendo;  
el rey y reina miran al mancebo,  
de sus hazañas mismas desmintiendo  
los ojos que le miran, y creían  
que no fuese hombre vivo aunque le vían.

Que fuese el gran Jasón resucitado  
para tan gran necesidad, se afirma,  
o el gran Teseo a monstruos enseñado,  
según la gran hazaña lo confirma,  
o el Hércules del mundo celebrado,  
que ya con este nombre y esta firma  
no les causara su grandeza espanto,  
pues nadie estima los que viven tanto.

También como a milagro están mirando  
las varias gentes que en el campo había,  
y de la admiración de cuando en cuando  
un general deseo les nacía,  
con un estruendo bajo preguntando,  
unos a otros, quién y quién sería,

que aunque eran de naciones muy extrañas,  
ninguno pudo verle en sus montañas.

Y así ninguno basta a conocelle,  
ni alguno a tanto preguntar se atreve,  
que era tan grave que de solo velle  
hiciera en pecho humano un fuego nieve;  
con nadie comparado osan ponelle,  
porque, si alguno, compararse debe  
o al generoso y sin igual Faetonte,  
o por más grave al gran Belerofonte.

Orlando ni es tan mozo ni tan grave,  
alguno dijo, y otro: No es Rugero,  
porque en Rugero más belleza cabe,  
y aqueste es más gentil aunque es más fiero,  
Reinaldo le parece, y bien se sabe  
que es tan mesurado caballero,  
mayor es Rodomonte, y Mandricardo,  
y Gradaso, y ninguno es tan gallardo.

Pues los demás que al mundo han puesto espanto,  
y en él gozar pudieron nombre y fama,  
ni pueden tanto, ni merecen tanto,  
ni el cielo a tanto les convida y llama.  
En esto piensa el rey, y en otro tanto  
Medoro, y una y otra bella dama,  
y al fin del rey salió, más atrevido,  
el desear de todos concebido.

Con blanda y amorosa voz, le ruega  
que diga su nación, y nombre, y suerte,  
porque se entienda quién la extraña brega  
venció, que a tantos libertó de muerte,  
y que les cuente el hecho, el cual no niega  
el mozo comedido como fuerte,  
que puesto bajo el rostro dijo, en suma,  
lo más que en su loor contó mi pluma.

Contó el intento de que fue movido  
para salir de aquella selva hircana,  
y cómo fue del mar allí impelido,  
y lo que le pasó aquella mañana;  
su nombre le demanda o apellido,  
y él le responde, en voz afable y llana:  
Zenagrio soy, el hijo de Agricano

y del valiente Mandricardo hermano.

Con estos nombres juntos ha causado  
afectos en las almas diferentes,  
que con el de Agricano se ha turbado  
Angélica, y tembló, y cerró los dientes,  
con el de Mandricardo se ha alegrado  
Lucina, y aun los suyos transparentes  
mostró con risa, y ella y el rey vienen  
a le abrazar con el placer que tienen.

Diciendo que parece que han nacido  
aquestos claros hijos de Agricano,  
según lo han por sus obras conocido,  
para reparo del valor humano:  
del gran furor del Orco libre ha sido  
Lucina un tiempo por el otro hermano,  
y ahora por est'otro libertada  
la gente presa, y mucha preservada.

Aunque le hizo a Norandino duda,  
y así le preguntó amorosamente,  
con voz discreta y con razón sesuda,  
qu'el caso es tal que menos no consiente,  
por cuál suceso o por cuál suerte acuda  
a ser nacido de tan clara gente,  
que aquel señor de lo que está so el polo,  
un hijo una hija tuvo sólo.

La hija fue primera en nacimiento,  
y mucho tiempo estuvo tan cubierta  
que no hubo quien por nueva o pensamiento  
supiese si era viva o si era muerta,  
y ahora en todo el cita ayuntamiento  
el cetro tiene, y la corona cierta,  
después que el hijo, desdichadamente,  
qu'es Mandricardo, descendió al poniente.

Y que de aquella generosa casta,  
que del antiguo Osiris descendía,  
aquellos solos permanecen, hasta,  
según entiende, aquel presente día,  
y aunque por prueba aquel ejemplo basta,  
qu'es lo que ha hecho, de lo que decía,  
certeza no mayor, mayor contento,  
sería aclarar su estirpe y nacimiento.

Zenagrio, a la pregunta y duda nueva,  
con gesto demudado le responde:  
Ser yo cual hijo de Agricano deba,  
si al padre siempre el hijo corresponde,  
es lo que doy por más bastante prueba,  
que tarde al mundo la verdad se asconde,  
y que esto sea verdad, como lo digo,  
su misma hija me será testigo.

El cuento a todo el mundo es manifiesto,  
de muchos lo sabrás que más te cuadre,  
y Angélica también testigo es desto,  
que por su mal se pareció a mi madre,  
y por hacer su hecho más honesto,  
la persiguió hasta morir mi padre,  
después que ya mi madre fue llevada  
a do por él no pudo ser hallada.

Por todo el mundo hizo muy patente  
su grande amor el rey de Tartaría,  
pues sus tesoros consumió y su gente,  
por ver la que a mi madre parecía;  
mas ¿qué me canso?, si hay algún viviente  
que ponga duda en la alta estirpe mía,  
siendo yo siempre tal cual serlo deba,  
mi brazo y no mi lengua doy por prueba.

No dijo más, y echaba fuego vivo  
por ambos ojos, y mostraba el gesto  
con sangre ardiendo pero muy altivo,  
y aunque furioso, grave, y más honesto,  
mas hecho del enojo un poco esquivo,  
del paño o del tapete se alzó presto,  
mirando aquí y allí por tales modos,  
que puso un general silencio en todos.

La luna clara a tal sazón salía,  
y tal con medio rostro se mostraba,  
que hace ultraje al resplandor del día  
si en las reblancas ondas ververaba,  
al tiempo que a Zenagrio le venía  
de Balisarte, que herido estaba,  
un mensajero, y dice que le espera,  
con gana de hablalle antes que muera.

Fue cuerdo tanto cuanto valeroso,  
y cuanto valeroso comedido,  
y cuanto comedido generoso,  
Zenagrio, y más que todo agradecido,  
y cuanto con sus dioses fue piadoso  
con los ajenos impío, y al vencido  
tan blando cuanto duro al enemigo,  
y sobre todo fiel al cierto amigo.

Y así cortés y con afable gesto,  
después de saludalle, le encarece  
lo que le pesa en velle mal dispuesto,  
y a sus necesidades se le ofrece.  
Ya, dijo Balisarte, todo el resto  
no estimo, sino en ver cómo fenece  
mi vida en tal sazón, y por la mano  
de quien debiera serme igual de hermano.

¿Oculto te es, señor, por dicha ahora,  
que de Hércules egipcio descendiste,  
y que ésta, que es tu prima y mi señora,  
es hija del soldán, y la ofendiste?,  
¿oculto te es que aquella encantadora,  
a quien de nuestras manos defendiste,  
dio muerte a Menadarbo, padre desta,  
yendo a servir al tuyo en su recuesta?

¡Ay!, ¡cuán más bien de ti juzgara el cielo,  
si aquella matadora destruyeras!,  
y en la venganza general del suelo,  
tu fuerza poderosa engrandecieras,  
y ¡cuán más bien! si para más consuelo  
de tantas nobles viudas, esparcieras  
su sangre, por quien voces da tu madre,  
y el cuerpo no enterrado de tu padre.

Vuelve esa mano, vuelve el pensamiento,  
que en derramar tu sangre has empleado,  
a la enemiga general, que ciento  
de tu sublime casta ha degollado;  
mas ¡ay!, que al malo es favorable el viento,  
mas ¡ay!, qu'el bueno siempre es desdichado,  
perezcan tantos príncipes, y en suerte  
dichosa viva quien les dio la muerte.

¿Qué se podrá esperar, sino que aquella

que con victorias tantas ha salido,  
del cielo hecha cual Calisto estrella  
triunfe también de los que no han nacido?;  
tus ojos cegará el Amor con ella,  
yo moriré, quedando tú perdido,  
cual oriente, y poniente, y mediodía,  
por ella lo está ya, y tu Tartaría.

De tanta fuerza fueron las razones  
que fue el astuto egipcio así añadiendo,  
que convirtió diversos corazones  
a la venganza que iba pretendiendo;  
de Angélica mil burlas y traiciones,  
mil yerros, mil engaños refiriendo,  
mil males, mil embustes y mil vicios,  
mil homicidios y otros maleficios.

Aún no mostró Zenagrio demudado  
el grave rostro, que tenía sereno,  
cuando un rumor en público se ha alzado,  
con que su intento se aprobó por bueno;  
ceñido de la gente y rodeado,  
de religión y reverencia lleno,  
se fue a la bella, y por cumplir su efeto,  
atrás le ató las manos sin respeto.

Y sin que nadie a defender bastase  
lo que intentó a hacer, de los cabellos  
la trujo, a qu'el egipcio efectuase  
lo que en el cuello quiso hacer dellos,  
y como un gran tumulto los cercase,  
de hombres más crueles que eran ellos,  
aquí y allí se oyera en voz sonora:  
Muera, muera, la falsa matadora.

En tanta confusión, en tanta gente,  
Medoro, el rey, las damas y Lucina,  
con lágrimas le ayudan solamente  
(bien desaprovechada medicina).  
Estaba en pie el egipcio, aunque doliente,  
que ya de degollarla determina,  
teniendo el blanco cuello en alto alzado,  
y habiéndole los ojos atapado,

y estaba la infelice y miserable  
princesa de rodillas derribada,

cubierta la belleza insuperable  
que tanto de las gentes fue adorada;  
lugar no le conceden a que hable,  
y ya bajaba la enemiga espada  
al blando y temeroso cuello enhiesto,  
cuando un bastón en medio se vio puesto.

Un gran bastón de acebo muy ñudoso,  
con sus torcidas vueltas redoblado,  
y con sus duros ganchos más hermoso,  
y cual la clava de Hércules herrado,  
y el brazo que lo puso muy cerdoso,  
bien más que sobre el codo arremangado,  
y el cuerpo, cuando al fin pudieron vello,  
cubierto de pellejos de camello.

Aqueste fue reparo al golpe crudo  
que sobre la garganta descendía,  
bastante, aunque era palo, a ser escudo  
al que cortar la carne pretendía;  
pero después que entre la gente pudo  
mostrarse, el que el bastón metido había,  
muy ancha plaza en derredor fue abierta,  
y alguna de sus fieros golpes muerta.

Entre los cuales, casi del primero,  
al flaco Balisarte puso en tierra,  
que no le defendió el templado acero,  
por ser entrellos desigual la guerra;  
en su defensa vino el hijo fiero  
del tártaro Agricano, y con él cierra  
en fuerte lucha, qu'el bastón quebrado  
el peregrino en tierra había soltado.

Cual entre dura encina o roble fuerte,  
en dehesa vedada o bosque viejo,  
se juntan muy buscados, no por suerte,  
dos toros con cerdoso sobrecejo,  
y allí, por darse con los cuernos muerte,  
se arpan por mil partes el pellejo,  
un cuerpo aquí y el otro allí se enclava,  
y negra sangre al uno y otro lava;

trabados por los cuernos retorcidos,  
haciendo fuerza en la una y otra frente,  
sonando al retumbar de sus bramidos

las selvas y los montes fieramente,  
cansados, calurosos y heridos,  
sin que se muestre alguno más valiente,  
do al fin, por su furor y desconcierto,  
el uno y otro queda como muerto,

así los dos, haciéndose pedazos,  
volcando vienen por el duro suelo,  
sin que en las peñas hallen embarazos,  
ni que resista un árbol más que un pelo;  
tal fuerza en los molledos de sus brazos  
y en sus fornidos muslos puso el cielo,  
y tanta furia en uno y otro pecho  
la resistencia del contrario ha hecho.

Después de haberse cada cual cansado,  
y haberse del contrario dividido,  
se aparta entre la sangre revolcado,  
sin vencedor, cualquiera muy vencido,  
y habiendo algún aliento ya tomado  
al Orco va, que estaba allí tendido  
con su grandeza rota y destrozada,  
y toma una costilla por espada.

Tomó Zenagrio el hueso por escudo,  
que constituye con su forma el pecho,  
porque sacallo fácilmente pudo  
del cuerpo desmembrado ya y deshecho;  
el peregrino caballero, agudo  
no menos que él, y de más alto hecho  
a tal sazón, tomó la calavera,  
no menos fuerte, y dura, y más entera.

Y así con dos costillas fornacinas,  
que esotras casi fueran inmóviles,  
y con las dos cubiertas peregrinas,  
con golpes y reparos increíbles,  
tan gran batalla mueven que las finas  
hojas de acero y planchas invencibles,  
en contrapuestas al desnudo osambre,  
pudieran parecer de blando alambre.

Y tal retumba el golpe y tal resuena,  
si toca hueso a hueso en fuerza vana,  
cual gran tinaja, qu'es de viento llena,  
herida, o con lo mismo la campana;

la tierra tiembla y todo el aire truena,  
relámpagos se engendran que a Diana  
hicieron encender su lumbre fría,  
con más calor que Febo a mediodía.

A tal sazón, habiendo Norandino  
a Angélica las manos desatado,  
y descubriendo el rostro cristalino,  
y levantando el cuerpo arrodillado,  
pregunta si conoce al peregrino  
que de tan gran peligro la ha librado,  
porque de los que allí pudieron velle  
ninguno fue bastante a conocelle.

Cualquiera de sus golpes se admiraba,  
mas nadie conocelle presumía,  
que fuese Orlando alguno sospechaba,  
pues ya de su locura se sabía,  
aunqu' éste más cordura demostraba  
y con mayor tristeza parecía.  
Al fin descubrió el rostro el largo vello,  
y la crecida barba y el cabello.

Y viose no ser él, porque en la frente  
no fue tan ancho, y fue más prolongado  
en rostro y en nariz, no tan ardiente  
en vista, y más derecho en el mirado;  
Angélica le vio, y cual si serpiente  
tocara con el pie, un temor helado,  
con oscuros espíritus y espesos,  
corrió por las medulas de sus huesos.

Gritando tuerce la una y otra mano,  
los amarillos labios se mordía,  
temblando hiere con el pie en el llano,  
y al rey con voz medrosa le decía:  
Si me conoce, libre he sido en vano,  
que éste es el fuerte rey de Circasía;  
huyamos si no quieres ver bien presto  
más mal, más duda, o más peligro que esto.

El rey lo hizo así, que retirado  
a sus galeras, aunque no era escaso  
de cortesía, sin hablar se ha entrado  
al mar, alzando velas paso a paso.  
No se hubo en algo Angélica engañado,

porque, cual ya se sabe, el rey circaso  
perdió caballo y armas en poniente,  
y tras su dama se partió al oriente.

Y sin tomar caballo ni armadura,  
con juramento de jamás tomalla  
si por algún suceso o aventura  
la suya no hallase, sin buscalla,  
al claro día y a la noche oscura,  
con una y otra singular batalla,  
mil obras hizo, en traje peregrino,  
por desierto, y poblado, y por camino.

Y al fin de algunas pruebas venturosas,  
que a Amor y Marte dieron nombre eterno,  
y con muy fuertes plumas y hermosas  
al cielo las subió y bajó al infierno,  
las tristes nuevas supo dolorosas,  
oyó la odiosa música del cuerno,  
en que lo desafia el desconsuelo  
al campo del Amor, padrino el celo.

Salióse, pues, bien lejos de camino,  
por do ni sepa nueva o gente vea  
que de su mal le haga más vecino,  
y donde aunque lo entienda no lo crea,  
mas yendo el solitario peregrino  
en un pequeño barco, una marea  
le trujo a aquel lugar, casi el postrero  
de los qu'están al sacrificio fiero.

Y sin haber sabido cosa alguna  
del Orco, ni el suceso de la bella,  
como a la lumbre de la clara luna  
la viese así ultrajar, sin conocella,  
metió el bastón en medio (¡oh, su fortuna,  
que siempre lo llevaba a defendella!),  
y roto ya el bastón, el hueso fuerte,  
que la ocasión se le ofreció y la suerte.

Después de haber gran rato peleado,  
sin conocerse entre ellos el vencido,  
y haberse mucha gente ya embarcado,  
y haber su luz la luna oscurecido,  
cualquiera dellos se apartó cansado,  
mas sólo Sacripante muy herido,

que al otro el ser lavado le guardaba,  
do el gran Demogorgón su cuerpo lava.

Muy poco tiempo les duró el sosiego,  
que comenzar la luna a ser avara,  
y comenzar a darle al mundo ciego  
lo que ella le negó la aurora clara,  
fue casi un punto, y prosiguióse luego  
la comenzada brega, do temblara,  
según los recios golpes son, cualquiera  
que ser tercero entre ellos no pudiera.

La dama los miraba atentamente,  
que casi muerto a Balisarte vía,  
y Angélica no viendo allí presente,  
después que apareció la luz del día,  
llorando se quejó a la poca gente,  
que para ver el fin quedado había,  
del solo caballero, que encubierto  
por libertar la bella al suyo ha muerto.

Y como ya estuviesen inclinados  
a la venganza todos, y aun sentidos  
algunos del bastón descalabrados,  
de sus palabras otros ofendidos,  
que de uno y otro fueron ultrajados  
cuando los vio, a la muerte conmovidos  
de una mujer rendida, arrodillada,  
de nadie defendida ni guardada,

haciéndoseles larga la batalla,  
y viéndole herido, y de vencida,  
y sin escudo, espada, arnés, ni malla,  
teniendo ya fastidio de su vida,  
quisieron todos juntos acaballa,  
y con desorden muy descomedida,  
sin que Zenagrio pueda resistillo,  
comienzan a cercallo y a herillo.

En breve tiempo dan con él en tierra,  
qu'el pobre caballero malherido,  
según andaba desigual la guerra,  
estaba ya del todo combatido;  
los ojos al caer y dientes cierra,  
quedando de los golpes sin sentido,  
y hubieranle quitado al fin la vida,

que tuvo casi en tal lugar perdida,

si el generoso hijo de Agricano  
en su defensa no se entremetiera,  
mostrando en su crueldad la amiga mano,  
que en la piedad mayor mostrar pudiera,  
bien como cuando tiene el africano  
león rendida ya en sus pies la fiera,  
que si otro animalejo se la ofende,  
cual si le fuese amiga la defiende

(no por amor ni lástima que tenga  
del triste y miserable que suspira,  
mas porque a su victoria estorbo venga,  
que al pecho generoso enciende en ira,  
y así no hay animal que se mantenga  
de caza muerta que a su olor respira,  
ni es justo que en humildes dientes entre  
la presa que sobró a tan fiero vientre),

tal, con el hueso, el mozo va rompiendo  
los blandos y infelices de la gente,  
a cual del hombro al carcado hendiendo,  
a cual al pecho y cuello de la frente,  
a cual el espinazo, descubriendo  
al cielo las entrañas claramente,  
a cual de un tajo o de un revés rasgado,  
de un lado le cercena al otro lado.

No hay arma que resista a la braveza  
de su furor, ni al filo sin segundo  
de aquella gran costilla, que en fineza  
igual a al temple qu'es mejor del mundo;  
en vano trabajó naturaleza,  
al engendrar acero en el profundo  
de las entrañas de la dura tierra,  
si tales armas diera en paz y en guerra.

Si el hueso tal acero se encontraba,  
que fuese en fino temple fabricado,  
muy dulce y fácilmente le cortaba,  
sin que sonase el golpe, en tieso dado,  
entonces por los aires retumbaba,  
si en lleno encuentra al qu'es aventajado  
con mágicos conjuros, y esparcía  
centellas cual la llama ardiente envía.

En tanto que en el mal dichoso puerto  
alguna gente resistió, no vino  
Zenagrio a ver al que dejó por muerto,  
cebado tras su furia y desatino,  
mas ya después que el campo vio desierto,  
de cuerpos muertos procuró camino,  
para buscar al que piadosamente  
defensa dio a la dama no inocente.

Y viole, que con ánimo más fuerte,  
de tierra, como pudo, levantado  
(ved cuánto puede el miedo de la muerte  
aun en un pecho tan desesperado),  
tomó el escudo, de la mejor suerte  
que se apañó, y trayéndole embrazado,  
con la fingida espada en la otra mano,  
se vino con furor casi inhumano.

Encuétranse los dos, y así se escucha  
el son terrible de uno y otro hueso,  
cual si en la yunque en abundancia mucha  
se oyeran un martillo y otro espeso;  
ni en la batalla o la pasada lucha,  
aun al principio, alguno fue tan tieso  
cuanto ora un cuerpo y otro se ha mostrado,  
después de en tantas pruebas fatigado.

Ni un hombre en la isla toda parecía  
que vivo fuese, y solos los guerreros  
se hieren y se ofenden a porfía,  
con recias puntas y con golpes fieros;  
Zenagrio el recio escudo a tierra envía,  
y alzó la espada con los dos ligeros  
y fuertes brazos, y tiró de suerte  
un golpe con que piensa dalle muerte.

Y sin defensa alguna lo hiciera,  
según el hueso descendió con ira,  
si el cuerpo en descubierto le cogiera  
del otro hueso, cuyo temple admira;  
la espada de costilla, el casco que era  
escudo, todo a un tiempo se retira  
del mundo, que aunque fuerte y encantado  
en mil diversas piezas fue quebrado.

Cayeron al rigor, que fue en exceso,  
del espantable golpe, sin sentido  
los dos, y el duro y bien fraguado hueso  
de su furor terrible fue encendido;  
salió la llama ardiente y humo espeso,  
y el cielo en mil tinieblas fue escondido  
con lluvia tan cerrada, negra y fría,  
que apareció la noche a mediodía.

Después de haber dos horas ya pasado,  
Zenagrio volvió en sí y hallóse solo,  
y vio también su barco trastornado,  
donde antes lo dejó, y enderezólo;  
entróse en él, y vio que había llegado  
a más de la mitad del cielo Apolo,  
y vio que con furioso movimiento  
metió su barco al mar un recio viento.

Al tiempo que perdió de vista el suelo,  
y al barco fue tragando el mar furioso,  
de vista se perdió también el cielo,  
con negro torbellino y tenebroso;  
de noche ciega y de cerrado yelo,  
y de un invierno oscuro y temeroso,  
el piélago se cubre, levantando  
mil montes a las nubes y bramando.

Aquesta furiosísima tormenta,  
Neptuno, por venganza, la hacía  
de la alta injuria y la notable afrenta  
que de morir el Orco le venía;  
mas en la tierra tanta sobrevienta  
la fada Filtrorana hecho había  
por apartar, que tarde el miedo acierta,  
la gran batalla de victoria incierta.

El ánimo, que siempre al hombre avisa,  
parece que con miedo le avisaba,  
que lo que agora ve con tanta risa,  
con llanto en algún tiempo lo esperaba;  
de lejos bien columbra y bien devisa,  
aunque de cerca ciega y torpe estaba:  
efectos son de Amor, que ve lo incierto  
y no conoce el daño descubierto.

La oscura profecía ve oportuna

del gran Demogorgón, do escrito halla:  
Si no queréis ver rota la coluna  
de vuestro ingenio, en su primer batalla  
no pongáis duda, que a su bien repuna;  
de aquél en su tercera es bien guardalla.  
Y así creyó que al bien le repunaba  
la gran batalla, y della le apartaba.

No sabe si es aquesta la primera,  
que la del Orco y la de Balisarte  
es brega, es lucha, o es contienda fiera,  
y no regida por gobierno y arte,  
y si hubo allí segunda, y es tercera,  
más digna es de temerse en esta parte;  
o ya primera, o ya tercera fuese,  
juzgó importar que entonces se impidiese.

Y con aquel terrible remolino  
hurtó la luz del sol, que fue testigo,  
y puso al de Agricano do convino  
para guardar la vida a su enemigo;  
el cual después que en libre acuerdo vino,  
entrando en cuenta y en razón consigo,  
y viéndose herido, y desterrado,  
y solo, y con los muertos sepultados.

Y recorriendo el triste a la memoria  
el mísero proceso de su vida,  
las infelices planas de su historia,  
de mil borrones negros ofendida,  
acuerda de ofrecelle la victoria  
a aquella que ya tuvo tan temida,  
a la enemiga muerte, fin pesado  
y en tantas desventuras deseado.

Acuérdase de cómo había perdido  
su gente y noble reino Circasía,  
sus armas, su caballo y su vestido,  
su gloria y honra y cuanto bien tenía;  
acuérdase cuán puesto en el olvido,  
aquella por quien muere, le tendría,  
después de haber tomado estado honroso,  
y estar entre los brazos de su esposo.

Y con un triste llanto y miserable,  
maldice su infelice nacimiento,

su vida odiosa al mundo y detestable;  
la tierra que le dio mantenimiento,  
el viento y agua le es abominable,  
y el cielo que le dio vital aliento,  
y con dolor al cuerpo y alma horrendo,  
así lo va el cuitado maldiciendo:

De oscuridad perpetua y negra lumbre  
su rostro cubra el cielo al triste día,  
que fue, para tan larga servidumbre,  
principio desta odiosa vida mía;  
a todo el mundo venga en pesadumbre,  
pues cuando yo nací cerrar debía  
las puertas a la luz, y a la ventura,  
y sepultarme en la tiniebla oscura;

ni donde yo nací se vea caliente  
el suelo, mas oscuro, húmido y frío,  
del vivo humor y genial absente,  
y el cielo no le preste su rocío,  
porque debiera desdeñosamente  
no dar lugar al nacimiento mío,  
o ya que yo nací también debiera  
hundirse do jamás no pareciera.

¿Por qué fui yo nacido ni engendrado?,  
¿por qué me dieron leche ni sustento?,  
¿por qué le otorgan lumbre al desdichado,  
pues es vivir sin dicha más tormento?,  
¿por qué no fui al sepulcro trasladado  
del vientre en mi infelice nacimiento?,  
¿por qué no fui en ceniza convertido,  
al tiempo que nací o después nacido?

¡Oh triste vida!, ¡oh miserable suerte!,  
¡oh hado injusto!, ¡oh desventura nueva!,  
que en medio del vivir desea la muerte  
y donde más la tiene no la aprueba.  
Así diciendo ya ni el pecho fuerte  
aliento coge, ni el pulmón lo lleva,  
cual debe, al corazón, ni fuera envía  
la voz caliente, mas dudosa y fría.

Después la habla a veces levantando,  
y a veces por flaqueza en sí escondiendo,  
se estaba el caballero lamentando

de su fortuna adversa, y condoliendo.  
El Sol se fue a las ondas abajando,  
y Tetis ya le estaba recibiendo,  
dejando al mar, y a su isla peligrosa,  
con luz cual del aurora o más dudosa.

Al tiempo que en los páramos desiertos,  
do más que sangre, y miembros destrozados,  
y huesos, no han de verse, entre los muertos  
dos cuerpos vio, del suelo levantados,  
holgóse (o que de sueño se han despiertos,  
o de la muerte al mundo revocados),  
con ver a quien hablar, y alzó la frente  
de tierra, en poco della diferente.

Después vio que uno dellos se caía,  
y el otro, que mujer y viva era,  
allí donde él estaba se venía,  
con cara muy alegre y placentera.  
Aquesta es vieja antigua, y se decía  
Canidia, encantadora y hechicera,  
mujer del Orco fue, y por tal tenida  
a quien por muchos años tuvo en vida.

La cual después de haberse todos ido,  
quiriendo ver si queda algún viviente,  
un alma trajo al cuerpo ya perdido  
(tan diestra fue en conjuros y prudente),  
y habiendo dél la suerte conocido  
del caballero mísero y doliente,  
dejó caer el muerto sin remedio,  
y al vivo procuró ponelle medio.

Llegóse a él con voz muy amorosa,  
y díjole: Circaso, yo confío  
que mi venida te ha de ser gozosa,  
pues tienes menester del seso mío,  
que pues tu alma, a tal sazón, no osa  
dejar airada el cuerpo helado y frío,  
aunque herido esté y despedazado,  
en breve tiempo le verás curado.

No tuvo espacio bien de agradecelle  
el ofrecerse y el obrar piadoso,  
el pobre, que no pudo respondelle,  
y el cuerpo ya buscaba su reposo,

cuando Canidia comenzó a volvelle,  
y viéndole tan roto y sanguinoso,  
determinó con yerbas no tocarle,  
de miedo que le maten por curarle.

Mas con hadados versos y conjuros,  
y fuerza de palabras reservadas,  
que bastan ablandar peñascos duros  
y rocas fijas y en el mar hincadas,  
sus huesos puso firmes y seguros,  
y hizo detenerse en las rasgadas  
venas la sangre, y el calor nativo,  
y revocó el espíritu a lo vivo.

Aquí diversas letras señalaba,  
allí figuras nuevas encogía,  
después cerrados ñudos enlazaba  
y con secretas voces los hería,  
al cuerpo del doliente no llegaba,  
mas cuanto en su persona se hacía,  
su brazo, o rostro, o pierna señalando,  
lo mismo en el enfermo iba sanando.

Y lo que no se paga con moneda,  
demás del gran seguro y la presteza,  
que engendra nueva piel, y no hay do pueda  
mostrarse la señal de la flaqueza,  
que lo que el arte cura siempre queda  
cicatrizado, aunque con gran destreza  
se cure, que la piel cuando se quita  
no vuelve, ni la iguala quien la imita.

Demás de todo, la salud y vida  
en los mortales miembros liga y prende,  
la voz le vuelve y la razón perdida,  
y con mayor espíritu la enciende;  
después con sangre de animal cogida,  
del que de nueva juventud descende,  
le lava, y de amuletos le rodea  
de Eringe y Zoronisio y Panacea,

y de otras varias cosas cuya fuerza,  
así de piedras, yerbas y figuras,  
como de voces, el aliento esfuerza  
y prende l'alma en nuevas ligaduras;  
después le incita, y le provoca, y fuerza,

que pruebe si las cuerdas van seguras,  
y los molledos tiesos y las venas,  
con obras de su antigua fuerza llenas.

## ADVERTIMIENTO

Es digno de advertir en este canto el ingenio solertísimo de Zenagrio, que preguntándole Norandino cuyo hijo sea, por no decir que es hijo de Agricano y de su hija, huyendo la fealdad del caso, lo explica por rodeos galanamente, por lo cual se podrá entender el recato que los hombres de honra deben tener en disfrezar la verdad cuando son forzados a decilla (siendo en su perjuicio) y huir la mentira. Por la fada Filtroana, que engañada por la profecía de Demogorgón impide la batalla de Zenagrio y Sacripante, sin entender el daño que se hacía, se entiende que el amor pocas veces deja juzgar bien de las cosas, y por esto dice Ptolomeo que el amor y el odio apartan los ingenios del conocimiento de la verdad. Para entendimiento de la profecía se advierta que como por la equivocación del bastardo ibero todas las fadas entendieron a Zenagrio, y ponen su cuidado en guardarlo para la muerte de Orlando, Demogorgón les advirtió cómo le librarían de la muerte que le estaba hadada, diciendo que si no quisiesen ver rota la columna de su ingenio, que era Zenagrio, no pusiesen duda en su primer batalla, que repugnaba a su bien dudar en ella, y ellas entienden que no pongan duda en que repugnaba a su bien, y así le quieren guardar della, y entendieron que también han de guardar al mozo de la tercera que en su vida tuviese, y por esta duda le impide Filtroana que no acabe aquella, que en orden era tercera después de las que tuvo con el Orco y con Balisarte. También es digna de notar la piedad de Canidia con Sacripante, de do se colige que los malos aun se compadecen de los afligidos y menesterosos cuando el cielo los quiere favorecer.

## CANTO SEXTO

### *Castigos rectos*

*Reducido Sacripante a la vida, por beneficio de Canidia, cuéntase quien ella sea, y la mucha pericia que tenía en las artes adivinatorias y principalmente en la mágica, y los varios modos por donde pretendió afligir al miserable caballero, hasta que, enamorada dél por orden de Cupido, muda de condición, y por astucia y arte le vence, y cómo él, por esto desesperado, se arroja al mar no hallando ocasión de otro género de muerte.*

A todo entendimiento cuerdo admira  
la fuerza del conjuro, pues pretende  
salir con lo que juzgan por mentira  
el ojo y la razón, que de ambos pende;  
grande es su efecto, a grande causa aspira,

y el uso dél con grande se defiende,  
pues rompe el orden universo, y ciega,  
y engolfa al un sentido, al otro anega.

Que si natura obrando dio a las cosas  
el ser que tienen, y valor, y fuerza,  
no es justo creer que son tan poderosas  
que a quien les dio el poder le hagan fuerza,  
pues que unas a otras causas temerosas  
se rindan, sin que sea de por fuerza,  
por tan estrecha ley condescendiendo,  
yo no lo sé, y lo he visto, y no lo entiendo.

Ni sé qué oculto y firme pacto liga  
los espíritus libres y los mueve,  
si la violencia no les es amiga,  
que a nadie justamente serlo debe,  
ni quién al orden natural obliga  
a que diversas leyes guarde y pruebe,  
ajenas de las suyas ordinarias,  
y a veces detestables y contrarias.

Mas sé de Zoroastes y Medea,  
de Circe, de Agaberta, Graca, Erito,  
de Holero, y de Catilo, y Meropea,  
lo que en diversas lenguas hallo escrito;  
¿quién hay que a Gil de Almao no vio y no crea  
por él lo que en los otros tiempos cito?,  
y a dos Enriques, cuya fama suena,  
de Suecia el uno, el otro de Villena.

Y sé que pues las piedras y metales,  
las tierras, y las yerbas, y las plantas,  
las partes de los vivos animales,  
pudieron conservar virtudes tantas,  
figuras so los astros celestiales,  
y carateres, y palabras santas,  
podrán tener tal fuerza al mundo oculta  
cual es la que en efecto tal resulta.

Si no que entre esto debe allí mezclarse  
algún oculto engaño o pacto hecho  
dañoso, con que viene a adulterarse  
lo que por fuerza natural se ha hecho,  
por do uno y otro debe abominarse,  
y no las obras solas mas el pecho

do cabe el vano amor y detestable,  
del arte adulterada y miserable.

Por esto de las ínclitas ciudades,  
Canidia, de Tesalia, do vivía,  
se vino a las desiertas soledades  
para tenelle al monstro compañía;  
aquí se glorifica en sus maldades,  
y aunque ella puede, a pocos socorría,  
y nunca socorrió sin que ofendido  
quedase el bien con mal del socorrido.

Mil veces de los miembros que temblando  
dejó l'alma por fuerza despedida,  
y con calor aun vivos palpitando,  
chupó la roja sangre no vertida,  
sus años con aquéllos añudando  
del miserable, que perdió la vida  
bien antes que lo ordene y mande el hado,  
en guerra o por delitos castigado.

Y para adivinar lo que pensaba,  
mil veces de la tumba y pompa honrosa,  
los cuerpos infelices trasladaba  
a su funesta cueva y tenebrosa,  
y al codicioso fuego le hurtaba  
los huesos encendidos y medrosa  
ceniza del cuitado, que en la llama  
por ella aún no halló segura cama.

Y de la hacha que en la tierna mano  
del viejo padre al joven muerto ardía,  
y de las partes que en el humo vano  
del lecho y la mortaja el fuego envía,  
tomó su parte, y donde en más galano  
sepulcro al cuerpo dejan más de un día,  
enjuto con el bálsamo oloroso,  
tampoco les consiente más reposo.

Los pálidos y negros excrementos  
del cuerpo roe mísero y helado,  
los lazos y los sucios ligamentos  
del que fue en horca, o en el palo atado,  
los miembros quita rotos y sangrientos  
rayendo lo que al leño se ha pegado,  
y arranca las entrañas traspasadas

de pluvias, o del mucho sol caladas.

Y al cuerpo que en la tierra está desnuda  
también, si le conviene, al tiempo aguarda  
que rompa un ave fiera o bestia cruda  
la carne, y aun la fuerza si se tarda;  
tampoco si está vivo el cuerpo duda  
su mano de ensuciarse, ni acobarda,  
ni de sacalle el ya mascado robo,  
de entre las muelas, al hambriento lobo.

Y al fin, con todo, pudo el cielo tanto,  
y la ventura del desventurado  
circaso, que ablandó en piadoso llanto  
el pecho de virtud jamás tocado;  
sanóle, y esforzóle con su encanto,  
y renovó su cuerpo, maltratado  
de tantas vejaciones y lacerias,  
y más de las desdichas y miserias.

Después le dijo: Estáme hijo atento,  
que no a tu cuerpo solo he de sanarte,  
también al alma quiero dar contento  
si sabes de mi industria aprovecharte;  
no alcanzan a mi largo entendimiento  
las que profesan más saber del'arte,  
ni espero sacrificios, ni los veo,  
ni agüeros para el fin de mi deseo.

Si quiero conocer lo sucedido  
del Erebo sin luz hasta los cielos,  
o lo presente, o lo que no ha venido  
y oculta el hado dentro de los suelos,  
no vo al Parnaso Pitio conocido,  
ni a consultar las trípodas de Delos,  
ni el son que la primera fruta entona  
de la estupenda encina de Dodona;

ni curo mucho especular los hados  
por las torcidas hebras y ñudosas  
de entrañas de animales, degollados  
cual víctimas sagradas y piadosas,  
ni por los fieros truenos y rasgados,  
ni por las aves tristes o dichosas,  
ni por alzar figuras, en la ciencia  
hallada por la asiria diligencia;

ni me he de aprovechar, aunque podría,  
de piedras, ni de yerbas admirables,  
que Arcadia, y Colcos, y Tesalia cría,  
con todos los desiertos no habitables.  
Sola una voz que por los aires mía  
se ve subir, los dioses indomables  
sujeta, y fuerza y hace más efeto  
que en Babilonia y Menfi su decreto.

Los sacerdotes de Isis en Egipto,  
los duidas de los galos, y sofistas  
de Grecia, y los aurúspices, que en rito  
etrusco varias cosas tienen vistas,  
los magos de la Persia, que infinito  
prometen vano, y los gimnosofistas  
de la India, y de la Asiria los caldeos,  
aún no me alcanzan ya con los deseos.

Pregunta lo que puede haber pasado,  
o lo que está presente o venidero,  
de donde la Osa cuaja al mar helado  
a donde el sol abrasa al mar postrero,  
que todo lo verás aquí cifrado,  
y presto gozarás con buen agüero  
lo que deseas, si lo mando yo;  
a tal sazón el rey estornudó.

Rióse la agorera, saludando  
el buen agüero próspero, y riendo  
le dijo: ¿Qué estás mísero dudando,  
mis dichos admirables no creyendo?,  
tu misma dicha viene confirmando  
lo que yo estoy sin ella prometiendo,  
y que ella misma así no lo hiciera,  
cual yo te lo prometo lo cumpliera.

No sé yo, dijo el rey, cómo podría  
hacerse lo que en sí imposible fuese,  
ya que por fuera oculta la magia  
lo que es a mí imposible te ofreciese.  
A tal sazón una águila venía,  
fundada en su provecho y su interese,  
tras una palomilla, por prendella,  
y viose un gran halcón en contra della.

Subieron por el aire peleando  
las dos rapaces aves y feroces,  
con los corvados picos trabajando,  
y con las uñas ásperas y atroces,  
y libre la paloma fue temblando;  
después se oyeron las turbadas voces,  
en que vencida el águila y cansada  
cayó en el suelo muerta, degollada.

No pareció el halcón, ni hizo muestra  
del gran despojo que en el suelo tuvo;  
Canidia alegre el rostro al rey le muestra,  
y al contemplar el caso se detuvo,  
y dijo: No es posible que sin diestra  
deidad voló aquesta ave, y tal fin hubo;  
yo conozco el agüero, y declarado  
por él se explica el caso en que has dudado.

A Venus la paloma se le ofrece,  
y aquesta es ciertamente alguna dama  
por quien tu pecho sin razón padece,  
cual se le hace al que sin premios ama,  
y l'águila caudal, que así aborrece  
su vida, y la persigue, y la desama,  
por ser al alto Júpiter sagrada,  
será persona noble y señalada;

25. la cual la seguirá con fuego ardiente,  
y estando por cazalla y ofendella,  
aquel halcón de Febo muy prudente,  
que debes serlo tú, saldrás por ella,  
y habiendo muerto al príncipe valiente,  
al fin le dejarás por ir tras ella,  
y quiera Dios que en vano no la sigas,  
mas que lo alcances todo y lo consigas.

Un trueno y un relámpago ligero  
cerró de su razón y de su ruego  
el fin alegre, y el dichoso agüero  
se vino a rematar con luz de fuego.  
Alégrate y esfuerza, caballero,  
le dijo, que aunqu'el buen suceso luego  
no tenga efecto, pues de fuego ha sido,  
será sin duda en breve difinido.

Mal pueden esperanzas engañarme,

le dijo el rey, pues me han desengañado,  
y en vano viene el mundo a consolarme  
después que el cielo me ha desconsolado;  
de aquesta vida que quisiste darme,  
te soy agradecido y obligado,  
no canses madre más el pensamiento,  
en darme nuevo alivio ni contento.

Que no es paloma no, mas cruda fiera,  
la que de mis entrañas se apacienta,  
y no es águila no, ¡ojalá lo fuera!,  
mas abubilla vil quien la amedrienta,  
y no soy yo halcón, aunque lo era,  
pelicano soy triste, que sustenta  
los hijos dolorosos que ha parido,  
de sus entrañas mismas, en su nido.

Y lo que te suplico, si es posible,  
es que me dejes ya, sin afligirme,  
aquí, do a nadie pueda ser visible,  
y si has de estar aquí, en la tierra firme,  
que sin razón me has sido aborrecible;  
¿por qué veniste madre, aquí, a impedirme  
el sueño eterno, dado a los mortales  
por último remedio de sus males?

Espántasme, Canidia le responde,  
así por no querer saber de cierto  
lo qu'el secreto hado oculto asconde,  
o lo que aquí ha pasado en este puerto,  
o quién soy yo o he sido, y cuándo o dónde  
se fueron los que ayer se hubieran muerto  
si no los defendieras, ni quién sea  
aquesta bestia horrible, extraña y fea.

Y así primero que a otra alguna parte  
o aquel lugar que pides, yo te lleve,  
con larga relación quiero contarte  
lo que, por ser cual es, saberse debe;  
no temo ya ofenderte ni cansarte,  
que es bien que quien lo dulce probó pruebe  
lo amargo, y pues no quieres socorrerte,  
que mueras muchas veces sin la muerte.

Contóle aquella isla donde estaba,  
y cómo el mar Carpacio la ceñía,

y cuánto cerco y ámbito ocupaba,  
y cuánto sobre el mar se descubría,  
y dónde ella nació, y en qué trataba,  
y cómo a aquel lugar venido había,  
y cómo nació el Orco, y de dónde era,  
y cómo la admitió por compañera.

Después, extensamente, fue contando  
los muertos infinitos, uno a uno,  
que el Orco se comió, y los que nadando,  
y siendo libres dél tragó Neptuno,  
después diversos casos recitando,  
con un proceso largo y importuno,  
de Angélica y Medoro la venida  
trató, más triste nueva y desabrida.

Después aquí el milagro nunca oído,  
en donde confesó que todo encanto  
quedó con grande espacio atrás vencido,  
que nunca en seso puro cupo tanto,  
aquel amor, tan contra ley nacido,  
que hizo dentro en el gran Orco cuanto  
en un animalejo, humilde, y blando,  
hiciera Amor y Venus trabajando.

Al fin contó la muerte extraña y fuerte  
del Orco insuperable, y la aventura  
del mozo Balisarte, y de la suerte  
que Angélica fue dél libre y segura;  
y al tiempo que llegó a contar su muerte,  
el rey le respondió: Mayor ventura  
me hubiera sido haber ahí acabado,  
que haberme para tanto mal guardado.

Amor que tuvo hecha allí la mano,  
bien como aquél que sale con victoria  
de algún encuentro fuerte, y llama vano  
el tiempo que no gasta en otra gloria,  
tentando el arco vio que estaba sano,  
y quiso, para bien de su memoria,  
hacer un tiro, no cual el pasado,  
mas tanto como el otro celebrado.

Tentó de aquí y de allí por cuál manera  
pudiese más corvar el arco fiero,  
pasó la cuerda con su pez y cera,

y hizo el brazo tieso más ligero,  
juntóse la empulguera a la empulguera,  
la cuerda al pecho y el acero a acero,  
la verga, digo, y punta de la flecha,  
que entonces fue más recia que derecha.

Y dio en el corazón, de engaños lleno,  
de aquella hechicera y embaidora,  
que tanto como siempre de veneno  
se vio del oro tierno rico ahora;  
ya muda el rostro al demudar del seno,  
que tarde Amor se encubre adonde mora,  
y ya en palabras, obras y meneos,  
al rey le va siguiendo en sus deseos.

Comienza a consolarle blandamente,  
y en lo que más le ve desesperado  
le muestra que su mal conoce y siente,  
y que la causa alivia lo causado;  
del rostro milagroso y excelente,  
par partes va haciéndole un traslado,  
con loas de las nuestras excesivas,  
que nunca merecieron hembras vivas.

Aquí la condición, allí el decoro  
de Angélica refiere, y su belleza,  
la grana y nieve despreciando, y oro,  
y toda la mortal naturaleza;  
mas ni le trujo a plática a Medoro,  
ni cosa que le pueda dar tristeza,  
antes en ciertos cuentos le fingía,  
que de un circaso le trató algún día.

Llevarle supo al fin de tal manera  
la voluntad, por pasos agradables,  
que pudo la engañosa lisonjera  
hacelle sus palabras delectables,  
y aquella esquiva condición y fiera,  
la espesa barba y ojos espantables,  
ya descubrieron un mirado blando,  
qua a veces risa en él se fue esperando.

Que amándole y sirviendo, le traía  
en una cueva, do se recogieron,  
sin esto lo que un día y otro día  
demanda, y sus tristezas no le dieron;

jamás a tal lugar hombre venía,  
o por el miedo que antes le tuvieron,  
o por no estar poblado, o no saberse  
que allí sin daño pueda descenderse.

Forzado destas cosas y otras tales,  
la antigua condición mudó el circaso,  
que siempre los discursos racionales  
nos llevan a mudanzas paso a paso;  
al fin sociables somos y animales,  
y nuestro cuerpo fatigado y laso  
(aunque el ingenio más esquivo sea)  
compaña ha menester y la desea.

También la vieja, con diversas cosas  
de que ellas se aprovechan, fue quitando  
sus rugas y sus manchas asquerosas,  
y fuese las quijadas allanando;  
sus manos hizo blancas y lustrosas,  
sus cejas y cabellos fue dorando,  
y fuese rehaciendo de manera  
que casi con las mozas competiera.

Y lo que más importa, la costumbre  
de verla cada día, a cada cosa,  
un poco aligeró la pesadumbre,  
y la dejó ni fea ni hermosa;  
pues ella como vio que ya la lumbre  
de amor no era, en el pecho, tan furiosa,  
de aquél que por Angélica moría,  
así le comenzó a hablar un día:

¡Oh generoso y alto caballero,  
cuyo valor y cuya gentileza,  
ni en otro se halló, ni vio primero,  
ni en otro lo pondrá naturaleza!,  
si no resistes al destino fiero,  
que así te sujetó a mortal belleza,  
¿de qué podrán decir que te ha valido  
ser sabio, rico, y fuerte, y bien nacido?

Los dones de natura, y de fortuna,  
y del ingenio, que es en más preciado,  
no deben estimarse en cosa alguna  
en quien de su prudencia está olvidado;  
si de pasión tan larga y importuna,

estar te dejas tanto derribado,  
¿qué suerte habrá que levantarte pueda  
al grado que mereces de su rueda?

Olvida a quien de ti jamás se acuerda,  
no gastes más en vano el pensamiento,  
despierta de ese sueño ya, y recuerda  
de ese letargo flojo y desatiento;  
no sufras qu'esta edad también se pierda,  
como esa que se ha ya llevado el viento,  
y muéstrate de luego arrepentido,  
pues no se cobra el tiempo mal perdido.

Dos mil remedios hay por do podrías  
salir de aquesa confusión, indina  
de tu virtud, y de esas niñerías  
a que tu estrella sin razón te inclina;  
algunos te han mostrado ya los días,  
y Amor la llaga da y la medicina:  
por eso con dos flechas le pintaron  
los que sus maravillas penetraron.

El entretenimiento de la caza,  
el de la guerra, y justa, y los amigos,  
el juego que las almas embaraza,  
los bandos y el cuidado de enemigos,  
la música y los libros, mas de traza  
que no sean de dolencia igual testigos,  
ni el ánimo enterezcán de manera  
que en él se asienten como el sello en cera.

Mas el mejor remedio es si el cuidado  
en diferentes cosas se reparte,  
que estando en muchas dellas ocupado  
menos le ha de caber a cada parte;  
quien tiene el pensamiento regalado,  
y no le puede dar del todo a Marte,  
repártalo pudiendo en dos amores,  
que mientras fueren más serán mejores.

Aquí se da favor si allí se niega,  
y si él está con ambos repartido,  
metido entre esta y entre aquella brega,  
en ésta o en aquélla ha de ir fingido;  
con esto ni se prende, ni se ciega,  
ni teme celos, desamor, ni olvido,

tomando lo mejor de lo que viere,  
y desechando lo que no quisiere.

¿Entiendes tú, por dicha, que es cordura  
un necio amor tan firme y tan profundo,  
un adorar la vana hermosura,  
que ciego piensas tú ser sola al mundo?,  
con haber muchas de mejor figura,  
a dicho de quien no es de ti segundo,  
que con juez tan ciego en tu presencia,  
ninguna esperará mejor sentencia.

¿Qué cosa es que se diga de un discreto  
varón, que tiene tantos derribados,  
y que es en todas cosas tan perfeto  
después de tantos años ya pasados,  
que esté a una niña sin razón sujeto,  
los brazos y los ojos quebrantados,  
que nunca se levanten a otra cosa  
que les parezca dulce ni hermosa?

Como el bobillo y simple niño que ama,  
apenas a la luz del sol salido,  
el sucio pecho y el sudor del ama,  
por ser ya de sus labios conocido,  
que si la madre, más gentil, le llama,  
y prueba a darle el suyo más florido,  
rehúye, grita, asómbrase, y procura  
huir la nueva aunque mejor figura.

¿No entiendes tú que puede la costumbre,  
pasándose los días y los años,  
quitar a todo ingenio fiel la lumbré,  
y dalle satisfecho en sus engaños?;  
desecha ya esa carga y pesadumbre,  
ten ya vergüenza de tan claros daños  
si ni cansancio ni fastidio tienes,  
y acuérdate por ellos a do vienes.

¿Ha de faltar, si acaso quiere el cielo  
que estés a tus flaquezas inclinado,  
mujer que se te rinda por el suelo,  
sin que le estés rendido y sujetado,  
de casta y rostro, gentileza y pelo  
mejor, y de virtud, pues ésa ha errado  
por varias tierras, y de mano en mano:

Reinaldo, Orlando, Astolfo y Agricano?

Cuenta otros mil y cuenta a Ferraguto,  
no queda ya gentil, cristiano o moro,  
hasta llegar, ¡oh hecho disoluto!,  
a darse por manceba de Medoro;  
y tú cargado de tristeza y luto,  
guardándole su honor y su decoro  
y sin mirar al tuyo, ¡oh grande afrenta!,  
que tal de un sabio rey el vulgo sienta.

Los que cabezas sois y espejo claro  
del mundo, y do se mira más la gente,  
tenéis necesidad de más reparo,  
si el necio vulgo alguna falta os siente,  
y suélese comprar después muy caro,  
por eso algunos hubo antiguamente,  
de quien los suyos sólo vían los nombres,  
porque no conociesen que eran hombres.

No digo yo, ni pido, que seáis tales  
que esotros no os conozcan por hermanos,  
pues que nacistes de hombre y sois mortales  
aunque os llaméis divinos soberanos,  
mas digo que en las cosas terrenales,  
no parezcáis tan varios y livianos,  
que el pueblo os menosprecie, y tome ejemplo  
del vicio en vos, pues de virtud sois templo.

Podéis en apartado y escondido  
gozar de la mujer libre y exenta,  
dejad la que ya tiene su marido,  
y aquella de quien hace el mundo cuenta,  
qu'el cielo, que una bella ha producido,  
con mano larga os puede dar cuarenta,  
si no enlazáis a un yugo soñoliento,  
la discreción del libre pensamiento.

Al fin con tales cosas pretendía,  
la astuta vieja, libertar el seso  
de aquel en cuyo vivo amor se ardía,  
para hacelle en nuevos lazos preso;  
el rey algunas vezes se reía,  
y algunas desechaba el grave peso  
de la reprehensión, y la dejaba,  
y en diferentes cosas se ocupaba.

Cuando con nasa, red, anzuelo o caña  
los inocentes peces va pescando,  
cuando las aves con el cebo engaña  
y con la liga o percha va prendando,  
cuando, aunque a pie, por la áspera montaña  
las fieras va siguiendo y fatigando,  
en tanto que su hado le ofrecía  
para salir de aquel lugar la vía,

y cuando de uno o de otro oficio viene,  
a reposar de noche fatigado,  
la diligente enamorada tiene  
de su regalo y cueva gran cuidado.  
Amor, que no se sirve de que pene  
algún discreto sin quedar pagado,  
en una destas varias ocasiones  
le dio la procurada en sus pasiones;

la cual no bien fue della conocida  
cuando la asió con mano presurosa,  
que nunca medra quien de sí se olvida,  
ni duerme el que bien busca alguna cosa;  
aderezada tuvo una bebida,  
aunque muy sana y dulce, ponzoñosa,  
la cual le dio, viniendo muy cansado,  
de un vino desta suerte preparado:

De aquella piedra con que limpian oro  
tomó una parte, y otra polvos hizo  
del miembro más precioso del castoro,  
y el mismo del tejón y del erizo,  
otra de lobo, y pulpo, y ciervo, y toro,  
y así conficionó un gentil hechizo,  
con vino y azafrán muy oloroso,  
después que se coló y tomó reposo.

También le supo, sobre el lado diestro,  
poner, en los enveses de sus pieles,  
un amuleto qu'es de amor maestro,  
de cantárides hecho y varias hieles,  
con otro más oculto en el siniestro,  
compuesto de cenizas muy crueles  
de la salamanquesa, emponzoñada  
después de siete veces azotada.

Y habiéndole tomado la bebida  
los nervios y las venas, puso luego,  
con postres y principios, la comida  
de más potencia que ha guisado fuego:  
no faltó allí la oruga conocida,  
con otras salsas que al lascivo juego,  
aunque con fuerza a la salud nociva,  
hacen el torpe son con que se aviva;

después algunas frutas potenciosas,  
cual el ventoso rábano, y palmito,  
y algunas muy calientes y olorosas  
que el ánimo levantan infinito;  
mas nunca destas o de aquellas cosas  
le dio hasta cansar el apetito,  
que en esto el vicio a la virtud parece,  
que aun sus extremos mismos aborrece.

Estando alegre el rey, no enfadado,  
y en cosas no muy castas platicando,  
ya dando o recibiendo algún bocado,  
a qu'el solaz los iba convidando;  
sin entenderse, un juego fue trabado  
que fue los corazones calentando  
a proporción del hígado, y el seso  
se vio tras él del mismo juego preso.

Porque olvidado ya de su cordura,  
cayó en el breve yerro que afeado  
es más de los que culpan a natura,  
y con su misma fuerza disculpado;  
mas como el fuego poco tiempo dura,  
pasóse el gozo y pareció el pecado,  
por ser tan ciegamente cometido,  
tan feo como el cómplice había sido.

Aunque sobreviniendo el dulce sueño,  
no pudo parecerse abiertamente,  
hasta que Amor, esquivo y zahareño,  
bajó de su alto cielo o refulgente;  
mostróle el rostro a quien se dio en empeño,  
y el otro, tanto deste diferente  
cuanto es el claro tiempo al de las nieblas,  
o el ángel de la luz al de tinieblas.

Y como si engañado fue el camello,

y a torpe incesto inadvertido viene,  
que cuando libre puede conocello,  
(pues esta ceguedad término tiene),  
su guarda mata, que le indujo a ello,  
si en tiempo de su furia sobreviene,  
y aunqu'es de floja cólera encendido,  
la hembra, de quien deudo fue y marido,

tal recordando el rey muy pavoroso,  
de su conciencia misma instimulado,  
buscó el nefando cuerpo y cauteloso,  
que fue su compañero en el pecado,  
y a verle allí, según está furioso,  
con él se hubiera al fuego encomendado,  
mas la discreta vieja huido había,  
(que no es prudente quien del tiempo fía).

Salió tras ella el pobre caballero,  
con voces lamentables, suspirando,  
por su desdicha o su destino fiero,  
que de uno en otro mal le va llamando,  
y por su ingenio en la razón grosero,  
que tan sin orden le iba gobernando,  
y en el conocimiento tan despierto,  
que hecho el daño se le muestra abierto.

¿No te faltaba más, ¡oh sin ventura  
y flaco rey, decía, y torpe y ciego!,  
después que se entregó por tu locura  
tu reino, y honra, y tu riqueza al fuego,  
sino perder del todo la cordura?;  
y la lealtad también, si aguardas luego,  
se perderá, y la fe al Amor debida,  
según se ordena tu prolija vida.

¿De qué podrán loarte, cuando fueres  
traído entre hombres nobles a memoria,  
si la más baja y vil de las mujeres  
llevó de tu firmeza la victoria?,  
y ¿cómo culparán, viendo quién eres,  
la que te juzga indigno de su gloria,  
si tú con un tan torpe desatino  
de menos que ella ya te has hecho indino?

¿Quién hay que tanto te ame en todo el suelo  
que pueda de otros yerros disculparte,

si tú, que de tu honor tendrás más celo,  
de nuevo en ellos quieres confirmarte?;  
en otros puedes tú culpar al cielo,  
que quiso sin tu culpa castigarte,  
en éste no, que nadie es castigado  
sin culpa en el rigor de su pecado.

Ninguno culpe, ya de hoy más, aquella  
que a ti y a tantos príncipes dejando  
un paje amó, si al bello amó labella,  
y todo igual su igual se va buscando,  
mas tú, tenido por más sabio que ella,  
los cielos, los abismos penetrando,  
di, ¿qué disculpa al mundo das, si has sido  
de la más vil criatura dél vencido?

Con este enojo en tanta furia vino,  
y en tanto menosprecio de quien era,  
que al monte declaró su desatino  
a voces, y en poblado lo hiciera;  
mil golpes, con el cuerpo, dio, mezquino,  
de peña en peña, y vino a la ribera  
por una parte que es de riscos llena,  
y bate el mar allí sin verse arena.

Allí copiosas lágrimas vertiendo,  
con suspiros ardientes y gemidos,  
su desventura estuvo maldiciendo,  
y más la ceguedad de sus sentidos;  
después su triste vida aborreciendo,  
de los más altos riscos y crecidos  
sus quejas dolorosas derramaba,  
con que a los peces su quietud quitaba.

Los cuales, aunque mudos, respondían  
a sus lamentaciones miserables,  
y, no pudiendo dar la voz, gemían  
con rancos sonos, tristes y espantables;  
también ya las estrellas descendían  
a serle en su miseria favorables,  
que el cielo aunque alto más se condolece  
que el mar, que nuestras vidas aborrece.

Mas él que ve más cerca su pecado,  
y con la fuerza de arrepentimiento  
le hace más crecido y afeado,

que nadie es buen juez en su tormento,  
confuso se echó al mar, casi arrojado  
de su desprecio y su aborrecimiento,  
do hizo, con sus lágrimas, templadas  
las de Saturno, amargas y saladas.

Las aguas, al bajarse en ellas, fueron  
piadosas, más que son, y comedidas,  
que blandamente en sí lo recibieron  
por verse a cielo y tierra preferidas,  
con sus confusas olas le cubrieron  
el yerro gastador de tantas vidas,  
y en su fortuna dieron lumbre al puerto,  
que siempre en sus bonanzas tuvo incierto.

Que al punto que en las ondas fue caído,  
el que a morir en ellas se arrojaba,  
habiéndose en el fondo zabullido,  
do ningún viento la nariz hallaba,  
quedó de haberlo hecho arrepentido,  
y el imposible puerto procuraba,  
porque de un largo risco alto y tajado  
está en aquella parte el mar cercado.

Y aunque a las fieras olas contrastando  
del risco en cuanto puede se desvía,  
como una y otra en él se va quebrando,  
también quebró él su aliento y su porfía;  
el tino de la tierra va olvidando,  
y ya ni el mar ni el puerto conocía,  
que con diversos vientos combatido  
andaba en las tormentas sumergido.

Después que al mar tranquilo fue saliendo,  
y con la luz del día la bonanza  
se fue en el golfo abierto descubriendo,  
faltó al cansado cuerpo la esperanza,  
los brazos y las piernas no haciendo,  
a su salud debida, la mudanza  
que en su defensa todo animal hace,  
pues nadie con su fin se satisface.

Do al fin de todo punto fatigado,  
dejó caer los remos, que le habían  
sobre las blandas aguas sustentado,  
qu'el fondo como graves ya pedían;

dejó cubrirse del humor salado  
los ojos, que de estrellas le servían,  
y aquellos caños por donde entra el viento  
de qu'esta vida toma su alimento.

## ADVERTIMIENTO

Por la orden que tuvo Canidia para inducir a Sacripante a lo que pretendía, se puede advertir que aun los malos, para hacer el mal que pretenden, se aprovechan de la virtud fingida, que es lo que llaman hipocresía, y con ésta consiguen los fines viciosos; tal es la virtud que los buenos la aman por sí misma, como dice Horacio, y los malos o por el temor del castigo, o por engañar con su sombra. Del razonamiento de Canidia se puede colegir cuánto importa que los reyes sean recatados en sus obras, de que puede resultar a los súbditos mal ejemplo, lo uno por cumplir con la obligación que tienen de darlo siempre bueno, por el cuidado que todos ponen en imitarles, lo otro porque en ellos, como dice Juvenal, parecen muy graves aun las faltas que en otros de menor estado se juzgarían por ligeras. Por Sacripante, que visto el yerro en que ha caído, confesando su pecado disculpa con él a Angélica, juzgando el suyo por mayor que el desagradecimiento della para con él, se verá la obligación que los hombres tienen, según dice Solón, de conocerse a sí mismos, y regular las vidas ajenas por las suyas y no condenallas sin mirarse primero a sí mismos. Por el arrepentimiento excesivo en que viene, pareciéndole indigno de perdón aunque nadie sino él sabía su pecado, se entiende cuánto puede el aborrecimiento de los vicios en quien los conoce, que por aborrecerlos aun aborrecen los sujetos do están y aun a sí mismos, y así caen de un yerro en otro, como Sacripante en arrojar al mar con tan súbita desesperación.

## CANTO SÉPTIMO

### *Premios varios*

*En este canto, por beneficio de Venus, Sacripante sale del peligro en que estuvo de ahogarse, y en compañía de Damasirio, rey de Ponto, y de Zenagrio, conquista el sepulcro de Aquiles sobre ganar sus armas, y partiéndose de allí todos, Zenagrio desembarca en la isla de la fada Gleoricia.*

Revuelva cuerdamente en la memoria  
aquel que más de su virtud confía,  
a ver si alguna hoja de su historia  
se halla limpia, y de borrón vacía,  
y siendo así, con arrogancia y gloria,  
bien puede, si no teme de otro día,

pues su conciencia ve de culpa ajena,  
hablar contra el que erró, y aun darle pena.

Mas ¿quién podrá culpar sin ser culpado?,  
y ¿quién no teme si no erró ni yerra?,  
que pocos hombres viven sin pecado,  
y no sé si estos viven ya en la tierra,  
que aun los que se han al mundo sepultado  
no están seguros de la humana guerra,  
y si hay dura ocasión que los ofenda,  
el cielo es menester que los defienda.

Oculto puede serle al vulgo el hecho  
con los diversos velos de prudencia,  
no al lastimado y afligido pecho,  
que aflige y martiriza la conciencia  
cual en la casa la carcoma al techo,  
al paño la polilla, y la dolencia  
al cuerpo roe, y el orín la espada,  
y al risco una onda y otra más salada.

Tal va la carne y hueso carcomiendo,  
con ásperos estímulos sin cuento,  
cuando en su misma culpa va sintiendo  
igual castigo, el arrepentimiento,  
y a veces de tal suerte va creciendo  
de su pecado el aborrecimiento,  
que la razón distinta le oscurece,  
y sus remedios mismos aborrece,

cual fue en el desdichado caballero,  
que siendo en otras cosas muy prudente,  
en ésta le faltó el debido acero  
del pecho firme, y la discreta frente.  
Al mundo ya mostraba su lucero  
la diosa que crueldades no consiente,  
y a su viciosa Cipro se abajaba,  
huyendo de la aurora que asomaba,

cuando del alto risco al mar Carpacio  
el cuerpo vio caer, cuya alma estaba,  
gran tiempo había, pintada en su palacio,  
a do por su lealtad Amor la honraba;  
dejó su carro, y vino en breve espacio  
al mar, y abrió en dos montes su agua brava,  
y despreció sus dioses de uno en uno,

llamando a grandes voces a Neptuno.

Aquí dejó a Anfítrite en las arenas,  
y a Proteo, y Leucotea, y Melicerta,  
allí de las nereidas, y serenas,  
y de tritones, larga escuadra incierta,  
y al fin, calando por oscuras venas,  
halló una senda al grande estanque abierta,  
do el dios del mar cerúleo y de ovas lleno,  
descansa de cuidado alguno ajeno.

Y díjole: ¿Qué es esto?, ¿así te duele,  
¡oh rey de reyes, ínclito y famoso!,  
la infamia, que a los bajos doler suele,  
y aun a los muertos quita su reposo?;  
bien es que el que ha perdido la honra vele,  
que Marte tu enemigo va glorioso,  
de Amor yo no me duelo, que no pierde,  
pues siempre en vida fue en el Orco verde.

Después de muerto a nada está obligado,  
ni muerto el corazón es más captivo,  
harto es que en vida no olvidó el cuidado,  
y lo mató, y lo tuvo muerto vivo;  
gran hecho hizo Marte, que acabado  
un preso, que no me era fugitivo,  
y pedirá por premio, yo lo fío,  
el triunfo del despojo tuyo y mío.

Pues yo le juro... mas vengar conviene  
lo que al presente es digno de venganza,  
y no se alabe, que en Zenagrio tiene  
para herir a un dios como tú lanza;  
entre esas ondas anegado viene  
un hombre, de quien cierto el hado alcanza  
que el ojo ha de quebrar, y así lo aguardo,  
matando al bastardo hombre, al dios bastardo;

socórrele, si puedes, en un punto,  
y enciende ese coraje, y nadie crea  
de ti que la esperanza y la honra en junto  
perdiste, sin hallarte en la pelea.  
Alzó Neptuno el pálido y difunto  
aspecto, con que el ancho mar rodea,  
y vio al circaso, que se zbullía,  
aborreciendo ya la luz del día;

y conociendo el venturoso hado  
que el cielo le tenía prometido,  
y que por nadie puede ser vengado  
si no es por éste, o Marte ser vencido,  
le dio un delfín, y a Venus le ha rogado  
que de ambos sea el amante socorrido;  
tomóle la alta diosa, y vio el solene  
respeto que este pez al hombre tiene,

así por la igualdad y semejanza  
del parto, y por su astucia lisonjera,  
como por los discursos y crianza,  
que extraña al pez y vence al ser de fiera;  
y dióle una amorosa confianza,  
y una piedad osada y verdadera,  
que en ocasión tan grave y oportuna,  
le hizo compañero en su fortuna.

Pues como de sus quejas conmovido,  
y dellas justamente lastimado,  
y como si tuviera aquel sentido  
que a todo bruto el cielo le ha negado,  
debajo dél se puso, y le ha impedido  
el descender y el ser del mar tragado,  
y tanto espacio así lo tuvo en peso  
que él pudo reducir su ingenio al seso.

Después que conoció que la ventura  
gustaba de alargar su triste vida,  
holgóse, que por leyes de natura  
es dulce cuando más aborrecida,  
y luego asirse en el delfín procura,  
ya puesto a la jineta, ya a la brida,  
según que pudo en la ocasión mostrallo  
el no domado cuerpo del caballo.

Y al tiempo que bajaba ya el lucero  
a descansar al mar de Damiata,  
dejándole su luz y oficio entero  
al sol, que las tinieblas desbarata,  
el rey, sentado en el delfín ligero,  
las ondas corta de salada plata,  
siguiendo tras su lumbre y su belleza,  
y casi con no menos ligereza.

Cual suele por el aire la saeta  
hacer en breve tiempo gran carrera,  
o por el claro cielo la cometa,  
o el rayo que al relámpago no espera,  
tal va, por la llanura muy quieta  
del mar, el rey sobre la bella fiera,  
errando de una parte en otra parte,  
regido por ventura y no por arte.

Salió de entre las Clides, infamadas  
por el peligro del bestial gigante,  
y descubrió las cumbres relevadas  
del fértil promontorio de Acamante,  
a Cipro y a sus islas, no olvidadas  
aunque ella es tan soberbia y elegante,  
Carpesia, Arsinoe, Pafo, Salamina,  
Boosura, Hierocepia, a Frodosina.

Dejó a Panfilia a un lado, y a Cilicia  
y a Egipto al otro, y al solar Petreo,  
a Rodas pasa, y tuerce el curso a Licia  
dejando a Creta, y entra al mar Egeo,  
por él subió con desigual cudicia,  
y llega al paso, sin hacer rodeo,  
que con más dicha atravesó un camero  
qu'el firme y valeroso amante de Hero.

Y el breve estrecho Euripo navegando,  
vio al Tenedo, y vio a la Asia celebrada,  
donde al troyano hizo el griego bando  
sentir cual fuese la ofendida espada,  
al Ponto y a Bitinia vio, y pasando  
de la gentil Propóntide la entrada,  
vio a Samo, Imbró, Talasia y Proconeso,  
y vio de las Cianeas el proceso.

Llegó do el mar, volviendo a recogerse,  
el Bósforo de Tracia y su bajío  
compone, do algún tiempo vio extenderse  
la hueste innumerable de Darío;  
apenas pudo aquí el delfín valerse,  
que en esta parte, al fin del seco estío  
que es tiempo de su parto y de su cría,  
con ellos el estrecho mar hervía.

Desde una parte en otra saltos daban,

y el curso procurado le impedían,  
los machos a las hembras no dejaban,  
las madres a los hijos no perdían,  
y así, por do los unos, caminaban  
las otras, y los otros ir querían  
con escuadrón prolijo, en tanto exceso  
que la agua y aire le hacían espeso.

El rey que vio el peligro, conociendo  
de los delfines la naturaleza,  
y al cierzo boreas, que aspiraba, viendo  
que añade a sus orejas sutileza,  
alzó la voz, y con sonoro estruendo,  
cantando de sus males la aspereza,  
y el bien que en medio dellos conocía,  
los peces suspendió, y el mar, y el día.

Las fervorosas aguas se allanaron  
y blandas y tranquilas se hicieron,  
los peces en dos haces se cortaron  
y al suyo una ancha senda descubrieron,  
los aires muy serenos se mostraron,  
los claros cielos nuevas lumbres dieron,  
y solo su caballo caminaba  
en tanto que su pena el rey cantaba.

Mas siendo ya de los delfines suelto,  
que humanas voces sienten y gemidos,  
se viera en una espesa banda envuelto  
de atunes, que al cantar no dan oídos,  
si el rey a su siniestro lado vuelto,  
donde ellos tienen torpes los sentidos,  
al pez, con la costumbre ya obediente,  
no le hiciera revolver la frente.

Al fin pasó, dejando por un lado  
la fiera Tracia, y la fecunda entrada  
del río famosísimo y poblado  
de fibros, que le pacen en manada;  
entró en el Ponto Euxino, qu'es llamado  
Gran Mar, do a Tinias, isla celebrada,  
y a Peuce vio, y sus cinco compañeras,  
que el Istro corta con sus bocas fieras.

Aquí en gran batel vio que venía  
un caballero mozo, y a su lado

una doncella, y siervos dos traía  
remando, y dos de que iba acompañado;  
dio voces y rogó por cortesía  
le recibiesen, que venía cansado,  
pararon ellos viendo el caso nuevo,  
y con sus brazos le metió el mancebo.

Lleno de admiración, lleno de espanto,  
de verle así venir le preguntaba,  
de qué lugar del mundo viene, y cuánto  
ha que en la bella fiera caminaba.  
Dejé a Constantinopla ayer, y tanto,  
dijo el circaso, fue fortuna brava,  
que me quebró la nao, y me he escapado  
solo, cual ves, sobre este pece a nado.

A tiempo vienes, dijo el caballero,  
si cual pareces eres en proeza,  
que hallarás en solo un compañero  
más honra, y más compañía, y más riqueza.  
Vestir le hizo, y díjole: Yo quiero,  
porque en tu rostro muestras gran nobleza,  
decirte dónde estás, y a qué vecino,  
quién soy, y de dó vengo, y dó camino.

Éste es el mar de Ponto, y ves do asoma  
la gran laguna Meótide nombrada,  
do el Tanais entra, cuyo curso toma  
primero que otro en este mar la entrada;  
mil islas hay allí, do no hay que coma,  
la gente, más que carne al sol tostada  
de aquestos grandes peces, de que hace  
tal vino y pan que al gusto satisface.

Y ves de Marte la isla peligrosa,  
que aquellas aves paladinas cría,  
que así la pluma arrojan venenosa  
cual lluvia de saetas que rocía,  
y ves a Leuce, una isla más dañosa,  
por donde Boristenes su agua envía  
al mar, en cuyo poco sitio y tierra,  
de carne ilustre grande suma encierra.

Allí el sepulcro insigne está de Aquiles,  
a quien cognombre la Asia dio de fiero,  
y en él sus armas limpias y gentiles,

no dignas de otro menos buen guerrero,  
que con astucias, Calcas, más sutiles  
qu'él las usó con Telamón primero,  
a Ulises las quitó, y no sé en qué modo  
en el sepulcro fue encerrado todo.

O fuese, como algunos han querido,  
que Ulises, por Neptuno contrastado,  
al mar las arrojó, desposeído  
de lo que injustamente había ganado,  
y como Telamón restituido  
fue, muerto, en lo que vivo despojado,  
Ramnusia, que estos cambios no sufría,  
al fin se las volvió a quien las debía.

Después, cuando Alejandro en esta parte  
llegó, invidioso de su nombre y gloria,  
mandólas encantar con mágica arte,  
porque se conservase su memoria;  
en guarda están las aves del dios Marte,  
y tres peligros tales que victoria  
alguno desta prueba no ha sacado,  
aunque el peligro muchos han probado.

Primero está un espejo claro y puro,  
y en torno varias cifras de guarismo,  
a veces claro, a veces muy oscuro,  
y encima escrito: Nadie cual tú mismo;  
de tanta fuerza son, y tal conjuro,  
que nadie ha penetrado al hondo abismo,  
ninguno las ha visto que al momento  
no olvide al diestro brazo el movimiento.

Sobre él la letra del varón se muestra  
que puso nombre a la filosofía,  
y el que la despreció a su parte diestra,  
y confesó saber que no sabía,  
aquél está pintado a la siniestra,  
que tanto el ser quien es desconocía,  
que le vino a engañar su misma cara,  
su sombra corporal, en la agua clara.

Después, a la segunda entrada, sale  
la bella Helena, al vivo, tan hermosa  
que mucho más que cuando viva vale,  
y así sospechan qu'es mudada en diosa;

ninguno la miró que no resbale,  
y el otro brazo pierde, o la nervosa  
fuerza que le sustenta, y va tullido  
adonde el gran Briareo fuera vencido.

Porque la puerta apenas ha pasado  
cuando, con pecho ardiente, se presenta  
ante él, Aquiles, tan feroz armado  
cual nunca fue en batalla muy sangrienta;  
el pobre, que se ve desjarretado  
por ambos brazos, y en tan dura afrenta,  
la espalda vuelve, y cae sobre una peña,  
do aun de herirle Aquiles se desdeña.

Y en este medio tiempo nunca cesa,  
desde el principio al fin de la aventura,  
de aquellas plumas fieras, lluvia espesa,  
que pasan toda fuerza de armadura;  
después dos toros salen con gran priesa,  
de fuertes miembros y alta compostura,  
alzando entre sus cuernos, con bramidos,  
los cuerpos de los míseros vencidos.

Así de carne y huesos destrozados  
verás la casa y toda la isla llena,  
que por las aves son de allí sacados,  
sobre la verde grama y seca arena,  
a ser de fieras pasto o de pescados,  
y aún les parece que es pequeña pena,  
según el gran delito que comete  
quien tanta gloria y honra se promete.

De muchos caballeros soberanos,  
dan siempre aquí, los huesos, compañía  
a los del fiero Aquiles, cuyas manos  
aún no están hartas de matar hoy día;  
yo tengo aquí ya un padre y dos hermanos,  
dos tíos, y, sin más genealogía,  
amigos, de proeza verdadera,  
y aquí mi muerte entiendo que me espera.

¿Qué causa te movió, dijo el circaso,  
a tal viaje?, que también entiendo  
que mueve para allá el batel el paso,  
estando tú el peligro conociendo.  
No pienso serte en el contarle escaso,

le respondió, que ya lo voy diciendo;  
yo soy el rey de Ponto, Damasirio,  
sobrino de Agricán, hijo de Egirio.

Y aunque a Arsace he servido tiempo largo,  
mi prima es ella en sangre, y mi señora  
en sola voluntad, y (no me alargo)  
aunque ella tantos reinos manda agora,  
yo tuve de sus gentes todo el cargo,  
y le allané las tierras donde mora  
el sármata y el tártaro a sus leyes,  
con muchas de otros príncipes y reyes.

Después dejando el norte y Tartaría,  
cuando al oriente hizo su viaje,  
la tierra le rendí por do ir quería,  
y por el monte Imabo abrí pasaje,  
y aunque antes de su amor tuve osadía,  
entonces le envié el primer mensaje,  
y tuve despidientes tan propicios  
cuanto lo merecieron mis servicios.

Después que el gran Catayo fue ganado,  
y hizo capitán a Libocleo,  
que le ha quince provincias sujetado,  
que es lo qu'el chino alcanza en su rodeo,  
no sé qué pensamientos ha engendrado,  
y si es en mi odio alguno (no lo creo),  
o si otra sangre cría el nuevo imperio  
que a los menores deja en vituperio.

Al fin, imaginando en mí flaqueza,  
un día, por me honrar, puso delante  
la antigua claridad de mi nobleza,  
de quien por obrar nunca fui ignorante,  
después engrandeciome su belleza,  
y engrandeció el tenerme por amante,  
y que esperaba el mundo un hecho nuevo  
por lo que a mi valor y al suyo debo.

Cuán bien vendrá a tu cuerpo alto y fornido,  
del fiero Aquiles, dijo, la armadura,  
y a mí el espejo bello esclarecido,  
do Helena vio su cara hermosura,  
en cuyo gran reverso otro hay metido  
que a cada cual lo que ama le figura,

donde ella, consolándose, solía  
ver a su Menalao cuando quería.

Hazaña es digna de hombre valeroso,  
no dudes Damasirio acometella,  
pues te hará en la vida muy famoso,  
y en muerte vivo, y claro más que estrella.  
Oyendo aquesto yo, perdí el reposo,  
pedíle que me diese esta doncella,  
porque las nuevas de mi muerte diese,  
o de mis obras fiel testigo fuese.

Y vengo, cual me ves, desta manera,  
a ver las aventuras y proballas;  
mis armas hice bien cubrir de cera,  
do aquellas flechas paren sin falsallas,  
y unos antojos llevo, que a cualquiera  
veneno aguardan más que diez murallas,  
pues hacen sea toda cosa bella,  
y vuelven su malicia misma en ella.

Si en el espejo hay cosa que me dañe,  
con éstos voy seguro, que al momento  
en viéndole haré qu'el lustre empañe,  
y vuelva en sí la fuerza de su intento,  
y Helena yo no temo que me engañe,  
ni que me prenda el libre pensamiento,  
pues por hermosa y muy gentil que sea,  
me habrá de parecer, por ellos, fea.

Tembló al circaso el pecho, al tiempo cuando  
oyó decir que ya la China estaba  
sujeta a nueva gente y nuevo mando,  
que con su reina a todo el reino amaba;  
y así le fue por partes preguntando  
algunas de las cosas que dudaba,  
usando la piedad con su enemigo  
que nunca el miserable usó consigo.

Quisiera en aquel punto, si él pudiera,  
restituir a Angélica en su estado,  
porque gozara, ya que dél no fuera,  
de verla esposa de hombre coronado,  
no porque deseando no viviera  
quien tanto cual Medoro había alcanzado,  
que injustamente aflige la pobreza

a quien enriqueció naturaleza.

Después que a Leuce, la isla peligrosa,  
llegaron, la aventura probar quiso  
el rey de Ponto, sin que en otra cosa  
tratase, ni tomar de nuevo aviso;  
vestida su armadura artificiosa,  
con sus antojos puestos de improviso,  
a Sacripante, y dijo: Si yo muero,  
mis armas tomarás, buen caballero;

con ellas puedes luego la aventura  
probar, y si tu buena dicha quiere  
que aciertes en el punto y coyuntura  
que para darle cabo se requiere,  
no des aquí a mi cuerpo sepultura,  
mas con mi gente, y cuanto mío aquí hubiere,  
me llevarás a Ponto, y lleva armadas  
las más costosas armas que preciadas.

Y di que por lo mucho que te quiero,  
de que estas gentes todas sean testigos,  
te hago de mis reinos heredero  
porque no venga en manos de enemigos;  
si salgo con victoria, y no me muero,  
lugar tendremos bien de ser amigos;  
las armas vienen justas, y no falta  
fortuna do virtud subió tan alta.

Llegó, diciéndole esto, ya do estaba  
el grande espejo, y vio que dél salía  
tal luz que el pensamiento le agravaba,  
y l'alma en mucha gloria le encendía.  
Quitóse los antojos que llevaba,  
que nada su defensa le valía,  
ni puede defenderse del contento  
quien ceba con su luz el pensamiento.

Y viose tan gentil y tan hermoso  
que al mundo juzgó indigno de que fuese  
sujeto a su valor, y aun envidioso  
el cielo de que el mundo le tuviese,  
y Nadie cual tú mismo venturoso,  
le pareció qu'el rétulo dijese;  
dos mil y cinco mil vio en una suma,  
y dos y medio abajo, que los suma.

No lo entendió, y estando muy contento,  
y lleno de su gloria y su grandeza,  
perdió en el diestro brazo el movimiento,  
y nunca le causó el perder tristeza,  
mas antes le pasó por pensamiento  
que, en el siniestro, tiene fortaleza  
para ganar de Aquiles la armadura:  
a tanto fue subiendo su locura.

Y más cuando, volviéndose el espejo,  
vio de Arsace aquel rostro soberano  
donde él perdió la ciencia y el consejo,  
y a todo su provecho dio de mano.  
Bien basta, dijo, que a éste sea parejo  
aquel por quien murió el valor troyano,  
y en vano piensa Helena a mí vencerme,  
si tengo aqueste yo para valerme.

Y así volvió glorioso a aquella cuarta  
el rostro y vista, do, con pompa inmensa,  
vio aquella por quien Paris robó a Esparta,  
y dio su reino y vida en recompensa;  
aun bien los ojos de Arsace no aparta,  
y nunca más habella visto piensa,  
y así con un descuido y gozo inmenso,  
tras esta nueva luz se fue suspenso.

Perdió el segundo brazo, y sin sentillo  
se fue tras la inmortal hija de Leda,  
a do pudiese Aquiles bien herillo,  
qu'es la postrera prueba que le queda;  
el noble Sacripante entró a seguillo,  
por ver que defenderse ya no pueda,  
llegó al espejo y vio el guarismo, y luego  
la ciencia conoció y secreto juego.

Éste es por matemáticos forjado,  
dijo entre sí, y aquí estará el secreto  
por donde pueda ser desencantado,  
y no podrá encubrírsele a un discreto:  
En dos y medio, número quebrado,  
dos mil y cinco mil no hace efeto,  
no suma, o resta, y multiplica, o parte,  
y aquesta es proporción cifrada aparte.

Querrá decir que dos mil años hubo  
de edad el mundo cuando fue esto hecho,  
y agora cinco mil como ella estuvo  
cuando vendrá a quebrarse o ser deshecho,  
que duplasesquiáltera mantuvo  
la proporción de edad, que satisfecho  
será con esta misma, si mirado  
fuere en la cantidad qu'está formado.

Miróse el rostro, y viéndose tan bello,  
tan grande, y tan fornido, y tan membrudo,  
creyó el secreto y vino a conocello,  
porque de sí tal cosa creer no pudo;  
en cinco partes midió el lustre, y dello  
tapó las tres en cua[d]ro, y vio el sesudo  
rostro pálido, y flaco, y no del modo  
falaz que apareció mirado en todo.

Después volvió al espejo, que enjerido  
estaba en el reverso, y vio la estrella  
que en tal sazón el triste había perdido,  
rigiéndose antes por la lumbre d'ella,  
sacó del seno un desigual gemido,  
y dijo: Comparada con aquella  
que hizo la Asia y Grecia desdichada,  
bien poco eclipsarás tu lumbre o nada;

mas pues que se me ofrece la ventura,  
y tanto al ser estotro espejo crece,  
juntalle quiero estotra hermosura,  
veremos dónde llega y qué parece.  
Quitóles a los dos la ligadura,  
y contrapuestos, donde resplandece  
el lustre de ambos, revolvió al primero,  
por ver fingido el rostro verdadero.

Y vio lo que ni humanos ojos vieron,  
ni entendimiento humano caber puede  
de los que humanas cosas conocieron,  
porque a su pensamiento y ingenio excede;  
dos bellezas y media le crecieron  
a quien, quitadas, tiene que le quede  
con tan intensa perfección, que pueda  
hacer como el pavón entre otras rueda.

Y así glorioso y lleno de esperanza,

volvió los ojos a do Helena estaba,  
y dijo: Si a esta tu belleza alcanza  
dame una muerte más que a esotros brava.  
¿Quién vio la luz del sol, a semejanza  
de lámpara que ya la suya acaba  
por falta del aceite, y va muriendo?,  
pues tal la griega apareció y gimiendo.

Gimiendo, a las tinieblas sempiternas  
del Erebo sin luz, bajó llorosa,  
temblando aquí y allí las flojas piernas,  
cual de turbada hembra y temerosa;  
las aves fieras ya sus plumas tiernas  
volvieron, sin herir alguna cosa,  
y así huyendo por el aire fueron,  
y en Aria, su isla antigua, se escondieron.

Aquiles con el rostro airado y fiero  
salió, la espada en mano, y embrazado  
aquel escudo de hermoso acero  
que Tetis hizo vario y estrellado;  
sin armas el circaso caballero  
le quiso acometer, mas se ha acordado  
de que el escudo puede haber, y espada,  
del rey de Ponto, y fue a buscar la entrada.

Aquí la espada, allí el escudo mira,  
allá la malla y la loriga rota,  
y al pobre caballero, entre la ira  
de toros que lo arrojan cual pelota;  
gime el circaso y con dolor suspira,  
de nuevo se demuda y alborota,  
olvida espada, escudo y enemigo,  
y vale a dar socorro al nuevo amigo.

Y asiendo el cuerno a un toro reciamente  
torcalle la cerviz nervosa entiende,  
si se acabara así tan fácilmente  
lo que por mágica arte se defiende,  
mas éste con un cuerno y con la frente,  
y el otro con los dos y boca ofende,  
y así en la lucha están los tres trabados,  
a nadie más que a sí bien comparados.

Porque si acaso ha visto en lucha alguno  
dos toros ya furiosos, y al vaquero,

menos prudente y cuerdo que importuno,  
que piensa dividirlos de ligero,  
por una parte al fin le hiere el uno,  
y el otro por la otra, y ya el primero,  
y ya el segundo acude a defenderse,  
sin que ofendellos pueda ni valerse,

así está el valeroso Sacripante  
del uno y otro lado acometido,  
cuál por la espalda viene o por delante,  
cuál tiene con su mucha fuerza asido;  
en una cosa sola es bienandante,  
que de aves ni de toros no es herido,  
ni puede serlo allí por fuerza y hado,  
después que las dos pruebas ha acabado.

Y más porque los toros no herían  
al que rendido Aquiles no dejaba,  
mas con sus duros golpes le molían,  
que a veces el aliento le faltaba;  
él viendo el mucho mal que le hacían,  
procura asir el toro que restaba,  
y así los tuvo quedos diferentes,  
cual el divino Alcides las serpientes.

En esto viendo Aquiles al circaso  
quebrar la ley, y haberle así dejado,  
movió para herirle largo el paso,  
por defender los toros que ha ligado;  
el rey de Ponto está herido, y laso,  
y manco, y por el suelo derribado,  
y defender su amigo no podía,  
ni a sí ni al otro el rey de Circasía.

Soltar los bravos toros no se atreve,  
que ya sus golpes siente y su braveza,  
y no le da el socorro al rey que debe  
que allí le matarán con aspereza;  
en esto entró diciendo: Ése es aleve,  
un mozo por la sala, ¿qué grandeza  
será matar un hombre desarmado,  
y estando con dos toros ocupado?

Teneos acá, vos sois el griego fiero,  
a quien tal gloria y fama ha dado el mundo  
que nunca ha concedido a caballero

llamarse vuestro igual, vuestro segundo,  
si así matastes a Héctor vos primero,  
en vano y sin razón estáis jocundo.  
Dijo, y tomó la espada y el escudo,  
que d'estas y de otra arma iba desnudo.

La espada, digo, y el escudo bello,  
que en tierra Damasirio echado había  
cuando no pudo el brazo sostenello,  
que el encantado pacto lo impedía;  
el Griego revolvió para ofendello,  
dejando al rey de Ponto y Circasía,  
que no sufrió en paciencia oprobio feo,  
aun muerto, el claro hijo de Peleo.

Y así los golpes de una y otra parte  
se escuchan, cual do Encelado se encierra  
los que los siervos de Vulcano en su arte  
hacen, que atruenan monte, y llano, y sierra,  
o cual los dieran si Belona y Marte,  
o si hay iguales dioses de la guerra,  
en una lid furiosa se juntaran,  
y por la extrema gloria pelearan.

Tocando espada a espada, o escudo a escudo,  
o espada a escudo, o el escudo a espada,  
en el tropel de golpes fiero y crudo,  
la lumbre de centellas va espesada;  
de cuantos miran fue todo hombre mudo,  
que nunca tal batalla fue mirada,  
y aunque diversas gentes ahí vivían,  
por cosa más que humana la tenían.

Pasando largo tiempo el mozo siente,  
del gran trabajo y del calor, martirio,  
el otro no, que es muerto o vive absente,  
mas nadie dellos busca a Podalirio;  
hadados eran ambos igualmente,  
si el escudo que fue de Damasirio  
por magos fuera hecho, con su espada,  
y así él fue roto y ella está mellada.

Tan gran ventaja Aquiles le tenía,  
más que al revés el otro la tuviera,  
si no es por do el encanto lo pedía,  
vencerse la batalla imposible era;

cualquiera libremente entrar podía  
hasta la sala donde están, tercera,  
que como las dos pruebas se acabaron,  
su entrada a todas gentes franquearon.

Por esto Flandra, que era la doncella  
que allí con Damasirio había venido,  
oyendo la batalla quiso vella,  
y entró por do sonaba el gran ruido;  
consigo el claro espejo de la bella  
Helena trajo, y el que estaba asido  
con él, que en su poder, por ir más presto,  
cuando el circaso lo ganó le ha puesto.

Y como al mismo oyó decir la fuerza  
que el grande espejo al seso humano daba,  
que aliento, y corazón, y ingenio esfuerza,  
y dos veces y media le doblaba,  
quiso que la fortuna allí se tuerza,  
y que se aliente el que cansado andaba,  
porque venciendo, Aquiles no pasase  
do estaba Damasirio y le matase.

Y así mostró el espejo al mozo fiero,  
poniendo entre los dos el brazo en medio,  
y dijo: Mira en esto caballero,  
quizá verás aquí nuestro remedio.  
El mozo fue a mirar el limpio acero,  
y Aquiles tiró un golpe a aquel comedio,  
y dando en él quebróle tanta parte,  
cuanta le dio de más que a esotros l'arte.

Y al punto cayó en tierra sin moverse,  
como si ya segunda vez probara  
el golpe de quien nadie ha de valerse,  
y a quien ninguno muestra alegre cara;  
los toros dejan su cerviz torcerse  
de aquella fuerza, que jamás bastara  
a tanto si el espejo entero fuera,  
aunque la de Milón se le añadiera.

Y a un punto parecieron victoriosos  
allí el circaso, aquí el mancebo fuerte,  
que piensa que sus golpes valerosos  
pudieran dar al joven griego muerte;  
las armas le deslaza y ve mohosos

sus secos huesos, puestos de la suerte  
que estar entero un cuerpo antiguo pudo,  
que ya de sangre y carne está desnudo.

Mas desde el generoso Sacripante,  
las armas, vio, que para sí tomaba,  
los toros olvidó y mudó el semblante,  
y al atrevido mozo amenazaba,  
sin armas, cual está, pasó adelante  
y en lucha desigual con él se traba,  
y conociéronse ambos, porque éste era  
con quien tuvo antes la batalla fiera.

Éste era el gran bastardo de Agricano,  
que errando por el mar vino a esta parte  
por orden de fortuna y por su mano,  
o porque quiso aquí premiarle Marte;  
no hay golpe entre los dos que salga vano,  
ni entre ellos quien de sí al contrario aparte,  
los pies con pies y brazos van trabando,  
con brazos, y en sí mismos tropezando.

No menos peligrosa les parece,  
a los que miran esta nueva brega,  
que la pasada, si el coraje crece  
y aun sin crecer a cuanto puede llega;  
tampoco entiende nadie quién merece  
las armas, que es la causa oscura y ciega,  
que Sacripante mucho había ganado,  
y sin Zenagrio hubiera peligrado.

En tanto Damasirio, que ya estaba  
en pie, aunque malherido, alzar procura,  
por sí y porque a sus pajes lo mandaba,  
del suelo, la finísima armadura;  
cualquiera de los dos dél la fiaba,  
cualquiera en él la tiene por segura,  
por la amistad del uno comenzada,  
por deudo el otro y amistad pasada;

que sólo a aqueste rey antiguamente  
le concedió la fada Filtrorana  
le viese y le tratase por pariente,  
cual lo era de su madre y de su hermana.  
No cesa la pelea y furia ardiente,  
y ya la noche parecía cercana,

y por los muchos que a mirallos vienen,  
y aun menos de la luz dudosa tienen.

Ninguno a su contrario dejar quiere,  
que el odio antiguo a cada cual decía:  
Si de tus manos éste hoy libre fuere  
no lo estás de las tuyas tú otro día;  
la sangre hierve y el aliento hiere  
del uno al otro, y como no podía  
salir por boca y por nariz, brotaba,  
y en agua espesa el cuerpo lo sudaba.

El tiempo poco a poco va pasando,  
que cuantos vuelcos dan él solo cuenta,  
y sin perder ni un cero va sumando  
sin que lo mire el cielo ni lo sienta,  
después les muestra a los que están luchando  
la suma, do no quita ni acrecienta,  
y en lo que una hora sola parecía,  
la noche se pasó y llegó otro día.

La gente fue a dormir y gente vino  
a ver el fin do la batalla para,  
y violos ya que cada cual sin tino  
contra otro menos fuerte no durara.  
De un viejo, que de la isla era vecino,  
fingió la venerable barba y cara  
la fada Filtrorana, y puesta en medio,  
así a sus diferencias puso medio.

¿Qué sirve fatigaros de esa suerte  
por esta gloria y este gran trofeo,  
pues cuando el uno al otro dé la muerte  
las armas ni el espejo no lo veo?;  
a nadie de ambos concedió la suerte  
vencer al claro hijo de Peleo,  
la gloria a todos, a ambos el martirio,  
a Flandra el fin y el premio a Damasio.

Él va esta noche toda navegando,  
un medio conveniente me parece  
que por el alto mar le vais buscando,  
a ver a quien la suerte se le ofrece,  
y al que se le ofreciere, no negando  
que cada cual entre ambos lo merece,  
que lleve deste hecho valeroso

el premio delectable y provechoso.

Bien dices, cada cual responde airado,  
si sola aquí esa joya se pidiera,  
mas esta lid que en eso se ha trabado  
su causa aneja se traía primera;  
el uno ha de quedar despedazado,  
no vive el otro, no, de otra manera.  
Y así con nueva furia sin dejalla,  
se vuelven al furor de su batalla.

Tembló la fada cuando vio este hecho,  
temiendo que esta lid tercera fuese  
de las que juntos uno y otro han hecho,  
y que al ibero a muerte condujese,  
y así temblando y con dudoso pecho,  
rogó a Zenagrio aparte que le oyese,  
y dijo: ¡Oh perezoso!, di grosero,  
¿ya olvidas la armadura de Rugero?

Con esto sólo el mozo, que había sido  
mil veces de sus manos castigado,  
reconoció la voz en el oído,  
y del circaso se apartó turbado;  
el cual seguirle quiso, más asido  
la fada lo apartó del otro lado,  
y díjole: ¿Estas armas son aquellas  
que tú perdiste?, ¿has de vestirte dellas?,

¿es éste Rodomonte?, ¿es, por ventura,  
Medoro?, ¿es Mandricardo?, deja agora  
aquel por quien tu vida está segura  
y con su muerte en nada se mejora,  
busca el caballo, busca el armadura,  
busca tu reino, y busca tu señora,  
no pienses qu'este todo lo ha robado,  
que te ha dos veces del morir quitado.

Así habló con baja voz, y luego,  
alzándola, le dijo: Un barco tengo  
allí pequeño, con que yo navego  
y adonde me parece voy y vengo;  
un mozo irá contigo, y yo te ruego  
que a Damasirio sigas, que no es luengo  
el trecho que hay a Ponto, do sin duda  
le hallarás si el tiempo no se muda.

Corrido entre sí mismo Sacripante,  
como quien se conoce cuando yerra,  
mudó el color y el más feroz semblante,  
y el rostro con los ojos puso en tierra;  
el barco toma y en el mismo instante  
se parte, sin tratar más de la guerra,  
y allá desembarcó al octavo día,  
do el Ponto sus feroces gentes cría.

Después la fada porque honrado fuese  
Zenagrio, le mandó que conquistase  
lo hondo del sepulcro, y deshiciese  
cuantas grandezas dentro en él hallase;  
a Aquiles hizo que otra vez volviese  
sin armas, y que en lucha le probase,  
a Héctor, y a Jasón, y Hércules fuerte,  
y a todos los venciese de una suerte.

Después mandó salir ante él doncellas,  
y reinas, y princesas valerosas,  
a Helena, y Polixena, y mil con ellas  
de las que el siglo celebró por diosas,  
después, cual puesto el sol con las estrellas,  
salió la muestra de las más hermosas:  
Angélica cual fuera entre sus bodas,  
y el jactancioso las despreció a todas.

¡Oh cuánto Amor, mirando, se reía  
la vana presunción y confianza  
del mozo, y de la fada que le guía,  
como el que espera ver tan gran mudanza!:  
él amará a quien más le aborrecía,  
y matarle ha quien de armas nada alcanza,  
aunque la fada vele y se desvele,  
que al fin el cielo hace lo que suele.

Segundo a nadie el mozo en todo fuera,  
según que fue valiente y comedido,  
si con discreto corazón supiera  
vencer la gloria del haber vencido.  
Partióse, y a otro día a una ribera  
llegó, de hambre y más de sed perdido,  
do vio, a una milla lejos de l'arena,  
de antiguas palmas una selva llena.

Y aquí y allí por varias partes mira,  
aquí vio un bosque de arrayán precioso,  
allí de yedra que se tuerce y gira  
por dura encina o roble valeroso,  
vio un monte de laureles, que respira  
un viento muy suave y oloroso,  
mas al cercado, de las palmas hecho,  
parece que le está llamando el pecho.

Saltó del barco y para allá camina,  
con paso muy quieto y sosegado,  
y mientras más le acerca y avecina,  
se halla más del sitio convidado;  
oyó en las palmas música divina  
de varias aves, vio el lugar regado  
de un líquido raudal, y fresco, y claro,  
que en demostrar su pecho no era avaro.

Salió de aquella selva satisfecho,  
que aunque frutal ninguno allí se cría,  
conforta al seso y da alimento al pecho  
el suave y blando olor, y la armonía;  
llegó a una vega llana, y fue derecho  
a un montecillo que de allí se vía,  
do un edificio ilustre se mostraba,  
que a los gentiles árboles sobraba.

Por la hermosa y extendida vega,  
mil yerbas y mil flores va pisando,  
entre ellas la que al sol jamás se niega,  
que a él se vuelve en torno suspirando,  
y aquella que con él aun ahora juega,  
que ya su muerte se causó jugando,  
y entre otras mal logradas y gentiles,  
quien se mató porque otro heredó a Aquiles.

De cedros olorosos el collado  
está, y con orden muy sutil, partido,  
la sombra vence al sol mal de su grado,  
y al fuego tiene al mediodía vencido,  
de rico entalle vario y delicado  
primor de bronce, en partes esculpido,  
un largo muro encima está por cerca,  
y un alto y muy gentil palacio cerca.

Mucho se alegra, y para allá se mueve,

el que dos veces engendró Agricano,  
la hambre hace el paso y trecho breve,  
y el gran deseo de honor le dio la mano,  
y aunque el deseo o hambre no le lleve,  
después de ver el sitio soberano,  
ningún ingenio, que valor tuviera,  
dejara de ir al muro si le viera.

Mas ya qu'el diestro pie metió en la vía,  
y del lugar le vieron eminente,  
suavísima dulzura y armonía  
del alta casa hasta el mar se siente,  
bien presto una hermosa compañía  
de damas vio salir, con mucha gente,  
y palafrenes, para el bello coro,  
cubiertos de brocado y seda y oro.

Vio tanta dama, y tanto caballero,  
y tanto paje bien aderezado,  
y tanto sacabuche y trompetero,  
que casi cubren todo el gran collado;  
humíllanse en llegando, y el primero  
en nombre general le ha saludado,  
después en torno, con hermosa muestra,  
le cercan por la diestra y la siniestra.

Llevado fue al castillo, el cual le puso  
en grande admiración, con su belleza  
y con la del ingenio que compuso  
lo que venció la humana sutileza,  
tan fuera todo del estilo y uso,  
y el orden que se ve en naturaleza,  
que vio primores casi a cada parte,  
más que se alcanzan por industria y arte.

Por orden de Gleoricia lo labraron  
demonios, una noche, ciento a ciento,  
y a ejemplo de la idea le sacaron  
del que Vulcano hizo con más tiento,  
del cual los muros rotos se escaparon  
el día que Lemnos fue arrojada al viento,  
sacada de raíz, con Cipro y Delo,  
por hijos de la tierra contra el cielo.

Gleoricia tiene corte en este fuerte  
no menos que de Alcina ni Morgana,

ni menos que ella es docta en toda suerte  
del arte del encanto soberana,  
mas ni es como ellas pertinaz ni fuerte  
con daño ajeno, mas cortés y humana;  
su gloria y su ganancia fue contino,  
aposentar con honra al peregrino.

Las obras hace de que más entiende  
que puede ganar fama y nombre eterno,  
que a la ribera al hospedar descende,  
y aun tuvo en atalayas fuego y cuerno;  
pues éste por quien sabe y comprende  
que sonará su nombre en el infierno,  
y en el convexo de la luna claro,  
mostróle más amigo rostro y caro.

#### ADVERTIMIENTO

Por el delfín, que saca a Sacripante de los profundos del mar estando a punto de ahogarse, inspirado por la diosa Venus, se puede entender la lumbrera que Dios suele enviar a los hombres desde el cielo en medio de sus desesperaciones y miserias, donde no consiente que se ahoguen cuando están predestinados para la vida eterna, habiendo puesto de su parte el arrepentimiento que es lo que Dios quiere; la cual lumbrera los saca de varios peligros entendidos por los que a Sacripante se le ofrecen en el mar. Por el encantamiento artificioso de las armas de Aquiles, que no pudieron ser ganadas por un hombre solo, sino por tantos juntos, se puede entender que la fragilidad humana no es suficiente, sin ayuda de muchos, para acabar alguna obra famosa, y que Dios reparte los dones gratuitamente, como lo dice el apóstol San Pablo, no queriéndoselos dar todos a uno porque no se ensoberbezca, y cada uno entienda, por fuerte y poderoso que sea, que tiene necesidad de sus vecinos. Por Zenagrio, que aunque conoce a Sacripante, viéndole puesto en peligro, entre los toros encantados y Aquiles, le socorre, sin acordarse del odio antiguo que entre los dos había, se entenderá la nobleza de los ánimos generosos, que por seguir la vía de la virtud no reparan en las cosas de su particular interés. Y últimamente por la salida de Zenagrio tan gloriosa del encantamiento, y llegar a la casa de Gleoricia, entendida por la vanagloria, se entiende que pocas veces los espíritus altos y reales dejan de gloriarse en lo bueno que han hecho, queriendo ellos mismos tomar el premio que Dios les había de dar por ello.

#### CANTO OCTAVO

*Principios vanos*

*La fada Gleoricia convida a Zenagrio y levántale el ánimo a grandes empresas, dignas de la casta de do descende. Enséñale todos los misterios de su casa, liberta a Canidia, la cual va a hallarse en las bodas de Angélica, y túrbalas con varias supersticiones y agüeros, y últimamente viene a Angélica nueva de la destrucción del Catayo, y de cómo la China está en poder de Arsace, y pártese para la isla Taprobana.*

Algunas lumbres hay tras quien camina  
nuestra imaginación vana, imprudente,  
tan alta que la vista desatina,  
y desvanece con su error la mente,  
y aunque otra sea más clara o más divina,  
ninguna lo fue más entre la gente,  
que tuvo al mundo y su grandeza en cuenta,  
que la honra, que de fama se alimenta.

No hay cosa que los ánimos levante  
a más de lo qu'el peso humano puede,  
llevándolos de sí tan adelante  
que a veces la obra a su potencia excede,  
como la gloria, y ver qu'el mundo cante  
su nombre, y que entre gentes vivo quede;  
aquí el constante, y fuerte, y sabio, ha errado,  
ya qu'está a sus virtudes sustentado.

Por ésta la discreta policía  
de muchos, con trabajo, fue buscada,  
por ésta la nobleza y hidalguía  
con tanta sangre y precio es estimada;  
las ingeniosas máquinas que hoy día  
aún se conservan de la edad pasada,  
por ésta se trataron y fingieron,  
que eternidad de fama pretendieron.

Por ésta vive siempre y ha tenido  
virtud, entre la gente vana, precio,  
porque sin ella, puesta ya en olvido,  
de mucha parte fuera y menosprecio  
tanta Lucrecia, Argia, Porcia, y Dido,  
tanto Fabricio, y Furio, Fabio, y Decio,  
Catón, y Bruto, y Curcio, y Cincinato;  
por ésta y a ésta el hijo dio Torcato.

Al fin es tanto lo que puede y pudo,  
que encendió pechos con furor la gloria,  
y con un hecho torpe, un hombre rudo

infame nombre pretendió en la historia,  
y otro hombre, sapientísimo y sesudo,  
se echó en el fuego por dejar memoria;  
ved si hay pasión alguna que le iguale  
a la que tanto puede y tanto vale.

¿A quién combatirá que no derribe,  
y fuerce a que en su templo adore y crea,  
si por la gloria el hombre siempre vive,  
y tanto aquesto el ánimo desea?  
Gleoricia al claro tártaro recibe,  
creer se puede que mostrarse fea  
no quiso, mas con tanta gallardía  
que hace ultraje al resplandor del día.

Después con suntuosísimo aparato  
las mesas puso, y trajo la comida  
que al gusto, y a la vista, y al olfato,  
pudiera reducir de muerte a vida;  
de vivo entalle, en cada taza y plato,  
una hazaña heroica va esculpida,  
o del futuro tiempo o del pasado,  
aunque esto claro y lo otro disfrazado.

Allí el largo archipiélago se viera,  
y hecha en él al mar gloriosa puente,  
aquí el monte Atos de su centro fuera,  
acá de Jerjes la infinita gente;  
los muros de la torre que primera  
se alzó contra su Dios soberbiamente,  
y aquellos huertos pénsiles, que ha hecho  
curiosa vanidad más que provecho.

De Egipto el laberinto, y otros luego  
de Italia y Creta sus imitadores,  
y aquellos edificios que en el fuego,  
de Roma y de Cartago, son mayores;  
el desigual blasón y el furor ciego,  
que en piedras dio deidad a emperadores,  
de Máximos, de Césares, de Augustos,  
de padres de la patria, píos y justos.

Sin otros varios nombres, que ha ilustrado  
la vanidad y la virtud desprecia,  
al fin allí miraran su senado  
la altiva Italia y la parlera Grecia;

el que de fama y gloria es descuidado,  
qu'es lo que más el sabio humilde precia,  
dicen que en otro monte allí cercano,  
lugar más fijo tiene y soberano.

Y aquél que por mal medio la pretende  
está en lugar más bajo y abatido,  
y aquél que por subirse más descende  
en otro, do algún árbol no hay crecido,  
el que la fama compra o fama vende,  
como falsario, en cieno está metido,  
pagando al mundo, aunqu'es pequeño el daño,  
las honras que dio injustas por su engaño.

La música y suavísima armonía  
que por las altas salas se escuchaba,  
heroicas obras de caballería  
y de famosos hombres señalaba,  
doquiera gloria y gloria parecía,  
que si a quien sirve al rostro se miraba,  
cuál pareció a Roxana, cuál a Helena,  
cuál a Briseida, cuál a Polixena.

Cuchillo, tenedor, salero, asiento,  
sin letra o sin historia no se viera,  
pues las paredes, desde el fundamento  
hasta del techo la sutil madera,  
pues las columnas, que en el vago viento  
se empinan por de dentro y por de fuera,  
todo está lleno de notable historia,  
y todo representa fama y gloria.

Después que con la música suave  
se puso medio y fin a la comida,  
Gleoricia, que jamás cerró con llave  
aquella diestra lengua y esparcida,  
como la que su historia ha visto y sabe,  
le dijo: Si procuras larga vida,  
si eterna fama, si dichoso nombre,  
no te contentes sólo con ser hombre;

mas si el morir tras el nacer te agrada,  
sosiego, y sueño, y ocio, y alegría,  
no hay para qué venir a mi posada,  
que aquí de tales hombres no se fía,  
mejor tendrás la vida descansada

en brazos de tu madre en Tartaría,  
que aquí, por donde el fuego y el granizo  
te traten como a extraño advenedizo.

Mas si pasar del punto humano entiendes,  
si ser más que los otros glorioso,  
y si vivir con mi favor pretendes  
hasta que el cielo goce de reposo,  
a tu salud y a tu descanso ofendes,  
por áspero camino y peligroso  
de la virtud, y con sudor, se alcanza  
mi sosegado puerto o mi bonanza.

Si la nobleza antigua, si la fama  
de tus progenitores te engrandece,  
que rayos de oro y imágenes derrama,  
por donde vuestra gloria lo apetece,  
aun eso mismo te amonesta y llama  
a inmensas pesadumbres, y te ofrece  
inmensa obligación, si a la divina  
virtud que poseyeron te encamina.

El nombre antiguo, el título ensalzado,  
el timble honroso y el blasón no estrecho,  
glorioso con victorias y heredado,  
que ufana y ennoblece nuestro pecho,  
la sangre clara y el linaje honrado,  
y al fin lo que nosotros no hemos hecho,  
apenas llamo nuestro, pues no ha sido  
por nuestro brazo y obras merecido.

Tú mismo, de ti mismo, has de ir sacando  
principio más glorioso, para aquellos  
que a tus mayores por ti han de ir sobrando,  
sin que lo quedes tú destos ni dellos;  
levanta, que ya el hado está esperando,  
la mano tiene asida a tus cabellos,  
para subirte, ¡oh hijo de Agricano!,  
do nunca se miró valor humano.

Eso que acabas valerosamente,  
con seso atento y con deseo templado,  
debrías romper con alma y pecho ardiente,  
y un ánimo protervo y obstinado,  
que tanto, gloria, medio no consiente,  
cual tus predecesores la han ganado,

ni es justo que le debas tú gozándola,  
pudiéndola obligar acrecentándola.

Absente de tu patria dulce, amada,  
de tus parientes caros y de amigos,  
por la extendida tierra y mar, me agrada  
que dejes de tus obras mil testigos,  
y aquesta gente, y mucha no contada,  
haré que por amigos y enemigos  
divulguen tus hazañas diferentes,  
y vayan de unas gentes a otras gentes.

Mil lenguas tiene juntas ya la fama,  
mil alas con que irá por do tú fueres,  
mil ojos, mil orejas que derrama  
por donde tú pasares y estuvieres,  
y la ocasión te incita, busca y llama,  
para mostrar con tu valor quién eres,  
y Apolo y musas un Marón te ofrecen  
mayor, que tus proezas lo apetecen.

Con esto el mozo ilustre y generoso  
un pensamiento concibió en su pecho  
el más heroico, y alto, y más famoso,  
que en los mortales ánimos se ha hecho;  
aquel palacio claro y suntuoso  
aún no le cabe, y le parece estrecho,  
y así la fada le sacó hablando,  
en lo que más el fuego fue incitando.

Mostróle a Adonis y a otros que habían sido  
gloriosos en amar, que allí vivían  
en murta vueltos o arrayán florido,  
y dello su esperanza mantenían,  
y los que por la patria habían sufrido  
quejigos indomables parecían;  
los que con castos triunfos se gozaron,  
en cedros o altas palmas se mostraron.

Los fuertes y en la Olimpia vencedores  
encinas eran, pinos los que fueron  
en la Hismia antigua diestros luchadores,  
y en ella sumos precios merecieron,  
las plantas que la frente a emperadores  
y a los sagrados vates les ciñeron,  
o fueron capitanes excelentes,

o sabios en mil ciencias diferentes.

Algunos caballeros eran vueltos  
en olmos infrutíferos, y tales  
que ya del tiempo parecían resueltos,  
como lo son las cosas temporales,  
mas con hermosa y verde yedra envueltos  
eternos parecieron y inmortales,  
merced no de sus obras ni planetas,  
mas de oradores y ínclitos poetas.

No solamente allí lo verdadero,  
mas lo que finge por su fantasía  
el vano, torpe, astuto, lisonjero,  
mudado en varias plantas parecía,  
tan bello y tan gentil cual lo primero,  
pues falsa o cierta cada cual se cría  
su gloria, y satisface a su deseo,  
y en caso honesto y bello, o torpe y feo.

Aquí la fada dijo: No conviene  
que planta quede tuya en esta parte,  
Milón fue aquél, y Caco aquel que tiene  
entre facinorosos su estandarte,  
Busiris, Midas, y Endimión, que viene  
cualquiera a gloria y fama aunque en vil arte,  
y en salce, tejo, adelfa, o en beleño,  
conserva su crueldad, codicia o sueño.

Mas antes sólo con tu soplo puedes  
toda esta selva, que a la rica Arabia  
igual a al parecer, romper cual redes  
el jabalí, con fuerte industria y sabia,  
o cual saludador, pues le sucedes,  
sanar su infame y contagiosa rabia,  
que no se funda en más lo simple y vano,  
que en cuanto el cuerdo quiere darle mano.

Con grande admiración suspenso estuvo  
Zenagrio a ver la falsa hermosura  
de aquellos vanos árboles, que tuvo  
por de igual fuerza que otros y ventura,  
y desde conocido bien los hubo,  
o porque le ofendiese su figura,  
o por hacer la prueba y deshacellos,  
soplando comenzó a meterse entre ellos.

Cae el corvado salce, cae el funebre  
ciprés tras él, y el venenoso tejo,  
y el olmo cae, reparo a que no quiebre  
la vid mas suba en paso circunflejo,  
y cae la selva vil, cual con la fiebre  
del juvenil furor el duro rejo,  
y queda en pie, en los aires levantada,  
la de los ciertos árboles poblada.

Y aquel bramido con que rompe airado  
en su ribera, el mar tempestuoso,  
su pecho, que de espuma trae colmado,  
con el boreal espíritu animoso,  
sonó en las falsas plantas levantado  
de un íntimo dolor y pavoroso,  
que a pocos sufre muestras animosas  
la muerte, línea extrema de las cosas.

La fada, que gustar le vio al ibero  
de ver los altos árboles por tierra,  
le dijo: Ven que aún enseñarte quiero  
do al gusto destes se le hace guerra,  
con tal que me has de prometer primero  
de no apiadarte del que adrede yerra,  
ni del castigo en que le vieres puesto  
has de sacalle, aunque áspero y molesto.

¿No ves, entre mil damas muy hermosas,  
algunas, que de serlo arrepentidas,  
están de verse tales asquerosas,  
y se fastidian de sus mismas vidas?,  
pues llégate y sabrás algunas cosas  
que allá no son ni fueron entendidas,  
que muchos sin mi gloria gustan della,  
que se gozaran más en no tenella.

Zenagrio revolviendo alegre el gesto  
vio una muy gentil, que apasionada  
de verse el pecho entre culebras puesto,  
traía la cara sobre el hombro echada,  
metido el medio cuerpo trae en un cesto,  
y desde el vientre al cuello entablillada,  
y en él un tiracuello que la ahoga,  
y en la frente un cartón, y al pie una soga.

La cual, aunque en tal pena, se holgaba  
con voces descompuestas y actos vanos,  
y sin que la llamase el mozo, traba  
de su velluda ropa y de sus manos.  
Y escucha, dijo, la crueldad más brava,  
señor, que viste ni se vio entre humanos,  
verás cuán a sabiendas me he tejido  
la red, que más que a esotras me ha prendido.

Por escuchar la novedad extraña,  
le hizo el caballero que saliese  
de en medio del bullicio y la maraña  
de gente, y por qu'el caso se entendiase,  
y díjole: Doncella, si tamaña  
es la extrañeza, y tanto el interese  
que os hace lamentar, porque se entienda  
el caso es bien poner al llanto rienda.

No fue por la crueldad de mis pecados,  
la dama respondió, mi dicha tanta  
que yo de aquesos títulos honrados  
gozase, dignos de virtud más santa;  
aún no eran los siete años comenzados  
de mi pequeña edad, cosa que espanta,  
y sin perder mi flor ni gozar della,  
me vi sin ese nombre de doncella.

No puedo yo decir que vi algún día  
crecido de repente así mi cuello,  
qu'el hilo que una noche lo ceñía  
a la mañana no alcanzó a hacello,  
ni que la niña que resplandecía  
dentro en mis ojos o el sutil resuello,  
se vio con el nuevo uso acrecentarse,  
ni que s[e]ntí mi cinta desligarse.

¡Oh padres!, que engendráis por vuestro daño  
hijuelas simples, si su honor os toca,  
guardaldas en la cuna antes del año,  
que para errar ninguna edad es poca;  
dormís os tras el cebo del engaño  
de verlas niñas y jugar sin toca,  
y no miráis que Amor, que no ha dormido,  
a nadie desconoce en el vestido.

Que niña debí a niños ayuntarme,

muchacha a los muchachos simplemente,  
después a mozos moza, y derramarme  
a más de lo que honrosa ley consiente,  
y cuando ya mujer vine a hallarme,  
crecer mis pechos vi indiscretamente,  
y aun viera más crecer si el padre mío  
no diera freno a tanto desvarío.

Casarme quiso con un mozo lleno  
de honestidad, nobleza, y de cordura,  
que aquesto juzga cada cual por bueno  
que dar marido a alguna le procura,  
mas era el triste de la ciencia ajeno  
que en casa las mujeres asegura  
criadas en el vicio, que yo he sido,  
que piden otro igual en su marido.

Con esto, si entendió en el primer hecho  
mi falta o no, no puedo estar bien cierta,  
mas él mostró con odio helado el pecho,  
y a mi sospecha y miedo abrió la puerta;  
después qu'el mismo yelo vi en el lecho,  
y que me aseguré y me hice cierta  
del poco gusto suyo, fui buscando  
el mío, su presencia despreciando.

No sé qué autor escribe que imperfetas  
nacimos las mujeres, yo lo creo  
por causas que he hallado en mí secretas  
(secretas que las siento y no las veo):  
debimos ser muy frías y sujetas  
estamos al calor, y a su deseo;  
buscamos perfeti6n, si es que nos falta,  
y pésanos de ver en hombres falta.

Y guárdese el que alguna en sí ha sentido  
de que de su mujer le sea sentida,  
que no tardará más en ser perdido,  
y no tardará más en ser perdida,  
si en una sola cosa va vencido  
en todas cuantas hay va de vencida,  
yo en fuerzas le vencí, y en éstas creo  
que le vencí por ver su buen deseo.

Que al fin era el cuitado poderoso  
de mucho, si templarse bien supiera,

y no se me mostrara deseoso  
de darme todo cuanto yo pidiera;  
no muestre todo el pecho el animoso,  
pues se desprecia cuanto sale fuera  
después de conocido, y sólo aquello  
se estima que ninguno puede vello.

De aquí, por no gastar el tiempo en vano,  
en lamentar sus faltas y mi pena,  
remedio fui a buscar de mano en mano,  
y ni lo vi en la suya ni en la ajena,  
y fue tejendo en mí el Amor tirano,  
de un eslabón y de otro una cadena  
tan larga y tan cumplida, que pudiera  
colgar de nuevo a Juno de su esfera.

O debe ser verdad lo que decían:  
que el hombre y la mujer primero fueron  
nacidos juntamente, y que tenían  
un cuerpo, al cual los dioses dividieron;  
después que siendo medios pretendían  
buscarse, y los que a dicha haber pudieron  
su medio, si con él viven pegados,  
se gozan como bien afortunados,

y los que no, perpetuamente acuden  
buscando su mitad por sosegarse,  
y quiere su destino que se muden  
de aquel lugar al otro sin cansarse;  
aunque estas y otras fábulas aluden,  
y vienen a mi cuenta a rematarse,  
en que es difícil cosa dar asiento  
de varias voluntades a un intento.

Después que fue el segundo golpe, y fiero,  
no me pareció en casta tan bastante  
como otro rico y otro caballero  
de los que su ocasión me dio delante,  
después no tan discreto, antes grosero,  
y estimé en más un necio mercadante  
que me ofreciese un manto, una faldilla,  
que su valor, y discreción, y honrilla.

Y así de nada el pobre era estimado  
por mí, siendo antes desto en todas cosas,  
a dicho de otras gentes, celebrado,

más sabias, más discretas y piadosas;  
si yo iba por la calle o al mercado,  
mil damas junto a mí iban temerosas,  
y mil galanes me iban festejando,  
y todos ofreciendo y presentando.

Do quiera que hablaba yo, salía  
mi voz con más primor, más elegancia,  
cualquiera a mis razones se rendía,  
y siempre a todos eran de importancia,  
y do mi rostro estaba el sol huía;  
de aquí cobré tal gloria, y tal jactancia,  
que no de mi marido, mas del padre  
que me engendró burlaba, y de mi madre.

Juzgándolos indignos de que hubiese,  
en su generación, cosa tan alta  
cual yo, que con las gentes compitiese,  
y aun en los mismos dioses viese falta.  
¡Oh mundo!, ¡oh vanidad, ¿quién te creyese?;  
del un extremo en otro extremo salta  
el seso miserable, que no atina  
la senda por do el buen saber camina.

No sé si ya mi esposo de enfadado,  
o de afligido, triste y temeroso,  
por verse de mí en todo desechado,  
o por restituirse a su reposo,  
divorcio me pidió, y de mí apartado  
halló entretenimiento más gustoso  
en los desiertos montes, do no sabe  
alguno cuánto bien en ellos cabe.

Mis padres, no pudiendo ya sufrirme,  
los bienes que me dieron me dejaron,  
y fueron por no verme más ni oírme  
tras él, y a mí de sí desheredaron;  
mil gentes comenzaron a servirme,  
que más al descubierto se mostraron,  
y así mi casa fue más frecuentada  
de gente, a mi placer, desvergonzada.

Ninguno me contempla ni me mira  
que no me llame Venus o Diana,  
¿quién no murió por mí?, ¿quién no suspira  
a la tarde, a la noche, a la mañana?;

no hay parte en mi belleza que no admira,  
y que no sea divina y soberana,  
y no hablé palabra, aunque más necia,  
que no venciese a cuanto supo Grecia.

¡Qué dichos!, ¡qué donaires!, ¡qué sentencias!,  
¡qué claros pareceres y consejos!,  
¡qué de hombres confundí llenos de ciencia,  
o agudos mozos o prudentes viejos!,  
¿a quién hay que no engañen apariencias?,  
en mi presencia todos van parejos:  
doncellas, viejos, hombres grandes, chicos,  
discretos, necios, sabios, pobres, ricos.

¿De qué se admira alguno que pintasen  
los reyes, las rameras, sus amadas,  
y que a Corintio sabios caminasen  
a ver algunas destas celebradas,  
y que otros en la audiencia las mostrasen  
desnudas, por hallarlas tan culpadas  
que lengua no bastara a defendellas  
si no las defendiera el ser tan bellas?

No hallo yo que puede algún sentido  
cegarse, con lo falso, tan aína  
como el mejor, pues vemos qu'el oído  
a la razón, aunque engañado, atina,  
el gusto y el olfato es ya sabido  
que bien o mal sus dudas adevina,  
y el tacto, que jamás suele tenellas,  
al fin si algunas tiene sale dellas,

pero los ojos, cuya hermosura  
fue celebrada tanto que dijeron,  
los fieles secretarios de natura,  
que por ponerlos altos, do estuvieron,  
se dio a la frente y la cabeza altura,  
y que para mirar al sol nacieron  
los hombres más que otra alma, yo me espanto  
cómo se engañan en las cosas tanto.

Y no se engañan solos, mas engañan  
a la imaginación que dellos fía,  
y al juicio, y a los otros que acompañan  
de las humanas almas la armonía,  
que si una vez en el mirar se empañan,

y ven la noche, y juzgan ser el día,  
no salen de su engaño aunque lo vean,  
y al fin jamás lo creen aunque lo crean.

¡Oh cuántas veces vista la presencia  
de un mensajero, negoció más presto,  
que con llevar mil cartas de creencia,  
con la hermosa cara y grave gesto!;  
doquiera se le ofrece reverencia  
a la mujer o al hombre bien dispuesto,  
porque antes si de reyes carecían  
no al sabio, al bello dicen que elegían.

Y así no es mucho que con mi belleza  
discreta a todos ojos pareciese,  
si quiso allí cifrar naturaleza  
al alma, y que por ella se entendiese;  
al fin yo me vi puesta en la grandeza  
mayor del mundo, y porque no cayese  
de tal reputación con la edad larga,  
me vi sujeta a un gran cuidado y carga.

La tez ya daba muestras de arrugarse,  
y el cándido color se deslustraba,  
la sangre, procurando resfriarse,  
de la rosada cara se olvidaba,  
la lengua se tullía al rodearse,  
y un diente se podría, otro faltaba,  
y el flojo cuello enhiesto, de cansado  
se echaba a descansar sobre el un lado.

Faltábame el cabello y se hendía,  
rozábase por trechos, y mostróme  
más frente descubierta que solía,  
que l'agua de dorar todo lo come,  
también el pecho no se sostenía,  
y sobre el vientre el lomo doblegóme,  
y no podía ya andar con la flaqueza,  
porqu'el vestido largo da pereza.

Y así, forzada, procuré doliente  
afeites, aguas, mieles y blanduras,  
brasiles, alazores, agua ardiente,  
que aviva lengua, y seso, y coyunturas,  
soldéme un diente, púseme otro diente,  
tomé este tiracuello, estas molduras,

cartones, almirantes y molleras,  
y al cabo las crespadas cabelleras.

Y por llevar el pecho levantado  
metíme esta tablilla, y la cintura  
con mil revueltos vendos he apretado,  
que hacen la barriga abierta y dura,  
después colguéme un medio verdugado,  
que como quiera han de pasar cochura  
las damas, y cual vez traigo esterillas,  
y cuál voy sin chapines en mulillas.

Con esto voy no menos elegante  
que fui, cuando más moza antiguamente,  
y salgo de poniente y vo a levante,  
y vuelvo de levante y vo a poniente;  
dichosa fuera yo si nunca amante  
tuviera, como no tengo pariente,  
que con volver el rostro a medio lado,  
pasara con mis faltas sin cuidado.

Yo fui, después de muchos, muy captiva  
de un joven, cuya gracia y apostura  
no sólo no se ha visto en cosa viva,  
mas de que pueda verse estoy segura;  
con éste solamente no fui esquiva,  
ni falta, a lo que entiendo, de ventura,  
porque me quiso más que yo lo quiero,  
y ya murió por mí si por él muero.

Por éste me agradó el estar en mudas  
tres veces quince días encerrada,  
comer las yerbas, beber aguas crudas,  
a tarde, a medianoche, a madrugada,  
poner mis carnes a curar desnudas,  
hacer mi piel con el sudor delgada,  
no sé qué me pidió que no le diese,  
o qué podía hacer que no hiciese.

Estando entre mis brazos acostado,  
en medio de esta alegre vida, un día  
del sueño acaso recordó turbado,  
y yo le pregunté qué mal tenía,  
y él me certificó que había soñado  
tres veces con aquélla, y que entendía  
que había de volverse mi marido,

del monte donde estaba, arrepentido.

Yo por asegurarle, hice luego  
que tres jayanes juntos se partiesen  
adonde estaba el otro en su sosiego,  
y su cabeza triste me trujesen,  
después mandé otro día, por su ruego,  
que a mis dolientes padres persiguiesen,  
hasta que por huir amedrentados  
murieron de unas sierras despeñados.

Después vendí mi casa y mi hacienda  
por acudir al gusto suyo y mío  
(mas ¿qué cosa hay tan cara que no venda  
quien vende tan de balde su albedrío?),  
y porque mi dolor mejor se entienda,  
al cabo dio en un torpe desvarío  
trocándome por otras, y desprecia  
lo que hapreciado todo el mundo y precia.

Cruel, ingrato, falso, fementido,  
ajeno de lealtad, y fe, y firmeza,  
preciéte yo, estiméte por marido,  
y díte con tal título grandeza,  
y hasme burlado, y hasme escarnecido;  
yo venderé mi honor y mi belleza  
por precio de tu sangre, aunque es indina  
de serlo de una cosa tan divina.

Aquí verás, apuesto caballero,  
si tengo yo razón d'estar quejosa,  
si porque me criaron mal primero  
me vine yo a emplear en tan vil cosa;  
buscando vo a Reinaldos o a Rugero,  
que buscan, según supe, una hermosa  
a quien poder servir, para obligarme  
a su amistad, y della no apartarme.

Que la mujer que pone el pensamiento  
en menos alta parte, bien merece  
penar con un desagradecimiento,  
como el que en pago de mi amor se ofrece,  
y al fin si tú me quieres dar contento,  
pues esperar tan largo desfallece  
y cansa, podrá ser que incline el brío  
a amarte, si te obligas a ser mío.

Ningún regalo habrá que tú deseas,  
por mí a ningún peligro has de ponerte,  
ni pido que trabajes ni pelees,  
ni que andes destrozado de esa suerte,  
mas que me mires bien como me ves,  
y entiendas que en mi enojo está tu muerte;  
conoce el bien y estima tu ventura,  
qu'el sabio nunca pierde coyuntura.

Rióse, y de alto abajo contemplando  
su apuesto parecer y lozanía,  
pasó el discreto joven, no curando  
de respondelle a cuanto dicho había,  
y vio otra más gallarda, que penando  
por términos más bajos discurría,  
y algunas que por más subido estilo,  
de la arrogancia vana eran pabilo.

Y como el que de gloria más cubierta  
llevaba el corazón acompañado,  
burló de aquella gente, que aun despierta  
del yerro es castigada, en su pecado,  
allí, a tener lugar, junto a la puerta,  
porque iba en otras cosas ocupado,  
de nuestra ciencia y de otras, viera gente  
que en vano pena, y muere, y no lo siente.

Tanto del soez gramático arrogante,  
que porque punta y coma sus diciones,  
y ordena lo de otras para adelante,  
no estima los gravísimos varones,  
tanto orador, retórico abundante,  
hinchado con hacer declamaciones,  
que en más estima su vaniloquencia  
que de otros la riqueza ni la ciencia.

Y tanta gente nuestra lisonjera,  
cuando otro oficio más que ése no sabe,  
do está el que no moliendo no comiera,  
y el que era rezador, aunque más grave,  
y el otro que de hambre pereziera  
a no vender la miserable Agave,  
y el que no tuvo casa y tantas finge,  
y un solo honrado, y rico, y hecho esfinge.

Y tanto historiador, tanto humanista,  
que tras sus buenas letras va perdido,  
tanto escudriñador y gran cronista,  
que muere por saber quién otro ha sido,  
y al fin tanto dialéctico y sofista,  
que va cazando moscas sin sentido,  
con silogismos vanos y aparentes,  
y con su disputar cansa las gentes,

y tanto vil geómetra imperfecto,  
de cubos, cercos, y ángulos cargado,  
y tanto medidor, tanto arquitecto,  
que traza lo que nunca se ha pensado,  
y tanto contador, que de indiscreto  
os contará las tejas de un tejado,  
y apostará sobre ello la cabeza,  
quizá por no tener más vana pieza,

y tanto del astrólogo, que atina  
echando su astrolabio, la distancia  
que desde aquí hay al cielo, y determina  
lo que hay de aquí al infierno con ja[c]tancia,  
y un judiciario astuto, que adivina  
lo que ha de suceder, sin más ganancia  
que verse de los vanos celebrado,  
aunque pobre, roto, y desdichado.

Y al fin diversas suertes de adivinos,  
de vanos alquimistas y parleros,  
de músicos sin barbas, y no dignos  
de ser quien son por verse racioneros,  
y mil que hacen varios desatinos  
por verse introducidos caballeros;  
tan grande es el servicio desta fada,  
que admite al que le agrada y desagrada.

No hay trato, no hay manera, no hay oficio  
de gente o calidad baja o subida,  
o que alce la virtud o abata el vicio  
que no le ofrezca de quien sea servida;  
bien que ella es enemiga de ejercicio  
humilde, y da su gloria por medida,  
y a veces el castigo envuelto en ella,  
al que engañando al mundo goza della.

Y así por instruir en lo que debe

al mozo, a quien amaba, fue mostrando  
lo bueno y malo, porque lo uno apruebe  
por justo y lo otro vaya despreciando,  
y más en la niñez, cuando se bebe  
lo que va al corazón alimentando,  
y lo que tarde olvida aún cuando viejo,  
y cuando se desprecia ya el consejo.

¿No ves, le dijo, en cuevas, mucha gente  
que da terribles voces y gemidos?,  
¿no ves estotra, de árboles pendiente,  
privada ya de vista y de sentidos?,  
pues es la que se loa vanamente  
de casos que no son acontecidos,  
o la que por torpezas busca fama,  
y cuando más se loa más se infama.

Entr'ellos ¿ves aquella vieja fiera  
que en un pradillo de apio está sentada,  
que un alacrán sustenta en la mollera,  
y de culebras toda está cercada?,  
pues ésta hizo (¡oh si ésta no naciera,  
qué palma se te fuera aquí mostrada!),  
ésta privó de gloria al más entero  
cerebro que ha regido a caballero.

Y así de haberlo hecho se gloría,  
que vino sin buscalla yo a mis manos,  
y así gozosa está en la pena mía  
cual otra en mis placeres soberanos.  
Según todo eso, dijo, bien sería,  
Zenagrio, que aun de aquestos gozos vanos  
saliese, y salga luego, aunque me espanta,  
pues vivirá en más pena aunque no es tanta.

Tomó de fresno un palo, que a tal punto  
ninguno más su intento aprovechara,  
o por buscarlo o por hallarlo junto,  
que la ventura lo mejor depara,  
y fuese al cuerpo de vigor difunto,  
y en brazos, piernas, y en espalda, y cara,  
culebra no dejó, y la vieja luego  
en sí volvió, y perdió el mortal sosiego.

Y fue huyendo al mar, como otra gente  
que a veces iba el joven libertando,

que una alma generosa no consiente  
que tantos sin remedio estén llorando;  
pesábale a Gleoricia, mas consiente  
con su clemencia en esto, sospechando  
el bien que de su mano ha de venirle,  
y al mar pretende presto conducirle.

Su barco apresta como convenía,  
y púsole en las manos de Neptuno,  
que más ahora, por lo que sabía,  
se le mostró enojoso y importuno;  
Marte es quien le conserva y quien le guía,  
que nunca tanto dio favor a alguno,  
y a nadie darle tanto o más pudiera,  
si a Venus tantas veces no ofendiera.

Con deshacer al Orco fue ofendida,  
que por de Amor la presa era juzgada,  
y con querer después quitar la vida  
a la que della misma fue adorada,  
y con salir de Leuce sin herida,  
sin ver espejo y sin entender nada  
de Amor, y con soltar últimamente  
la vieja, que fue oprobio a tanta gente.

La cual era Canidia, que huyendo  
las iras del que a sí matarse quiso,  
sobre un espeso viento discurriendo,  
allí do estaba vino sin aviso,  
y el caso en su memoria repitiendo,  
se enamoró de sí como Narciso,  
a do se presentó a la ilustre fada,  
gozosa en su maldad, desvergonzada.

Allí llevara de sus yerros pena,  
que justamente igual con ellos era,  
y fuera de otra culpa nueva ajena,  
que estando tal jamás la cometiera,  
si no le deslazara la cadena  
el que con esto hizo que hiciera  
más daño al gran circaso, y más a aquella  
que tantos males padeció por ella.

Porque a Jafa llegó, cuando tomado  
con su compañía, había, Norandino,  
el puerto, o a Batuto, celebrado

por abundante y oloroso vino,  
y con vestido y rostro disfr[a]zado  
para Damasco al fin tomó camino,  
tras infinita gente de ahí vecina,  
que a recibir salieron a Lucina.

A do se celebraron nuevamente  
las bodas, con más pompa que primero,  
de los hermosos reyes del Oriente,  
aunque con triste y desdichado agüero,  
porque Canidia, que se vio presente,  
vio que en la mesa se vertió el salero,  
y dijo, con su cara abierta y rasa:  
muy poco habrá concordia en esta casa.

Y procurando entonces Norandino,  
con ánimo y buen rostro, deshacello  
pidió para verter sobre esto el vino,  
y errando diéronle agua en lugar dello;  
las hachas, demás desto, que contino  
ardieron cual con viento sin hacello,  
moviéndose su cera consumieron,  
y nunca en sus pirámides subieron.

Canidia tales cosas advirtiendo,  
la superstición vana despertando  
de asirios o fenices, fue añadiendo  
mil géneros de agüeros, y mezclando  
ya entrañas de animales, ya el estruendo  
de comadreas simples, que jugando  
encuentros hacen varios, ya los truenos,  
ya monstruos de prodigios varios llenos,

ya el canto de las aves y su vuelo,  
ya símbolos y suertes diferentes,  
titilaciones de ojos sin recelo,  
zurrido en las orejas o en los dientes,  
las vueltas de las hojas en el suelo,  
o en fuego, y de las plantas las simientes  
en alto echadas y después cogidas,  
y en números diversos esparcidas.

Así en diversas partes de las salas,  
en varias suertes de supersticiones,  
los bailes se mudaron y las galas,  
los instrumentos músicos y sonos;

presentes parecieron aves malas,  
con tristes amenazas y pregones,  
y un caso se contó, que había pasado  
al nuevo y no dichoso desposado.

Que como un día acaso contemplase  
de Venus una imagen, que allí estaba,  
y a un dedo de su mano le probase  
una sortija, que él mucho preciaba,  
después como en sacarla porfiase,  
no pudo, y cuanta gente lo miraba  
probó, y no fue posible sin rompella,  
y el rey no lo sufrió y dio otra por ella.

Después estando con su esposa al lado,  
aquella noche, en su cubierto lecho,  
gritando recordó, y alborotado  
no sólo el seso frío mas el pecho,  
y dijo que la imagen, con airado  
semblante y rostro, le había puesto estrecho,  
quiriéndole forzar que la llamase  
esposa, y que a su Angélica dejase.

Y que con amenazas le decía:  
Quebrantador de fe, si no cumplieres,  
de voluntad, la sed ardiente mía,  
haréte ser lo que parecer quieres;  
también se dijo desde aqueste día,  
que el uso y el amor de las mujeres  
perdió, o que tanto dél se descuidaba,  
que Angélica en el rostro lo mostraba.

Mil cuentos destes, y otros semejantes,  
de boca en boca pasan por la sala,  
haciendo menos firmes los amantes,  
y que su amor aquí y allí resbala;  
mas tales son algunos circunstantes,  
pues, sin Canidia, estaba allí la mala  
esposa de Martano, y el malvado,  
que ya de la prisión le habían sacado,

y estaban otras mil de aquestas viejas,  
protervas, embaidoras, y mandonas,  
con tocas largas y corvadas cejas,  
y con plegados gestos, más que monas,  
que sirven de llevar y traer consejas,

cortar las honras, revolver personas,  
y así las bodas fueron rematadas  
con dolorosas nuevas, desdichadas.

Que de la Taprobana, un mensajero,  
a Angélica la bella fue venido,  
de muchos, que por todo el mundo entero  
por rastro de su nombre habían salido,  
diciendo cómo el hado, injusto y fiero,  
ya todas sus provincias le ha rendido  
a la soberbia hija de Agricano,  
que tiene la fortuna de la mano.

Turbáronse las bodas en el punto,  
y los tapices de oro, y los estrados,  
cual casa donde el gozo está difunto,  
en lutos de tristeza son mudados;  
Angélica sus males siente en junto,  
perder su tierra, y reino, y sus estados,  
quemarse su ciudad, morir su padre,  
y estar dispuesta ya para ser madre.

Y relatando en suma el triste cuento,  
con lágrimas de todos los presentes,  
el rey le hizo luego ofrecimiento  
de Idalio, hermano suyo, y de sus gentes,  
para que fuese en acompañamiento,  
por tierras y por mares diferentes,  
a Taprobana, donde se afirmaba  
que en su favor gran flota se ayuntaba.

El rey de la Fenicia, Traboleo,  
con su poder y gente se le ofrece,  
y el rey de Camagena, Foroneo,  
y el que por Carlomagno resplandece,  
que es Sansoneto, que con gran deseo  
por la hermosa Angélica padece,  
y tiene el gran gobierno de Judea,  
y Palemón, el rey de Laodicea.

De Galilea, Samaria y Palestina,  
Adramo, Eutilimón, Filominoso,  
y de la fértil Idumea, vecina  
de Arabia, el bello Clorideo, y dichoso,  
y de Mesopotamia, que confina  
con éstas, el fortísimo Gergoso,

do fue el romano ejército rasgado,  
y muerto Craso, y tarde al fin vengado.

Sin otras varias gentes infinitas  
que, con el rey Gamosco, se ofrecieron,  
señor de babilonios, ninivitas,  
que el nombre ya de asirios poseyeron,  
y todas las naciones circunscritas  
de Orontes, Lico, y Tigris, le siguieron,  
que nadie vio los ojos de la bella  
que el corazón no diese en manos della.

Agradecióles la hermosa dama  
el largo ofrecimiento, y aceptólo,  
que es paga suficiente al que bien ama,  
y aun esto es del amor testigo solo,  
cualquiera a sus regiones se derrama,  
y fue la gente puesta, antes que Apolo  
diez veces se mostrase en l'alta Delo,  
entre los montes Líbano y Carmelo.

De aquéllos solamente Sansoneto  
faltó del comedido ofrecimiento,  
que quien a algún señor está sujeto  
no siempre la obra iguala al pensamiento,  
y los demás, haciéndole respeto  
a Idalio, por cabeza deste cuento,  
al fin de Babilonia y Susiana,  
aguardan con su armada muy ufana.

Vinieron Norandino y su Lucina  
hasta pasar Angélica el desierto,  
y mientras por Éufrates va y camina,  
hasta tomar de Babilonia el puerto,  
mas cuando ya la flota está vecina,  
y el seno de la Persia es descubierto,  
con mil abrazos amorosamente  
se despidió una gente de otra gente.

Volviendo, los que en Siria han de quedarse,  
a ver aquellos muros y edificios  
que al cielo presumieron levantarse,  
cargados de mil géneros de vicios,  
y yendo los que osaron confiarse  
del mar, haciendo a Angélica servicios,  
a entrar al rico golfo que ha enseñado

el cabo de Fartaque prolongado.

Dejando aquí a Dofar, que al mundo ofrece  
el más precioso encienso, que en las aras  
divinas suelta olor, do el fin parece  
de Rozalgate, y playas siempre avaras,  
allí comienza Ormuz, gran reino, y crece,  
acá las selvas de Mengibe claras,  
y el cabo que el gentil llamó Asaboro,  
y agora Mozandán le llama el moro.

Aqueste cierra el seno, que se debe  
a Arabia y Persia, fértil aunque chico,  
que a Eufrates con el Tigris junto bebe,  
a quien Coaspe da tributo, y Lico,  
mas ni estas aguas, ni otras mil que pruebe,  
le hacen tan famoso, noble y rico,  
cuanto Baarén, de perlas blancas llena,  
que tiene el lucio nácar por arena.

Saliendo al ancho mar, y atrás dejando  
la infame Caramania, viose a Ulcinda,  
tan fértil que la injuria está vengando  
del triste suelo con que al norte alinda,  
y, la Arestinga punta doblegando,  
bajar se vio el río Ilmento, que deslinda  
por medio el fértil reino Sigistano,  
del mar al alto monte Coibocrano.

Y viose comenzar la costa bella,  
y rica, más que cuantas agua bate,  
que preciándose la Asia inmensa della,  
sin que otra cosa el mundo estime y trate,  
se precia de tomar el cognombre ella  
de un río, que al océano combate,  
y muestra, pues su nombre y ley le ha dado,  
tragarse el mar, no ser del mar tragado.

Y viose Gavadir, y la olvidada  
Becar, y enfrente la soberbia Dío,  
soberbia por su fuerza, y por la entrada  
que en tierra firme ve del Indo río;  
aquí el Jaquete golfo, y la ensenada  
prestísima comienza, cuyo brío  
la costa de Cambaya, aunque viciosa,  
ha hecho, cuanto rica, peligrosa.

Cambaya, cuyo rey con sus resbutos  
y guzarates, y el de los guilvanes,  
con otros que al de Persia dan tributos,  
y el de los lores, y el de mazandanes,  
sangaes, y mandoes en guerra instrutos,  
y el de los prevenidos corazanes,  
tenía una copiosa armada hecha  
en l'agua, que de allí a Damán se estrecha.

Con el de Deli, y con los que rigeron  
a Ormuz, Vahar, Catifa, Adem, y Lara,  
y Bacorá, y Fartaque, y cuantos vieron  
el cuerpo al Indio mar, o la ancha cara;  
también allí los gelvas acudieron  
del mar, por do camino abrió la vara  
del gran Moisés, con gente de Ceibano,  
Mihum, Zebelcotor, Nua, Caramano.

Los cuales Lidaramo conducía  
con ruegos, o con precios prometidos,  
a la alta empresa, que hacer quería  
mayor que ha entrado en ojos o en oídos;  
así esta armada, tras la de Suría,  
después de sus designios conocidos,  
pasó a Decán, en cuyo puerto estaba  
su rey, que con gran flota la aguardaba.

Pasó a Ramer, y a Terapor tras ella  
y vio salir la punta, que derriba  
del monte Deli al mar la tierra bella,  
que es sólo a nuestro blando trigo esquiva,  
y vio a Caul, y vio en la frente della  
a la hermosa Goa, y vio a Anjadiba,  
que a Honor, Baticalá, y Mangalor mira,  
de quien el mar se aparta o se retira.

A un lado las Maldivas se mostraron,  
do el ámbar gris y el coco útil se halla,  
que más de los mosquitos se poblaron  
que de hombres, con los cuales traen batalla,  
y enfrente a Ceilán, isla do habitaron  
las Gracias y la copia, y do no calla,  
la falsa fama, el monte a quien dio nombre,  
con su postrer hazaña, el primer hombre.

En esta larga punta que de tierra  
el mar consiente, sin querer cubrilla,  
es Malabar, que en sí gran suma encierra  
de gente poco fuerte y amarilla,  
aquí el gran Comorín, para la guerra,  
desde Coulán, do tiene el cetro y silla,  
una copiosa flota tuvo armada,  
al tiempo que fue Angélica llegada.

En aquel puerto, aunque no cupo entera,  
que Pandarane tiene, y el que hace  
la nueva Calecú, que entonces no era  
y ya de vieja y flaca se deshace,  
hinchiendo de cien reyes la ribera,  
a quien ni el justo casamiento aplace,  
ni la alta sucesión que tiene aneja,  
por no tener del vano celo queja.

El rey de Cananor está primero,  
con los de Cangranor y de Currano,  
Termatán, Caulén, Vapur, y el fiero  
rey de Tanor, Cochín, y Cogotano,  
con otro grande número que acero  
no viste, ni le suelta de la mano,  
pues aunque lleno de años y muy diestro  
no sabe despedirse de maestro.

Que son aquellos naires, que vestidos  
desde la cinta abajo, libres dejan  
el cuerpo y brazos, cuales son nacidos,  
y nunca de las armas los alejan,  
y si sus reyes muertos, o vencidos  
en algún trance, ven, contino aquejan  
al vencedor, en uno conjurados,  
hasta morir tras él, o ser vengados.

Cubiertos van de almetes y celadas  
gallardas, hechas de pintados cueros  
de busano, y con sedas variadas  
de mil colores, y penachos fieros,  
y llevan lanzas, y gumias, y espadas;  
flecheros otros son, o ballesteros,  
mas con ajorcas y manillas de oro  
afeados los más, por más decoro.

Al fin la gente vino que descende

del monte Deli, aquella larga punta  
que baja a las Maldivas, y pretende  
vencer al mar do él más sus fuerzas junta,  
y aunque las corta el monte Gate y hiende,  
con ella vino en otra armada junta  
la de Narsinga, rica y excelente,  
más de oro y perlas que de fuerte gente.

El rey de Canará, que asiento tiene  
en la viciosa Visnager, venía  
con la dispuesta gente que mantiene  
ornados de su varia pedrería;  
tras él los muchos reyes que contiene  
Narsinga, que él a todos los regía:  
el de Coramandel y Telengueyo,  
y el de Duría, y el de Teanrageyo,

y los de Vengapor, y Talinate  
que manda los de Honor y de Huberrano,  
Mergéu, Baticalá, y de Caramate,  
Bracelor, Mangalor, Manjaverrano,  
y de Cintacorá, hasta el remate  
de Lancolá y la gran Barraverrano,  
muy fuertes todos y seguros puertos,  
y por la larga costa indiana abiertos.

Gentiles son los hombres, y teñidos  
de pardo o negro, y bien afaicionados,  
cubiertos o de cueros recocidos,  
o de jubones fuertes y estofados,  
presumen de valientes y atrevidos,  
y de discretos más, y enamorados,  
y así en su hueste el rey del cebo fía  
de Amor entrellos más que valentía.

Conocen al buen dios, y al malo y bueno  
le sirven igualmente sus bramanes,  
con sacrificio impuro y de odio lleno,  
mas con ayuno fiel sus baneanes,  
que traen las huecas piedras en el seno  
que creen por dios, y llaman tambaranes,  
y siguen las costumbres de aquel hombre  
que fue el primer filósofo de nombre.

Del monte a aquella banda da tributo  
el suelo, por do al norte más se inclina,

copioso en caza, y pesca, y verde fruto,  
y arroz de que ellos hacen su harina;  
del monte al sur es todo seco, enjuto,  
sino en pimienta negra, y la más fina  
que el mundo vio por donde el sol más vela,  
cual la isla Hebenaro es de canela.

Hibenaro o Ceilán, que es de elefantes  
y aljófara, y preciosas piedras llena,  
y con sus reyes naves muy pujantes  
también echaba entonces de su arena,  
de Baravali y Licamaón gigantes,  
y el de Penatoré y Torravailena,  
y el de Gavaliquama y Maningumbo,  
y el que los rige a todos de Columbo.

Con tocas todos, largas y parejas,  
y sus patolas de algodón o seda,  
sus arracadas de oro en las orejas,  
de peso que sufrirse apenas pueda,  
con piedras blancas, verdes y bermejas,  
indignas de apreciarse por moneda,  
rubíes, balaes, jacintos y zafiros,  
topacios, amatistas y porfir[os],

iangonzas, y crisólitos, y aquellos  
que al ojo quieren parecer del gato,  
que por más provechosos y más bellos  
menos los traen, y dan menos barato;  
los hombres blancos son, y los más dellos  
membrudos, aunque de un mujeril trato,  
y tienen por honor, principalmente,  
tener un ancho vientre y prominente.

Aquestos reyes, y otros convocados  
también por Lidaramo, a Taprobana  
navegan, por un orden aliados  
con los de esotra armada suriana,  
y así, después que fueron visitados  
de aquellas perlas de ojos, de la grana  
del rostro angelical, y de la boca,  
que enciende más que el sol l'alma que toca,

torcióse el curso a Cotorán famosa,  
y a Meliapor, más que ella celebrada,  
do el santo cuerpo de Tomé reposa,

y do comienza el Ganges su ensenada,  
Pentépoli después, y el cabo que osa,  
en forma de isla de agua rodeada,  
vedar al río Nagundi que entre en lleno,  
a dar de golpe en el famoso seno.

Allí acabó Narsinga, rica y bella,  
y Oriza comenzó de ropas llena,  
y Maciquepatán, que es por donde ella  
tomó del indio mar la amada arena;  
el gran reino Pedir viene tras ella,  
y al cabo Satiguán, ciudad que ordena  
principio por do el más famoso río  
se arroje en el salado señorío.

Éste es el primer brazo que descende  
del Ganges, cuya fuente Imabo oculta,  
y Dios de humanos ojos la defiende,  
pues entre fiera gente la sepulta;  
la cual lavada en él, muriendo entiende  
que absuelta va de toda culpa oculta,  
reliquias de algún bien antiguo o nuevo,  
aunque ahogadas ya con torpe cebo.

Aquí es do el mar le goza, y do el mar deja  
su nombre, que sin verle había tomado,  
no porque dél se parta ni se aleja,  
pues es de su agua viva visitado,  
mas porque más le ilustra la madeja  
de seda, y oro en hebras estirado,  
y en telas preciosísimas tejido,  
que de Bengala toma en su apellido.

Bengala de quien nombre toma el seno,  
y la india ropa en él labrada y fina,  
y el reino de riqueza inmensa lleno,  
con quien por tierra Comatay confina,  
y Berma, no de menos buen terreno  
si no mirara lejos la marina  
costa, y su trato, así como Arracano,  
que al monte Emodio ve cual Martabano.

Por esto al mar tomó mejor asiento  
Pegú, a quien monstros dicen que poblaron,  
hijos de un can, por feo ayuntamiento,  
y una mujer, que solos se hallaron,

aquí el almizque negro en grande aumento  
se halla, aquí las plantas se criaron,  
y crían, donde labra la hormiga  
el lacre, que es de tantas cosas liga.

Langur se vio y Tavayo, do el imperio  
comienza de Sián, largo y cumplido,  
Tenaserí y Quedá, do el ministerio  
de todas tres pimientas hay crecido,  
y vuelta ya la costa el hemisferio  
que siempre a nuestros ojos se ha ascondido,  
a Pulolatahón se vio, y Longura,  
y a Micán, que a Malaca ver procura.

Y viose por delante cómo sale,  
en forma de pirámide extendida,  
la punta que infinito precio vale,  
que es la áurea Quersoneso no entendida,  
y la ciudad a quien no hay quien iguale  
en trato y en riqueza sin medida,  
Malaca, cuyo imperio y tierra harta,  
de Taprobana un mar estrecho aparta.

Y dícese que toda antiguamente  
fue junta, y tierra firme, y que saliendo,  
cual promontorio largo y prominente,  
iba el salado imperio dividiendo;  
el tiempo, que firmeza no consiente,  
al mar prestó su ayuda, y combatiendo  
la punta, que lo hizo así afrentado,  
rompió, y en varios reinos la ha apartado,

formando en medio de ambos un estrecho,  
angosto y largo, do el mar Indio pasa,  
con apretado y angustioso pecho,  
por el lugar que el uno y otro tasa,  
después que ya se escapa satisfecho  
confunde, de sus aguas, la gran masa  
con las que el mar océano allí tiene,  
con que regando en torno al mundo viene.

Del uno y otro mar la exorbitancia  
la Taprobana ciñe, la más bella  
y grande isla, en trato y elegancia,  
que cerca salada agua o que hombre huella;  
del norte y del Canopo ha igual distancia,

y sírvese de la una y la otra estrella,  
y en las sazones cálidas y frías,  
las noches tiene iguales con los días.

Cuanto otra es fértil todo tiempo, y cuando  
lo es otra, y flamas cual volcán vapora;  
fuente hay que aceite puro va manando,  
y aun árbol que licor de olores llora  
suave, y más que cuanto está estilando  
de Adonis la alba madre, do ella mora,  
y al fin, teniendo cuanto otra isla cría,  
fino oro y blanda seda al mundo envía.

Aquí de la ancha armada tomó puerto  
no toda, mas los reyes solamente,  
que aunque es por setecientas leguas yerto  
su cerco, la isla no era suficiente,  
en lo que el mar le deja descubierta,  
para sufrir el peso a tanta gente,  
y aunque por ser muy firme lo sufriera,  
la confusión inmensa no cupiera;

ni un puerto a tantos reyes fue bastante,  
que cuantos la isla tiene se ocuparon:  
cuál en la gran Pidir saltó, abundante  
de las pimientas que al mar Indio honraron,  
cuál en Aquén, cuál en Pacén, delante,  
do aquellas plantas nobles se hallaron,  
que el alcanfor, y el benjuí preciado,  
por sus cortezas blandas han sudado,

cuál en Campasiaca o Bracamana,  
cuál en Campar, do el bosque está abundoso  
del árbol calambuco, do se hermana  
el linaloe y el águila oloroso,  
y cuál en Menancabo, donde mana  
el metal más preciado y más precioso,  
cuál en Ticos, Virén, Ciagua o Zunda,  
o Aurú, con torpe gente y fiera, inmunda.

Y en los palacios altos, suntuosos,  
del viejo Lidaramo levantados  
sobre ébanos y sándalos preciosos,  
en breve fueron todos ayuntados,  
a do hallaron reyes poderosos,  
sin los de cuantos reinos son nombrados,

con otros, a quien su isla es más cercana,  
de Arguín, Vintán, y Linga, y Urgentana.

Los de una y otra Java, fiera gente,  
los de Amboino, y de islas ahí cercadas,  
y los de las Malucas, que en hirviente  
cumbre alanzar ven llamas ondeadas,  
ven árboles, do nace el clavo ardiente,  
y aquellas aves, ricas, y doradas,  
que en tierra muertas sólo han parecido,  
y hacen en el aire mesa y nido.

Y los de Nicobar, islas que esmaltan  
con ámbar sus yugadas, cual con fruto,  
y de allí algunos do las aves faltan  
y toman de la verde nuez tributo,  
los de Borneo también, a quien no faltan  
lágrimas de licor cuajado, enjuto,  
con los de cuanta gente al sol adora,  
y en aguas del mar Indio y Chino mora.

Con los de aquellos números de gentes  
incultas y salvajes, que abundantes  
de larga vega y montes eminentes,  
del trato están y todo mar distantes,  
y al fin aquellos todos que obedientes  
al vano culto, entre aguas resonantes  
del Ganges, tienen puesta la esperanza  
de la salud, que entre ellos nadie alcanza.

Porque éstas, y naciones casi inmensas  
que su ancha falda el monte Emodio cría,  
a quien el rey sustenta en sus despensas,  
en tanto que la guerra se emprendía,  
en mar y tierra estaban ahí suspensas,  
y se partieron cerca deste un día,  
habiendo los br[a]manes ya mirado,  
con suertes, el agüero acostumbrado,

y habiendo hecho de labrada cera,  
mientras celebran su divino oficio,  
una almadia, o catur, o una galera,  
y habiéndola quemado en sacrificio  
a su deidad Neomia, la cual era  
la que les vuelve el viento y mar propicio,  
y a quien los marineros navegantes

con cerimonias sirven semejantes,

y habiendo, los que tienen el cuidado  
de vientos, pluvias, fríos, tempestades,  
con cierto especular, pronosticado  
mareas blandas y serenidades,  
por luna, sol, y estrellas, y cerrado  
arco del cielo, y nieblas, y igualdades  
de truenos, y relámpagos insuaves,  
de cuerpos muertos, y pescados, y aves.

Porque éstos en los montes siempre moran,  
al descubierta cielo contemplando  
los varios astros que en el mismo adoran,  
y los que el aire finge y va engendrando;  
los tiempos que se dañan o mejoran  
les van a los plebeyos enseñando,  
y aun a los nobles, y a los mismos reyes,  
pues todos obedecen a estas leyes.

#### ADVERTIMIENTO

Por la generosidad con que la fada Gleoricia sale a recibir y convida a Zenagrio, mostrándole todos los tesoros y bellezas de su casa, se parece cuán disimulado tenga el veneno el vicio de la vanagloria, pues casi nunca hacen sino obras de virtud, y dignas de loa y engrandecimiento, y que los que caen en él no tienen cosa suya: ni tesoro escondido, ni ciencia oculta, porque lo que profesan es manifestar todo lo que tienen y saben al mundo. Por el razonamiento que la fada hace a Zenagrio, deben entender los hombres de buena casta cuánto deben levantar los pensamientos y buenas obras sobre los otros hombres que tienen por inferiores, y a quien piensan hacer ventaja. Es razonamiento digno de estar en boca de una de las virtudes muy claras, y no desta, que tanta duda hay si sea virtud o vicio, como se parece en los varios géneros de castigos que se dan a los que la pretenden por mal medio. Por Canidia, que habiendo engañado a Sacripante se gloria en sus vicios, y viene de su voluntad a meterse en las prisiones de la fada Gleoricia, se pueden notar muchas gentes que, con vanidad, no les basta haber caído en los vicios y deleitarse en ellos, mas tenellos por virtud; y por la misma, que persigue a Angélica y turba sus bodas con varias supersticiones y agüeros, se entenderá la envidia y odio que los malos tienen a los buenos en su prosperidad. Por el ofrecimiento que los reyes de Asiria hacen acompañando a Angélica, en la empresa de ir a ganar la tierra que había perdido, se podrá entender cuándo la razón pretende volver sobre sí los muchos discursos que se le arriman y le van ayudando. Por la mujer perdida, que cuenta [a] Zenagrio el discurso de su historia con tanto artificio y tan lleno de sentencias y doctrinas de sabios, sin guardar constancia en su intento, porque a veces parece que se arrepiente de su mala vida, a veces que se gloria y huelga della, se muestra el modo con que los vanagloriosos aprenden lo que saben para hacer ostentación y aparato, y cuán presto si les miran con

atención se descubre su falta, y que todo es postizo, como la corneja que pinta Horacio, que se vistió de las plumas de las otras aves sin tener algo suyo.

## CANTO NONO

### *Medios discretos*

*Prosíguese la navegación de Lidaramo y Angélica, con los muchos reyes que iban en su servicio, a la China, y llegados cerca della dáse la batalla naval entre esta armada y la de Arsace, en donde, volviéndose los engaños que Arsace tiene urdidos contra sí misma, llevara lo peor de la batalla si Damasirio con su valor no las volviera a igualdad.*

Hurtado se han al mundo, en vida, aquellos  
que, sin codicias ni pasiones, quieren,  
y sin que trate el vano vulgo dellos,  
vivir por los desiertos, y allí mueren,  
oponen contra el cielo sus cabellos,  
ni fríos ni calores no les hieren,  
la estrella ven nacer, y ven por donde  
después se empina, y tuerce, y do se asconde.

Dichosas almas, que de tal cuidado  
sus vientres generosos ocuparon,  
dichosas, que del suelo se han alzado  
y el misterioso cielo penetraron,  
dichosas, pues su cuello, no domado  
de las humanas cosas, levantaron  
tan alto que lo máspreciado dellas  
perdieron por la luz de las estrellas.

Ni el oloroso vino contrahecho  
al dulce griego y áspero falerno,  
ni el manjar vario, corrompió su pecho,  
ni aun el deleite más lacivo y tierno;  
ni del curar el gran cuidado estrecho,  
ni de abogar la confusión y infierno,  
ni el cargo de las almas peligroso,  
ni el uso de las armas trabajoso,

ni la ambición liviana o la privanza,  
ni de la vanagloria el falso afeite,  
ni el fuego cudicioso de esperanza,

que tantas mechas consumió y aceite,  
ni la solicitud, cuya pujanza  
excede a todo vicio y gran deleite,  
que cual con hambre o rabia sin decoro,  
en el lugar de Dios ha puesto al oro.

Las distantes estrellas abajaron,  
y en nuestros mismos ojos las pusieron,  
los cielos en su ingenio sustentaron,  
y al nuestro encima dellos lo subieron,  
aquestos ver los astros procuraron,  
y aquestos su camino descubrieron,  
no aquéllos, que en Olimpo el Osa alzando,  
los cielos con el Pelia iban tocando.

Curtidos siempre al sol, siempre a la nieve,  
señores suyos hechos de sujetos,  
supieron por do el tiempo va y se mueve,  
y le pusieron leyes y preceitos,  
y dicen lo que el cielo hacer debe,  
calando sus entrañas y secretos,  
de suerte que regirse el hombre pueda,  
sin que a fortuna tema ni a su rueda.

Así salió la flota, gobernada  
por solo su consejo y su cordura,  
dejando el mar, do estaba represada,  
y en el estrecho entró de Cingapura,  
de aquí por gran distancia fue corvada,  
doblándose la costa a Cinosura,  
después se enderezó para la aurora,  
llegando do el Pamé y Patane mora.

Al río Menán vio, que sus corrientes  
del gran lago Camayo trae, y se olvida  
por tierras y naciones diferentes,  
de fiero nombre y de selvaje vida:  
Pox Laos, en tierra y número potentes,  
y Pox Abaes y Gueos, gente no oída,  
que carne humana come en sangre tinta,  
y la suya con hierro ardiente pinta.

Después pasó a Tervana, y no parando  
vio al cabo de Camboja, y Mecón, río  
que la cortó por medio, y va cortando,  
del norte al sur, del chino el señorío,

vio a Baida y Periamán, y vio, pasando  
de la Penaya punta, el seco y frío  
olor qu'el rico sándalo despide,  
por do la costa de Campá se mide.

Frontero vio cien islas, y a Darea,  
que al firme suelo ven, y a Pulcurano,  
Pulocribín y Gon, que las rodea  
el mar, y corta de la tierra en vano;  
tendida vio a Lofar, que asir desea  
la verde falda, y tiende brazo y mano  
al alta Caucichina, y no afamada,  
y estórbaselo Aimán con su ensenada.

Después vio al río Cantón, que el nombre puso  
a su ciudad o della le recibe,  
do, con el trato, el hijo fiel de Luso  
llegado ha ya, y con honra suya vive;  
a Bergama frontero, que el confuso  
mar Índico y el Chino en sí concibe,  
y a Guada y Bergatera, do se olvida  
el uno, y toma el otro nombre y vida.

De aquí el soberbio imperio de la China  
se muestra, largo y ancho, dilatado  
de Olán, que con las Indias más confina,  
hasta do el sol primero es adorado,  
y por do al sur y al norte se avecina,  
del trópico caliente al cinto helado,  
poblada toda, fértil, rica y llena,  
hasta la dura piedra y seca arena.

Entonces aún no estaba hecho el muro  
que entre un imperio y otro se levanta,  
con que del cita el chino está seguro,  
cuya grandeza a todo ingenio espanta,  
señal del rico pecho y brazo duro,  
que tal potencia tuvo y fuerza tanta;  
labróle Sacripante, y cual le han sido  
sus fieles hechos, fue éste agradecido.

Pasó la armada a Alfiguba, y Cenigo,  
y a Coinguancú dejó a la izquierda mano,  
después pasó a Quanzú, y llegó al abrigo  
que hace, entrando al mar, Ceromarano,  
que es del Catayo, cual Mecón, testigo,

pues dividiendo al gran reino Chequano,  
dél trujo nuevas por abierto campo,  
y entrando al mar formó el cabo de Lampo.

Después se vio a Nanquí y su costa bella,  
provincia grande, y a Mangí a su lado,  
que es la mayor que toma luz de estrella,  
y la más rica que su lumbre ha honrado;  
aquí está el río Quián, y en lo alto della  
Quinsayo, el grande pueblo y celebrado,  
que cien mil pasos tiene en cerco, y tiene  
doce mil puentes, y agua la sostiene.

La grande isla se vio tendida enfrente  
do tienen su alto imperio los japones,  
riquísimos de plata y fuerte gente  
más que otras, de la tierra o mar, naciones;  
así en el ancho mar del rojo Oriente  
se vieran ir tendidos mil pendones,  
mil gallardetes, flámulas temblando,  
y mil banderas anchas tremolando.

Y viérase herir con mil espuelas,  
el viento y agua, de urcas, jungos, naos,  
terradas, galeazas, carabelas,  
galeras, y lancharas, y paraos;  
cuál rompe el mar con remos, cuál con velas  
el aire; aquí y allí un confuso caos,  
tan largo y extendido, que la lista  
coge ancho y largo al mar, sobra a la vista.

Así al verano, en larga ala intendida,  
suele ir de grúas la banda, alzando el gripto,  
a tierra del calor no tan herida,  
pasando el mar, dejando atrás a Egipto,  
a un paso, a un golpe, a un ojo, a una medida,  
guardando el orden y escuadrón prescripto,  
cubriendo la ancha sombra de su vuelo  
del mar la cara y de la tierra el suelo.

Delante los isleños se mostraban,  
y los de Malabar y su comarca,  
mostrando los caminos que trataban,  
aunque les mostró el suyo más la parca;  
al fin los tapobanos caminaban,  
y entre uno y otro ejército se abarca

la rica y fuerte flota de Suría,  
do la hermosa Angélica venía

en una olorosísima galera,  
que por su gusto fabricó su abuelo,  
de sándalo precioso toda entera,  
y de ébano y brasil costilla y suelo;  
barandas de oro, y de las velas era  
cuál tela, que ya imita al sol y al cielo,  
cuál rojo carmesí, que se mezclaba  
entr'ellas y diversa luz formaba.

La popa, que es maciza, con la prora  
son de oro, de martillo tan labrado  
que nunca vio el lugar do Tetis mora  
metal que en tanto se haya así labrado,  
ni aun hasta allí los reinos del Aurora  
de haber visto otro igual se han alabado;  
sembradas gemas varias de colores,  
que daban más de vivo a las labores.

Las cuerdas seda fina, y sus extremos  
de jarcias y maromas oro fino,  
en cuya tela y lazos van supremos  
granos enjertos, varios cual convino;  
de plata y por tal arte son, los remos,  
labrados, que hiriendo el cristalino  
licor, tal son de música se oía,  
que imita a la dulzaina y chirimía.

En la soberbia popa iba sentada,  
debajo de un dosel de oro precioso,  
Angélica, cual Venus disfrazada  
con su corona y cetro poderoso,  
tan grave, tan pomposa y levantada,  
que ya le estaba el mundo temeroso,  
entre dos niños de marfil bruñidos,  
do se recuesta, en forma de Cupidos.

Después algunas damas y señoras  
ilustres, que la van acompañando,  
vestidas ya cual ninfas cazadoras,  
que al arco ebúrneo y brazo van cimbrando,  
algunas cual las gracias o las horas,  
que flores van y olores derramando,  
algunas cual oreades que bailaban,

y algunas cual nereidas que cantaban.

Cuál va junto al timón, cuál se esparcía  
sobre los bancos con gentil decoro,  
cuál juega con el remo y su armonía,  
cuál se echa sobre el áncora, que es de oro;  
no rema en la galera o la regía  
algún humano, sólo el bello coro  
se va por do le agrada deleitando,  
porque otras seis la llevan remolcando;

seis, digo, todas juntas y parejas,  
de dos en dos, con fuerza muy serena,  
sin otras que les van a las parejas,  
que cada cual se acerca y la encadena.  
¿Quién vio de las solícitas abejas  
la reina, si ha perdido la colmena,  
cercada de su enjambre, ir por do quiera?,  
que tal podrá fingirse la galera.

Medoro solo y Lidaramo solo  
se vieran ir entr'ellas, bello y feo,  
cuál a Saturno imita, cuál a Apolo,  
sobrando en mucho a Néstor y a Nireo.  
Al fin, un día, torciendo el curso al polo,  
dejando el puerto de Zinzú en rodeo,  
y el seno de Panguí, y Ganzú, y la rica  
provincia y bella, de Tabí, y no chica,

con infinitas islas, y a Arsareto,  
el fiero monte, y largo, y eminente,  
y a Argón, y a Belgiano, do fue eleto  
primero rey a la tartárea gente,  
dejado al sol y al mundo atrás sujeto,  
y vueltos ya otra vez al occidente,  
cuando sus luces la alba dio rosadas,  
las ondas vieron tintas coloradas.

Las aguas, que el viento euro va empinando,  
no ya de plata dan sus resplandores,  
mas de oro, que en la llama está afinando  
de escoria sus quilates y colores;  
ven brazos y ven piernas, ir nadando  
sin cuerpos, sobre el mar, de sus señores,  
adargas, lanzas, picas, dardos, flechas,  
sobre las tablas rotas y deshechas.

Las telas de oro, y tramas, y torcidos,  
las sedas de finezas diferentes,  
damascos, carmesíes, y bruñidos  
tafetanes, y rasos relucientes,  
y al fin los algodones, y vestidos  
de varias formas, cuales son las gentes,  
aquí y allí se vieran hechos piezas,  
y entr'ellos mil pedazos de cabezas.

Y mientras más se acercan, ir creciendo  
las aguas en color intenso y fino,  
que el rojo fue bermejo pareciendo,  
aunque antes de ser rubio fue citrino,  
después se fue con sangre escureciendo,  
y vuelto negro el reino cristalino,  
al fin turbó la vista y los oídos,  
con humo, y hierro, y llamas, y alaridos.

Oyéronse las voces miserables  
de aquellos medio vivos, que perdiendo  
las partes de sus cuerpos más tratables  
las otras van en vano defendiendo,  
oyéronse los tiros espantables,  
no los que de Vulcano el ronco estruendo  
imitan, por no ser aún inventados,  
mas otros de resina y pez causados,

trabucos y otras varias invenciones  
que contra sí inventó nuestra malicia,  
con varios instrumentos, varios sonos,  
que a la crueldad levantan la cudicia,  
soberbios golpes, varias sinrazones,  
que por su arbitrio alargan la justicia,  
según lo pide nuestra gana fiera,  
que es perezosa al bien y al mal ligera.

A tal sazón la antorcha cuya lumbre  
la de cualquier estrella cubre y dora,  
distaba ya una cuarta de la cumbre  
del monte en cuya falda está l'aurora;  
y viose rota, inmensa pesadumbre  
de vasos, cual sin popa, cual sin prora,  
abiertos unos y otros sumergidos,  
o con diversas llamas encendidos.

Y viéronse los míseros soldados,  
los que de muertos escapado habían,  
en dudas diferentes ahogados,  
que a bien o mal sus daños elegían,  
aquí entre secas llamas abrasados,  
allí entre húmidas ondas se sumían,  
mostrándose agua y fuego, de enemigos,  
para su acelerada muerte amigos.

Y viéronse en el mar no sólo rotas  
maonas, corascoras, galeones,  
barcazas, urcas, fustas, galeotas,  
bergantines, navíos de mil naciones,  
más los pequeños vasos, que en las flotas  
se llevan para varias municiones,  
esquifes, barcas, y bateles francos,  
zambucos, y canoas, y balancos.

Sobre una tabla rota ensangrentada,  
acaso llegó allí un pobre soldado,  
gran parte de la ropa ya quemada,  
y el mismo aquí herido, allí tostado,  
y como la galera vio pintada,  
y al viejo Lidaramo recostado  
en faldas de su nieta, y a Medoro  
entre los bancos y maromas de oro,

con una voz tristísima y oscura,  
nacida de conformes pareceres,  
dijo: ¡Oh gobierno triste y sin ventura,  
en viejos puesto, y niños, y mujeres!,  
cuál va tras su discuido o su locura,  
y cuál tras sus deleites o placeres,  
y muere el indiscreto que se fía  
en la fortuna, pues virtud no guía.

Dichosos los que en un senado entero  
de muchos muy prudentes se fiaron,  
que siendo en paz su yugo más ligero,  
en guerra más seguros caminaron,  
dichosos los que un príncipe heredero,  
no sólo de sus reinos, alcanzaron,  
mas de años ya perfectos, y valores,  
y más de la virtud de sus mayores.

Angélica con esta voz turbada,

y con el espectáculo admirable  
de ver por la avanguardia destrozada  
gran parte de su flota miserable,  
del viejo la cabeza alzó pesada,  
mandó al soldado que de nuevo hable,  
y él dijo: ¡Oh viejo rey despierta, y siente  
el infelice estado de tu gente!

Que el cielo y mar, parece que ofendidos  
de tu potencia, en uno conjurados,  
cuál mil navíos tiene ya sorbidos,  
cuál tantos, o más que éstos, abrasados;  
los tártaros, que nunca están dormidos,  
hallándose del mundo así ayudados,  
crecer las ondas hacen con el riego  
de nuestra sangre indiana, a hierro y fuego.

El camorín de Malabar primero  
la armada del contrario vio, y saliendo  
a recebilla, con semblante fiero,  
el mar se abrió y la nao se fue sumiendo,  
siguió el rey de Ceilán, y más ligero  
se vio también al fondo irle siguiendo,  
después algunos vasos, do gente iba  
de Cananor, Cochín y Naladiva.

Llegó por tal derrota con su armada  
el rey de la menor Java, cercado  
de aquella gente que más que otra nada  
de cuantas el imperio cría salado;  
valióle allí el nadar más que la espada,  
que como al mar se vio bajar forzado,  
de voluntad se echó, y venció a la suerte,  
que a tan sobrado osar temió la muerte.

Los javos descenderse al mar dejaron,  
después, subiendo, vimos que sus naves  
sobre su espalda y hombros sustentaron,  
que leves hace Amor las cargas graves;  
a aquestos, por quien son, se les mostraron  
los hados comedidos o süaves,  
a esotros fieros, de una en otra prueba  
buscando nueva astucia y crueldad nueva.

Que yendo el que gobierna la otra Java  
metido al golfo más, y acompañado

con reyes, cuyas islas su mar lava,  
a acometer la armada por un lado,  
sobre él, y sobre quien le acompañaba,  
cayó del cielo fuego, y le ha abrasado;  
los bairos, y malayos le siguieron,  
y con la misma fuerza perecieron.

Murió el rey de Timor, que el palo tiene  
del saludable sándalo oloroso,  
y el rey de Sunda larga, que detiene  
gran parte della el sur dificultoso;  
la armada nuestra en esto se detiene,  
el tártaro arremete poderoso,  
matando y destruyendo lo restante,  
de cuantos de nosotros ve delante.

Así de fuego, y agua, y hierro, fuimos  
heridos, zabullidos, y abrasados,  
así, los que más fuertes estuvimos,  
como los que cobardes y asombrados,  
y los que al paso vais de do venimos,  
vendréis como nosotros, pues los hados  
con cielo y mar, según que yo os lo digo,  
pelean en favor del enemigo.

Temblaron unas gentes y otras gentes,  
del mar, o de la India, o de Suría,  
que se hallaron por su mal presentes,  
y oyeron lo que el indio refería,  
y hubiera pareceres diferentes,  
si el viejo y sabio rey que los regía  
a tal sazón faltara, y si no fuera  
su ciencia cual su edad, que aún mayor era.

Quedaran cual so el joven orgulloso,  
que osó antes que otro arar el Ponto Euxino,  
sin Tifi, el pueblo de héroes temeroso,  
sin Tifi, guía y rector de aquel camino,  
más ciego el puerto, el mar más peligroso  
les pareciera, y más pesado el pino,  
más flojo el remo y blanda más la entena,  
menor el viento y la arte menos buena.

Mas el discreto viejo, sospechando  
algún engaño en la celada puesto,  
sus gentes ordenó que retirando

se vengan hacia sí con todo el resto,  
y si algún vaso pueden ir cebando  
con la victoria, que le saquen presto  
de la enemiga armada, aunque forzado,  
con acerados garfios agarrado.

Al fin se trujo presa una galera  
de verde esmalte tinta, mas comprada  
con tanta sangre de indios que pudiera  
decirse, más que verde, colorada;  
aquí se halló un hombre chino, que era  
de la infelice gente que ligada  
al banco tira el remo, procurando  
dar vida a quien la suya va tasando.

De aquéste pudo el rey tomar aviso  
de cuanto en su provecho pretendía,  
porque éste solamente pudo y quiso,  
que el cita aunque pudiese, no quería,  
y aunque de ingenio fuese claro y liso,  
el indio, y lo quisiese, no podía,  
el chino sí, que fue presente a todo,  
y así habló a su reina deste modo:

Señora, no te turbe ni te altere  
ver que en su abismo el mar tu gente asconda,  
y que salvar las naos del cita quiere,  
alzándolas con una y otra onda,  
ni ver que con el fuego con que hiere  
el cielo al mismo intento corresponda,  
que no es el mar ni el cielo el que te ofende,  
sino una red que tu enemiga tiende.

Gran parte de la armada está cubierta  
de espejos angulares, que pegados  
en cóncavo contiguos, sin que puerta  
se muestre por el medio o por los lados,  
la luz del sol reciben, y por cierta  
distancia reverberan, esforzados  
sus rayos uniformes, tan iguales,  
que en puntas hacen fin piramidales.

Y siendo muchos juntos, uno solo  
de todos por el aire van haciendo,  
cual si del equinocio fuese al polo  
el seso mil coluros componiendo,

do así la lumbre esfuerzan que de Apolo  
reciben, mas unida, que hiriendo  
perpendicularmente, desde arriba,  
cualquier madera, sacan llama viva.

Con esta industria, al tiempo que tu armada  
a tal distancia en proporción se allega,  
por do del sol la lumbre va colada,  
se enciende el fuego, y se acrecienta, y pega;  
por fuera del diámetro está armada,  
para la nao que fuera dél navega  
encima de las aguas, tal maraña  
que a todo entendimiento humano engaña.

Por tal astucia hay puesto, y por tal arte,  
gran cantidad de aceite, que apartando  
las aguas a una parte y a otra parte,  
el ensenado golfo va peinando;  
no sólo aquí Minerva vence a Marte,  
que ya a Neptuno quita el cetro y mando,  
si en medio de sus reinos ha metido  
el término a sus ondas defendido.

Y al tiempo que pasando va el madero,  
con remos o con velas sustentado,  
por cima de las aguas, que ligero  
le hablan porque de aire va ocupado,  
llegando a do su pecho lisonjero  
el mar con claras ondas ha ablandado,  
comienza a desmentir y a deslizarse,  
que no puede en tan blando humor pararse.

Y quien le ve sumirse de repente,  
sin causa de los ojos conocida,  
sospecha que ya el cielo no os consiente,  
mas tiene a enojo vuestra gloria y vida,  
y más si yendo al claro y trasparente  
licor, en varias haces ve partida  
del mar la unión continua, y la llanura  
con tan horrible boca y abertura.

Con grande admiración, callado habían  
los reyes que a escucharle se han juntado,  
en tanto que del hombre chino oían  
el cuento y el ardid jamás pensado,  
mas del silencio en esto se ofendían,

y fue un murmurio extraño levantado  
con nueva admiración, que a la primera  
le hizo parecer no ser quien era.

Ya siento quién me acusa y quién me culpa,  
¡oh gran Lasarte, de hombres doctos gloria!,  
cual vos, que a mi inocencia atribuíis culpa,  
o falta al viejo autor desta ancha historia,  
diciendo que no basta en su disculpa  
el mucho aceite que hay de la India a Soria,  
de olivos, susumanes y ballenas,  
a dar tal lago al mar y abrirle apenas.

Pringosa es l'agua en él, y no enemiga  
de aceite, y vale un río dividiendo  
un seno o golfo a un lado, a quien no obliga  
marea, y goza en paz su quieto estruendo,  
allí es do pudo estar la increíble liga,  
y hay fuentes que olio en copia están vertiendo,  
como en Samatra, o fue invención de maga;  
mas ¿qué hay que intente un rey que al fin no haga?

Pues Lidaramo, puesto el pensamiento  
en lo que importa más, sin admirarse,  
le dijo: Amigo a todo he estado atento,  
y un punto o dos no dejan declararse:  
¿Por cuál razón del fuego queda exento  
el vaso que de allá viene a mezclarse  
con nuestros vasos?, pues, según la vista,  
los coge el sol por una misma lista;

¿por cuál razón, también, no son sumidos  
sus vasos en el mar, pues son tragados  
los nuestros allí mismo, y sumergidos,  
del viento, que los mueve, trastornados?  
Los vuestros, dijo el chino, son movidos,  
y siendo con el aire borneados,  
deslizan por el leve fundamento  
do nunca la madera hizo asiento,

los otros están firmes sin moverse,  
con áncoras de hierro muy pesadas,  
do el olio no llegó, ni pudo verse  
sobre las aguas negras y saladas,  
y los que van sin miedo a entremeterse  
do hallan vuestras gentes abrasadas,

las velas traen de lino incombustible,  
breadas de este esmalte incorruptible;

éste que verde tiñe la galera,  
que es hecho del asfalto pegajoso,  
que el muerto mar arroja en su ribera,  
y del alumbre cisil o plumoso,  
y por doquier que vista su madera  
no queda el vaso al fuego temeroso,  
y donde no le viste no es más flaco,  
que es hecho del durísimo guayaco;

las velas son tejidas de aquel lino  
que en sus desiertos secos la India cría,  
llamado de los griegos asbetino,  
que entre las llamas cobra gallardía,  
no son del pelo, no, salamandrino,  
aunque entre varias gentes se porfía,  
mas sea cual fuere, él tiene aquel sosiego,  
que esotro lienzo en agua, puesto en fuego;

y el vaso, por do quiera que se mire,  
del elemento cuarto está seguro,  
que aunque encendido fuego en él se tire  
resiste, como el áspide al conjuro;  
tampoco en el segundo hay por qué expire,  
que no hay barrena que al guayaco duro  
entre las aguas rompa, y si es pesado,  
va con ligero roble sustentado.

No más, le dijo el rey, yo estoy contento,  
no perderás el bien que has hecho en esto.  
Dejóle y hizo un breve parlamento,  
que al mal agudo es el remedio presto,  
y puesto luego todo en cumplimiento,  
en cumplimiento, digo, todo puesto,  
mudóse la fortuna de otro modo,  
y la esperanza de victoria en todo.

Mandó que javos búzanos, colando  
por do mejor pudiesen, caminasen,  
y las maromas de áncoras hallando,  
debajo de las ondas, las cortasen,  
porque los vasos del contrario bando  
también sobre el aceite desvarasen,  
y los que el grande espejo componían,

perdiesen el concierto que tenían.

Mandó amainar sus velas, soltar remos,  
y recoger su armada en juntas varias,  
do va delante, atrás y en los extremos,  
siguiendo sus banderas ordinarias;  
aquí un montón a Delos, otro a lemos,  
pudieran parecer a las contrarias  
y más lejanas vistas, sin que vieses  
si se estuviesen quedos o moviesen.

Tal arte e industria tuvo dilatando  
el tiempo, porque Apolo se pasase  
do está la bella Tetis aguardando,  
y de mirar los citas se olvidase,  
y porque un rey, que estaban esperando,  
la espalda al enemigo le tomase,  
que de Japón la rica descendía,  
que mucho a Taprobana le excedía.

Los hombres se aventajan en grandeza  
y vida a cuantos mar ha rodeado,  
de voz terrible, y grande fortaleza,  
y de ojos verdes, y de atroz mirado;  
señores de grandísima riqueza,  
de plata inmensa y de oro moderado,  
berilos y jacintos, y otras cosas  
de olores, y de piedras muy preciosas.

El rey era un fortísimo mancebo,  
de todos los isleños muy amado,  
de Banda natural, y esposo nuevo  
de Armelia, por quien hubo el otro estado,  
que por su daño vino el triste al cebo  
de Angélica, que un tiempo había adorado,  
(dichoso si de vella se olvidara,  
o por su bella esposa la trocara),

de quien le fue mil veces disuadido,  
con triste voz cual entre amantes se usa,  
aquel viaje della tan temido,  
y no por ciega causa ni confusa,  
que ya se supo que él había nacido  
estando en la cabeza de Medusa,  
Saturno y Marte, y en la octava suerte,  
señal de amargo fin violento y muerte.

Mas tanto puede Amor, y tanto pudo,  
que el joven, esforzado y animoso,  
menospreciando el parecer sesudo,  
mil velas echó al viento proceloso,  
y él solo con su espada, arnés y escudo,  
es más que su gran hueste poderoso,  
aunque ésta que llevaba bien podía,  
frezar con la mejor qu'el mar sufría.

Llegó a mirar las dos armadas juntas,  
al tiempo que el rey viejo había cortado  
de las maromas las herradas puntas,  
qu'el uno y otro engaño han sustentado,  
y al tiempo que de vidas ya difuntas  
mil gentes rojo al mar habían tornado,  
y que el espejo en partes se ha partido,  
y que algún cita en su olio se ha escondido,

y que la armada toda, procurando  
salir del lazo que tendido había,  
al mar se iba de tierra desviando,  
volviendo el rostro hacia mediodía;  
entonces ya bajaba tremolando,  
con viento que en la popa le hería,  
la armada de Japón, y siendo vista,  
la de Samatra dio en seguir su lista.

Y viendo la reina Arsace que pide,  
cualquiera de las dos, batalla nueva,  
su armada, que es muy grande, en dos divide,  
para que a un tiempo vengan a la prueba,  
la una contra el indio la despide,  
que por cabeza a Damasirio lleva,  
contra el Japón la otra más bastante,  
la cual gobierna el fiel Polidamante,

quedándose ella con aquella parte  
que para su defensa le bastaba,  
con Belo, y con Antipo, y Dinamarte,  
de quien más que de algunos se fiaba;  
y a un tiempo mismo, por su diestra parte,  
con Damasirio, el rey de la alta Java,  
llamado Franganor, vino a las manos,  
y con el otro el rey de los bandanos.

El rey de los bandanos y japos,   
el valeroso joven Firanteo,   
de cuyos estandartes y pendones   
jamás se honró despojo ni trofeo;   
juntaron los herrados espolones   
las naos con ardentísimo deseo,   
y a fondo muchas dellas se arrojaron,   
y las demás con garfios se aferraron.

Tiráronse al principio vasos llenos   
de fuego artificial confecionado,   
de suerte que relámpagos y truenos   
fingía en el aire, y en el mar turbado,   
después arpones, flechas, que no menos   
que la ballesta el arco echó cimbrado,   
después lanzuelas, dardos, picas, dalles,   
y varias armas hechas de otros talles.

Y al fin, después que juntos se hallaron,   
o ya en la nave suya, o ya en la ajena,   
la espada y cimitarra se encontraron,   
venciendo la que dellas fue más buena,   
alfanjes y cuchillos relumbraron,   
y al indio y cita abrieron larga vena;   
por do salió la vida colorada,   
entra la negra sangre disfrezada.

El javo, corto en cuerpo y de ancha frente,   
que a solo el cielo sufre en su cabeza,   
y aun cobertura encima no consiente,   
ni casa que alce pieza sobre pieza,   
con el de Ponto, bárbaro insolente,   
asido, allí lo abate, aquí tropieza,   
muriendo de una parte y de otra parte,   
con fuerza igual y con dudoso Marte.

Y estando de hombres muertos los navíos   
de popa a prora llenos, se encontraron   
los reyes mismos de ambos, que vacíos   
de gente sin buscarse se hallaron;   
los corazones de India y Citia fríos,   
en ver que se juntaban, se mostraron,   
porque en los brazos de ambos sólo estaba   
la victoria, que allí se procuraba.

Alzando Franganor el brazo fiero,

con su ancho alfanje descargó un pesado  
y recio golpe, sobre el duro acero  
que un tiempo para Aquiles fue encantado;  
tal fue que escudo, y brazo, y yelmo entero,  
juntó sobre la frente, y abollado  
por medio de sus cascos lo metiera,  
si el temple de Vulcano lo sufriera.

Hincó las dos rodillas en el suelo,  
del golpe, Damasirio, mas vengólo  
con otro tal que no le cubrió pelo,  
ni pudo recibir más que este solo;  
faltóle a Franganor la luz del cielo,  
y el fuego que a la sangre presta Apolo,  
hallando alfanje, escudo y brazo hecho  
dos partes, con la frente, y cuello, y pecho.

Y apenas fue caído palpitando,  
no habiendo el soplo helado de la muerte  
entrado por sus flojos miembros, cuando  
fue echado al mar, do vio la común suerte;  
el cita aquel navío fue allanando,  
que no quedaba en él persona fuerte,  
y cerca vio de sí una lid trabada  
de un rey con otro rey, de espada a espada.

Felisco el uno, el otro Samotreo,  
que rigen martabanes y magores,  
iguales en el ánimo y deseo,  
iguales en las fuerzas y primores,  
y iguales en fortuna, si el trofeo  
se hubiera de llevar de otros menores,  
que mal podrá cualquier por sí llevarlo,  
si al otro, que es su igual, ha de quitallo.

En otra parte el rey de Comagena,  
con el de Zagatay se combatía,  
aquí y allí el templado acero suena,  
y allí y aquí la sangre se vertía,  
y con la vista plácida y serena,  
fortuna iguales soplos les envía;  
y en otra los de Armenia y de Cambaya,  
sin que alguien gane o pierda de la raya.

El rey de Capadocia, Fieramonte,  
a Fremedano, el de Pegú, se opone,

y el de los turcomanes, Termadonte,  
al rey de Visnaguer, llamado Agone,  
el de Media al de Quitar, y a Geronte,  
el rey de Partia, y al de Corasone,  
el rey Filidamón de Misia, y anda  
la suerte y hado igual por toda banda.

Así va Damasirio discurriendo,  
mirando la batalla varia y cruda,  
por unas y otras partes ofreciendo  
a todos los arsácidas su ayuda;  
al rey de Hircania vio, que iba rindiendo  
la victoria al de Aquén, porque ya muda  
los pies a varias partes sin concierto,  
y arroja flojo el brazo, el golpe incierto.

Echó los garfios presto a su navío,  
saltando dentro, y tan heroicamente  
metió una punta al pecho al rey de Dío,  
que al revolver sacó tras sí una fuente,  
no fuente sólo, mas copioso río  
de sangre, y vivo espíritu caliente,  
que cual si el viento Boreas lo impeliera,  
regó el navío, y la gente, y salió fuera.

Tal fue cual si taparse ha hecho el caño  
del agua, que de un alto monte viene,  
y rompe, por el vicio del estaño,  
la soldadura que a una parte tiene,  
que como el orificio halla extraño,  
y angosto más que a tanto humor conviene,  
satisfacer con ímpetu pretende  
el tiempo, que a su copia se defiende.

No fue de acero el muerto rey vestido  
que del de Aquiles defenderle pueda,  
ni esotros reyes indios lo habían ido,  
que de la tierra el gran calor lo veda,  
el que más sufre es algodón tejido,  
o ropas hechas de su inculta seda,  
o cueros de animales preparados,  
o escudos de su hierro y mal templados.

Algunos, de más prima policía,  
corazas, con su malla, y coseletes  
de flojo hierro que la tierra cría,

y cascos, y no finos capacetes,  
y alguno, que bajado a Persia había,  
sus petos y espaldares, sus almetes,  
y el que se vio en las guerras ya pasadas,  
arneses, grebas, yelmos o celadas.

Mas el de la ciudad copiosa y bella  
que al ínclito, de Aquén, va acompañando,  
jamás se armó de pieza que centella  
sintiese al tiempo que se fue forjando;  
el cita entró en la nao, no viendo en ella  
quien se lo estorbe del contrario bando,  
y dando un golpe al Decanín de llano,  
restituyó en su honor al rey hircano.

Que como le cogiese inadvertido,  
y por la espalda, y diese en la cabeza,  
cayó privado al cuanto de sentido,  
y casi entre sus mismos pies tropieza,  
mejor le diré muerto que aturdido,  
pues nunca eternamente se endereza,  
que el rey, con quien la lid tenía primera,  
le dio el favor que de su mano espera.

Corrió al socorro de su rey ya muerto  
Dabul la rica y la soberbia Goa,  
y toda Aquén, con un tropel incierto,  
cual por la orza, o por la popa, o proa;  
la gente es valerosa, el vaso abierto,  
no pueden deste encuentro sacar loa  
el fiero rey de Ponto ni el hircano,  
si el cielo no la da con larga mano.

Y la copiosa gente que cargaba,  
apenas sustentar el mar podía,  
en el pequeño espacio que ocupaba  
el flojo leño, que también se abría;  
un cuerpo muerto, y otro más le agrava,  
porque otro vivo y otro sostenía,  
que el mismo puesto que a uno ha sostenido,  
sustiene al vencedor con el vencido.

Llegó a tal tiempo, y lástima les hubo,  
Crisenio, el de Cambaya, que vencida  
la lid que con el rey de Armenia tuvo,  
la espada con su gloria trae teñida,

siempre éste la hidalga fe mantuvo,  
y acero y fina malla trae vestida,  
el cual los pasó al vaso en que venía,  
usando de su antigua cortesía.

Después mandó a su gente que estuviese  
atenta a ver el fin en que paraba,  
diciendo que de gloria el interese  
a ser cortés, cual lo era, le forzaba;  
y sin que defenderse le pudiese,  
con los dos reyes citas juntos, traba  
batalla, dando y golpes recibiendo,  
con ruido que atapó el común estruendo.

Hirió al rey de Casín con un rasgado  
revés, do el peto al espaldar se cierra,  
y abrióle desde el diestro al otro lado,  
y un medio cuerpo y otro vino a tierra,  
y así cerró los ojos, olvidado  
de ver la selva más ni hircana sierra,  
el Caspio mar ni su preciosa arena,  
ni el monte do Prometeo vive en pena.

Volvió contra el señor de Marianda,  
con otro golpe tal como el primero,  
y a ser la masa del arnés tan blanda  
no se mostrara menos cierto y fiero,  
mas fue raspando a la una y la otra banda,  
mostrando su fineza el limpio acero,  
que con prudente diligencia y hado,  
contra el hectóreo brazo fue forjado.

Y estuvo tal que se contó por muerto  
el valeroso rey que le vestía,  
y estar quisiera en el Aconio puerto,  
o do el mejor asensio el Ponto cría,  
mas bien no fue dormido y fue despierto,  
y contra el gran señor de Gedrosía  
volvió la espada fina en ambos brazos,  
y le rompió el escudo en dos pedazos.

El golpe descendió sobre el templado  
y duro yelmo, que aunque fue rompido,  
no tanto que al gran casco haya tocado,  
ni al duro pelo de que está vestido,  
cayó aun sin esto el rey desacordado,

y a no ser de sus gentes socorrido,  
según es torpe y flaco en el reparo,  
quizá comprara el ser cortés bien caro.

Después con fieros golpes, conservando  
la fama déste, Damasirio hizo  
la nave llena de uno y otro bando,  
de aquellos tristes cuerpos que deshizo,  
y libremente en un batel saltando,  
después que de matar se satisfizo,  
dejó los guzarates, y se opone  
do están el rey de Misia y Corasone.

Cualquiera de los dos se combatía  
con ánimo invencible y brazo fuerte,  
y en torno de una gente y otra había  
gran cantidad pugnando en varia suerte,  
cuál es vencido aquí o allí vencía,  
cuál da al contrario o dél recibe muerte,  
cuál cae en el mar, cuál dél entrar procura  
a do le aguarda o huye su ventura.

A tal sazón el indio rey, cansado  
de que la brega tanto le durase,  
sobre Filidamón ha descargado  
tal golpe que atrás hizo que tornase;  
entre la jarcia se le había trabado  
el pie, y como en sacarlo se estorbase,  
llegó con una punta al vientre cierta,  
por donde abrió a la muerte una ancha puerta.

Llegó diciendo al indio: Tente, tente,  
el rey de Ponto, no le des cobarde,  
que comprarás su daño caramente;  
mas, aunque dicho presto, oyóse tarde,  
qu'el otro respondió discretamente:  
No es bien, que quien su dicha ha visto aguarde,  
ni que el que un enemigo sólo tiene,  
aguarde a tener dos con el que viene.

Con esto cada cual de furia lleno  
se va con alta espada a su enemigo,  
cualquiera de ambos hizo un golpe bueno,  
y del de su contrario fue testigo,  
y al fin de muchos uno cogió en lleno  
al rey de Corasone, y sin abrigo,

con que soltó la vida, y fue vengada  
la de Filidamón aún no olvidada.

Después de hircanos, misios, paflagones,  
y pónticos ceñido, y mariandinos,  
pasó el gran Damasirio a las naciones  
a quien son persas y árabes vecinos,  
y conoció delante los pendones  
de aquella gente cuyos campos dinos  
son de la inundación, que les ofrece  
el río que al Nilo en esto se parece.

Entró por medio, así los fue rompiendo,  
sin que a su brazo igual defensa vea,  
que el asirio parece estar durmiendo,  
y el cita que fulmina y no pelea,  
pasó cual suele Eufrates ir abriendo  
al monte Tauro cerca de Ligea,  
dejando, por el uno y otro lado,  
vencido su alto orgullo y asombrado.

Dejó a un lado a Gamosco y a Gergoso,  
al uno ensangrentado, al otro feo,  
en manos de su ejército animoso,  
y a el otro a Palemón y a Trableo,  
y al fin llegó, aunque solo, ant'el hermoso  
Medoro, codicioso del trofeo,  
que pudo prometerle su osadía,  
sin ver lo que Fortuna prometía.

## ADVERTIMIENTO

En este nono canto, por la galera preciosísima en que van Angélica y Lidaramo y Medoro, se podrá entender la capacidad del cerebro humano, el cual no se mueve si las otras galeras no la llevan remolcando, entendidas por los sentidos exteriores y miembros corporales. Por Angélica, que va sentada en la popa, se entiende la razón, gobernadora de toda la máquina. Por Lidaramo, el consejo, que entonces tiene más perfección cuando es más anciano y maduro. Por Medoro, el deleite espiritual y contemplación que levanta la imaginación a cosas celestiales. Por la batalla naval dada entre las armadas de Arsace y Angélica, se podrá entender la lucha de los pensamientos, de parte de la sensualidad y la razón, sobre ganar la voluntad, que es el apetito del entendimiento. Por las astucias que Arsace tiene puestas en la mar por la entrada del río Comaro, se entiende las que la sensualidad pone al hombre cada día para apartarlo de la razón y que siga sus intereses, las cuales astucias se desbarataron por Lidaramo y se volvieron en daño de la misma que las había puesto. Y últimamente, por Damasirio, capitán de Arsace, que vuelve a recobrar

con su esfuerzo lo que se había perdido en la batalla, y va destruyendo la armada de Angélica, se entienden varias tentaciones, que contaminando las fuerzas del buen consejo tornan a su ser y fuerza la sensualidad, y ponen al hombre en duda de quedar vencido de ella.

La apóstrofe hecha en la estancia sesenta y una, donde dice: ¡oh gran Lasarte de hombres doctos gloria!, habla con el Doctor Don Diego Mesía de Lasarte, Presidente del Consejo de Inquisición en la ciudad y Reino de Granada, varón doctísimo en toda suerte de letras, y admirable entre los de su tiempo por la singular memoria, y juicio, y erudición, en que iguala a todo lo que se pudo decir de los antiguos, digno justamente de suma honra y aventajado premio entre los modernos, con el cual parece que el autor debió comunicar en ratos ociosos parte desta obra, y como hombre tan recatado debió ponerle aquella objeción, porque parece exorbitancia decir qu'el mar consintiese aquella parte de aceite sobre sí donde se pudiesen hundir las naos y galeras. Susumán es una planta como el zumaque, que lleva una flor como el linueso; majada toda sale aceite finísimo, de que usan en Asiria o Soria, como lo dice Fray Juan de Aranda en la descripción de la tierra Santa.

## CANTO DÉCIMO

### *Alegres fines*

*En este canto, Damasirio, aficionado de Angélica y persuadido por sus razones a que ella tenía más justicia que Arsace, finge ser vencido en la batalla y vuelve huyendo, por lo cual Polidamante, que está en batalla igual con Firanteo, hace lo mismo, y así, mezclándose la una armada con la otra, entran juntas hasta llegar al Catayo, en el cual Astrefilo, que por astucia se había hecho señor dél, ofrece las llaves a Angélica y no recibe a Arsace.*

¡Oh causa universal!, ¡oh inmensa ciencia!,  
que allí la de las cosas ves cubierta,  
do yerra en sus discursos la prudencia,  
que de soberbia entiende que la acierta;  
no culpa a su indiscreta providencia,  
mas dando a su ignorancia nueva puerta,  
finge una causa ciega de las cosas,  
que a ella, por ser tal, le son dudosas.

Y acúsala de frágil, variable,  
de engañadora, falsa, y de perjura,  
de vana, de inconstante, y deleznable,  
sabiendo que en favor de nadie jura,

y della quiere que se escriba y hable  
con más pasión que aviso ni cordura,  
pues esperando el bien de manos della,  
no teme de afrentalla y de ofendella.

Afirma que ella el bien y el mal reparte,  
haciendo arbitrio y peso de su gana,  
y della, siendo un no sé qué sin arte,  
del libro hinche la una y la otra plana,  
pues que por toda lengua, y tiempo, y parte,  
la adora, o la abomina, y la profana,  
criando con su yerro y quejas diosa,  
contraria, y enemiga, y poderosa.

Mas pues ya la crió, fortuna sea  
quien de los hombres rige el curso ciego,  
quien vuelta a Giges bella y a Iro fea,  
al uno quita, al otro da sosiego,  
quien pone a Crespo en llamas, quien rodea  
que, ardiendo Troya, falte a Príamo el fuego,  
y quien sufrir al persa rey le ha hecho  
mayor naufragio, o igual, al mar do es hecho.

Y quien al sabio abate, y quien levanta  
al necio, al flojo da, y quita al curioso,  
al vil cobarde anima, al fuerte espanta,  
ilustra al bajo, aniebla al generoso,  
y toma del derecho parte tanta,  
que le es mudar cualquier sentencia honroso,  
trocar, deber, mentir, volver semblante,  
y en sola su inconstancia ser constante.

Pues ésta, tal cual es, que vio rompida  
la flota, y la esperanza temerosa  
del mozo, a quien ya tuvo prometida  
su gloria, aunque ligera, alta y famosa,  
volvió a torcer la rueda, que es tenida  
por inconstante, varia y mentirosa,  
porque su ciencia sobra al mortal vaso,  
pues nada hay sin misterio o hecho acaso.

Y hizo que volviese, aunque vencido,  
el flaco y desarmado indio medroso  
sobre el soberbio cita, ya tenido  
en todo el ancho mar por victorioso,  
porque Polidamante, que había ido

contra el Japón, con viento más dudoso,  
muy blando y favorable le ha hallado,  
por ir mejor dispuesto y más armado.

Aunque murieron de su parte gentes  
de número muy vario, y casi inmenso,  
de lenguas y naciones diferentes,  
que a la agricana reina pagan censo,  
los de Japón, muy diestros y valientes,  
dudoso el fin pusieron, y suspenso,  
de la batalla un poco, mas al cabo,  
perdieran a hincar fortuna el clavo.

Que ya se habían los reyes encontrado,  
y en el suceso de ambos se esperaba  
la voluntad del inviolable hado,  
que con secreto amor todo lo acaba;  
el rey de Banda en sí está confiado,  
y en no sé qué deidades que adoraba,  
en Dios el de la Iberia o Georgiana,  
provincia, aunque entre bárbaros, cristiana.

Y aunque las armas casi son iguales,  
y en la destreza igual primor había,  
y con pesados golpes, y mortales,  
cualquiera a su enemigo resistía,  
y aunque las gentes del Japón son tales,  
que exceden a las que hay en mediodía,  
muy mal se defendieran de los fieros  
citas y albanos, fásides y iberos.

Y más si Damasirio, que llevaba  
del otro cuerno la victoria cierta,  
matando al rey de Aquén, de Dío y de Java,  
y abriendo en los asirios fácil puerta,  
el hecho concluyera que restaba,  
saliendo de el lugar do está cubierta  
la reina belicosa, que regía  
sus gentes de Sarmacia y Tartaría.

Mas como el rey de Ponto a la galera,  
al tálamo, diré, triunfal, pomposo,  
llegó con pecho airado y vista fiera,  
do están la bella Angélica y su esposo,  
rompió los otros vasos, de quien era  
llevada por ingenio artificioso,

que aunque con gran valor se defendieron,  
despojos de sus fieras gentes fueron.

Y como si de ciervas rodeado,  
la tigre, en algún raso monte halla,  
al tiempo de la brama, al ciervo echado,  
dispuesto para menos cruel batalla,  
que despreciando al otro vil ganado,  
de que para su guarda alzó muralla,  
sobre él los dientes fieros y uñas echa,  
de su ancho cuello y lomos satisfecha,

y van por esta y por aquella parte,  
las temerosas ciervas saltos dando,  
sin guarda, ni orden, ni concierto, ni arte,  
y vuelven la cabeza atrás temblando,  
así el soberbio cita, el fiero Marte,  
la suriana flota despreciando,  
en la galera sola hizo presa,  
que más que la una armada y la otra pesa.

Y viéndole llegar las otras fueron,  
así las que eran rotas y abatidas,  
como las que a batalla no vinieron,  
huyendo al mar, de su temor vencidas;  
también las tiernas damas, que le vieron  
echar las fieras manos y atrevidas,  
sobre el gentil Medoro, se asombraron,  
y aquí y allí, gritando, se arrojaron.

Porque el hermoso joven, aquel día,  
de solo arnés y brazaletes de oro,  
orlados con preciosa pedrería,  
se armó; no por horror, mas por decoro,  
sus tocas, con temblante argentería,  
y sus turbantes, tuvo, al traje moro,  
con ingeniosos lazos apretados,  
azules, blancos, verdes y encarnados.

Y viendo así llegar al cita fiero,  
sacó su espada cuya empuñadura,  
según sus piezas, vale un reino entero,  
y mil si se le aprecia la ventura;  
tomó su escudo, no de fuerte acero,  
mas del metal más rico y de escultura  
tan ingeniosa y prima, que pudiera

frezar con su valor aunque más fuera.

Y a recibirle sale, al tiempo que iba  
el rey sobre los bancos ya saltando,  
de sangre lleno, desde bajo arriba,  
de la que derramó al contrario bando,  
alzada la visera, y con la esquiva  
presencia y vista al mundo amenazando,  
el cual como le vio suspenso estuvo,  
y a contemplarle un poco se detuvo.

Y tal le pareció cual ya fue un día,  
la bella madre del Amor, armada,  
a do el gentil Diomedes combatía,  
y vino de sus manos lastimada;  
después creyó, entre sí, que ser podría  
alguna dama, que ceñir espada  
usó, según lo oyó decir primero,  
de la mujer y hermana de Rugero.

Y dijo, prosiguiendo en esta duda:  
Detente, o bella diosa, o ninfa seas,  
y de ese traje varonil te muda,  
que no es razón que a tu coraje creas,  
mejor que armada vencerás desnuda,  
si ya domar los ánimos deseas,  
que yo por obra tengo más honrosa,  
que venza con sus armas cada cosa.

Bien sé que un tiempo no sé qué doncellas  
de los Ceraunios montes, y su gente,  
y Martesia, y Lampédone con ellas,  
bajaron a la tierra más caliente,  
mas ni eran como tú gentiles, bellas,  
ni como tú peleaban frente a frente;  
tirando el arco, aquí y allí, huían,  
porque venir a fuerzas no podían.

¿Podráse comparar este nervoso  
y fuerte brazo, duro, tieso y lleno,  
con ese blando, fácil y carnoso,  
y sólo para guerras de amor bueno,  
y aquese rostro tierno y amoroso,  
de donde Amor arroja su veneno,  
a aqueste fiero, cuya sombra entiendo  
que allá en su cielo Marte está temiendo?

No hay cosa que más presto al hombre haga  
perderse que ir al hado contrastando,  
que de su oficio no se satisfaga,  
y esté los de los otros procurando.  
Atento el bel Medoro a todo estaba,  
y dijo: Más ganarás predicando,  
según que en el estilo vas parejo,  
que a dar como discreto algún consejo.

Mas porque me parece que cansado  
vendrás, esta batalla dilatemos,  
y así conmigo como estás armado,  
te ruego que en la popa nos sentemos.  
En esto ya había Angélica llegado,  
y el rey vio de belleza dos extremos,  
sin que del uno y otro ver pudiese,  
cuál hembra o cuál varón entre ellos fuese.

Cualquiera trae por crespas crines oro,  
por rostro grana, y trae marfil por frente,  
por ojos soles, y un hermoso coro,  
de aljófar y coral, por labio y diente;  
en ella luce un varonil decoro,  
en él un virginal donaire ardiente,  
que aquesta variedad, por la extrañeza,  
aviva en cada rostro la belleza.

Vestido justo cada cual traía,  
porque del mar el uso no impidiese,  
y con igual donaire y bizarría,  
por una parte y otra discurriese;  
las armas que Medoro se vestía  
hicieron que a Minerva pareciese,  
y Angélica el correr con tanta gana,  
le hizo parecer también Diana.

Llegó con el semblante soberano  
que Venus abajó, cuando turbada  
el cuerpo de su Adonis vio en el llano,  
y cerca dél la fiera ensangrentada,  
que como vio a Medoro espada en mano,  
y al cita vio también en mano espada,  
temió su muerte, y quiso ir a ayudalle,  
por no quedar después para lloralle.

Y viendo que los dos están hablando,  
y cuánto les importa entretenerle,  
porque sin él pudiese el indio bando  
vencer sus escuadrones y vencelle,  
llegóse, algunas lágrimas dejando  
caer, por do pudiese más movelle  
a lástima, y alzó los ricos ojos,  
no sé si de más gracias que despojos.

Así en el arenal del fértil Nilo  
suele verter sus lágrimas fingidas,  
por engañar, el fiero cocodrilo,  
las gentes de su daño inadvertidas;  
así la hiena, por el mismo estilo,  
sus voces da, y sus vueltas ya sabidas,  
con que las fuerzas y sentidos liga  
del simple, a quien se muestra falsa amiga.

Y díjole: Guerrero valeroso,  
pues ya has ganado tanto nombre y gloria,  
que el tiempo airado, ni el olvido odioso,  
podrán borrar del cielo tu memoria,  
¿qué te va a ti en mostrarte tan furioso?,  
¿qué te va a ti en quitarme esta victoria?  
y ¿qué te va a ti en que Arsace destruya  
mi tierra, no contenta con la suya?

Si yo este punto pierdo, aquí se acaba  
de mis mayores claros la grandeza,  
y la esperanza oscura, que alargaba  
en mí una antigua sombra de nobleza;  
si yo le gano, y vuelvo aquél do estaba,  
que es larga y más dudosa la certeza,  
de que te debo siempre ser deudora,  
ninguna cosa pierde tu señora.

Sus términos su tierra tiene ciertos,  
si a su avaricia y hambre satisface,  
y basta el monte Imabo, y los desiertos,  
que la crueldad de tantas gentes hace;  
¿por cuál razón, por cuáles desconciertos,  
la tierra del oriente más le aplace  
que la del norte, o hiperbóreo suelo,  
do está la paz y amenidad del cielo?

No fueron a turbarle su dulzura

mis gentes algún tiempo, ni yo he ido,  
buscando en sus contentos mi ventura,  
a alborotar su padre o su marido;  
y si él soberbio, y lleno de locura  
en menosprecio della a mí ha venido  
tampoco lo admití ni hube por bueno,  
que nunca fui contenta con lo ajeno.

Ni menos en sus daños soy culpada,  
que si me defendí, y él porfiando  
perdióle sangre y vida mal guardada,  
fue deuda que a los dioses fue pagando;  
ni yo para su muerte di la espada,  
ni yo conduje por mi sueldo a Orlando,  
ni le forcé a buscarle señalado,  
él sí, que le sacó a pelear forzado.

Y cuanto más, que aunque uno y otro sea,  
ya ha hecho más venganza que fue el daño,  
pues de mi renta y título se arrea  
un año, con mi ausencia, y otro año,  
y con mis gentes contra mí pelea,  
por fuerza, por crueldad, o por engaño;  
mi padre es muerto y mi ciudad quemada,  
y aun ella no se tiene por vengada.

No debe sospechar la triste suerte,  
de los que tantos daños han sufrido,  
de los que tantas veces ven la muerte,  
y para más desdichas la han huido;  
razón es que se ablande un pecho fuerte  
a lástima, de aquellos que han venido,  
de tanta alteza, al miserable puesto  
a que podría fortuna traerlo presto.

Así diciendo, por el rostro hecho  
de la rosada luz del sol, y el cuello  
de la nevada luna, y por el pecho  
que honraban dos manojos del cabello,  
de lágrimas gran lluvia va, y deshecho  
aquel veneno entr'ellas que a bebello  
Amor, aunque en sus brazos se enlazara,  
a la hermosa Psiques olvidara.

Y el tártaro soldado sin moverse,  
del mismo puesto que tomó primero,

estaba, y sin acá ni allá torcerse,  
cual un coloso o un ídolo de acero;  
sintió en su duro pecho revolverse  
no sé qué cisma, de uno y otro fuero,  
que espíritus y sangre revolvían  
dos dioses, que en su fuego combatían.

El uno es Marte, que de gloria armado,  
de sangre y furia lleno, voces daba,  
Cupido el otro, cándido y dorado,  
que de su fiero cuello se colgaba;  
llegó la tierna Venus por un lado,  
a quien la ninfa Aglaya acompañaba,  
teniendo de la lucha algún recelo,  
y con el padre dieron en el suelo.

Mirábase el feroz Mavorte en tierra,  
y como al niño sobre sí veía  
haciendo poco caso de la guerra,  
y asiéndole la barba, se reía;  
no piensa que es vencido aquel que yerra,  
ni el que contra su mismo bien porfía,  
mas de tal suerte da a su ingenio cuerda,  
que entienda que se gane, aunque se pierda.

Ya le parece al rey de Ponto injusta  
la empresa, en que la hija de Agricano  
armar hizo una fusta y otra fusta,  
y que era bien alzar della la mano,  
y ya que no le fuese, al fin él gusta,  
que no se acabe de hacer temprano,  
mas que la guerra se prosiga y pase,  
porque el poder y estima a él le durase.

La paz revuelve luego en su memoria  
de que Arsace gozó, viendo rendido  
el mundo, y la soberbia, y vanagloria,  
con que lo despreció y puso en olvido,  
pues a la muerte lo envió notoria,  
do a no ser de su dicha socorrido,  
o por Aquiles desmembrado fuera,  
o en cuernos de sus toros feneciera.

Y aun de otros se le acuerda, más secretos,  
secretos, y aun crueles y más fieros,  
a quien los amadores son sujetos,

los amadores, digo, verdaderos,  
que como a ser livianos y indiscretos  
los fuerzan del tirano Amor los fueros,  
el fuego nunca ven, aunque se quemem,  
y la agua, como el can que rabia, temen.

El rey de Ponto en sumo extremo ardía  
por el amor de aquesta reina bella,  
a quien con más razón servir debía  
por reina, que por ser amado della,  
y celos ardentísimos tenía  
del bello rey de Iberia, no porque ella  
al uno más favor que al otro diese,  
o porque el otro más lo mereciese,

mas porque su gallardo ingenio y brío  
no sufre igual, ni quiere que se halle  
quien de Arsace en el pecho o señorío  
pudiese, aun mereciéndolo, igualalle,  
o fuese el odio que lo hizo frío,  
o nuevo amor que quiso calentalle,  
o lástima destotra reina nueva,  
que nada le disculpa ni le aprueba.

Al fin determinóse brevemente,  
y dijo: Ilustre reina, ten memoria  
que te he llamado reina del Oriente  
a tiempo que no es tuya la victoria,  
y acuérdate de mí, aunque estés absente,  
cuando en tu reino goces de esa gloria,  
que en toda parte y todo tiempo creo,  
que es bien que se agradezca un buen deseo.

Y salta diciendo esto al más cercano  
vaso, que de su gente se le ofrece,  
mirando el mar sangriento ya y no cano,  
que a Marte y no a Neptuno se parece;  
la espada lleva floja, y aun la mano,  
y aquí y allí su furia desfallece,  
y alzando temerosa la bandera,  
comienza a recoger su gente fiera.

La grita en todas partes se escuchaba  
de los que van venciendo y los vencidos,  
el mar de naos quebradas lleno estaba,  
y el viento de los gritos y alaridos;

el sol, que ya a las ondas se abajaba  
hiriendo en varias armas, sus lucidos  
y centellantes rayos reverbera,  
y ofrece al mundo luz de otra manera.

Llegaban a tal tiempo dos señores,  
que allá en la retaguardia habían venido,  
de Deli y de Sian emperadores,  
que el mundo en sus dos flotas traen metido,  
y Lidaramo entre ellos, que temores  
le habían a lo fuerte reducido,  
mas lo uno y lo otro junto no bastara,  
si Damasirio intento no mudara.

Al fin fue la batalla tan horrenda  
cual no se vio jamás, y tan reñida  
que no hay quien de la muerte se defienda  
que no aborrezca haber quedado en vida,  
y hay pocos que en el mar no dejen prenda,  
cuál un miembro, y cuál otro, y cuál vertida  
la sangre, y la hacienda derramada,  
y a un elemento y otro encomendada.

Cualquiera vio entre llamas y ondas feas  
sorberse el mar, hirviendo a borbollones,  
mil vasos, y amanchuas, y a tasoreas,  
calaluces, champanas o balones,  
con mil bajeles varios, y preseas,  
que el agua sacó a luz de sus rincones,  
y las que a muchos el morir quitaba,  
la misma sobre sí las sustentaba.

No de otra suerte que el que victorioso,  
enseña los trofeos elegantes,  
de que privó al contrario valeroso,  
por gloria suya, a muchos circunstantes;  
allí está el arco, allí el carcaj preciosa,  
las flechas, las aljubas, los turbantes,  
alfanjes, tahelíes, rodela, botas,  
baúles, y otras mil vasijas rotas,

y lo que es más dolor, cuerpos humanos,  
tantos que el mar gran trecho no se vía:  
Aquí sin piernas, pies, brazos o manos,  
que sola la cabeza los regía,  
allí sin ella, y que otros miembros sanos

el temeroso espíritu bullía,  
buscando en vano senda, aunque perdida,  
para salvar la mal guardada vida.

Mas ya no es bien que el ocio y día consuma  
en la batalla larga, innumerable,  
do más de cuerpos muertos que de espuma  
se vio el mar lleno, y casi impenetrable;  
aun de los reyes la infinita suma  
no contará la fama, aunque más hable,  
aunque sus ojos y alas se tornasen  
lenguas, y con las suyas se juntasen.

Si apenas fue la pluma del tebano  
Homero, para tanto, que contase  
el escuadrón del griego y el troyano  
sin que a otros mil reliquias les dejase,  
y si a la de Virgilio el mantuano,  
Eneas y Turno hacen que se tase,  
con poca gente, que en su ayuda vino,  
del pobre rey Evandro o de Latino,

¿cómo podrá la mía, aunque más pruebe,  
hacer de tantos la memoria cierta?  
pues de do Imabo el mar de la India bebe,  
a do en Panfilia al suyo puso puerta,  
así por donde tiene fuego o nieve,  
como por donde se alza, o do se entuerta  
su falda, que le pone varios nombres,  
pagó a esta guerra un largo censo de hombres.

Y todo aquello que del viento helado,  
en sus vertientes altas, se visita,  
en parte armado, en parte desarmado,  
le envió a la reina del soberbio cita;  
y aquello que es del austro calentado,  
que más ligeras armas ejercita,  
con varias islas, que lo van cercando,  
a la del indio regalado y blando.

En tanta confusión de tanta nave,  
de tanta gente, y tan extraña y fiera,  
que apenas el mar índico la cabe,  
y en otro mar no entiendo que cupiera,  
y do una gente apenas de otra sabe,  
la que al huir la seña dio primera,

su parte hizo de temor vencida,  
sin que pudiese más ser socorrida.

Y así tras Damasirio revolvieron  
aquellas varias gentes y naciones,  
que allí al entrar con furia le siguieron,  
aun prevertiendo el orden y escuadrones;  
mil vasos en las ondas se sumieron,  
o con las varias suertes de invenciones  
de máquinas rompidos, o quebrados  
de encuent[r]os de otros, o desamparados.

Y mil, huyendo fuera de camino,  
en rocas desmandados o en bajíos,  
o en puntas de islas, que perdido el tino  
do quiera se cometen desvaríos;  
un viento en medio de esto sobrevino,  
que hizo nueva guerra a los navíos  
del rey de Ponto, entre aquilón y oriente,  
que al indio dio en la espalda, al cita enfrente.

Y así volverlos hizo, que forzados  
y presos resistir no le podían,  
y en queriendo huir eran llevados  
con más ligero curso que pedían;  
cuando Arsace los vio desbaratados,  
y que sin orden ni razón huían,  
sacó su armada para detenellos,  
y hizo un peligroso encuentro en ellos.

Cayeron muchos de una y otra parte,  
porque de prora a prora se encontraron;  
aquí la nao amiga a la otra parte,  
allí las dos al fondo se arrojaron;  
y así la reina, viendo que no es parte,  
porque los enemigos ya llegaron,  
a resistir, pues viene en una liga  
la armada suya rota y la enemiga,

quisiérase pasar a do pelean  
el fiel Polidamante y Firanteo,  
porque vencidos los japones sean,  
y nadie goce alegre del trofeo;  
mas en vano sus gentes lo desean,  
que el día ya quedaba triste y feo,  
llevándole sus rayos rutilantes

los caballos del sol, cuadrupedantes.

Y con su ausencia el mar negro y oscuro,  
de la copiosa sangre acrecentado,  
bramando alzó su frente al aire puro,  
quizá del peso, que sufrió, cansado,  
y en medio de una nave y otra, un muro  
dejó de un'agua espesa levantado,  
con que ella, y aire, y cielo aunque sereno,  
parecen hechos de un cuajado cieno.

Y quien ir contra el curso pretendía  
de las que al norte ya se van torciendo,  
o dellas es herida o las hería,  
en lo uno o lo otro daño recibiendo,  
y más que aqueste tiempo ya venía  
también, la flota, con temor, huyendo  
del rey de Iberia, porque no pasase  
el indio, y las espaldas le tomase.

Después que se entendió que era vencida  
la flota del de Ponto, y que dejaba  
abierto el paso a la otra, que venida  
de Sián tomarle en medio procuraba,  
teniendo la victoria por perdida,  
la gente sin licencia se alargaba  
del capitán, que porque más no tuerza,  
de voluntad mandó lo que era fuerza.

Y así se fue con orden recogiendo,  
hasta que las tinieblas temerosas  
del todo se lo fueron pervirtiendo,  
como lo hacen siempre en otras cosas;  
confusas, cuál siguiendo, cuál huyendo,  
con las vencidas van las victoriosas  
naciones, por do el viento va y las lleva,  
que nadie en vano a resistillos prueba.

Hasta que el sol, dejando rodeado  
el mundo inferior, volvió de nuevo  
a ver de las armadas el estado,  
y a darles con su luz diverso cebo;  
entonces, aun no habiendo bien dorado  
las altas cumbres de los montes Febo,  
se vio del mar océano arrojada,  
al río Comaro, la una y la otra armada.

Confusamente, sin que se entendiese,  
cuál es el indio o cítico navío,  
como el turbado mar los impeliese,  
los recibió en su boca el ancho río;  
el cual, como en sus claras ondas viese,  
revuelto, el uno y otro señorío,  
en reconocimiento más entero  
del natural, y antiguo, y verdadero,

abrió con un suavísimo rüido  
dos montes de cristal, que recibían  
en su alta cima al sol recién nacido,  
y abajo las arenas revolvían,  
do el blando humor, la guiija, el pez lucido,  
la almeja, o lisa concha, se reían,  
con tan alegre baile y movimiento,  
que de su rey mostraban el contento.

Y aquí y allí dejando el vario coro  
de nereidas y náyades, que tiene  
cuidado de acendrar el menudo oro,  
que en la agua dulce y la salada viene,  
alzó su ilustre frente, qu'el tesoro  
del suelo opulentísimo sostiene,  
y encadenados con pimpollos tiernos,  
sus dos soberbios nevados cüernos,

sus verdes ojos, sus vellosas cejas,  
do muestra su potencia y señorío,  
su aguileña nariz, y sus parejas  
y abiertas cuevas, do su furia y brío,  
y su espumosa barba, y sus orejas,  
y de alto abajo lleno de rocío;  
el rostro y cuello blanco, el vientre, l'anca,  
blanco hombro, pecho blanco y veste blanca.

Blanco el cabello, y crespo, y coronado  
de la ancha hoja y la menuda espina,  
del verde lampatán, que se ha usurpado  
el nombre entero de la rica China,  
blasón soberbio y justo, si ha alcanzado  
lo que antes no alcanzó la medicina,  
pues los ñudosos males y dolores,  
rindió a la blanda ley de otros menores.

Debajo el brazo de la mano diestra,  
el rico, y grave río, y poderoso,  
el grande y incomparable vaso muestra  
con que al mar Indio da tributo honroso,  
y un árbol de alcanfor en la siniestra,  
con blanca hoja y goma, así oloroso,  
qu'el viento, que le toca y reverbera,  
enciende en suave fresco al río y ribera.

Sacó su voz con un furor divino,  
que más sonora hizo su garganta,  
después que el claro pecho y cristalino  
hinchió de inspiración preciosa y santa,  
y dijo: Si tu fuerza abrió camino,  
¡oh reina!, en tanto mar y en tierra tanta,  
por tantas ondas, riscos, montes, valles,  
no es justo que en tu patria no le halles.

Entra dichosamente, ¡oh hija amada  
del sabio Galafrón!, por mi corriente,  
que nadie te osará negar la entrada  
mandándote yo entrar dichosamente;  
entra, que ya la palma tiene alzada  
por tí, en tu insigne alcázar eminente,  
Mercurio, que a tu parte más se inclina,  
guiado por la justa fada Astrina.

Entra, que ya el gran Júpiter te ofrece  
el rico cetro y la triunfal corona  
que tu consorte a tal sazón merece,  
más por favor de Venus que Bellona;  
mas, ¡ay!, cuán poco tiempo resplandece,  
sobre él, el claro hijo de Latona,  
páreceme que apenas le ha mirado,  
cuando le veo ascondido y eclipsado;

páreceme también que veo anegada  
en lágrimas tu faz, mas sale luego  
a seco puerto, que aun quedar mojada  
la luz no le consiente de su fuego;  
allí con nuevo manto cobijada,  
no sólo irás cobrando tu sosiego,  
mas quitarásle el suyo a quien ha sido  
bastante a traerte al punto a que has venido.

Y juntarás de tierra vencedora

gran parte a la vencida, y la que el puro  
río Ecardes riega, y la que el seres mora,  
que de otro humano trato no es seguro;  
después que, al fin, de tanto seas señora,  
cercarlo has por mil leguas con un muro,  
que llegue, habiendo un mar y aun otro visto,  
del círculo de Cancro al de Calisto.

Diciendo así, aquel rostro soberano  
metió en sí mismo el venerable río,  
y alzó en sus claras ondas un solano,  
que con la aurora vino fresco y frío,  
llevando, cual quien lleva de la mano,  
hasta la gran ciudad, cualquier navío,  
que en la confusa mezcla indiferentes,  
pasaron por los ojos de sus puentes.

Allí sobre el saltar a tomar tierra,  
cualquiera deseoso y alentado,  
se esfuerza en nuevo género de guerra,  
que nunca había en aquellos días cesado;  
allí de nuevo cuál a cuál afierra,  
y cuál, por otros roto y barrenado,  
se sume, y cuál, por ir do no debiera,  
se rompe en algún risco, en la ribera.

Al fin el que primero saltó en ella,  
fue Firanteo, el rey de los bandanos,  
diciendo: Aquí de Angélica la bella,  
y en los de tierra quiso echar las manos,  
mas uno respondió: Si tú eres della  
de hoy más tenernos debes por hermanos,  
que la ciudad al cita hemos quitado,  
y el cuello de su yugo descargado.

Aquella barba blanca, que parece  
sobre la torre, es de un prudente viejo,  
que la crió, ama, y sirve, y obedece,  
y a él la gran ciudad por su consejo,  
y en ello nombre infame no merece,  
que es de lealtad y de justicia espejo,  
pues a su antigua reina no ha dejado,  
y en manos de la nueva no ha jurado.

Fingióse loco, al tiempo que perdida  
fue la ciudad, y siempre murmurando,

con mal formada voz y no entendida,  
anduvo por las calles variando;  
después que sospechada fue, o sabida,  
la cuerda que fortuna os iba dando,  
dio aviso, de uno en uno, a nuestros chinos  
que maten a los citas, sus vecinos.

Y él mismo, en el alcázar y castillos,  
en varios tiempos, gente había metido  
que a tal sazón pudiesen luego abrillos,  
que él por señal hiciese rüido;  
también a algunos chinos pajecillos,  
de que diversos citas se han servido,  
y algunas damas chinas que servían,  
les instituyó en lo que hacer debían.

Ya noche en el alcázar, de repente,  
donde él casi al d[e]scuido había quedado,  
sonó su cuerno, que es de un largo diente  
de un elefante, un poco desbastado,  
y comenózse, aquí y allí, la gente  
a disponer [e]l hecho concertado,  
muriendo tantos citas que pudieran  
poblar otra ciudad, si vivos fueran.

Porque si alguno, por estar despierto,  
o ser su matador poco animoso,  
no fue en la cama, y al d[e]scuido, muerto,  
y se escapó matando al alevoso,  
murió en la calle en siendo descubierto,  
por do llevaba un escuadrón famoso  
el rey Clarión, amigo verdadero  
del viejo, a quien él parte dio primero.

Alegre con tal nueva, Firanteo  
vio al rey, con sus lucidos escuadrones,  
que con amigas muestras y deseo,  
desembarcar dejaba los japones;  
después vio que abrazaba a Clorideo,  
y que le reconocen las naciones  
que Eufrates riega alegre, y que rodea,  
con sus preciosas palmas, la Idumea.

Y vio que poco a poco van saltando  
a tierra los asirios, y las gentes,  
que siguen de la bella reina el bando,

por partes y lugares diferentes,  
y que a los citas se les va estorbando  
la tierra, y las entradas de las puentes,  
siguiendo cada cual tras su estandarte,  
y muertos muchos de una y otra parte.

Aunque por ir tan juntos, y mezclados  
los citas con los indios, sin concierto,  
y por tener el río tantos lados,  
también lo fueron en tomar el puerto,  
y muchos dellos, por estar cansados  
de la batalla larga, y ser incierto  
el número de gentes, se apartaban,  
y a amigo y enemigo el puerto daban.

Ya el sol, que siete veces visto había  
la redondez de tierra, y agua, y viento,  
después que la alta Palas dividía,  
de la victoria, el triste vencimiento,  
en si cogió la clara luz del día,  
a tiempo que, encerrada en su aposento,  
la diosa de la noche a Ceres deja,  
y entre los brazos de Plutón se aleja.

Y así privados de una y de otra lumbre,  
hubieron de dejar al río Comaro  
los que en pelear tenían hecha costumbre,  
por ver que el defender les cuesta caro.  
Fue Angélica a la ilustre pesadumbre  
del rico alcázar, do el camino claro  
hicieron lumbres, por sus trechos puestas,  
del calambuco y cánfora compuestas,

a do, con dulces músicas süaves  
y danzas diferentes, le ofrecieron  
la posesión justísima, y las llaves  
que sus antiguos padres ya tuvieron;  
mas la otra reina, a quien los hados graves  
en estos días, más que en otros, fueron,  
llevó la gente que le había quedado  
a do el castillo Albraca está sentado,

y en cerco dél plantar su campo manda,  
con tiendas y lucientes pabellones,  
cuál de oro, o plata, o seda, cuál de holanda,  
y cuál entera, y cuál hecha a girones;

ochenta y un mil son de una a otra banda,  
varias en listas, varias en pendones,  
tan uno el orden, aunque en varios talles,  
que una ciudad formaban con sus calles.

La tienda principal, que es de brocado,  
do la hermosa emperatriz estaba,  
un gran carbunclo en medio trae engastado,  
que como el sol dos millas alumbraba,  
y cien rubíes de uno, y de otro lado  
cien esmeraldas, y por do se clava  
la pieza en otra pieza, por delante,  
cubierto cada punto de un diamante.

Y para más seguridad tenía,  
aunque a la fuerte roca está arrimada,  
y dentro de su espacio recogía,  
del alta Albraca, la secreta entrada,  
un foso, que los lados le ceñía,  
y ante su puerta una ancha empalizada,  
cercada de mil tiendas por decoro,  
con sus padrones y cadenas de oro.

En torno de la plaza están primero  
trecientas de sus damas, las más bellas,  
hija de rey cualquiera, o caballero  
que fuese igual con él, y todas ellas  
de raso, o de damasco blanco, entero,  
para señal que todas son doncellas,  
después las de las reinas se seguían  
que con brocados varios relucían.

Las de las nuevamente desposadas,  
son telas de oro, y plata, y encarnado,  
y con damasco azul agironadas,  
y encima un gallardete colorado;  
las de las de más tiempo ya casadas,  
de verde, y rojo, y oro entreverado;  
las viudas, que de esposos son absentes,  
de negro, y oro, y mezclas diferentes.

Que verde mezcla al negro quien sustenta  
su temprana viudez con esperanza,  
azul quien con temor su dicha tienta,  
y rojo quien más cerca ya la alcanza,  
mas con lo negro sólo, se contenta

quien ve más cierta su desconfianza;  
y así, por el color, mostró cualquiera  
lo que en el pecho tiene, acá de fuera.

Después, en derredor de todas ellas,  
los reyes sus más largos pabellones  
pusieron, do pudiesen mejor vellas,  
con varias señas, motes, y blasones,  
y al fin las otras gentes, más que estrellas,  
sentaron sus banderas y escuadrones,  
y lejos bien, dos leguas apartados,  
los bajos oficiales y criados.

Y en cada parte música se oía:  
aquí de los tambores y trompetas,  
allí de la dulzaina y chirimía,  
o de los sacabuches y cornetas,  
acá la blanda arpa, que tañía,  
con blancas manos de marfil perfetas,  
la dama, que la voz soltó sonora,  
mientras se viste o come su señora.

Porque cualquier princesa o reina tiene  
sus damas, que le sirven, principales,  
sin otras mil esclavas que mantiene,  
o mozas con oficios desiguales;  
cual con vihuela o lira se entretiene,  
sonajas, flautas, y aparatos tales  
con que se pasa el tiempo, y se recrea  
el seso que en la guerra no pelea.

También de noche nueve mil soldados,  
a quien la guardia les caía por suerte,  
que siempre estaban a caballo armados,  
en torno de las tiendas y del fuerte,  
con varios instrumentos concertados  
tocaban, cuando a prima se divierte  
la vela, o a la media, o alborada,  
haciendo una suave maitinada.

Con esto pasan, y con varios juegos,  
y cuentos do la noche se reparte,  
echando a las ciudades los sosiegos  
del sueño ocioso, que aborrece Marte;  
también la variedad de tantos fuegos  
en la cuidosa vela tiene parte,

y más allí, do el aire es más piadoso,  
con linaloe y con sándalo oloroso.

Aunque la bella emperatriz, corrida  
de que en el mar tan mal le sucediese,  
y que en la tierra la ciudad vencida  
el cuello de su yugo sacudiese,  
ni gusta ni recibe alegre vida,  
antes procura, y busca, si pudiese  
hallarse en ocasión de combatilla,  
y destruir su reina, y destruilla.

Y tal se le ofreció, porque, acabando  
de conquistar la China, Libocleo,  
y a su poder y leyes sujetando  
lo que este nombre abraza en su rodeo,  
un día con su hueste entró triunfando,  
con inmortal despojo, y con trofeo  
ganado en fieras y diversas gentes,  
y con prisiones varias y excelentes.

Metiendo sobre grandes dromedarios  
riquezas no pensadas ni sabidas,  
y fieras varias, y animales varios,  
y gentes fieras, varias, y vencidas,  
con rostros de los nuestros tan contrarios,  
con miembros tan diversos y medidas,  
que aunque hablar supiera y entendellas,  
temiera la razón de estar entre ellas.

## ADVERTIMIENTO

En este canto, por Damasirio, que llevando la batalla vencida, aficionado de la belleza de Angélica, y inducido por su razonamiento le deja la victoria en las manos y vuelve huyendo, se entenderá la fuerza del Amor, y lo que puede aun en sus principios, o la variedad de los pensamientos de los hombres, que por razones fáciles se dejan llevar a su gusto. Es de advertir la batalla de Marte y Cupido en el pecho de Damasirio, y la astucia con que el niño le vence, y cuán bien se describe la lucha de pensamientos y consideraciones que el caballero tuvo en su pecho antes que se determinase. Después, por el parabién quel río Comaro le da a su antigua señora Angélica de su venida, y el ofrecimiento que le hace, se considera el contento que todos tienen con su rey natural, pues hasta las cosas inanimadas parece que se huelgan y regocijan con su presencia. Aunque esto de fingir que los ríos tengan figura humana y hablen es antiguo de los poetas, y no carece de misterio y moralidad, y fíngenle con aquella pintura quel autor describe, y así el río Inaco, y el Peneo, y Eridano, dice Ovidio que lloraron sus hijos y

aun no contentos con esto quieren que tengan deidades, de la suerte que la gentilidad las adoraba en ellos, y que pronostique[n] lo venidero, y así lo hace Comaro al presente, que casi pronostica lo que les ha de suceder a sus reyes en breves palabras. Por Astrefilo, que después de haber permanecido en su fingida locura tanto tiempo, en viendo la ocasión descubierta muestra su voluntad, y quita el señorío a Arsace y lo da a Angélica, se entiende el entendimiento, que al fin después de mucho tiempo que ha vivido en sus errores vuelve a reducirse a la razón que debe, fortificando las demás potencias que le acompañan, entendidas por los castillos de la ciudad del Catayo.

## CANTO UNDÉCIMO

### *Pruebas peligrosas*

*Descríbese el suntuoso triunfo de Libocleo, viniendo vencedor de toda la India; infórmase Arsace del poder de Medoro, y de su hermosura y discreción, y vale a ver, llevándole un presente; hállale cazando; viene a ser descubierta y presa.*

No sin misterio dio naturaleza,  
que en esto, como en todo, fue advertida,  
al bruto edad, y fuerzas, y grandeza,  
en muchos siglos, de una igual medida,  
una constante forma, una certeza,  
una amistad y lengua conocida,  
y para el bien o el mal un mismo instinto,  
a los que son de un género distinto.

Ni viven más ni menos que vivieron,  
ni el cuerpo es más o menos grande o fuerte,  
ni saben más o menos que supieron,  
para buscar la vida o huir la muerte;  
doquiera se hablaron y entendieron,  
aunque de tierras varias, de una suerte,  
doquiera el uno al otro se procura,  
y se conoce al fin por la figura.

Y al hombre, a quien con obras va obligando,  
pues que para él las cosas todas cría,  
en todo así lo tiene vacilando,  
que de sí mismo a veces se desvía  
en vida, en lengua, en rostro variando,  
y aun piensa que en la forma desvaría  
quien ve tan gran mudanza y no su intento,

o que con él se burla, o que anda a tiento.

¿Dó está ya un Néstor con tan larga vida?,  
¿dó un cuerpo cual de Orestes o Palante?,  
y ¿dó un Milón de fuerza sin medida?,  
aunque ni aquí hay milagro ni hay gigante,  
y ¿dó al que en vago dio mortal caída,  
el que los huertos despojó de Atlante?,  
si ya la admiración de los presentes,  
no niega fe a la voz de tantas gentes,

y ¿dó las varias formas y invenciones  
que la África sacaba cada día,  
y los extraños monstrros y naciones  
que la India y Citia entonces producía,  
con que pintó sus largos escuadrones  
el fuerte Libocleo, cuando había  
al nuevo yugo de Arsace enlazado  
la China, en lo poblado y despoblado?

Primero entrar se viera aquella gente  
que fue contra su amiga vencedora,  
y habita lo más claro del oriente,  
y aquel, por quien tal nombre tiene, adora,  
después la que del norte oscuro absente  
siguió tras la ambición de su señora,  
y por tener tan gran valor consigo  
se consintió regir de su enemigo,

con instrumentos varios, y sonidos  
de músicas diversas belicosas,  
con cantos, y con voces, y alaridos,  
cual se usa entre las gentes victoriosas,  
con nuevas diferencias de vestidos,  
con joyas y riquezas muy preciosas,  
como los traen de las cercanas guerras  
los que han vencido y vuelven a sus tierras.

Después venían aquellos que, rogado  
del cuerdo Libocleo, cual de amigo,  
dejaron sus lugares despoblados,  
para poblarle el campo a su enemigo;  
tras estos mil camellos van, cargados  
de aquestas cosas que, en su blando abrigo,  
sin cuenta echó en tal suelo la Amaltea,  
de las que el mundo por acá desea.

Allí el brasil y el sándalo, apreciado  
por tres sustancias varias y colores,  
y el palo que del águila es llamado,  
y el linaloe, y los blancos alcanfores,  
y el comiñán, do el benjuí pegado  
se halla, y otros árboles de olores  
diversos y provechos, que inmortales  
la China cría en sus faldas orientales.

Después la rica y varia especería:  
el malabatro, el clavo, la pimienta,  
la nuez moscada, y flor que encima cría,  
que limpia el seso y su color sustenta;  
después la innumerable pedrería:  
las perlas del aljófar, que es sin cuenta,  
cera, ámbar, y marfil, coral y seda,  
sal, cobre, azogue, plata, oro y moneda,

el bermellón, la piedra imán, la grana,  
los cofres de oro y cestos de oro orlados,  
y la luciente y clara porcelana,  
do han sido más los indios señalados,  
la ropa de algodón ligera y vana,  
las diferentes mezclas de brocados,  
y brocadillos de oro, y seda, y plata,  
y el rico chamelote, y la escarlata.

Alhombros muy preciosas, y doseles,  
y sillas de engastada pedrería,  
y cueros adobados, y otras pieles  
do el cielo vellocinos blandos cría,  
o ya despojos fuesen, o ya fieles  
presentes que la amiga tierra envía,  
en altos dromedarios y hermosos,  
cubiertos de anchos fieltros olorosos.

Después los beyaminos y panteras,  
bonasos, badas o rinocerotes,  
y llenas de su almizque las guderás,  
y de su triaca los monocerotes;  
y allá de Corazán serpientes fieras,  
que pagan su comer con tres escotes,  
su carne da a hombres pasto, y dan sus pieles  
vestido, y medicina dan sus hieles.

Después, encadenadas, van las gentes  
que fabulosa, la India, amaba, de antes:  
cuál con un ojo solo, o con dos frentes,  
y en ellas cuatro lumbres rutilantes,  
cuál sin nariz, y cuál sin labrio y dientes,  
en la suprema parte, y tan pujantes  
dos labrios en la baja que cubría  
con ellos todo el rostro si quería,

y cuál sin lengua o boca, y que alimento  
tomaba de las flores olorosas,  
chupando dellas tanto por el viento  
que las dejaba secas y asquerosas;  
y si le daba acaso en el aliento  
vapor en copia de las ponzoñosas,  
moría sin reparo, de la suerte  
que el que bebió en el tósico su muerte,

y cuál con la cabeza y el ladrido  
de perro, y en el resto de hombre humano,  
si pudo haber razón en tal sonido,  
y en frente tal y en seso tan liviano,  
y cuál que ya es mujer y ya es marido,  
y ya por lo uno o lo otro da la mano,  
engendra cual varón, cual hembra cría,  
y empreña y pare a veces en un día,

y cuál con larga oreja y ancha, tanto  
que todo el cuerpo, de uno y otro lado,  
cobija, más que un muy crecido manto,  
sin ser de su calor fastidiado,  
y cuál con sólo un pie, y por más espanto  
tan grande que a su sombra está guardado  
del sol su cuerpo, al tiempo que le ofende  
la ardiente luz que la India abierta enciende,

y cuál con cola y cuernos, y de cabra  
los pies, o de caballo, o retorcidos  
atrás, y tal que con las manos labra  
el uso para que ellos son nacidos,  
cuál sin cabeza, a quien permite que abra,  
al pecho, ojos, nariz, boca y oídos,  
naturaleza, hecha de su bando,  
que a nuestra vil soberbia está burlando.

Cuál con seis brazos, cuál que en cada mano

seis dedos tiene, cuál que carecía  
de huesos y, cual sierpe, al aire vano  
por toda parte y lado se torcía,  
cuál que en cuello de grúa un rostro humano  
llevaba, y cuando de algo se temía,  
envuelto entre su barba y su cabello,  
debajo al brazo se atrevía a metello.

Después en un triunfal carro de acero,  
que nueve grifos tiran, Libocleo  
se vio sentado solo, muy severo,  
y en cada grifo dellos un pigmeo,  
al cual de diestro un arimaspo fiero,  
que todos fueron parte en el trofeo,  
llevaba, tan por orden que no hubiera  
quien viera en tanto fiero parte fiera.

Tras él entraron muchos elefantes,  
con sus castillos de marfil encima,  
do vienen las captivas elegantes  
que fueron de más precio y más estima,  
y junto al carro, a pie, los reyes antes,  
a quien Fortuna, por su mal, sublima  
para hacelles dar mayor caída,  
cuando de su grandeza está ofendida.

Y van a pie porque a este tiempo estaba,  
la valerosa hija de Agricano,  
mirando el orden con que el triunfo entraba,  
que iguala y vence al de cualquier romano,  
sobre el gran puente que hay, do a Albraca lava  
el poderoso río Polisangano,  
de máquina alta y fábrica divina,  
y de hermosa piedra serpentina.

Trecientos pasos tiene en largo, y tiene  
dos veces cuatro en ancho, y así cabe  
la gente abierta, que a caballo viene,  
de diez en diez, y más si unirse sabe;  
en veinte y cinco pilas se sostiene  
sobre agua, y el par dellas una nave  
por su arco deja entrar ligeramente,  
porque su abierto espacio lo consiente,

formando desde la una a la otra banda,  
con sus marmóreas tablas y colunas,

un poyo, y un petril, y una baranda,  
con cimbras de arcos que alza a medias lunas;  
en lo alto y en lo bajo, por do se anda,  
de todas estas basas, no hay algunas  
do falte un león de jaspe o mármol fino,  
que es timble del soberbio Imperio chino.

Allí, por do se sube o se descende  
al bien labrado espacio, alta y enhiesta  
una coluna hay sola, de que pende  
la insignia que a las otras está puesta;  
a un lado está, y tan bella que suspende  
las almas, y no bella cuanto honesta,  
la reina Arsace, dentro en su litera  
con sola Alcipe, y Cinadalia, y Flera.

Alcipe en discreción y gentileza,  
donaire y natural desenvoltura,  
y Cinadalia en corporal belleza,  
insigne, y Flera en alma tierna y pura;  
iguales en la sangre y la riqueza,  
iguales en privanza y en ventura,  
que un rey cualquiera hermano había perdido,  
y un rey cobró cualquiera por marido.

Alcipe al rey perdió de Sericana,  
a quien el hijo de Milón la vida  
quitó, por libertar a Durindana  
o por vengar la muerte dél temida,  
y Flera al de la rica Margiana,  
que de Arsace una y otra es poseída,  
y Cinadalia aquel que en Circasia  
el fiero Mandricardo muerto había.

Polidamante amaba a la primera,  
y a la segunda amaba Libocleo,  
y Damasirio amaba a la tercera,  
con intención igual y igual deseo;  
y dellas todas, solamente Flera  
no vino al dichosísimo himeneo,  
porque con otro le ofreció fortuna  
el título debido a cada una.

Cualquiera dellas ama tiernamente  
su reina, más que sierva amó a señora,  
cualquiera sus pasiones sabe, y siente,

y piensa remediallas, y las llora,  
y más que todas juntas la presente,  
que saben que la reina ciega adora,  
por fama, do el amor a veces viene,  
al mismo rey que por contrario tiene.

Y así cualquiera, sin temor, traía  
secreto, allá en su corte, algún criado,  
aunque sin costa no, que alguno había  
ya sido descubierto y castigado,  
que mal se disimula extraña espía  
en reino cuya gente ha publicado  
que nadie ve con ojos, y que el chino  
dos trae, y por gran dicha uno el latino.

Tanta es su presunción y su jancia,  
fundada en puro ingenio y no en locura,  
que poco se sustenta la arrogancia  
en solos desatinos de ventura,  
y en tal peligro funda su ganancia  
quien contra los discretos se conjura,  
que cuando piensa con primor vendellos,  
se halla falto dél vendido entre ellos.

Mas destes un astuto sericano,  
que en tratos fue nacido, y fue criado  
trocando la raíz que hace sano  
el cuerpo, y de la cólera purgado  
por el lacivo estambre qu'el gusano  
compone en hojas de moral cebado,  
osó, y aun pudo y supo, traer un día,  
las nuevas que la reina pretendía.

Al cual, después de haber pedido en junto,  
qué número de gentes trae Medoro,  
qué fuerzas, y qué intento, y con qué asunto  
se mueve, y con qué ayuda, y qué tesoro,  
del rostro y cuerpo pide, punto a punto,  
y de su ingenio, y plática, y decoro,  
menuda información, y de qué modo  
le adora y ama tanto el reino todo.

Porque se supo ya, por cosa cierta,  
que muchos de los reyes comarcanos,  
con sólo abrirse tan pequeña puerta,  
le entraron a besar los pies o manos,

y que ninguno a despedirse acierta.  
El mercader responde: En los humanos,  
señora, nadie entiendo que haya sido  
del mundo más amado ni servido.

Doquier que va tras sí la vista lleva  
de quien la ha puesto en él por cualquier vía,  
y quien en su belleza no la ceba  
no piensa que gozó la luz del día,  
y cuanto en verle más y más se eleva,  
ninguna queda harta, ni podría  
satisfacerse estando en él, estrecha  
de verse de sí misma satisfecha.

Es alto, en proporción gentil, Medoro,  
y en su albo rostro no distingue el vello  
ser hembra o ser varón, mas el decoro  
y fuerte cuerpo dan señales dello;  
cubierto es de marañas crespas de oro,  
derecha espalda, ancho hombro y largo cuello,  
abierto pecho, y vientre enjuto y romo,  
cintura estrecha, y muslo recio, y lomo.

La pierna tiesa y larga, el pie algo breve,  
de punta y carcañar bien enfrenado,  
el brazo grueso, y duro, y cual se debe  
a un cuerpo fuerte, y bello, y bien formado,  
la mano blanca, y luenga, y más que nieve,  
cuadrada la uña y de un color rosado,  
los gruesos labios rojos, blancos dientes,  
rasgados ojos negros y lucientes.

No hay sol que así deslumbre, no hay estrella  
que ante las tuyas torpe y vil no sea,  
y no hay de nieve limpia y blanca pella  
que no esté sucia ante su frente y fea,  
y no hay casada, viuda, ni doncella,  
que no l'adore, y pienso que desea  
la misma luna, casta en eminencia,  
su amor, por dar más luz con su presencia.

Mil reyes poderosos, mil señores  
soberbios, con gran suma de riqueza,  
de allá detrás de gores y magores,  
y allá de la hiperbórica fiereza,  
o vienen o le envían embajadores,

que es gran tirana su inmortal belleza;  
todos le adoran, todos le dan censo,  
y el mundo tiene atónito, y suspenso.

La gente que al Catayo se ha venido  
no cabe en su ancho cerco, y se ha poblado  
un campo en cien yugadas extendido,  
do tú mataste ya más de un venado,  
y allí y en la ciudad aún no han cabido;  
la calle es menester pasar de lado;  
su hueste está seis millas de ahí plantada,  
y casi por catorce dilatada.

Y cuando el claro príncipe desciende,  
de su alto alcázar, sobre un elefante,  
de púrpura cubierto, de que pende  
la fimbria de oro con rubí y diamante,  
las almas ciega, al mismo sol suspende,  
de hinojos muchas gentes ve delante,  
que por mirarle sólo han aguardado  
gran tiempo, y mucha tierra han caminado.

Y cuál le da presentes excesivos,  
de cosas no esperadas ni creídas,  
cuál alabanzas tales que de vivos  
no han sido eternamente merecidas,  
por gozar los espacios fugitivos  
en que, por ver las cosas ofrecidas,  
el soberano príncipe detiene  
la bella y rica bestia en que alto viene.

Por las ventanas hay pintores varios  
que apriesa, y mal, su rostro van hurtando,  
y a escultores lo dan o a estatüarios,  
que en mármor o en metal lo van sacando,  
y véndenlo a otros hombres ordinarios,  
que de una en otra tierra caminando,  
divulgan lo que a Oriente lumbre ha dado,  
ni visto asaz de alguno ni alabado.

Mas dícese que estando en Taprobana,  
lo retrató un pintor de tal manera  
que no parece sombra muerta o vana  
la estampa, sino viva y verdadera;  
algunos vieron ésta en Sericana,  
y otros allá en la Caramania fiera,

y en Ponto y en Bitinia he yo sabido  
de alguno que la vio, o su fama ha oído.

Y si éste llega, cual sospecho, a Europa,  
mil damas nos traerá mal de su grado,  
pues un deseo encendido a nadie popa,  
a ver al gran Medoro y celebrado;  
aunque el pintor no pasa de la ropa,  
¿qué fuera si la risa y el mirado  
sacara, y la gentil desenvoltura,  
que es la alma que da vida a hermosura?,

¿qué fuera si la voz sonora y grave,  
compuesta de donaire y elocuencia?,  
¿qué fuera si el estilo alto y suave,  
tan lleno de discursos de prudencia?,  
¿qué fuera si el ingenio, donde cabe,  
lo que jamás no abraza humana ciencia?,  
el chino lo dirá, que viendo tanto  
le pinta con mil ojos por espanto.

Por su gobierno, habiendo tanta gente,  
jamás de cosa alguna ha habido inopia,  
discordia, ni motín, ni otro accidente,  
ni queja, que al vulgar tumulto es propia,  
y tanto que los sabios del Oriente  
querido han ya llamar la China Eutopia;  
él mismo dio las leyes, y ha partido  
jueces a quien él mismo ha instruido.

Y estando con el cetro y la corona,  
en el supremo tribunal sentado,  
mil dudas decidió él mismo en persona,  
de las que a los muy sabios han turbado,  
que si el estilo aquí se me perdona,  
algunas contaré, porque han dudado  
en ellas muchos, y veráse adonde  
al bello cuerpo la alma corresponde.

Un mozo a un abogado había ofrecido  
gran precio si le enseña en tiempo breve  
su oficio, mas que no le sea debido  
hasta que con vencer un pleito apruebe,  
después armóle pleito, y si es vencido,  
según el pacto, el precio no le debe,  
y si por ley o justo arbitrio vence,

tampoco, pues se libra y le convence.

La misma reflexión el maestro alega,  
que si él a su discípulo venciere  
por ley le ha de pagar lo que le niega,  
y por el pacto si él vencido fuere;  
aquesta confusión trabada y ciega  
podrá aclarar mejor quien más supiere,  
que yo a decir, con miedo, me he obligado,  
lo que Medoro dijo y fue aprobado.

Pagar debe el discípulo en justicia,  
y apenas hay con que lo satisfaga,  
pues ya venció, y gozó con su codicia  
del tiempo que entretiene y que no paga;  
aunqu'es dolor que en todos la malicia,  
la ciencia más gentil del mundo estraga,  
de suerte que presuma ser Derecho  
lo que, con sombra dél, contra él se ha hecho.

También se dijo allí en el mismo día,  
que un amo, a la ventura, había enviado  
a dos esclavos suyos, que él tenía,  
a quien la libertad había mandado,  
a cierta calle que él sólo sabía,  
y en tiempo de ver gentes excusado,  
sin que ellos lo entendiesen ni pensasen,  
por do forzosamente se encontrasen.

Al uno con tal pacto: que si viese  
primero a un hombre libre, lo quedase;  
y al otro: que si esclavo, libre fuese,  
de suerte que ésta en ambos se trocase;  
encuéntrense los dos, y como viese  
el uno al otro esclavo, y lo buscase,  
dijo: Yo libre soy por el concierto,  
y el otro: Yo también si es eso cierto.

Y así, afirmando el uno que ha hallado  
esclavo queda libre, y si él lo queda  
hace que el otro libre haya encontrado,  
y que llamarse libre también pueda;  
por el contrario el amo lo ha probado,  
volviendo a revolver la misma rueda,  
que el que buscaba libre, esclavo viera,  
y el otro al que por libre tenido era.

Si el uno libre fue, dijo Medoro,  
para hacer esclavo al otro triste,  
¿por qué en provecho suyo y su decoro  
perdió la libertad, que ya le diste?,  
pues no se vende bien por todo el oro,  
que su entereza en bien común consiste,  
y su favor las leyes le conceden,  
y así uno y otro esclavo libres queden.

Tratóse luego un pleito de interese,  
en que muriendo un noble había mandado  
que si una su mujer hijo pariese  
que se le diese el medio de su estado,  
si hija que dos tercios dél hubiese,  
y el resto que a un su hermano fuese dado,  
si dos que entrellos todo se cortase,  
y que su hermano nada no heredase.

Parió un hermafrodito, y procuraba  
la madre el medio estado del un sexo,  
de el otro los dos tercios demandaba,  
o todo por ser dos en un complejo;  
el tío lo uno y lo otro le negaba,  
que ni es varón ni es hembra el que es perplejo,  
ni menos por ser dos se le debía,  
pues el estado no se dividía.

Gran duda hizo a todos: cuál se inclina  
a la una parte, y cuál a la otra parte;  
Medoro el caso en breve determina,  
y entre el sobrino y tío el todo parte,  
con tal que si aquella ánima mezquina,  
cuando a otra de su carne diese parte,  
por macho o hembra hijos concibiese,  
según el sexo usado el premio hubiese.

Suspensa, la bella Arsace, y atenta,  
al mercader, por daño suyo, oía,  
ya desto, ya de lo otro pide cuenta,  
y ya sobre lo dicho discurría;  
en tanto Amor sus blandos huesos tienta,  
y en su medula el fuego le encendía,  
y porque sola en tanto error no fuera,  
también a Alcipe, y Cinadalia, y Flera,

y todas las que en cerco della oyendo  
están la gentileza soberana,  
que en su alto cielo estaban pretendiendo  
Minerva, y Juno, y Venus, y Diana,  
y sus divinos dones le ofreciendo;  
ninguna oferta dellas salió vana,  
aunque una estrella grande fija había,  
que a tanto bien mal fin le prometía.

No menos fue la invidia diligente,  
que Amor, en estos pechos amorosos,  
de ver que sola Angélica apaciente  
los ojos en Medoro cudiciosos,  
ni menos lo quedó el ingenio ardiente  
de aquellos caballeros valerosos,  
de ver que el bello fuese preferido  
a los que tanto en guerra habían servido.

Y muchos de matar le propusieron,  
y entrellos Damasirio, a quien tocaba  
más que otro, por tres causas, que ocurrieron,  
y en todas su rival le señalaba,  
pues Cinadalia y Arsace lo oyeron,  
y amor le muestran y a ambas él amaba,  
y a Angélica más que a ellas, que añadía  
tal causa que a estas dos aún excedía.

Y así después que se apartó afligido  
en su aposento, a solas vacilando,  
tras un gemido deja otro gemido  
salir, entre suspiros revolcando,  
su ingenio ve en tres fuegos repartido,  
y entero en cada cual se está abrasando:  
ya acude aquí, ya allí, ya a el otro lado,  
soplando más el fuego comenzado.

¡Ay, Arsace, señora infiel!, decía,  
¿dó tu valor, tu alteza, y tu cordura,  
que así pospones mi alta valentía  
a un talle mujeril y hermosura?,  
¡ay, Cinadalia, lumbre y gloria mía!,  
si en ti la fe, si en tu memoria aún dura  
del Damasirio tuyo, ¿cuál Medoro  
llovió en tu rostro aquesa pluvia de oro?,

¿cuál corazón sufrió que ante mis ojos

saltasen vivas lágrimas de aquellos  
que llevan de los míos los despojos,  
llevándolos también los míos dellos?  
si tú martirios sufres, si tú enojos,  
y no está Damasirio envuelto entrellos,  
¿qué voz consolará con son süave  
tu oreja, y cual sin mí en tu lengua cabe?

Después volviendo a su memoria en junto  
de Angélica el semblante soberano,  
decía: ¡Ay torpe y necio!, ¿qué pregunto?,  
¿qué importa que ame alguna al moro en vano?,  
pues ni ellas le verán, ni cuando a punto  
le viesen, el gozallo está en su mano,  
que nadie preciará, mujer ni aun diosa,  
soberbio con tal gloria y tal esposa.

Y así pensando en esto, allá elevado  
tras su contemplación, se descuidaba,  
con éste más reciente, del cuidado  
que Cinadalia o que Arsace le daba,  
pues dellas cada cual, en su apartado  
retrete, en tal oficio le imitaba,  
y más la grave reina, que gimiendo  
se estaba de su yerro así riñendo:

¿Cómo, qué pudo ser, que haya venido,  
¡oh reina libre!, tiempo, ¡no lo creo!,  
en que al mejor le tengas por perdido,  
y estimes ser captiva a tu deseo?,  
¿cómo, quel nombre odioso de marido  
te dé ya gusto, y aun el bajo y feo  
de amigo, y aun de adúltero, y que dieras  
el bien que tienes por el mal que esperas?

No debes ser tú hija de Agricano,  
mas de algún vil pastor y hombre abatido  
de la Mangralia torpe, ni en tu mano  
manteca y dulce miel niña has comido,  
mas miel amarga y sebo el más villano  
que el boj de aquella tierra ha producido,  
pues de un garzón mortal, cualquier que sea,  
no temes que otro presa estar te vea.

¡Oh infame hembra!, ¡oh reina malnacida!,  
y más que malnacida, desdichada,

cuán bien serás del mundo escarnecida,  
y de tu misma gente despreciada,  
si ven que la virtud esclarecida  
de tus antiguos padres, y heredada,  
humillas bajamente a un vil deseo  
tan blando y mujeril, tan torpe y feo.

Así la reina estaba contrastando  
con la razón discreta, en cuanto puede,  
el apetito ciego, procurando  
que voluntad señora y libre quede;  
mas quien con él a solas va luchando,  
y deja que un discurso y otro ruede,  
sobre si es bien hacer lo que desea,  
al fin lo halla bueno aunque no sea.

Por do halló que no era inconveniente,  
a su grandeza, ver la hermosura  
de aquél que había admirado a tanta gente,  
pudiendo de otro daño estar segura;  
para esto hizo un rico y gran presente  
de paños de alta estofa, y de pintura  
sutil, de alhombros o alcatifas finas,  
y fieltros de mil lanas peregrinas,

de terciopelos, carmesies, brocados,  
de aforros de los indios beyaminos,  
o de los que en tinieblas son cazados  
de los cimerios: martas y arcelinos,  
lobos cervales, zorras, y preciados  
armiños, bueitres, baros, cebellinos,  
y al fin diversas piedras muy preciosas,  
y almizque, y otras drogas olorosas.

Y sobre nueve nueves de camellos  
que es número entre tártaros sagrado,  
con otros tantos de caballos bellos,  
de los que Arabia y Persia al mundo han dado,  
con sillas, y jaeces de oro, en ellos,  
de varia seda y cuero recamado,  
se lo envió al bellísimo pagano,  
con esta carta que le dio en su mano:

Del general tributo, que te paga  
el mundo, ínclito rey, no queda exenta  
mi gloria, que me incita a que yo haga,

cual los menores hacen, de ti cuenta,  
no porque entienda que fortuna amaga  
al suyo con tu bien, pues ya lo aumenta,  
mas pues sin odio está en tu bien dispuesta,  
porque no falte a tanto amor respuesta.

Cerróla con un sello, en que iba abierto  
un bello sacre, que se había entregado  
en un león que un águila había muerto,  
y cortésmente se lo había dejado,  
y puso el sobreescrito descubierto,  
diciendo: Al bello rey del mundo amado,  
la reina de lo más que el sol rodea,  
le envía la salud que se desea.

Después ochenta pajes muy hermosos  
vistió de verde y oro, y puesta entre ellos  
les dio cuartagos recios y vistosos,  
y entró con otro igual por medio dellos;  
de rienda dio a lacayos los briosos  
caballos, y de diestro los camellos  
a sus peones, y sin otra gente,  
se fue ella misma a dar el gran presente.

Y entre los pajes sola parecía,  
con el vestido dellos disfrezada,  
un paje, mas de inmensa lozanía,  
a quien no excede un príncipe alto en nada;  
era alta, era membruda, y no tenía  
la flor con blandos vicios estragada,  
muy diestra en el caballo, y elegante,  
y a Angélica en el resto semejante.

La cual entonces con su esposo estaba,  
al tiempo quel presente les fue dado,  
en un copioso monte do cazaba,  
que en esto fue Medoro ejercitado;  
por miedo el uno al otro no dejaba,  
ni allí se sufre más que algún venado,  
ni contra más que cierva o corza se osa,  
gacela, o cabra, o gama temerosa.

Habíase ya reconocido el viento  
que entonces corre y que correr podía,  
y era en el tiempo que el calor sediento  
las reses fuerza a procurar la umbría,

y en un acanalado redroviento,  
por donde el cierzo entró, y por do salía  
tan junto que aun se estorba así la entrada,  
una hermosa cierva estaba echada.

La espalda tiene a aquella parte vuelta  
por do entra el cierzo, y tiene por do sale  
los ojos, y la oreja alta y no suelta,  
y abierta la nariz porque más cale;  
Medoro que la ve el caballo suelta,  
porque al subir las peñas no resbale,  
y sube por el lado que bajando  
el viento iba la res atrás dejando.

De una mezcilla parda fue vestido,  
con seda azul y oro entrelistado,  
que imita al vario pelo y deslucido  
de sierra y campo que ha la flor dejado,  
con alpargate, y por menor ruido  
sin cintas, con botones abrochado,  
y así subió, sin que la caza oyese  
rumor, ni olor tomase o bulto viese.

Y viéndose ya puesto frente a frente  
con ella, por poder mejor tiralle,  
tiró una pedrezuela diestramente  
a la otra parte, do se cierra el valle;  
la cierva revolvió, quel ruido siente,  
la vista a aquel lugar, por columbralle,  
quitándola del rey, quel suyo pudo  
tomar mejor, haciendo al monte escudo.

Y desbrazando el arco turco fino,  
soltó el arpón agudo enherbolado,  
que por el ojo izquierdo abrió camino  
al seso, que tan mal dél hubo usado;  
saltó la cierva, y ya sin tiento vino  
al puerto do había Angélica llegado,  
que viendo así morir la mansa fiera,  
al matador habló desta manera:

Tus flechas soberanas y inmortales,  
que de esa lumbre arrojas a manojos,  
no menos hacen que estos golpes tales,  
clavándose por medio de los ojos;  
aun hasta de los fieros animales

quieres llevar de un modo los despojos,  
porque gozando en el morir de verte,  
reciban vida nueva con su muerte.

Medoro, que llegaba en aquel punto,  
volviendo a ella los ojos más que humanos  
dijo: Por gozar gloria y vida en junto,  
vino a morir la fiera entre esas manos.  
Así se fue añadiendo el contrapunto  
entre los dos espíritus ufanos,  
en tanto que llegaban a loallo  
sus gentes, y que el rey subió a caballo.

No menos el pavón soberbio y bello  
en vanagloria supo deleitarse,  
alzando el paso, levantando el cuello,  
volviendo a cada lado a contemplarse;  
las plumas abre en rueda, alarga el vello,  
y entre las pavas viene a recrearse,  
con suntuoso brío enamorado,  
de ambiciosa jatancia embelesado,

que el cazador glorioso, al tiempo cuando  
por entre aquel tumulto, que loaba  
el tiro singular, galopeando  
los pajes vio, y presente que llegaba,  
vio uno el más apuesto, que hablando  
con todos por su rey les preguntaba,  
y siéndole mostrado a pie se arroja,  
y ante los bellos suyos se ahinoja.

Y besando una carta, en la cabeza  
la puso, y dijo: Príncipe excelente,  
cuya virtud las almas endereza  
a que te adoren, digna y justamente,  
la reina que contigo solo freza  
en gloria, aunque contraria, no consiente,  
y aunque la guerra dure, que se diga,  
pues te ama cuanto así, que es tu enemiga.

Y quiere, como de otros recibiste  
no tales reyes sus embajadores,  
los cuales ni te vieron ni los viste,  
guiados por la voz de tus loores,  
que goces de los suyos, pues consiste  
la guerra no en los odios ni rencores,

mas en la fuerza que virtud mantiene,  
y venza aquel que más justicia tiene.

Tomó la carta y dijo el rey riendo:  
Sepamos paje, y esa reina vuestra  
¿perdió los caballeros combatiendo  
en la batalla fiera, naval, nuestra,  
y están sus damas otros produciendo,  
pues quiso de sus pajes hacer muestra?,  
si no es que es uso de las viudas bellas,  
aborrecer los viejos y doncellas.

Ni damas ni guerreros no ha enviado,  
el paje respondió, muy sin recelo,  
por no martirizar, mal de su grado,  
a ti con miedo o a tu mujer con celo.  
No sé si el miedo y celo en mí ha excusado,  
Angélica añadió, pues en ti el pelo  
da incierto testimonio de que seas  
hombre o mujer, o de ambos cual deseas.

Y dijo la verdad, porque temblando  
le estaba el corazón dentro del pecho,  
con no sé qué temor, adivinando  
más daño, en tal presente, que provecho;  
el paje de alto abajo contemplando  
afirma que le ha visto, mas el hecho  
cuál fuese más no se acuerda, o cuándo o dónde,  
que la memoria infiel siempre algo asconde.

Y estaba, al tiempo qu'esto se decía,  
el paje, que Arsace era, tan sin tiento,  
que más por discreto uso respondía  
que por haber estado al dicho atento;  
el cuerpo y lengua a todo revolvía,  
la vista no, del ojo o pensamiento,  
que ya rendida, o ya tiranizada,  
en el hermoso rey tenía fijada.

Trayendo suavemente a la memoria,  
no aquellas alabanzas que había oído,  
de su belleza y su virtud notoria,  
donde ella el cruel veneno había bebido,  
mas los peligros, dignos de más gloria,  
a que por él dos veces se ha ofrecido,  
sin agradecimiento o recompensa,

y aun otros mil a que ofrecerse piensa.

Porque mirando aquella gentileza,  
aquel valor, y aquel donaire y brío,  
do se venció en obrar naturaleza,  
dejando atrás su ciencia y su albedrío,  
no estima reino, gente, ni riqueza,  
valor, ni fama, ni honra o señorío,  
ni menos verse ante el fiero Orco atada,  
ni aquí a sus enemigos humillada.

Y cuando quiso responder, no habiendo  
de Angélica las voces percibido,  
la afrenta al pecho entró, y salió trayendo  
la sangre al rostro con que fue encendido,  
y luego, casi al punto, revolviendo  
al corazón, que tiene Amor herido,  
cual si socorro fiel le demandara,  
dejó amarilla y sin su flor la cara.

Tal turbación Medoro entendió luego  
que fuese de correrse el paje, y dijo:  
No hay tártaro que sea buen palaciego,  
ni en tierno mozo hay pensamiento fijo;  
do no se saben burlas, cese el juego,  
que no debe el discreto ser prolijo.  
Mandó que cabalgase y de ahí le aparta,  
y a Angélica dejó a leer la carta.

Y visto ya el riquísimo presente,  
y habiéndolo alabado y recibido,  
sacando al paje fuera de su gente,  
le dijo: Si tu reina ha pretendido,  
cual dices, mi amistad, ¿qué ley consiente  
que me procure ver desposeído  
y muerto?, y si estas obras son de amigo,  
¿qué se podrá temer del enemigo?

Amor no manda que al amado aqueje  
quien le ama, y pues su padre ha ya vengado,  
haz tú que ella a mi reino y gentes deje,  
y yo creeré y su amor haré pagado.  
Ni aun manda, dijo el paje, que se aleje  
el pecho, que bien ama, de lo amado,  
ni si tú le has de amar cuanto ella te ama,  
querrás que huya y pierda su honra y fama.

Que la alma de su padre es quien la incita,  
no a procurar el reino que ganaste,  
ni a derramar, con muertes, infinita  
sangre, pues infinita no hay que baste,  
mas a quitar la vida a quien la quita  
a tantos, y ahora más, que tú fiaste  
la tuya, que para ella es más preciosa,  
de quien cortarla intenta aunqu'es tu esposa.

No más, dijo Medoro lleno de ira,  
basta, que eres sagaz, y tu señora  
pretende con lisonja y con mentira  
vencer al africano adiva agora.  
Cualquiera, dijo el paje, si lo mira,  
verá que envió al poniente, la embaidora,  
la estampa de tu rostro, a que la viesen  
las gentes, y de invidia se encendiesen.

Y entre ellas la verán los caballeros  
a quien de su belleza hizo parte,  
Orlandos, y Reinaldos, y Rugeros,  
y Ferragutos, y otros mil deste arte,  
aunque éstos ni eran solos, ni primeros;  
los cuales cierto está que han de buscarte,  
para vengar su agravio recibido,  
o para conseguir lo pretendido.

Atónito Medoro está, y turbado,  
con lo que de la diestra lengua oía,  
ya le parece el paje malcriado,  
ya estima su constancia y su osadía;  
al tiempo que vio el campo alborotado,  
vio a Angélica corriendo, que venía  
con muchos, y diciendo así, señora:  
Tened, prended, matadme esa traidora.

Pues Arsace, que vio ser descubierta,  
volvió la rienda al palafrén, diciendo:  
Medoro, mientras yo no fuere muerta,  
acuérdate que estoy por ti muriendo,  
y si mi suerte a despojarte acierta,  
que te verás más rico que venciendo,  
no temas, guarda entera esa alma bella,  
pues vivo tú habré yo de gozar della.

Cuando esto dijo, tantos la seguían,  
y ya tan cerca della misma estaban,  
que por prendella entre ellos se impedían,  
y por dañarla casi la ayudaban;  
los perros, que a cazar venido habían,  
corriendo entre sus pies los estorbaban;  
tropieza el uno, el otro va cayendo,  
creciendo más las voces y el estruendo.

No pudo el bel Medoro sufrir esto  
ni a otra alma generosa diera gusto,  
que el hecho es descortés aunque sea honesto,  
si es fuerza ser honesto por ser justo,  
y así, apartando el afrentado gesto,  
cual hombre que se aleja con disgusto,  
se entró en el monte a su primer fatiga,  
siguiéndole la gente más amiga.

Los mozos cazadores, los lacayos,  
la chusma infame de la baja gente,  
dispuesta más a trápalas y ensayos  
que a ser en su servicio diligente,  
las capas les quitaban, y los sayos,  
a los que acompañaron el presente,  
fingendo que a su rey es de importancia,  
su latrocinio propio y su ganancia.

Por una parte y otra se escondían,  
huyendo en sus cuartagos, los ochenta  
pajes, y algunos por huir caían  
entre la escarapela y sobrevienta;  
con piedras o con dardos los herían,  
según que a cada cual le vino a cuenta;  
sola Arsace se escapa, que primero  
salió, y en el cuartago más ligero.

A voces va, la esposa de Medoro,  
tras ella, con sus gentes, prometiendo  
a aquel que la prendiese gran tesoro,  
o la matase; mas ya no pudiendo,  
un dardo le arrojó Clarión, rey moro  
de Persia, y al rocín por la anca asiendo  
al vientre le salió, y cayó clavado,  
derecho sin moverse a ningún lado.

Éste era, que a otra caza había salido

de fieras bravas, quien allí aportando  
la reina de la Citia ha conocido,  
y a Angélica lo dijo aunque burlando,  
y ella de verla cerca a su marido,  
aun antes desto se iba recelando,  
y así del todo aun no certificada,  
salió de furia y celos incitada.

Mas l'alta reina, apenas vino al suelo,  
cuando se vio tan presa y tan asida  
cual águila real que al fin del cielo  
se abate, por mil sacres combatida,  
y no pudiendo más encoge el vuelo,  
del pico, y uñas, y valor, se olvida,  
y ríndese por una y otra banda,  
a lo que su crüel fortuna manda.

#### ADVERTIMIENTO

Por el suntuoso triunfo, que Libocleo ofrece a Arsace de todas las provincias de la China y de la India, se puede advertir cómo el pensamiento rinde a la sensualidad todas las fuerzas de la alma; y por las riquezas y diversidad de monstros, que escriben Plinio y Solino y otros autores, que se crían en la India, los muchos y diversos vicios, que nacen de varias suertes de estar rendida la alma a la sensualidad. Por las tres damas privadas de Arsace, las tres gracias que componen la hermosura humana, según dice Platón de la lengua, y del cuerpo, y de la alma, que los poetas entendieron por Suadela, y Aglaya, y Eufrosine, las cuales también son siervas de la sensualidad, cuando l'alma lo es por el ministerio del pensamiento. Por el mercader, criado de una dellas, que da noticia de la belleza de Medoro a Arsace, se puede entender uno de los sentidos exteriores, que entran en el dominio de las gracias y dan noticia a la sensualidad del deleite que apetece, entendido por Medoro. Después, por la caza de Medoro en compañía de Angélica, el deleite espiritual, asido a la razón que todo lo vence, y rinde a la sensualidad, entendida por la prisión de Arsace hecha por el conocimiento de Angélica, que es la razón. Al fin, este canto está lleno de misterios, que el discreto contemplativo podrá ir sacando y conociendo, con poco que quiera ir advertido en el artificio desta máquina, la cual no querría que se entendiese ir atada a esta interpretación que yo le doy, porque puede recibir otras muchas, de las cuales, por ventura, la mía es la menos buena.

#### CANTO DUODÉCIMO

*Suspensos casos*

*Libocleo da la libertad a Arsace, habiendo dejado de hacerlo Damasirio y Clarión, y ella enojada por esto determina enviar ejército contra Persia; impídese este designio por la batalla campal que le presenta otro día Astrefilo, capitán elegido por Lidaramo contra los citas; en ella pasan varios recuentros, y mátase Libocleo, capitán de Arsace, por no ir contra su padre, y el viejo, con sus ardidés y astucias, lleva lo mejor de la batalla.*

A Harpálice, y Semíramis, y Dido,  
Zenobia, Tanaquil, Pantasilea,  
Tomiris, y las que honra sin marido  
el mundo, cuyo imperio aun él desea,  
goce el pasado tiempo o no venido,  
y el nuestro nunca tal gobierno vea,  
que debe ser mejor cuando es loado,  
que cuando visto fue, o cuando probado.

Alabe su prudencia, y su cordura,  
su esfuerzo, su valor, y su firmeza,  
quien se rindió a su vana hermosura,  
y concedió a su pluma ligereza,  
que yo, forzado al fin tras mi ventura,  
loaré en más cuerdo estilo su belleza,  
su desdeñoso ingenio, y su alta saña,  
su rostro firme y grave, y lengua extraña.

Que si aun entre hombres pocas veces sale,  
quien pueda ser cabeza en solo un hecho,  
y en todos menos, y éste mucho vale,  
y apenas deja al mundo satisfecho,  
¿quién hallará mujer que a tanto iguale,  
que sea cabeza, si es de suyo pecho?,  
que aquélla representa más fineza,  
que más se extrema en su naturaleza.

La piel sutil y el seso raro y blando,  
la alegre vista y dulce pensamiento,  
que fácilmente va el color mudando,  
y pasa de un discurso vano en ciento,  
formado fue de Dios porque tomando  
con esto el hombre triste algún aliento,  
la vida en sus trabajos sustentase,  
y los cuidados graves olvidase.

Y quien regir por ella al fin se quiere,  
y olvida su gobierno verdadero,  
no culpe a la mujer si se perdiere,

ni al hombre, pues no avisa en él primero,  
a sí se culpe, y busque, si lo hubiere,  
remedio en su virtud y propio acero,  
y aguarde lo que el caso y suerte ordena,  
que a veces ricos premios da por pena.

A veces hombre al bien no halla puerta,  
que no sé quién la senda le desvía,  
y a veces por un yerro acaso acierta,  
en lo que erró acertando cada día,  
cual Arsace, que siendo descubierta,  
y habiendo hecho el yerro que hacía,  
por un camino nunca imaginado,  
cobró lo pretendido y no esperado.

Que estando ya, de contrastar, cansada,  
con tanta gente a pie, y casi teniendo  
la una y otra mano ya ligada,  
un caballero vio venir corriendo,  
vestido de armas blancas, y la espada  
por entre la vil gente revolviendo,  
que como desarmada se defiende,  
en más que en alejarse dél no entiende.

Y el que con dardo, o con ballesta, piensa,  
o con venablo, darle enojo alguno,  
más presto ve su muerte que la ofensa  
de aquél, que a todos sobra uno por uno;  
al fin llegó do está Arsace suspensa  
de verle, y como el tiempo vio oportuno,  
alzóse la visera y dijo: ¡Ay, ciego  
amor, que nadie hay libre de tu fuego!

Éste era Damasirio, que cercado  
de varios pensamientos, dividido  
en tres diversas partes su cuidado,  
salió a buscar la muerte sin sentido,  
y hubiérase la vida aquí hallado,  
si hubiera su ventura conocido,  
que Amor cualquiera dellas le otorgara,  
si en una, sea cual fuera, se afirmara.

Holgó de verle en esta coyuntura  
la reina de los citas, y amorosa  
le pide que la estrecha ligadura  
le corte, que a su brazo es rigurosa,

y si lo hace, le promete y jura  
tomar por él cualquier dificultosa  
empresa, y perdonar la ofensa hecha  
del mar, de que aún no estaba satisfecha.

Angélica, que a tal sazón llegaba,  
y el rostro conoció y la fuerte mano,  
con muestras de besarla della traba,  
mostrando el suyo afable y muy humano,  
el beneficio antiguo le acordaba,  
jurándole que no era hecho en vano,  
y que a Arsace le deje, le pedía,  
y en precio a lo imposible aun se extendía.

En duda estaba el rey de Ponto puesto,  
y aquí y allí se mueve, y no se inclina  
de todo punto aquello ni aun a esto,  
y así a ningún favor se determina.  
La reina Arsace, viendo quel honesto  
rogar no basta, dijo: Si no atina  
tu ingenio a lo que debes, a quien eres,  
y lágrimas te ablandan de mujeres,

ya ves las de tu reina y tu parienta,  
a quien la sangre y la virtud te obliga,  
que esotras, con quien nadie tiene cuenta,  
no hay para qué las trate ni las diga;  
valerme es gloria tuya, y es tu afrenta  
dejarme en el poder de tu enemiga  
si puedes, ¿de qué vale un hecho feo?,  
cumplir con un honesto tu deseo.

Si ya el amor que un tiempo me tuviste,  
por el de aquesa dama se ha deshecho,  
a quien poco ha, contra tu honor, serviste,  
y contra el mío, y mi gusto, y mi provecho,  
pues ves que nuestro imperio en ti consiste,  
fuerza en un breve espacio aquí tu pecho,  
ponla en mi mano, que antes que nos huya  
el día, la verás puesta en la tuya.

Alegre había los ojos levantado  
el pónico a tal voz, casi mostrando  
qu'el ruego o el consejo le ha agradado,  
de aquella que a su bien le va incitando,  
al tiempo que habló del otro lado

Angélica, que dél le está apartando,  
y dijo: No es amor cosa tan vana  
que con disgustos se conquista y gana;

con bien servir un día y otro día,  
con mucho amar probado en varias partes,  
con larga gentileza y cortesía,  
se gana el pecho, y no con malas artes;  
el premio que llevó tu valentía,  
aquese llevará, aunque más te hartes  
de consumir tu vida, en el servicio  
de la que en tu virtud sospecha vicio.

La que jamás contigo usó largueza  
ya te la ofrece, y no de sus haberes,  
mas viéndose en tal punto de pobreza,  
que te ha de dar de aquello que le dieres;  
si ya te agradó un tiempo su belleza,  
y no has mudado intento, o si la quieres,  
yo te la doy, venganza es que poseas,  
sin su querer, lo mismo que deseas.

Demás de aquesto, de ese imperio mío  
de que te soy deudora, y lo confieso,  
y de su haber, y mando, y señorío,  
de que, si quieres, lo he de ser tras eso,  
y de mí misma, escoge a tu albedrío,  
y extiende tus deseos en exceso,  
que quien conoce a lo que está obligada,  
no piensa ser ingrata y corta en nada.

Concédeme esta gloria, dame agora  
poder para que tenga yo en mi mano  
aquesta falsa, adúltera, embaidora,  
furia, enemiga del linaje humano,  
por quien de sangre falto el mundo llora,  
vertida por la poca de Agricano,  
como si él monstro tan disforme fuera,  
que se agradara de crueldad tan fiera.

Era costumbre de Arsace muy dura,  
y Angélica por esto lo decía,  
sacrificar, sobre la sepultura  
de Agricano, una dama cada día,  
y para marchitar su hermosura,  
atada la noche antes la ponía

en una fuente, al yelo descubierta,  
porque por ella fue el vengado muerto.

De muchos era hecho abominado,  
y a todos gran crueldad les pareciera,  
si no fuera de tantos aprobado,  
que es ésta una disculpa lisonjera.  
En esto el rey de Ponto embelesado,  
aquí y allí se mueve, de manera  
cual la veleta fiel de viento llena,  
que él mismo la gobierna y desordena.

Amor, aquí y allí torciendo, vuelve  
la voluntad ligera, que vagando  
ni en esto ni en aquello se resuelve,  
el tiempo y su provecho dilatando;  
si Amor de la una obligación le absuelve,  
y a la otra sus deseos va ligando,  
aquésta ha de ofender a quien amaba,  
pues la otra con aquélla le cebaba.

Estando en esta duda, llegó apriesa  
el rey Clarión, que habiendo allí tomado  
las armas que halló, vino a la empresa  
que había por faltalle antes dejado,  
o por descuido, viendo a Arsace presa,  
si no es que de vergüenza con cuidado,  
porque le fue traidor, quiso apartarse,  
que no podía con causa disculparse.

Después volvió, por ver la cosa en duda,  
y tal batalla entre los dos se traba,  
que el cuerpo de calor se enciende y suda,  
y con su sangre el suelo mancha y lava;  
el rostro a cada vuelta se demuda,  
de aquellas reinas, cada cual pensaba,  
el que venciese a cuál se inclinaría,  
y a cuál socorro cierto antes vendría.

Y así, de general consentimiento,  
apartan los guerreros y procuran  
volverlos reducidos a un intento,  
y inmenso galardón les aseguran.  
La tártara a Clarión, tal parlamento  
le hizo: Si en tu pecho aún vivas duran,  
¡oh rey de Persia!, las señales finas

de aquella fe, y lealtad tras quien caminas,

acuérdate que fuiste de Agricano  
amado un tiempo, y lo que recibiste  
de aquella larga y generosa mano,  
y desta mía a quien también serviste;  
yo te perdono el yerro, que es liviano,  
mas éste, do mi vida y bien consiste,  
no es bien que lo cometas, ni que entienda  
el vicio que le das tan larga rienda.

Por otra parte, Angélica le opone  
la misma fee o virtud, que antiguamente  
también la había servido, y no hay que abone  
dejarla de servir en lo presente.  
El rey a servir ambas se dispone,  
y así se está en sí mismo indiferente,  
y vuélvese confuso a la batalla,  
por no acabar la que en su pecho halla,

diciendo que aun entonces no se sabe  
cuál dellos vencerá, y que él mostraría,  
al tiempo que la lid por él se acabe,  
por cuál de las dos reinas combatía.  
Volvió al principio la batalla grave,  
mas sangre y nueva sangre dél salía,  
porque sus armas no eran tan gentiles  
como las otras del hadado Aquiles.

Mostrábase con esto el vencimiento  
muy cierto de su parte, y él estaba,  
por verse libre de aclarar, contento,  
a cuál de las dos partes se allegaba;  
ya desfallece en el vigor y aliento,  
que se iban tras la sangre que faltaba,  
cuando el valiente Libocleo trotando  
llegó, do estaban ambos peleando.

Y aunque el intento con que había salido,  
era librar su reina, porque Flera  
del gran peligro le tenía advertido,  
y le rogó y mandó que lo hiciera,  
después que Clarión fue conocido,  
y Angélica, su reina verdadera,  
no sabe qué hacer, ni a cuál se incline,  
ni qué, por lo que debe, determine.

Los ruegos de ambas partes, las promesas,  
y los ofrecimientos excesivos,  
esposos van y vienen tan espesas,  
que bastan ablandar pechos esquivos;  
él, no curando destas ni de aquesas,  
abrevia los momentos fugitivos  
del tiempo, y entretiene a cualquier dellas,  
guardándolas de mal, sin ofendellas.

Porque a Arsace quitó las ligaduras,  
y un buen caballo le arrimó de rienda,  
y a alguna gente, que lo siguió a oscuras,  
mandó también que a Angélica no ofenda;  
después que rotas vio las armaduras  
del rey de Persia, y que iba por la senda  
irrevocable de la muerte esquiva,  
entróse a detenelle por donde iba.

Y habiendo ya gran rato procurado,  
con ambos, de apartar la lid trabada,  
metióse en medio, y de uno y otro lado  
resiste a la una espada y la otra espada;  
cualquiera no se aparta de afrentado,  
pensando que es por él la lid tomada,  
y así los tres pelean sin concierto,  
temiendo cada cual de no ser muerto.

Ninguno quiere, aunque vencer procura,  
escapar vivo, porque no se entienda  
en cuál favor de las dos reinas jura,  
porque la otra desto no se ofenda;  
dilátase con esto su ventura,  
sin que esperasen deste yerro emienda,  
y mal la esperará quien vive y muere,  
sin entender qué pide ni qué quiere.

Las reinas entretanto procuraban,  
cualquiera, con los mozos que tenía,  
prenderse, mientras ellos peleaban,  
que nadie de ninguno dellos fía.  
Entonces, por do nunca imaginaban,  
se vio el gran rey de Iberia que venía;  
tras él vestidos, muchos, van de acero,  
de los que Jorge bautizó primero,

todos armados de la misma suerte  
que apareció aquel santo, el día famoso  
que a tantas gentes libertó de muerte,  
matando al gran serpiente venenoso;  
cercólos con su hueste el varón fuerte,  
y alzó el pendón de Citia victorioso,  
Clarión cayó por tierra, y muerto fuera  
si el justo Libocleo no le valiera.

El cual se puso a pie, y le defendía  
con tanto esfuerzo, y tal coraje y brío,  
que la otra armada gente le temía,  
y le dejaba libre a su albedrío;  
vio Arsace que Angélica huía,  
y llama al rey de Iberia flojo y frío,  
mandando que la siga, y que no pare  
hasta prendella, donde la alcanzare.

Y aun ella misma fue tras él corriendo,  
y casi la otra gente toda entera,  
de suerte que Clarión pudo ir huyendo,  
que a no ser por tal suerte no pudiera;  
en esto, Libocleo, recogiendo  
la gente que allí vio, que mucha era,  
de sármatas y tártaros más dura,  
seguir tras su reina Arsace procura.

Y vínola alcanzar al fin del día,  
bien cerca del sepulcro de Agricano,  
a do en estrecho cerco la tenía  
la gente de Medoro, el africano;  
peleó con mucho esfuerzo y valentía,  
y al fin sacóla libre de su mano,  
y aun si el anillo allí no le valiera,  
tres veces a Medoro, y más, prendiera.

Después que por la noche se apartaron,  
y sus heridas gentes recogieron,  
a Angélica los indios no hallaron,  
ni al rey de Iberia acá los citas vieron,  
y tantas gentes muertas se contaron,  
y tantas de ambas partes se perdieron,  
o por la confusión o el ciego engaño,  
que el alboroto fue menor que el daño.

Estaba la reina Arsace tan fiera,

de enojo y de furor tan encendida,  
que aquella misma noche entrar quisiera  
en la ciudad, de tantos defendida,  
y no aguardando bien que el sol saliera,  
llamó su gente, y con la más lucida  
entró en consejo, y dijo deste modo,  
oyéndola muy bien el pueblo todo:

Notoria a todos es la grave ofensa  
que ayer de muchos recibí, y el daño,  
sin la otra afrenta que me es hecha inmensa,  
por gente de la China, ha más de un año,  
pues quien vengalla, como pienso, piensa,  
mi campo siga, y quien con falso engaño  
pretende dar ayuda a mi enemiga,  
más sano es que lo muestre aquí, y lo diga.

Bien sé que justamente Libocleo  
no pudo socorrerme, porque él era  
frustrado en la ocasión que bien lo veo,  
y ver allí sus reinas no quisiera;  
mostró cual buen hidalgo su deseo,  
mantuvo entre ambas su bondad sincera,  
mas ¿qué disculpa Damasirio tiene,  
para salvar la fe que no mantiene?

Grande alabanza y gloria habrá ganado,  
cuando se diga que él sirvió de escudo  
a aquélla contra quien había jurado,  
y a quien prender sin daño suyo pudo,  
y grande cuando digan que ha dejado  
su misma reina presa, ¡oh ingenio rudo!,  
¡oh rey mestizo!, ¡oh bárbaro!, ¡oh villano,  
indigno de la sangre de Agricano!

Cuánto mejor mostró el valor inmenso  
el más que humano y fiel Polidamante,  
por quien, si es muerto como temo y pienso,  
no es bien que te me muestres más delante.  
Muy triste estaba el rey, y muy suspenso  
por ver su afrenta clara, y al instante,  
con un dolor extremo confundido,  
del cónclave do estaba se ha salido.

La reina prosiguió diciendo: ¿Es justo  
que el rey Clarión, sin pena suya, pueda

mudarse do quisiere, así a su gusto?;  
bien hace, pues, que nadie se lo veda,  
¿no hay hombre aquí tan fuerte ni robusto  
que, por hacerme satisfecha y leda,  
por paga de sus hechos tan villanos,  
me ponga su cabeza en estas manos?

Mas ¿quién podrá, si el mago rey cubierto  
de aquella majestad y fuerza dura,  
que su Teombrocia le promete cierto,  
con ella se defiende y asegura?;  
pues yo le juro que aunque más despierto  
le ponga el seso, y lleno de ventura,  
que ha de sentir el falso y lisonjero,  
si hay yerbas que resistan a mi acero.

Aunque es castigo breve, vaya luego,  
con una inmensa hueste, Libocleo,  
y déjeme la Persia a sangre y fuego,  
tan llana como yo verla deseo,  
y entienda el pueblo miserable y ciego,  
que cuanto el sol visita en su rodeo,  
y cuanto ve la tierra en su regazo,  
está sujeto a la ira de mi brazo.

Ya aquellos reyes mozos se encendían  
con el calor de aquesta nueva guerra,  
y oficios para Persia pretendían,  
por ver diversa gente y varia tierra,  
cuando los viejos entre sí rugían,  
cuál dice que se engaña, cuál que yerra  
la reina en esta empresa imaginada,  
dejando la de China comenzada.

Y al fin, de general consentimiento,  
se levantó allí un viejo, y dijo al cabo,  
no que era mal regido aquel intento,  
que nadie osara allí hablar tan bravo,  
mas dijo: Es muy difícil el asiento  
de Persia, por razón del monte Imabo  
que da espinazo al mundo, y la Asia parte  
aquesta media y media a la otra parte.

De aquesta, que profunda el mundo llama,  
a aquella exterior, tres pasos ciertos  
y solos debe haber, según es fama,

por do se humillan estos montes yertos.  
El uno es Turquestán, que se derrama  
con largos y sequísimos desiertos,  
do apenas los caballos de tu gente  
podrán hallar el pasto suficiente.

El otro, aquel lugar por do cortado  
el alto monte Cáucaso da entradas  
al río Diriodoro, allí estrechado,  
do están las puertas Caspías celebradas,  
las cuales hizo el macedón osado  
con vigas de metal duro cerradas,  
y un fuerte, do siempre hay, para su guarda,  
la gente que defiende el paso y guarda.

También naturaleza, que pretende  
que impedimento allí al pasar se ponga,  
su guarda puso, y tal que en más no entiende  
que en hacer que esta guarda se disponga,  
pues a pasar la gente aún no descende,  
cuando se asombra, en la campaña Monga,  
la banda de unas aves, que volando  
al fuerte van, las guardas avisando.

El otro paso allá es, dejando aparte  
diducos, sogdios, helvos, lubianos,  
do el mar tus más feroces gentes parte  
del suelo, que cultivan los cumanos;  
allí está el rey de Barga, un nuevo Marte  
y enemigo mortal de los humanos,  
a aquél podrás pedir te dé pasaje,  
si quieres emprender tan gran viaje.

¿Cómo que un solo monte pueda tanto,  
dijo Arsace, que así escapar presume  
la Persia de mis manos, y qu'el santo  
consejo vuestro en esto se resuma?,  
¿cómo que se dirá que puso espanto  
la hambre a mi valor, o que la suma  
braveza de Cumania y de Derbento,  
osaron poner dudas a mi intento?

Yo forzaré al soberbio rey cumano  
que abaje a Asiria con su gente fiera,  
y el paso de esas puertas haré llano,  
más llano que antes de Alejandro lo era,

y aquesos montes Cáucaso y Amano,  
cuando mejor remedio no tuviera,  
mandara en parte y sitio diferente,  
pues removi6 al monte Atos menos gente.

Y si esto no, poblara los desiertos  
de Turquestán y Partia, y sustentara  
el resto de los vivos con los muertos,  
si ya la hambre tantos me matara;  
y cuanto más que pasos muestra abiertos  
Eufrates, que bajando de Zimara,  
bien cerca a Citia, a Asiria se descende,  
y aqueso monte en varias partes hiende,

y aun qu'él herido resistir procura,  
y defenderse del soberbio río,  
y casi doce millas en anchura  
le va haciendo cara y muestra brío,  
al fin con largo curso se asegura,  
y deja, en sosegado señorío,  
a un lado Arabia, al otro a Comagena,  
y inunda a Babilonia con su arena.

Estando en esto, apriesa entr6, diciendo,  
un cita, que el gran campo de Medoro  
por una loma se iba descubriendo,  
con gallardetes y pendones de oro;  
porque su esposo a Angélica no viendo  
aquella noche, cual vencido toro  
volvía en sus contrarios a buscalla,  
o por concierto honroso o por batalla.

Por general del campo iba Astrefilo,  
el viejo prudentísimo y discreto,  
en cuyo afecto había un profundo filo  
de fe, y de astucia y maña en su conceto;  
los oficiales van del mismo estilo,  
llevaba el mayor cargo el más perfeto  
en experiencia, con la edad probada,  
y el menor cargo el que era diestro en nada.

Y así cuando el concejo se ayuntaba,  
la barba blanca tanto relucía,  
que un gran senado más representaba,  
que de altos capitanes compañía;  
el viejo Lidaramo se quedaba

en la ciudad; tampoco allí venía  
el mozo emperador, del mundo amado,  
porque Astrefilo así lo había ordenado,

diciendo que importaba allí su ausencia,  
y a la ciudad tenello en sí presente,  
que dañaría en la guerra su presencia,  
así como en la paz estar absente.

Mas desto el cita nunca tuvo ciencia,  
no dijo más de que venía la gente  
del gran Catayo, y, cómo sospechaba,  
el rey entre ella, que su reina amaba.

Turbóse la bella Arsace en oyendo  
el nombre, que en su pecho amor escrito  
tenía, con que andaba revolviendo  
entonces Libia, Europa, Asia y Egipto,  
mas encubrió su alteración, diciendo:  
No puede ser su ejército infinito,  
ni, aunque más haga el cielo injusto, puede  
hacer que el persa sin castigo quede.

Mas quédese esta empresa así indecisa,  
y luego ordene Libocleo su gente,  
que no es razón que se nos pase en risa,  
y en varios cuentos, la ocasión presente;  
la priesa de los indios nos avisa,  
y ayuda, a que volvamos brevemente,  
después que los hayamos castigado,  
a no dejar sin punición pecado.

En tanto que la gente se ordenaba,  
a Libocleo un paje entró de Flera,  
princesa de lo que el río Ecardes lava,  
y inunda y riega con su gran ribera,  
diciendo que de priesa le llamaba;  
él fue a su tienda, y viola de manera,  
llorando do yacía sobre el lecho,  
y tal que a grande causa iguala el hecho,

diciendo: Señor mío, si algún día  
ya te añudaste en mis cabellos de oro,  
si no es que ya tu espíritu porfía  
desañudarse, que es por lo que lloro,  
suplícote, por esta vida mía,  
no vayas hoy al campo de Medoro,

ni mires sus pendones ni los veas,  
si verme viva en tu poder deseas.

Porque soñé esta noche que mirándolos,  
en llamas negras ibas encendiéndote,  
y mirando mis ojos y dejándolos,  
parece que ibas dellos despidiéndote,  
y volviendo a los tuyos, y cerrándolos,  
en un pelícano ibas convirtiéndote,  
huyendo de tu vida, y aun culpándola,  
y sacando tu sangre y derramándola.

¿Qué puede ser sino que en viendo aquella  
imagen del león, que es timble chino,  
te vuelves contra mí, por no ofendella,  
a quien tu vida llamas de contino?;  
tú servirás a Angélica la bella,  
que en esto es bien, mi espíritu, adevino,  
y yo habré de acabarme en llanto tierno,  
pues viviré sin ti en un fuego eterno.

Los sueños, dijo el chino, vida mía  
no son respuestas del señor de Delo,  
ni son mensajes qu'él o alguno envía  
de los secretos templos de su cielo,  
historias son, que nuestra fantasía  
se finge, cuando sueltos ve en el suelo  
los miembros que gobierna, y libre vuela  
por do el cuidado antiguo la desvela.

A cuál el rostro amado le presenta  
traidor o fiel, según que espera o teme,  
a cuál la nao zozobra en la tormenta,  
a fin que él nade al puerto o al golfo reme,  
cuál presta a logro, cuál recibe a renta,  
cuál vende y sisa en cada vara un jeme,  
cuál lidia al toro y huye, y cuál le alcanza,  
y cuál le aguarda y clava con la lanza.

Las liebres sigue el cazador, y el perro  
latiendo va entre sueños caluroso;  
las peñas rompe, y tala, y mina el cerro,  
buscando su tesoro, el cudicioso;  
los muros va allanando, a fuego y hierro,  
aquél a quien su honor quitó el reposo;  
discursos vanos son que al seso anegan,

de sombras que velando en él se pegan.

Tras esto con sus manos le limpiaba  
las lágrimas el tierno caballero,  
y el sueño a lo mejor interpretaba,  
torciendo a su placer el firme agüero,  
diciendo que su reina le mandaba  
que él fuese a las batallas el primero,  
y pues que della entonces se partía,  
que en esto en parte el sueño se cumplía.

Después que, por servilla, estaba llano  
que había de dejar su sangre y vida;  
su sangre, que era al padre, y al hermano,  
y a la otra gente amiga, y conocida;  
su vida, el trato chino y cortesano,  
tomando ley más nueva y no sabida;  
y así dejó animada la princesa,  
por ir más presto a la fatal empresa.

Y viendo ya su hueste en orden puesta,  
salió con un gallardo atrevimiento,  
pasó del llano, alzóse en una cuesta,  
de do se vio el contrario alojamiento,  
quitóse el yelmo y penachada cresta,  
por descubrir el sitio a su contento,  
y viole, con los timbles, extendido,  
que él mismo había otras veces defendido.

Y al punto ante sus ojos, negra, y fiera,  
y de grandeza inmensa, una leona  
se apareció, por forma lastimera,  
con rostro y voces de humanal persona,  
cubierta de heridas toda entera,  
un yugo al cuello puesto y sin corona,  
la cual tenía a sus pies y asida dellos,  
una cadena larga a sus cabellos.

Mil gritos, mil aullidos temerosos,  
como quien entre sí secreto llora,  
sacaba de sus pechos animosos,  
aunque vencida, como vencedora,  
y dijo: ¿Tienes bríos poderosos,  
¡oh chino!, de ofender a tu señora?,  
¿qué furia hay que a incitar tu pecho baste,  
contra estos dulces míos que mamaste?

¿Cómo has de levantar la fiera mano,  
para meter, por las entrañas mías,  
el áspero cuchillo e inhumano,  
que sustentar contra tu honor porfías?;  
y el nombre de traidor y de tirano,  
que cuando fuiste mío aborrecías,  
¿cómo lo sufres, di, y procuras males,  
a los que mueren justos y leales?

Bramando al fin, y dando mil aullidos,  
se fue sumiendo por la faz del suelo,  
dejándole esta voz en los oídos  
al triste caballero, y su recelo;  
y más, que a tal distancia eran venidos  
los chinos lidarámidas, que el cielo  
con luz abierta claros los mostraba,  
y a dedo por sus nombres los contaba.

Allí se viera a un lado a Firanteo,  
el valeroso rey de los japones,  
y al otro a Palemón y a Clorideo,  
con todas las siríacas naciones,  
mas lo que más le asombra a Libocleo  
es ver, entre unos y otros escuadrones,  
al venerable general que había  
dádole el ser, y vida, que tenía.

Entonces se le vino a la memoria  
el día en que nació, y el hado fiero,  
y el nombre que en beber le ofrece gloria,  
sabida por treinta años ya primero,  
y así mandó que luego a la victoria,  
por ella, se ofreciese no un carnero,  
mas un hermoso toro negro y fino,  
que más de veras a Hécate convino.

Y habiéndosele ya sacrificado,  
con breves cerimonias, miró al cielo,  
y un vaso de la sangre así colmado  
del toro, aun antes que cayese al suelo,  
y hasta ver el suyo ancho y dorado  
lo bebió todo, sin mostrar recelo,  
y a un tiempo fue la víctima caída,  
y el matador cayó sin alma y vida.

Cayendo, alzóse un general ruido,  
que todo el medio mundo, que se mira  
del monte Emodio allá al Rifeo escondido,  
y por la Tana al norte helado gira,  
quedó asombrado y como sin sentido;  
también lo que hay de Imabo al mar suspira,  
y lo que al sol primero adora en vano,  
que al fin perdió su hijo y ciudadano.

Mas como conoció Astrefilo muerto  
al hijo, alegremente mandó luego  
romper, antes que entrasen en concierto,  
con el contrario campo, a sangre y fuego;  
hallólo mal plantado y casi abierto,  
sin capitán, que aún no le dio sosiego  
para elegir un sucesor, que diese  
nuevo orden por do en orden se rigiese.

Y así mandando que por do se halla  
más fuerza Firanteo entrase, pudo  
romper el cuerpo igual de la batalla,  
que estaba sin defensa y sin escudo;  
al cuerno diestro vio pasar, de malla  
vestido, a Antipo, rey de Colcos rudo,  
con muchas hordas de tartárea gente,  
que en casas no se fía eternamente,

y con alguna de la astuta y fiera,  
que atrás del mar Hircano se ejercita  
en ir siempre a caballo, por doquiera,  
y en paz y en guerra nunca dél se quita;  
mandó que allí al encuentro le saliera  
aquella de los indios infinita,  
que en dromedarios o camellos anda,  
aunque tan diestramente no se manda.

Con cuya vista y cuyo olor turbados,  
los hijos de las yeguas revolvían,  
huyendo para sí desconcertados,  
que destas nuevas bestias se temían,  
o ya con calidades sean templados,  
que de las suyas dellos les desvían,  
o ya su forma sustancial los vede,  
o el cielo, que él lo hace y él lo puede.

En viéndolos rompidos, mandó al punto

a los soberbios, dos, emperadores  
de Deli y de Sián, con muchos junto  
de los que son en Malabar señores,  
que como a cuerpo de valor difunto  
los sigan, con sus voces y clamores,  
que más los deshiciesen y turbasen,  
y el concebido miedo sustentasen.

Después, mirando al escuadrón siniestro,  
que solamente en pie se sustentaba,  
do muchos elefantes vio de diestro,  
que hacen fuerte la batalla y brava,  
el capitán, de astucias gran maestro,  
mandó que un escuadrón, que atrás quedaba,  
le acometiese con discreto aviso,  
de los que el monte dio Paraponiso.

Aquestas son las bárbaras naciones  
que con sangaes y mandoes confinan,  
y escarabajos comen y ratones,  
y en carneros pelean y caminan;  
son mansos como ovejas los leones,  
mas ellas son como ellos si se indinan,  
que, por hacer los hombres doctos vanos,  
trocó naturaleza allí las manos.

Huyeron los feroces elefantes,  
o del olor de los ratones fieros,  
y sucios, o temor que tengan antes  
naturalmente dellos, y carneros;  
en viéndolos huir, a los pujantes  
asirios, con diversos compañeros,  
mandó que los siguiesen y matasen,  
con que en las bestias el temor doblasen.

Así desde la torre, donde estaba,  
de Albraca, vio la hija de Agricano  
huir la fiera gente que enviaba;  
del pueblo moro, idólatra, o cristiano,  
la sangre vio que un gran raudal formaba,  
que vino a entrar al río Polisangano  
por una gran cañada, y reciamente  
cortaba con su entrada la corriente.

Y vio un vasallo suyo, cuyo imperio  
es sobre el monte Caspio y Tauro monte,

nacido para mengua y vituperio  
del cielo, y para gloria de Aqueronte  
dispuesto para todo ministerio,  
su gente es turcomana, él Termadonte  
se llama, y esta gente hace hoy día,  
llamarse la menor Asia Turquía.

Éste cayó a la parte en que asombrados,  
de Citia, los caballos, despreciando  
sus frenos, iban sueltos y turbados,  
sus valerosos dueños despeñando;  
saltó de presto al uno de sus lados,  
y el fiero alfanje en ambos rodeando,  
cortando testas, brazos, piernas, cuellos,  
procura con sus muertes detenellos.

Su fiera gente el mismo ejemplo sigue,  
que, puesta a pie de los camellos, mata  
la inmensa cantidad que los persigue,  
y que en su afrenta así los desbarata;  
después que no hay camello que fatigue,  
y entró la gente qu'en caballos trata,  
de Deli, y de Sián, y de Dulcinda,  
y la del mar que con Egipto alinda,

tomó caballos, la que habellos pudo,  
y el rey primero, y como fieros canes  
se meten por el indio pueblo rudo,  
vengando sus afrentas y desmanes;  
también el otro, de Mangralia, crudo  
siguió el ejemplo de los turcomanes,  
y el de los seres, rico en seda y droga,  
y el otro allí de Goga y de Magoga.

Con esto se fue alcuanto reformando  
el cuerno diestro, que iba ya perdido,  
que el fiero Termadonte cabalgando  
mil gentes derribó, y mil ha subido;  
mas lo uno y lo otro mal se fuera obrando,  
si un caballero no hubiera venido,  
armado de armas negras todo entero,  
sin yelmo, ni caballo, ni escudero.

Éste, en el tiempo que el calor más vivo  
del sol desalentaba al que da Marte,  
corriendo, al parecer cual fugitivo,

se vino del Catayo a estotra parte;  
sudando, y descubierta el rostro esquivo,  
dejando mucha gente muerta aparte,  
llegó do Termadonte iba huyendo,  
y de la rienda le trabó, diciendo:

Vuelve, ¡oh cobarde!, deja la disculpa  
que tomas del rocino mal regido,  
que él mismo es quien te acusa y quien te culpa,  
pues con tal mala espuela le has traído;  
si quieres no guardar sana su pulpa,  
¿por qué uno y otro ijar no le has rompido?,  
o déjalo, y no estimes caso en nada,  
que al fin te deja armado y con espada.

Con esto el turcomán, como afrentado,  
se puso a pie, y fue causa que volviese  
su hueste al brío antiguo acostumbrado,  
y que la de otro y otro le siguiese;  
pues Arsace, que todo lo ha mirado,  
aunque al rey Termadonte conociese,  
no conoció al guerrero que le había  
vuelto al valor y esfuerzo que tenía.

Y sospechó que el fiel Polidamante,  
o Damasirio, de armas negras puesto,  
llegase a la batalla a aquel instante,  
aunque no les parece en todo el resto,  
porque éste tiene cuerpo de gigante,  
la frente aguda, y negro todo el gesto,  
y en el jugar la valerosa espada  
no le parece alguno dellos nada.

Con sólo un grito esfuerza, anima, enciende,  
la gente temerosa que huía,  
de un golpe el hombre y dromedario hiende,  
y dos y tres si de través le envía;  
él sólo a todo el medio mundo ofende,  
y deste el otro medio defendía,  
y aunque se los ofrece la ventura,  
tomar algún caballo no procura.

De cuando en cuando, de matar cansado,  
a algún montón de muertos se arimaba,  
sin que hombre por detrás o por el lado  
se llegue, en mucho espacio, donde estaba,

y allí con un furor desatinado,  
a voces contra el cielo blasfemaba,  
y de lo que en sus quejas repetía,  
no más que ¡oh falsa Angélica! se oía.

¡Oh falsa, dice, Angélica!, y en ira  
se abrasa, cual si un ángel negro fuera,  
y aquí y allí, cual quien la busca, mira,  
teniéndola más cerca que él quisiera,  
pues por nariz y boca, si respira,  
del pecho en humo sale y llama entera,  
y tal que en grande espacio al aire enciende,  
y a cuantos halla aun lejos los ofende.

Después de repetir el nombre odioso,  
con ímpetu terrible se levanta,  
y hacia aquel lugar, do va furioso,  
las gentes con mirar mata o espanta;  
si el que no muere escapa venturoso,  
aquí cayendo va, allí se levanta,  
y no entra más en sí, en distancia grande,  
o dondequiera que se pare o ande.

Al rey de Núa vio, con armas llenas  
de perlas, que su breve isleta cría  
en el sagrado mar, cuyas arenas  
le dieron ya la roja nombradía,  
y así de un golpe le rompió las venas,  
que aquesta misma que su mar tenía  
pasó a las armas, de uno y otro lado,  
y pareció el aljófara colorado.

Estaba cerca deste un caballero,  
que en Meca fue nacido, en Núa criado,  
tratando aquí y allí con su dinero,  
y habiéndose con censos ilustrado;  
éste dejaba al rey por su heredero,  
si de su golpe no hubiera heredado  
el fin, con que le abrieron las quijadas,  
dejando al aire rentas mal ganadas.

No solamente a dos echó por tierra  
el golpe desigual, mas al caballo  
de otro rompió la frente, y se sotierra  
por la anca de otro, y vino a derrengallo;  
así parece un rayo de la guerra

el caballero negro, y comparallo  
con menos es error, que eriza el pelo  
cual rayo ardiente del furor del cielo.

Estaba un escudero cudicioso  
del mismo rey de Núa, desarmando  
el cuerpo, no por darle algún reposo,  
mas por tomar lo que él no iba dejando,  
y el caballero negro, aunque furioso,  
el pie le puso encima, y estrujando  
echóle fuera las entrañas, llenas  
de avaricia, y de fe y lealtad ajenas.

Y puesto allí de pies, jugó la espada  
sobre el hermoso yelmo diamantino  
del gran rey de Vahar, la isla afamada  
que está en el seno que a éste le es vecino,  
mayor, y de más perlas abastada,  
de más grandeza, y de color más fino,  
y el sol, que semejantes las hacía,  
su luz cubrió a ambos reyes en un día.

Porque rompiendo la templada cresta,  
el yelmo fue en dos partes dividido,  
el pecho abrió, y la sarta bien dispuesta  
del espinazo, a nudos bien fornido,  
después la silla, sobre quien se enhiesta  
el cuerpo, aunque es de acero muy lucido,  
su fuste dejó abrir, viendo cortallo,  
y al fin el lomo y vientre del caballo.

De miedo un truhancillo, que solía  
darle solaz al rey, quiso meterse  
debajo, imaginando que podía  
valerle el que no pudo a sí valerse,  
y hasta en su morir causó alegría,  
que no pudiendo el golpe detenerse,  
se asió a la espada, y salió en ella asido,  
con dientes, pies, y manos, y partido.

Después llegó, el soberbio caballero,  
al rey que es de Mihún, y al de Ceibano,  
y en ambos hizo un golpe y fue el postrero  
que recibieron de enemiga mano;  
la espada de través cortó al primero,  
al otro el vientre, y fue a parar de llano

la espada a la cabeza de un lacayo,  
que al fin murió del golpe o del desmayo.

De toda aquella gente, que se lava  
en el Mar Rojo y va de Adem a Egipto,  
y de la que en el gran seno habitaba,  
que está de Arabia y Persia circunscrito,  
murió aquel día en la batalla brava,  
casi a sus manos, número infinito;  
también andaba Termadonte fuerte,  
qu'el buen suceso hace que hombre acierte.

Al rey de Bacorá, y su gente fiera,  
dejó desbaratado, y al de Lara,  
y al de Zebelcotor, que gigante era,  
dejó de enano o de pigmeo la cara;  
entonces se encontró, que no debiera,  
con el de Gedrosía, y acertara  
si le enviara parias y tributos,  
sin ver sus guzarates ni resbutos.

¡Oh, qué de golpes crueles, qué heridas,  
se fueron dando en breve, y recibiendo,  
y qué de piezas rotas mal perdidas,  
de precio, a tierra echó el confuso estruendo,  
y, a ser en otros cuerpos, qué de vidas  
hicieran con sus almas ir gimiendo  
al viento, tras las muchas que habían ido  
al lago temeroso del olvido!

Ya más de un cuarto de ora había durado  
entre ambos reyes la batalla esquivada,  
y el suelo de su sangre vían manchado,  
y espadas y armas, desde bajo arriba,  
cuando se aparta cada cual cansado,  
pudiendo echar apenas la saliva,  
a tiempo que do están llegó el guerrero,  
que andaba armado del oscuro acero.

Y del cansancio de ambos blasfemando,  
al rey de Gedrosía fue derecho,  
de sus resbutos muchos desmembrando,  
y a cuantos quieren impedirle el hecho;  
el turcomán, que vio a Arsace mirando,  
y ya de gloria lleno tuvo el pecho,  
metióse en medio para defendello,

y presto vino a arrepentirse dello.

Que el negro caballero, puesto aparte,  
dejó que la batalla prosiguiesen,  
sin que de viento cada cual se harte,  
porque más brevemente concluyesen;  
cualquiera de ambos viene de su parte,  
y hízoles con voces que se asiesen,  
un brazo de otro brazo dividido,  
el diestro y el siniestro repartido.

Y él solo el campo a todas partes guarda,  
allí los blancos citas deteniendo,  
acá de Gedrosía la gente parda,  
que quieren a su rey ir defendiendo;  
no ha menester jineta ni alabarda,  
que con su misma espada va haciendo  
lugar, y de los cuerpos muertos tiene  
un muro, por do a entrar la gente viene.

Luchando los dos reyes, cuál tropieza,  
cuál arrodilla cuál temblando yerra  
con la inconstante pierna, y se endereza  
poniendo en duda la partida guerra;  
al fin faltó el gobierno en la cabeza  
del fiero Termadonte, y vino a tierra,  
cayendo el rey Crisenio a su despecho,  
con él asido, encima de su pecho.

Saltó en el golpe, de ambos, sangre fina,  
y el caballero negro, alegremente,  
les dijo: Nadie aguarde medicina,  
que amigo he yo de ser del más valiente,  
centella soy del fuego y ira divina,  
que Angélica ha mandado que apaciente,  
mis ojos, no de más que sangre humana,  
pues cebo en mí una fiera tigre hircana.

Después de mucho, el rey de Gedrosía  
el yelmo a su contrario había quitado,  
porque uno y otro de armas carecía,  
que ofenden con su acero bien templado,  
y aquel de la gentil Turcomanía  
dejó caer los brazos cansado,  
mostrando el rostro y cuello descubierto,  
por donde pueda ser herido y muerto.

Bajó Crisenio, y con el diente fiero  
cogió la nuez del cuello, y apretando  
rompióla, cual león la de el cordero,  
y fue la sangre con furor saltando;  
salieron los espíritus, primero,  
que van la vida al pecho encadenando,  
después huyó, del flaco Termadonte,  
su alma a las riberas de Aqueronte.

## ADVERTIMIENTO

En este último canto se pueden advertir muchas cosas, las cuales podría bien sacar de por sí quien tuviese en la memoria los advertimientos pasados. Lo primero, la duda en que Arsace y Angélica ponen a Damasirio sin saber a qué parte determinarse, siendo a la una obligado por deudo y vasallaje y a la otra por amor, por lo cual se pueden entender los hombres, que aunque de su naturaleza, como dice el Eclesiástico y después lo refiere Terencio, son inclinados a mal y criados muchas veces en él, aficionados a la virtud están en duda de seguir tras ella y dejar la vida pasada. Después desto, por la duda de Clarión en el mismo socorro, estando obligado a Arsace por amistad antigua y a Angélica por la nueva, los hombres que habiendo dejado ya los vicios han comenzado a seguir la virtud, y volviendo a ser llamados de ellos, con las memorias de los deleites pasados, se ponen en duda para volver a seguillos. Últimamente, en las dudas de Libocleo, que siempre hemos entendido por el pensamiento, se entiende la determinación en que vienen los hombres que se ponen en lucha con sus mismos deseos, atreviéndose a venir en pelea con las tentaciones, que al fin quedan vencidos dellas. Después, por la determinación de Arsace para conquistar la Persia, se podrá entender la determinación de la sensualidad para cualquier nueva empresa, y por el consejo de los viejos, las buenas inspiraciones, que procuran apartarnos de las determinaciones que no son a nuestro provecho. Por la muerte de Libocleo, por no ir contra Astrefilo, su padre, y Angélica, su señora, se entiende la de los pensamientos cuando se conocen a sí mismos, que por no ir contra el entendimiento y razón se desvanecen y deshacen, y consienten de voluntad en su muerte.

## LAUS DEO

Con licencia del Consejo Real

Se acabó la primera parte de Las lágrimas de Angélica. Compuestas por el licenciado Luis Barahona de Soto, médico y filósofo. Impresas en la muy noble, nombrada y gran ciudad de Granada, en la imprenta de Hugo de Mena. A costa de Joan Díaz, mercader de libros. Año de mil y quinientos y ochenta y seis.